

@daniela

*No voy a seguir
las reglas del juego*

Susana Rubio Girona

@daniela

No voy a seguir las reglas del juego

Susana Rubio Girona

©Susana Rubio Girona, 2017

Febrero 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Pexels.

Diseño de portada: Susana Rubio Girona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo.

Los personajes que aparecen son ficticios, cualquier parecido con personas es pura coincidencia.

Para Roser Barceló, Carmen Gutiérrez y Paqui Milán,

Por toda la purpurina que ponéis en mi vida.

Índice

[Agradecimientos](#)
[@danielatuespacio](#)
[Sofía, Martín y yo](#)
[Buenos días chic@s](#)
[Bruno](#)
[¿Otro orgasmo?](#)
[Viernesssssssssss](#)
[Tensión, intriga, dolor de barriga](#)
[Pon un Bruno en tu vida](#)
[La noche es joven](#)
[Hashtag: #Baño#Baldosas](#)
[Volvemos a las andadas](#)
[No hago locuras por amor, las hago por Madonna](#)
[Amor sin celos no lo dan los cielos](#)
[Una noche contigo pueden ser cien páginas de mi vida](#)
[No te escondas, que te encuentre](#)
[Sábanas egipcias](#)
[Viviendo a medio gas](#)
[Y van pasando los días y no puedo evitar acercarme a ti](#)
[Con Andrea de farra](#)
[Si tú quisieras y yo pudiera...](#)
[La familia es la familia...](#)
[¿Lo llaman sexo y es amor?](#)
[¡¡Sorpresa!!](#)
[¡Glopss!](#)
[Bonito culo Bruno](#)
[Qué peligro tenemos](#)
[Lo tenemos claro](#)
[Quien pierde, paga](#)
[Un viernes extraño](#)
[Feliz cumpleaños Sofy](#)

[No digas nunca de esta purpurina no usaré](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Agradecimientos

Espero que os guste porque a mi... ¡me ha encantado escribirla!

Si después de leer esta historia, su protagonista Daniela os ha hecho pensar, habré conseguido mi propósito. Y es que Daniela puede causar una doble reacción, algunas veces odio a esta mujer prepotente y otras veces os parecerá una oda al sexo femenino.

La idea surgió tomando un café con Paqui, y a partir de ahí en mi mente empezó a formarse Daniela. A los dos días ya había escrito casi media docena de capítulos pese a la dificultad de meterse en la cabeza de una mujer libre, escritora de una columna sin corsés machistas de una sociedad actual. Y con el inconveniente de la aparición de Bruno, columnista tradicional y romántico que rebatirá las opiniones de Daniela. Todas estas ideas se convirtieron en lo que hoy vais a leer. Yo misma, he reído y también he llorado, he sufrido y me he emocionado con las situaciones de mis personajes. Más de una noche me han tenido despierta y más de una mañana me desperté pensando en ellos. Deseo que entren en vuestras vidas dejando tantas huellas como han dejado en la mía.

Doy las gracias a Mamen, Paqui y Roser porque, como siempre, son mis primeras lectoras y las primeras correctoras de la novela. Este libro se lo dedico a ellas por sus horas de lectura y de charla continua. Sigo diciendo que sin ellas, no estaría escribiendo esto, gracias por los ánimos lokas.

Gracias a Míguel por su ayuda en la primera portada, que aunque la descarté, lo tuve un par de días mareando con el tema; te debo una cerveza.

Gracias de nuevo a Roser, esta vez por ayudarme en la corrección. Como dice ella, cuatro ojos ven más que dos y ella es un lince, ¡lo aseguro!

Gracias también a las que vais corriendo la voz sobre mis libros: Bea, Trini, Montse, Mónica, Maite y un largo etcétera. Gracias de verdad. Gracias a mi marido y a mis dos peques, por estar a mi lado, día a día. Y también agradezco al resto de lectoras que aunque no os conozca a todas tenemos muchas cosas en común. Espero seguir escribiendo para vosotr@s.

Disfrutad...

@danielatuespacio

“No voy a justificarme cuando creo que no tengo por qué hacerlo. Podría decirte que tuve una infancia muy dura pero no sería cierto, podría decirte que durante mi adolescencia tuve la cara llena de granos pero mentiría, o podría decirte que alguien me rompió el corazón pero me partiría de risa y sabrías que estoy de cachondeo. Con lo cual, solo puedo decirte que yo soy así. No es una postura, no es una reivindicación ni es mi manera de decirle al mundo que no me gusta su cara, simplemente soy consecuente con mi forma de ser. ¿Qué quiero decir? Que intento no esconder mi personalidad bajo capas de maquillaje... para que me entiendas, no soy una persona común, y supongo que tú tampoco lo eres, pero yo no lo escondo entre formalidades y florituras. No soy diplomática, no busco gustar a nadie ni me corto si tengo que decirte que ese corte de pelo, de esa que se hace llamar tu peluquera, te queda como un orinal en la cabeza, te lo diré, y a ti no te gustará, pero no me saldrá de dentro mentirte ni ser hipócrita. ¿Presumo de sincera? Para nada. No me considero una persona excesivamente sincera, simplemente me comunico sin filtros, y eso no gusta en una sociedad donde tú, amiga, que te crees tan libre, estás atada de pies y manos.” @danielatuespacio.

— Muy directo —Jaime dejó mi escrito en la mesa y se quitó sus pequeñas gafas. Observé su gesto y supe que le había gustado, como casi siempre. Esperé a que continuara hablando mientras yo daba un repaso a mis uñas color rojo pasión—. Daniela, me gusta.

— Gracias —Ya lo sabía, no necesitaba la aprobación de nadie. Sabía cuáles eran mis puntos fuertes y cuáles los débiles. Y en el arte de la provocación no tenía problema alguno.

En el último artículo habíamos recibido miles de *tweets*, tanto a favor como en contra. Algunas personas se lo tomaban demasiado a pecho, la verdad; que yo dijera que estaba segura que la mayoría de mujeres fingían en la cama para agradar a sus parejas, no me parecía tan descabellado. Solo lo dije para animarlas a buscar alternativas: lubricadores, consoladores, bolas chinas y cosas varias. Otras tantas me habían dado la razón; estamos tan sometidas en este mundo masculino que incluso nuestros orgasmos son de ellos. Y no, a eso sí que me niego.

Que quede constancia de que el artículo lo he recortado porque había escrito algo más, pero a Jaime le hubiera dado algo y el hombre ya tiene una edad. Explicaba a mis lectoras que me gusta follar sin medida, que no necesito sentir algo para tener sexo, que si me apetece no tengo por qué darle vueltas a “qué pensarán los demás”, no es problema suyo. ¿Por qué no disfrutar de ello? No lo entiendo. Estamos programados para sentir química, para tocarnos, para sentir piel con piel, ¿por qué nos lo negamos constantemente? Es demasiado pronto, no quiero que piensen que soy una zorra, nadie va a quererme... Bah, gilipollecés. Nadie te va a querer sino te quieres a ti, eso lo primero. ¿Una zorra? ¿Y ellos que son? Ah, sí, ellos acumulan experiencia, saben dónde tocar y tú eres “la chica”. Venga, venga, menos Disney y más Nacho Vidal (un actor porno, sí amigas). ¿Y demasiado pronto para qué? ¿A qué tenemos que esperar? ¿A que vengan con el corcel blanco? Si es que me pongo nerviosa solo de pensarlo, menuda educación sexual de mierda tenemos. ¡Chicas, follad, follad como si mañana se acabara el mundo!

La última frase me hizo reír porque eso se lo decía a menudo a mi amiga y compañera de piso, Sofía.

En fin, que eliminé estas líneas y al final lo encaminé por otros derroteros más suaves, aunque con ganas de provocar reacciones, que es eso lo que atrae lectores. La gente necesita que le metan caña, que alguien les haga saltar las alarmas, que se escandalicen, que puedan criticar y opinar. De ahí que mi *tweet* de redactora @danielatuespacio esté siempre más que activo. Es cierto que la mayoría son mujeres pero también hay un buen número de hombres que, acojonados fijo, no les gusta casi nunca lo que escribo sobre ellos y su mundo de las pelotas.

Aunque a Jaime le encanta, porque lo que buscan en la revista *TuEspacio* es eso, que la gente hable de ellos, mal o bien, pero que hablen.

Jaime es el director aunque debe rendir cuentas a la junta directiva, un grupo de personas a las que nunca vemos el pelo, por suerte. Hace un par de años que trabajo con él y la verdad es que no puedo tener queja, desde el primer día conectamos y entendí a la primera qué quería de mí. Mi columna funciona desde entonces y es la más leída, para qué negarlo. También colaboro en otros artículos sobre moda, viajes, pareja, trabajo o sexo. No tengo problema en los temas que vamos tratando cada mes y no tengo problema en trabajar junto a alguien, sea hombre o mujer, aunque con algunas de mis compañeras no me llevo nada bien.

Me gusta mi trabajo y estudié duro para sacarme la carrera de periodismo, no voy a decir que me resultó sencillo, hiqué codos y conseguí buenas notas. En mi último curso, uno de mis profesores, me recomendó como becaria a un colega suyo en una revista online. Ahí empecé a salirme un poco de tiesto porque era una revista alternativa y poco usual que, casualmente, Jaime solía leer, entre otras muchas. Él vino a por mí, como a mí me gusta, y solo por eso ya lo respetaba; era una persona que tenía muy claro lo que quería. En la redacción no era la única que lo admiraba, más de una estaba colgada de sus canas, porque era cierto que Jaime era un hombre atractivo, uno de esos a lo Sean Connery, aunque mucho más joven. Bueno, a mis veinticinco años yo lo veía así; atractivo pero demasiado mayor para mi gusto.

Recuerdo la primera vez que entré en su despacho y me observó con detenimiento. Mi falda voleada y corta de *Diesel*, mi chaqueta *vintage* de color crema y mis zapatos de tacón de vértigo. Vi en sus ojos que yo le gustaría y que nos íbamos a entender sin problema alguno. Soy muy intuitiva y no me cuesta ver lo que transmiten las personas con su lenguaje no verbal. Es algo que se me da bien, otro de mis puntos fuertes. De ahí que vi con rapidez qué compañeras iban a ser las que no se sentirían cómodas conmigo. Una de ellas era Carla, la voz cantante de un grupito de tres cotorras. Sus camaradas eran Ana y Diana. Cuando me tocaba currar con alguna de ellas, siempre resoplaba por lo bajini pero soy buena en lo mío y no interpongo temas personales cuando hay que trabajar.

“Llevo la ropa que me da la gana, es mi cuerpo y yo lo visto como quiero, no como quieren los magnates de la moda. Suelo usar faldas más bien cortas porque me gustan mis piernas y me da igual quien las mire al pasar, todo eso que se lleva. Suelo llevar blusas o camisetas ajustadas, depende del día. En invierno gasto medias en cantidades inmundas y en verano me encanta la brisa rozando mis pantorrillas. Zapatos o sandalias de tacón y un bolso práctico al hombro. Mi colección de ropa interior es digna de ver, eso es un defecto supongo, porque no necesito tanta pero me pirra y como más cara es, más me gusta. Llámalo pija o llámalo como quieras, es lo que hay. Probablemente soy de esas chicas que el resto llaman “amenaza”. No te digo que no, porque seguramente tu chico gire su cabeza al verme pasar y eso no te gusta nada, y sin conocerme vas a odiarme, porque yo voy a arrastrar los ojos de los hombres cuando entre en la discoteca, mientras tú estarás echando chispas por los tuyos. ¿Pero, te digo un secreto amiga? Tú puedes

ser como yo. Siendo tú. Simplemente. No te escondas bajo esa ropa que no te gusta porque crees que tienes que estar perfecta para poder vestirla. ¿Quién lo dice? ¿Ellos? ¿El mundo de la moda dominada por ellos? ¿Pero tú has visto esas modelos que no tienes por dónde cogerlas? Olvida todo lo que te han enseñado y empieza a ser tú misma, es tu vida.” @danielatuespacio.

Cuando escribí este artículo me acordé bastante de Carla y su séquito de brujas arpías que no me soportaban solo por el hecho de ser guapa, tener buen cuerpo y vestir como me apetecía. Creo que también influía el hecho de que los hombres de la redacción, de publicidad y de marketing no sabían disimular sus miraditas hacia mis piernas. Quizás no saben que ellas también tienen piernas. Es su problema, no el mío. A mí me gusta que me miren y ver que gusto es algo que me motiva, ¿a quién no le gusta gustar? Y que quede claro que no me visto por ni para ellos, la primera en mi vida soy yo y me gusta lo que veo cuando me miro en el espejo. Si sumo que gusto a los demás pues mucho mejor.

Al salir del despacho de Jaime, me crucé con Carla. Tiene solo un par de años más que yo pero siempre me mira por encima del hombro, un mecanismo de defensa, supongo.

— Se te marca el potorro —susurré al pasar para picarla.

— ¿Cómo? —Su voz aguda me ponía de los nervios.

— ¿Qué moda es esta de llevar una hamburguesa entre las piernas?— le pregunté sin cortarme un pelo.

— Son mallas Daniela y están a la última.

— Sí, claro a la última de la fila, para que no se le vea el papo. Vamos Carla, que trabajas en la columna de moda, no me jodas.

Me miró mal pero me la sudaba. Yo soy de esas personas que si no te caigo bien sin conocerme tú me vas a caer peor, porque no me parece justo que solo por mi aspecto me pongas en el saco de las repudiadas. No me importaba pero sí me molestaban las injusticias y para mí eso era una verdadera injusticia: y daba igual si el rechazo era por ser demasiado guapa o por ser demasiado ancha o demasiado alta.

— Por eso mismo, es mi sección y tú no tienes el bagaje suficiente ni los conocimientos necesarios para poder opinar, Daniela.

— Carla, cada vez que te pones una de esas mallas y se te marca todo, de esa forma tan vulgar, estás dejando que el mundillo de la moda haga contigo lo que le da la gana.

— No me vengas con tus rollos y eso lo pones en tu columna, que para eso la tienes. No sé cómo te aguantas.

Nos miramos con desprecio y supongo que si hubiéramos sido dos tíos nos hubiéramos liado a hostias. Había llegado a un punto en que nos soportábamos bien poco y Jaime, que lo veía, casi nunca nos hacía trabajar juntas.

— Ale pues, a pasear el pavo —le dije dándole la espalda.

— Niñata —era su despedida habitual y como ya me lo esperaba la imité con los labios.

Bah, ni caso.

“Sé que soy joven y que apenas he empezado a vivir pero siempre he tenido las cosas muy claras. Mi madre dice que tengo una mente de cuarentona en un cuerpo de veinte y eso a mí me halaga. Siempre he

sido algo más madura, pero quizás porque no le doy demasiadas vueltas a las cosas. Mi mejor amigo dice que tengo ideas de hombre, que a veces soy simple como ellos y muy resolutiva. No hace falta ser dramática para solucionar los problemas. Cuando leo alguna novela o veo alguna película en la que la chica está esperando a que actúe su príncipe azul, me muerdo las uñas de rabia y pienso ¿qué cojones? Nos hemos deshecho de los corsés que las damitas llevaban en la edad media, pero seguimos esperando que los demás nos solucionen la vida. Si no tengo pareja no seré feliz. ¿Quién fue el primer idiota que dijo eso? ¿Y por qué nos lo creemos? Yo soy muy feliz conmigo misma, con mis amigos, con mi familia, con un libro en una tarde de otoño, con una excursión con mi sobrina de cuatro años, con una buena charla y un café, con un millón de cosas. ¿Y tú? ¿Eres realmente feliz? ¿Estás con tu pareja porque es realmente lo que quieres? ¿Segura amiga?” @danielatuespacio

Sofía, Martín y yo

Sofía y Martín son mis mejores amigos. Son mis confidentes y es algo recíproco. Salgo con ambos, paseo con ambos o voy al cine con ambos, indistintamente. Incluso muchas veces hacemos cosas los tres juntos, y yo soy el punto de unión entre ellos.

Vivimos en el mismo piso, un piso de la abuela de Martín y nos llevamos bien, aunque de vez en cuando me cae alguna bronca porque he hecho demasiado ruido al llegar de fiesta con compañía incluida, lo que implica risas y demás.

Sofía también estudió periodismo y somos amigas desde el instituto. Es una chica divertida aunque más seria que yo. Sale con un chico hace seis años y, obviamente, no nos parecemos en nada en ese sentido. A mí las relaciones no me van. El chico en cuestión es Julen, es policía y no le pega porque para mí es demasiado manso. Es un tío común, vulgar y le falta sangre en las venas. Sofía sabe qué opino de él y me dice que en la cama es una fiera (ejem). Cuando salimos juntas, que es a menudo porque su *fiera* trabaja a turnos, suelo empujar a Sofía a conocer a otros chicos, pero no hay nada que hacer. Como ella ya me conoce, se lo toma todo a broma y la verdad es que nos los pasamos teta. Además curramos juntas; ella en la sección de viajes, que es una de sus pasiones. Se pasaría la vida viajando. Cuando supe que había una vacante en la plantilla acosé literalmente a Jaime con el currículum de Sofía y me salí con la mía.

Sofía, físicamente, es mí antítesis. Yo soy morena, con una melena ondulada y un cuerpo de curvas pronunciadas. Ella es rubia, con el pelo corto y es muy delgada. Tiene unos preciosos ojos azules y rasgados que se maquilla con maestría. Su boquita de piñón siempre perfilada de un rojo intenso atrae inevitablemente la mirada de cualquiera. Pero Sofía no tiene ninguna necesidad de ir besuqueándose con unos y con otros, y menos acostarse con ellos. Es curioso que siendo tan distintas en ese sentido, seamos tan amigas. Ella dice que somos el ying y el yang y yo me río, pero la verdad es que en muchos otros aspectos coincidimos bastante. Nos gusta leer autores similares, nos va el mismo tipo de películas, y curiosamente en versión original, nos gusta el mismo estilo de ropa y sobre todo nos gusta hablar. Hablar por los codos. Todo lo contrario a Martín.

¿Qué decir de él? Lo conocí una noche de fiesta, hace seis años más o menos, o sea, que teníamos diecinueve y veintidós por aquel entonces. Fue una noche de esas locas en las que acabo en la tarima, moviendo mi cuerpo sin reparo y bailando con sensualidad. Adoro bailar, es una de las cosas que más me gusta en esta vida, aparte de escribir.

Martín pululaba por el local, ya le había echado el ojo, claro. Un chico alto, atlético, con el pelo recogido en una coleta corta y moreno, muy moreno, a la par que guapo. Ojos claros, nariz grande pero acorde con sus facciones y unos labios mullidos que pedían a gritos que alguien los besara.

Estaba con un par de chicas, tonteando y riendo, pero cuando su vista me alcanzó, supe que vendría a por mí.

Bailé para él, así de simple.

“Allí está tu presa y tú tienes hambre, no lo niegues. Empiezas a moverte al ritmo de la música, mientras

lo miras fijamente. No apartes tus ojos de los suyos. Debes acorralarlo, debe sentirse único, debe creer que no hay más hombre que él. Las señales son inequívocas; no puede apartar la vista de ti, no hay nadie más entre vosotros dos y en breve vendrá a preguntarte ¿quién eres? Te ríes con coquetería, ¿quién soy? Soy la chica de tus sueños. Te mira alzando sus cejas y con su sonrisa de ligón. Le gustas, le gustas mucho. ¿Vas a preguntarte si es demasiado pronto para meterlo en tu cama? No, ni se te ocurra amiga. A por él.” @danielatuespacio.

Fue uno de mis primeros escritos en la revista y, lo sé, es algo sosillo, pero era el principio y no tenía la misma seguridad que ahora. Pensé en Martín cuando lo escribí porque nos conocimos exactamente así.

Al cabo de un rato vino hacia donde estábamos Sofía y yo. Me tocó el hombro ligeramente y me giré hacia él. Realmente estaba bueno el chico.

— ¿Quién eres? —Su pregunta me gustó.

Directo, al grano y...distinto.

— ¿Quién soy?

Ambos sonreímos.

— Soy la chica de tus sueños.

Martín alzó las cejas en un gesto divertido y me enseñó por primera vez su sonrisa *destroza corazones*, así la bauticé más adelante.

— ¿Y qué sabes tú de mis sueños? —dio un paso hacia mí, esperando que yo me retirara pero Martín no sabía que yo, antes de dar un paso atrás me tiro por un puente.

— Sueñas con encontrar una chica que no se enamore de ti, que no babe por ti y que sepa cabalgar sobre ti durante horas mientras te mira a los ojos sin miedo.

¿Demasiado directa?

Vi la sorpresa en sus ojos pero Martín es como yo; le va lo diferente.

— Y esa eres tú.

No hubo muchas palabras más. Nos fuimos a su piso, el que ahora compartimos. En el ascensor empezamos a enrollarnos, casi con desespero. Su lengua húmeda se mezclaba con la mía y la excitación recorría mi cuerpo. Adoraba esa sensación. Al entrar, Martín no atinaba con la llave porque íbamos metiéndonos mano. Ya en su habitación, nos desnudamos con prisas y después de algunas caricias y besos, me coloqué encima de él y le sonreí.

— Chica de mis sueños... —susurró con su peculiar sonrisa.

— Sigo sin babear, aunque debo reconocer que tienes un cuerpazo —le dije mientras le ponía el preservativo.

— Soy bombero —dijo alzando solo una ceja. Y entonces entré su pene en mí de golpe— Joder...

Se acabó la conversación y comenzó una maratón de dos horas de puro sexo, durante las cuales perdí la cuenta de mis orgasmos. Martín sabía follar, era de los pocos que sabía lo que se hacía y realmente fue una de las mejores noches de mi vida.

“Cuando es sexo y le quieres llamar amor. Perdona, pero no te engañes. Es fácil tener química con una persona, sentir deseo, querer compartir su placer pero no es lo mismo que el Amor. Esa palabra que usamos tan alegremente y en muchas ocasiones de forma errónea. Me parece perfecto que busques pareja, que tengas ganas de enamorarte, que quieras compartir tu tiempo con esa persona, que soñéis con un futuro juntos, con esa casita adosada o con un corrillo de niños enganchados a vosotros. Pero debes estar bien atenta y saber discernir una cosa de otra. No es lo mismo y no es lo mismo para nada. Que él te busque, que quiera meterse entre tus piernas o que te llame a las tres de la mañana para tener una sesión sexual vía teléfono, eso no responde al amor. Responde a la naturaleza humana y a las ganas de follar, así de claro. No confundas términos aunque las señales sean muy parecidas. Atentas chicas.”
@danielatuespacio.

No me he enamorado nunca y cuando se lo conté a Martín aquella noche, después de aquella sesión de sexo del bueno, comenzó nuestra amistad.

Suelo echar a los chicos de mi cama o irme de las suyas con bastante rapidez. Algunos marchan por sí solos pero otros se cuelgan un poco y buscan lo que no les voy a dar. A mí. A éstos tengo que ponerlos de patitas a la calle con alguna excusa e incluso alguna que otra vez me pongo borde, pero es lo que hay. No voy a aguantar a un tipo en mi cama si no me apetece, y nunca me apetece dormir con alguien. No tengo esa necesidad de abrazos ni de ese apego hacia el género masculino. Me gusta recibir un achuchón, claro que sí, pero de mis amigos, no de mis ligues de una noche.

Excepcionalmente, me quedé con Martín un par de horas más en su cama, charlando, no sé cómo ocurrió pero una cosa llevó a la otra y acabamos hablando de mí. Al día siguiente pensé detenidamente en ello y al cabo de una semana lo llamé para hacer un café. A partir de ahí; inseparables. Encontré a mi amigo del alma, como se suele decir. Poco a poco, fuimos encajando nuestras vidas y acabamos compartiendo piso, y, la verdad, acertamos.

Martín es una persona de pocas palabras, excepto conmigo. Parece que le doy la confianza que necesita para abrirse y a mí me encanta que lo haga. Ahora lleva el pelo corto, con una especie de tupé a un lado y sigue estando igual de bueno, lo que nos lleva a acostarnos juntos alguna que otra vez, pero sin rollos sentimentales. Nos pasa cuando llegamos juntos de juerga y las feromonas están también de fiesta. Al día siguiente una sonrisita cómplice y se acabó.

No me implico en las relaciones porque no me apetece, no porque tenga ningún problema. Cuando explico que no he salido con nadie, me miran con incredulidad. Tampoco es tan raro ¿no? A ver, he tenido folla amigos varios, con los que durante una temporada hemos ido teniendo sexo pero nada serio. La verdad es que no es mi objetivo; enamorarme. Más bien al contrario. Prefiero disfrutar de los hombres a nivel sexual y hacer con mis amigos lo que podría hacer con un “novio”. Tampoco me siento sola, porque tengo muchos conocidos, y siempre hay alguien dispuesto a ir al cine o a salir a tomar unas cañas. Y si estoy sola, me las apaño perfectamente. No tengo problemas para viajar sola o pasear sola o hacer lo que sea conmigo misma. Soy una persona segura, mis padres procuraron que mi autoestima nunca saliera dañada y así es, me quiero mogollón. Martín se parte la caja cuando se lo digo pero en parte me apena que la gente no se quiera a sí misma, tal cual lo hago yo. La mayoría necesitan llegar a la cuarentena o más para sentir ese apego por uno mismo, y yo hace años que llevo esa mochila cargada de sentimientos positivos hacia mí misma.

— ¿Pero es posible Daniela que ningún hombre te haya hecho sentir algo más? —Sofía me miraba con sus ojos bien abiertos.

— No exageremos chica, alguna vez me he topado con alguno con el que podría haber surgido algo, no te digo que no.

Martín sonrió con su súper mega sonrisa y yo le correspondí. Aquel día estábamos en el *Jamaica Coffe* de nuestro barrio.

— Sofía, hay muchos chicos que viven las relaciones como yo y nadie les pregunta.

— Pero me parece increíble que no te dejes llevar, no sé —me replicó ella convencida de que a mí me pasaba algo.

— Martín podría haber sido una relación. Ahí tienes un ejemplo.

Él me miró sabiendo de qué hablaba.

— Pero preferí tener una amigo para toda la vida a una relación que se iba a terminar tarde o temprano. ¿Entonces elegí mal? No, porque ahí seguimos, siendo amigos. Cosa que no pueden decir la mayoría de las parejas que han roto.

— Además te saltas todo el rollito de numeritos, enfados, celos y comeduras de cabeza, Sofía —Martín era de los míos, por supuesto pero porque a los dieciocho se enamoró de una chica más mayor y ella le rompió el corazón.

Yo no tenía ninguna razón de peso para ser así, y a mí me estaba perfecto.

— Si es que sois tal para cual —murmuró Sofía sin entendernos.

— ¿Y cuál es el problema? —Le pregunté divertida, me gustaba llegar al fondo de la cuestión—. Porque yo soy feliz así.

— ¿Cada vez con uno diferente? Buf, que pereza.

Martín y yo soltamos una buena carcajada. Pereza decía..., no era esa la palabra que teníamos nosotros en la cabeza. Quizás excitante, o emocionante, o divertido.

— ¿Y qué haces cuando ves que ese chico podría gustarte más de lo normal? —preguntó Sofía curiosa.

— Lo mismo que con los otros, los echo de mi cama.

Ella me miró moviendo la cabeza en un gesto de negación; no tienes remedio Daniela.

— Vale, ¿y si, por ejemplo, ese chico está en el curso ese que haces de cocina? Lo ves un día a la semana, a él también le gustas y ¿entonces qué? Porque a ese no lo puedes echar del taller.

Me había apuntado a ese curso animada por otra amiga, Lorena. Ninguna de las dos sabía cocinar pero nos reímos un rato haciendo lo que pudimos. Odio cocinar pero entiendo que es una necesidad y me propuse hacer algo al respecto. Acabé sabiendo preparar algunos platos pero ni así me entusiasma el tema, no es lo mío.

— Pues paso de él.

— ¿Y si te busca?

— Pues no me encuentra.

— Ya, un día a la semana no da para mucho —dijo Sofía para sí misma—. ¿Y si fuera en el curro? ¿El jefe por ejemplo?

Me reí con ganas. Jaime, mi jefe más directo, no era mi tipo.

— Solo digo que te lo imagines.

— Tendría que cambiar de curro —dijo Martín.

Nos reímos los tres por lo absurdo de esa idea, sobre todo como estaban las cosas hoy día en nuestro país.

— Mira Sofí, estás planteando un imposible, así que déjalo. ¿Te preocupa algo?

Me miró más seria y negó con rapidez, demasiada. Más tarde hablaría con ella y me contaría que con Julen pasaba por una crisis de pareja. Una de tantas.

Y lo que me alegraba yo cuando me veía libre de esas banalidades.

Buenos días chic@s

Lo vi ir hacia el baño de mi habitación. Afortunadamente la casa de la abuela de Martín era enorme y cada habitación tenía su propio aseo. En el mío había una estupenda ducha de chorritos.

Me estiré en mi cama, esperando que saliera. Desnudo. Impresionantemente musculoso y sin un gramo de grasa el jodido. Pero me miró con cara de querer más.

— ¿Te acompaño a la salida o sabrás encontrarla?

Julio lo pilló a la primera, por suerte. Comenzó a vestirse.

— Ha estado genial —dijo mirándome y yo asentí con la cabeza— Podríamos repetir...

— Podríamos pero en un par de años.

— ¿Y eso?

— No es por ti Julio, no suelo repetir.

— Has dicho “sueles”.

— Muy perspicaz.

— No voy a enamorarme de ti Daniela.

— Ni yo de ti, así que mejor lo dejamos en un buen polvo ¿no?

El muchacho había estado bien aunque le había faltado un poco de ritmo a la hora de empalarme.

Se terminó de vestir y me sonrió.

— Un placer Daniela.

— Eso sin duda —le guiñé un ojo y se fue sin más.

Oí cerrarse la puerta y suspiré satisfecha. Dormir después de follar con ese olor a sexo invadiendo mi habitación era otro placer para mí. Mañana ya me ducharía y cambiaría las sábanas, por supuesto.

Me desperté estirando brazos y piernas, desentumeciendo mis músculos y sonriendo al notar las sábanas sobre mi piel desnuda. Pasé mis manos por mi suave sexo, que llevaba depilado con láser desde hacía ya años, antes de que comenzara la moda de las “sin pelos” que decía Martín.

Hora de levantarse.

— Buenos días nena —Martín me dio un beso en la mejilla mientras yo le daba su café.

Le gustaba dormir y no llevaba bien eso de madrugar para ir a apagar fuegos. Sus turnos eran rotativos y yo no sabía nunca si estaba o no en casa, si dormía o si estaba currando, pero tampoco importaba mucho.

— Buenos días marmota.

— ¡Buenos días! —Sofía era todo lo contrario; nada más levantarse podía recitarte a Quevedo. Bla, bla, bla.

Martín soltó una especie de buenos días.

— Buenos días Sofi —le pasé el café también a ella.

— Estás aprendiendo Daniela —dijo después de tomar un sorbo.

Los cafés los hacía la *Nespresso*, no yo. Le sonreí con una mueca y Martín se fue a la ducha.

— Por cierto, ayer las cotorras de turno hablaban de un nuevo fichaje.

— ¿Ah sí?

— Sí, parece ser que es de Madrid pero lleva unos años fuera, en Italia creo que dijeron.

Sofía tenía más contacto con el trío de brujas; era mucho más diplomática que yo, claro.

— Y Toni me explicó que viene a darle un aire nuevo a la revista —Toni era compañero y fotógrafo de la revista.

— ¿Aire nuevo? ¿Es que no funciona el aire acondicionado? —lo dije en tono irónico y no me reí porque en mi cabeza ya me caía mal el tipo en cuestión.

Sofía sí rio con ganas.

— Van a crear una nueva sección, no me dijo de qué iba.

— Bah, después le preguntaré a Jaime de qué va esta tontería. Será cosa de los de arriba que siempre están tocando la pera.

— Pues seguro. ¿Qué tal ayer?

— ¿Hice ruido?

— No, te oí llegar porque estaba con el rollo del máster.

Sofía y yo estábamos liadas con un máster infinito que parecía que nunca iba a terminar.

— Bien, Julio es amigo de Natalia, ya sabes, la de pádel.

— Sí.

— Pues después de la partida tomamos algo, como siempre, y Julio y un par más se apuntaron a la segunda ronda de cañas.

— Y te cazó.

— No, no, yo lo cacé a él —nos reímos las dos mientras íbamos hacia nuestras respectivas habitaciones.

— El día que encuentres a tu talón de Aquiles, ese día sí que me voy a reír.

— Espera sentada guapa.

“El día que menos te lo esperas puede aparecer esa persona que hará temblar la tierra que pisas, así que,

mientras, disfruta, vive y déjate guiar por tus emociones. No te cierres, no quieras que ese primer chico sea tu príncipe azul, lila o del color que más te guste. No quieras encontrar al Amor de tu vida con prisas, porque esto es como la cocina. Sí, chicas. Primero, debes cocerlo a fuego lento para que al final salga un manjar excelente. Para ser una buena cocinera es necesaria mucha práctica y platos quemados, platos asquerosos, platos decepcionantes o platos que una querría olvidar para siempre. Así que, chicas a cocinar y después ya vendrá lo demás. Cuando tengáis los ingredientes necesarios, exactos y precisos, a por él, pero con la seguridad de que es lo que realmente queréis. No seáis conformistas, no nos vale cualquier plato precocinado.” @danielatuespacio.

A ver, reconozco que a veces escribo cosas de las que no tengo ni puta idea, para qué mentir. ¿Temblar la tierra? A mí, como mucho, me tiembla el ascensor cuando me pego algún meneo con algún ligue. Pero ese tipo de sensaciones las saco de novelas o incluso de alguna amiga que me habla sobre el nuevo y definitivo amor de su vida.

No diré que no me he cruzado con algún tipo que me ha parecido más que guapo y me he girado para mirarlo pensando “joder menudo individuo, está para comérselo y algo más”. Pero de ahí a sentir mariposas, arenas movedizas o rollo de esos... A veces me pregunto si la gente se lo inventa pero Sofía, que es de fiar, me dice que es cierto. Tendré que creerla.

Sofía y yo cogimos la línea azul de metro, como cada mañana, para llegar hasta Sol. De allí íbamos dando un paseo hasta la Plaza Mayor, donde nos reuníamos todos para el primer café de la mañana. Era una buena costumbre que teníamos y las oficinas de la revista estaban cerca del Teatro Real.

Aquella mañana en *El Café* se respiraba más entusiasmo del habitual. Carla y su corrillo hablaban sin parar, el resto de chicas las escuchaban atentas y Toni y los tres becarios también participaban de aquella interesante conversación.

— Ya pido yo —le dije por egoísmo, cuanto menos oyera a Carla mejor para mi salud mental.

Sofía se fue hacia ellos y se sumó a esa algarabía.

— Pueden joderte el día con esos graznidos —murmuré para mí misma.

Solía hacerlo, solía hablar sola. No lo hacía de forma consciente, pero era algo que siempre había hecho. De bien pequeña mi madre se preocupó por si tenía alguna especie de amigo invisible. El psicólogo le dijo que tenía una hija brillante, nada más. Y eso soy yo, que brillo por donde voy, como un farolillo de esos que suben por el cielo. ¿Qué peli es esa que vi con Lucia? Ah, sí, la de *Enredados*. Mi sobrina se partía de risa con la protagonista y yo me la miraba encantada mientras me comía sus palomitas.

Ella es uno de mis puntos débiles. La enana, como la llamo yo. La adoro, por encima de escribir y de bailar. Pasaría las horas con ella. Tiene cuatro años y parece que tenga cuarenta, me recuerda a mí. Es maruja como ella sola y me río una barbaridad, más que con algunos adultos. Es la primera hija de mi hermana “Rouse” como la rebauticé de pequeña. Con ella me llevo genial, siempre y cuando no hable del tema “chicos”. Está casada, por supuesto, vive en un adosado, por supuesto, y está embarazada de su segundo hijo, un niño, por supuesto.

— ¿Lo de siempre, bombón?

Le dije que sí a Mario, el camarero más dicharachero de *El Café*. Y mientras esperaba en la barra, me giré hacia la izquierda, intuyendo que alguien me miraba.

Me sorprendió gratamente porque era guapo, muy guapo, rematadamente Guapo. Lástima que era hora de ir a trabajar y la cosa no podía ir a más pero le sonreí.

Sus ojos se rasgaron al devolverme la sonrisa. Ojos negros, pestañas espesas, cejas perfectas, nariz mediana y boca...qué boca, chica. Poseía una cara de esas perfectamente esculpidas.

Le di un vistazo rápido por curiosidad mientras él hacía lo mismo: camiseta negra sin ser ajustada del todo, vaqueros estrechos de pierna y botas de montaña. Cuerpo atlético y alto. Un pelo castaño con algún reflejo rubio, algo largo y muy revuelto, como si no se peinara vamos. Por un momento pensé cómo sería mesar ese cabello y me reí por esa cursilería. El susodicho me miró alzando las cejas a modo de pregunta.

— Me preguntaba si te peinas —le dije sonriendo.

— Buena pregunta —pero no me contestó y lo miré pensando que el tipo era interesante—. Yo me preguntaba si esos tacones son legales.

Fíjate, si era gracioso y todo.

— Creo que rozan el límite permitido, no te preocupes.

— No lo hago.

Uy, que lengua más larga tenía el descarado. Pero para descarada yo.

— Ni falta que hace.

Cogí los cafés y sin darle tiempo a réplica me fui con el resto.

Bruno

El tema candente era el nuevo fichaje de Jaime, parecía que no hubiera más tíos en todo el universo, joder. Total, un periodista que venía de trabajar en el extranjero, que tenía masters, cursos y cursillos que le salían del currículum. Un tipo que sabía idiomas, que dominaba incluso el chino, que eso tiene tela.

— Y lo más increíble: es colega de Moccia —soltó Carla.

— ¿El de los candados? —pregunté asqueada.

— Sí, de Federico Moccia. *A tres metros sobre el cielo, tengo ganas de ti...*

Las tres lobas y alguna más se pusieron como a dar una especie de saltitos que no entendí.

Bah, menuda mierda de libros. Me he leído alguno de ellos y los he terminado, que conste. Pero me lo tomo como literatura fantástica porque tanto sentimentalismo me pone los pelos de punta, aunque es verdad que sirven para darme ideas sobre el amor y las relaciones. Debo reconocer que escribir escribe bien, pero que el contenido...

— Y ha escrito un libro —miré a Toni, quien había dicho aquello.

— ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién? —preguntaron a la vez.

— Bruno. Una novela, un thriller...

— Hora de irse —nos cortó Sofía.

La conversación se terminó con el ruido de sillas y el parloteo de las chicas sobre aquella nueva información.

Me quedé un poco mosqueada. ¿Un libro? ¿Chino? ¿Quién venía, *Superman* o qué? Solo faltaba que estuviera bueno el jodido. Y hablando de eso...me giré para dar un último vistazo al despeinado y vi que estaba leyendo el periódico, con su pose de guaperas. Me miró unos segundos, como si hubiera adivinado que lo observaba más de lo normal, pero desvié la vista de él, haciendo ver que me importaba un pito. Estoy casi segura de que sonrió a mis espaldas, sabiendo lo que despertaba en el género femenino. Yo también solía hacerlo.

Jaime nos convocó a primera hora del día en la sala de reuniones. Una sala rectangular con una mesa alargada donde los redactores exponíamos nuestras propuestas y donde él, el director, hacía las reparticiones correspondientes de los artículos del mes. Yo me sentaba siempre enfrente de él, me gustaba ver su expresión cuando dirigía el cotarro o diluía algunos enfrentamientos.

Crucé las piernas y mí falda subió un poco. Toni me miró unos segundos, lo tenía al lado.

— Un día de estos te quedas bizco —le solté flojo.

— Y tú pagarás la operación —replicó sonriendo.

— Apañado vas —le dije divertida.

Diana me miró muy seria. Estaba loca por Toni, pero él no le hacía caso. No era culpa mía si ella era tan siesa y no sabía sacarse partido. A veces me recordaba a una tía de esas series que primero sale tan horrible y después viene el cambiazo. Estaba segura de que si Diana se ponía en mis manos, iba a sacar de allí una tipa bien guapa. Pero, ni en sueños íbamos a coincidir en algo esa chica y yo.

— Un apaño te hacía yo —siguió Toni en mi oreja.

Me reí con coquetería justo en el momento que Jaime saludaba a alguien.

— Buenos días...Bruno.

La sala se quedó en silencio. Pasó un ángel, dos, tres y un regimiento entero por allí. Y yo me giré, muy curiosa, para ver al calvo y gordo de Bruno, el sabelotodo, el que habla chino y escribe novelas baratas...

¡La madre que me parió! Si me pinchan no sangro ni gota.

— Joder cómo está el niño... —me susurró Sofía.

— Bruno va a trabajar con nosotros, en una nueva columna que estamos acabando de pulir pero que probablemente será antagónica a la de Daniela.

Mis ojos pasaron a mi jefe y lo miré incrédula. ¿Qué coño estaba diciendo? Jaime vio mi mirada y siguió hablando casi solo para mí.

— La columna de Daniela es la más leída y seguida, y con la junta directiva hemos decidido sacarle más partido. Hemos pensado que también será interesante leer el punto de vista masculino y, además, así podremos defender la opinión de nuestros lectores.

— ¿Qué hay que defender? —pregunté dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa.

Oí un murmullo entre Carla y Diana pero lo obvié.

— Que no somos machistas, que no os tenemos engañadas en nuestro mundo masculino o que no regalamos rosas porque somos unos capullos, por ejemplo.

Así que el tal Bruno había leído mis artículos. Todo aquello eran algunas de mis expresiones de los últimos meses.

— Pues ya tienes curro —le dije mirándolo fijamente.

— A eso he venido, señorita Daniela Sánchez— respondió con retintín.

Otro murmullo en la sala y solo vi sus ojos negros y su boca perfecta. Gilipollas.

— Daniela a secas, si no te importa —le dije con desdén.

Jaime nos interrumpió antes de que nos enzarzáramos y continuó exponiendo un poco más la idea de la junta. Una idea que a todos les pareció genial, a todos excepto a mí. No tenía ganas de debatirme con nadie en la revista, y menos con el guaperas de turno.

Lo miré sin cortarme, y con la luz de la sala me fijé mejor en sus facciones. ¿Ese pelo revuelto estaba peinado o salía de casa tal cual se levantaba? No podía negar que le quedaba de vicio. Daban ganas de

tirar de él mientras veías cómo bajaba por tu vientre dándote pequeños besos hasta llegar al monte de Venus... Me di una hostia en cuanto me di cuenta de que estaba fantaseando con el tipo aquel. Ni hablar del peluquín Dani, con éste ni a la vuelta de la esquina.

Él también me miró e hizo un amago de sonrisa, como diciéndome: prepárate nena. Puse los ojos en blanco y retire la mirada casi con asco. Otro en el curro con el que me iba a llevar de culo, perfecto.

Al salir de la sala, me fui con Sofía a preparar una escapada a París de tres días. La idea era presentar un viaje rápido, durante el que vieras otros lugares menos concurridos de la ciudad, y con el que te gustaras poquísima pasta. Nos pusimos al momento a ello; a buscar hoteles, hostales, restaurantes y rincones desconocidos hasta entonces para nosotras. Las dos habíamos estado en la ciudad, durante el viaje de final de curso de la universidad, y la habíamos pateado bastante, aunque con unas buenas resacas encima.

— Daniela, ¿puedes venir un momento?

Seguí a Jaime hasta su despacho y sabía exactamente qué me iba a decir, pero no esperaba que estuviera allí el despeinado de Bruno. Estaba de pie y vi que era mucho más alto de lo que me había parecido en la barra del bar.

— Bonitos tacones —murmuró él.

— Péinate —le respondí del mismo modo.

— Daniela, no te tomes esto como algo personal. Ya sabes que la finalidad de la revista es ganar dinero, y hace tiempo que van pensando en sacar más partido a tus escritos.

— Muy buenos, por cierto —añadió Bruno sin mirarme.

— No quiero que esto sea una competición a nivel personal, aunque no nos importa que lo sea a nivel escrito.

— Quiero seguir escribiendo lo que quiera —le dije sin reparos.

Mi columna era mía y siempre expresaba lo que me apetecía. Otra cosa era el resto de artículos en los que debía seguir una línea.

— Y seguirás haciéndolo. Y Bruno escribirá con la misma libertad que tú.

Que poco me gustó que otra persona hiciera un trabajo parecido al mío, y encima un tío bueno que sabía chino y que escribía novelas. ¿Qué novela sería? Nada más salir de allí lo miraría en Google.

— Si tú quieres responder a mis provocaciones, es cosa tuya. Vengo a rebatir tus palabras —Bruno me miró con cierto aire de superioridad.

Sí, vale, era mayor que yo. Rondaría los treinta, seguro, pero a mí no me daba miedo alguno.

— ¿Es que me necesitas para escribir algo decente?

Me entendió a la primera y no le gustó mi pregunta.

— Hasta hoy no te conocía y no me ha ido mal. Puedo escribir la revista entera si quieres.

— Sí, claro, y ganar el *Pulitzer*. ¿Algo más Jaime? —corté radicalmente mi charla con Bruno y miré a mí jefe, quien nos observaba sonriendo.

Supongo que ese pique entre nosotros era lo que buscaban y me habían puesto al empollón de la clase para que me robara mis matrículas de honor.

— Nada más, podéis salir.

Ambos nos dirigimos hacia la puerta y cogimos el pomo a la vez. Su mano encima de la mía. La retiré inmediatamente, como si quemara. Esperaba encontrar una mano sudada o yo que sé, áspera, pero la verdad fue que su mano era fuerte, ruda y suave a la vez. Uñas immaculadas en sus dedos de escritor y una leve cicatriz en el inicio de su dedo pulgar. ¿De qué sería? Y a mí qué me importaba. No entendía porque divagaba tanto aquella mañana. Estaba algo espesa y ver que el tipo del bar, el guapo y deslenguado tipo del bar, era el nuevo fichaje de la revista, no me había gustado un pelo. Y para más inri, tenía plena libertad para decir mentiras sobre nosotras, sobre mis comentarios y sobre lo que yo escribía.

De coña Daniela.

¿Otro orgasmo?

Era jueves pero los jueves en Madrid son como un viernes o un sábado. Sofía y yo habíamos decidido salir, bueno, más bien yo la había obligado a salir: solo un ratito. Necesitaba desconectar, beber y bailar. Sacar la mala leche que había ido acumulando a lo largo del día al cruzarme varias veces con Bruno.

“Los polos opuestos se atraen, bonita frase que oímos miles de veces. ¿Pero es real? La lista con el tonto, la guapa con el feo y la estilosa con el vulgar. No va así la cosa, los polos se complementan, como nos complementamos en lo que podemos con ellos chicas, porque no es en todo. Ellos nunca entenderán ciertas cosas, como nuestros tacones, nuestro maquillaje o nuestras ganas locas de bailar. ¿Y qué pasa con los polos iguales? Se repelen, pero muy mucho. No puedes soportar verte reflejada en tu igual y además puede ser tan aburrido...que acabaríamos dándonos golpes de cabeza contra la pared. Siempre dándote la razón o diciendo sí a todo, ¿qué puede aportarte eso? ¿Qué vas a aprender? Te parecerá genial que él esté conforme contigo en política, en gustos, en aficiones, en todo, pero a la larga verás que te falta algo y ese algo se llama Pasión. Chicas, a pensar en ello.” @danielatuespacio.

Y pasión no iba a faltar entre Bruno y yo, pero pasión de la que te fastidia.

Jaime le dio la mesa libre de mi derecha, así que lo tenía demasiado cerca para mi gusto. Lo miré por encima del hombro y me hizo gracia ver que llevaba los cascos puestos, yo hacía lo mismo para escribir. Me hubiera gustado ver qué era exactamente lo que escuchaba, pero pasé de ser amable con él y me puse a lo mío. Cogí el *iPhone* y conecté la radio; la *Flash* era mi preferida para evadirme del exterior. Me puse con el artículo sobre “Corredor o runner”, un artículo con el cual hubiera metido más chicha de la que tenía permitida. Solo podía exponer lo que era y el porqué de estas ganas de correr de la gente de pie. ¿La crisis? ¿Un deporte de bajo coste? ¿O una moda más? Yo me decantaba por esto último, pero Jaime ya me había dicho que si quería lo metiera en mi columna, pero que en ese artículo me cortara. En fin, también lo sabía hacer pero mordéndome la lengua y borrando palabras que me salían solas.

Y ahí era feliz, en mi mesa, escribiendo y sin oír a nadie más...hasta que sentí que alguien me tocaba el hombro.

— ¿Qué quieres? Sabes que odio que me molesten.

Carla sacó su sonrisa más falsa, porque tenía unas cuantas en su repertorio.

— Necesito que me pases las fotos que hizo Toni en el museo del Prado —Su tono no era el habitual y supe por qué al instante.

Bruno nos miraba y escuchaba atento. Y él era el culpable de tener al loro de Carla en mi hombro.

— ¿Y para eso vienes a tocarme lo que no suena? Hay una cosita, Carlita, que se llama Correo In-ter-no, ¿lo ves que fácil? Correo In-ter-no. ¿Lo pillas?

— Que desagradable eres Daniela.

Si quería mostrarle a Bruno que ella y yo no nos soportábamos, se lo iba a poner en bandeja.

— Carla, creo que necesitas que alguien te meta caña. En serio te lo digo, esa boca tan rígida que tienes, me da a mí que no haces el ejercicio necesario. Ya sabes, chupando po...

— ¡Daniela!

— ...llitas. Si quieres te paso el número de un amigo que...

Se dio la vuelta y se fue diciendo “niñata”, mientras yo lo vocalizaba.

— Joder, que pesadilla de mujer —murmuré mientras me ponía otra vez los cascos.

Noté que Bruno seguía mirando y vi que sonreía. Sí, claro mucha gracia me hacía a mí tener ahora pululando al pavo de Carla por aquí buscando al nuevo.

Se hizo la hora de comer y Sofía me avisó de ello, pero le dije que fuera tirando, que en nada estaría en *El Café*. Solíamos comer allí juntos, sí todos, como una gran familia. Muy bonito, siempre y cuando Ana no pidiera su plato de coliflor que nada más verla comer eso me daban arcadas. Y ya no digo nada del olor...

— ¡Sofía!

— ¿Qué? —ya se iba junto a Toni.

— No me dejes al lado de Ana, por tus muertos te lo ruego.

Toni y ella soltaron una carcajada pero no lo decía en broma, joder. Los jueves solía haber paella y Ana se la comía grano a grano, ¿era eso posible? Me ponía histérica. Sí, tengo algunas manías de abuela; no soporto ver a la gente comer mal, o masticar con los dientes en vez de con las muelas, o hacer ruido al tragar. No puedo con ello y acabo dando vueltas a mi comida sin probar bocado, lo que significa que en una hora estaré de una mala hostia que no me aguanta ni mi padre. Soy primitiva, sí, lo sé. Si no como bien, si no duermo bien y, por qué no decirlo también, si no follo, me pongo de mal humor. Mejor no te cruces conmigo.

— No tardes —me dijo Sofía.

Me quedaban dos cosas que mirar y no iba a tardar nada. Una era mi nota del curso de fotografía que había hecho el trimestre pasado. Hoy me decían si lo había pasado o no.

La otra cosa, era cotillear sobre la novela de Bruno. Soy periodista, no hay ninguna intención más que la de cotillear.

Abrí mi correo personal y no había nada. Bueno, más tarde volvería a probar.

Google: Bruno Abreu.

Fecha de nacimiento: 17 de febrero de 1986 (edad 30), Madrid, España.

Libros: *Dos más dos cinco*.

Leí con avidez algunos datos más: su padre era profesor de economía y su madre enfermera. Estudió periodismo en Madrid. Se fue a Londres a los veinticuatro años para trabajar junto a Federico Moccia en un proyecto literario. “Dos más dos cinco” es una novela de intriga y misterio que se ha convertido en un fenómeno literario a nivel nacional en Italia. Se ha vendido un millón de ejemplares en pocos meses... Traducido en varios idiomas...Expansión a nivel...

Vaya, Vaya. Me recosté en la silla y fui directamente a *Amazon*, donde solía comprar lo que leía en mi *Kindle*. Estaba entre los más vendidos y lo compré: 12,34 €, ¿Acepta? Le di al botón y entonces oí un carraspeo justo detrás de mí.

— Gracias señorita Sánchez — “Caguentó” lo que se menea.

— Perdona Bruno, pero ¿podrías no estar ahí detrás plantado como un puto espía de la KGB?

— Pasaba y he mirado por curiosidad. Pero gracias, otra vez.

Estaba segura que lo decía para picarme. Me giré hacia él y me levanté. Bruno, debería haber dado un par de pasos hacia atrás, pero no se movió un pelo.

— Es mi trabajo Bruno, no te crezcas.

— ¿Leer mi novela?

— No, iluso. Conocer al enemigo, ya sabes.

Bruno soltó una risotada y yo esperé a que se le pasara la tontería.

— ¿Así que has comprado mi libro para conocerme?

— Eso es —hablé lo más segura que pude, mintiendo claro, porque no me daba la gana reconocer delante de él que sentía curiosidad por saber qué había escrito.

En el fondo, esperaba encontrar una bazofia pero tantas ventas...Tenía que comprobarlo por mí misma, simplemente.

— Pues si quieres tomamos un café, o una caña o incluso podríamos hacer gimnasia de esa que le has dicho a tu amiga. Y así me conoces mejor para después tener algo decente para tu columna.

Gracioso, gracioso el niño.

— No me gusta perder el tiempo.

— No lo harías.

Lo miré un poco flipada. Conocía a pocas personas tan rápidas de mente, con ese desparpajo y que fueran capaces de dejarme casi en blanco.

— Eso lo dirás tú, pero probablemente mi tiempo vale más que el tuyo.

— Pues que lo disfrutes con MI libro —su tono de subidillo me empezó a poner nerviosa.

— Dudo que me guste.

— Te gustará.

— Sí, claro.

— Es de tu estilo.

— ¿Y cuál es mi estilo?

Nos miramos fijamente, como dos leones a punto de saltar el uno sobre el otro. Por unos segundos se me fue la vista hacia su boca. Puta boca. Era demasiado...demasiado perfecta. Volví inmediatamente a sus

ojos y vi un amago de sonrisa que no me gustó nada.

— Yo soy tu estilo.

— Ja, ja, ja y yo la chica de tu vida.

¿De qué iba este?

— Podría ser. Nunca se sabe.

— Contigo ni en una reunión de pastores.

— Cuando empieces a leer el libro, te morirás de ganas de hablar conmigo. Quedas avisada.

— Ahora me muero de hambre, así que, si no te importa, apártate un poquito.

Hizo una reverencia y pasé por su lado.

— Bonitas piernas —murmuró como yo solía hacer para picar a Carla y sonreí sin que me viera. Menudo personaje estaba hecho aquel tipo.

Lo peor de todo era que el muy idiota tenía razón. Nada más llegar a casa, empecé a leer su novela y odio decir que me enganchó a la segunda página por cómo escribía y por la fuerza de sus personajes. Estuve un par de horas leyendo, disfrutando de ese thriller, de la trama, de los giros intentando averiguar quién era el asesino. Nada, imposible saberlo, porque te presentaba varias opciones y no tenía claro cuál de ellas era la correcta. Cerré el *ibook* y me puse a pensar. Este tío me iba a traer complicaciones, lo intuía.

Así que decidí salir, olvidarme del trabajo y convencí a Sofía. No me costó demasiado porque estaba muy aburrida con el máster.

Fuimos hacia el barrio de Las Letras, hacia un garito donde trabajaba una de nuestras amigas; Lorena. Al principio de la noche había poca gente y así aprovechábamos para beber las tres juntas. Más tarde aquello parecía un hervidero de cuerpos y era imposible decirle ni mu.

Lorena salió de la barra y nos dimos un buen achuchón, con besos incluidos. Estuvimos charlando y bebiendo cerveza de importación porque ella nos invitaba siempre a la primera ronda. Después pasamos al *Orgasmo*; un combinado que mezclaba licor de melocotón y limonada. El garito se llama *Los uxenta* y ofrece una extensa carta de combinados que se ve que se tomaban en los años ochenta; destornillador, lugumba, mosca, sol y sombra,... y otros tantos. Sofía y yo hemos probado ya varios porque Lorena nos los mete entre pecho y espalda, qué remedio.

Sofía tolera el alcohol como un tío y yo como una “mierdecilla”. Con lo cual intento controlar lo que chupo porque a la que no me doy cuenta ya llevo una buena, y entonces viene cuando me encuentro a alguno en la cama por la mañana, y es algo que no soporto. Procuro no pasar de las tres copas y, más o menos, algunas veces más que menos, voy dominando el tema.

— ¿Otro *Orgasmo*? —Lorena lo decía a modo de pregunta pero la verdad era que ya teníamos las bebidas en la barra.

Un brindis entre las tres y Lorena a currar. Sofía y yo ya estábamos bailoteando por el local, riendo y hablando por los codos, todo a la vez.

— Daniela, hola, ¿cómo estás?

Miré a ver quién era y vi a... ¿quién era? Alto y guapo. Un ligue fijo pero ni idea de su nombre. Me solía pasar.

— Ah, bien.

— Soy Alberto —se justificó ante mi intento de encontrarle un sentido a su cara bonita— Nos conocimos hace unas semanas.

Vale, sí. Alberto.

Y entonces lo típico; hablamos un poco, nos acercamos un poco más y acabamos dándonos algunos morreos en una de aquellas paredes, entre muchos cuerpos bailando. Miré por el rabillo y vi a Sofía charlando con un par de chicas que conocíamos. Me separé de Alberto y aunque no me hubiera importado repetir con él, porque el muchacho estuvo bien en la cama, le dije que debía irme. Alberto insistió y me dio su número de teléfono. Le dije que le llamaría (en sueños quizás).

Del local de Lorena pasamos a otro donde nos tomamos un chupito de whisky, ¡qué cosa más mala!, pero a Sofía le pirraban y yo la acompañaba. El mundo empezaba a nublarse y era hora de dejar de beber. Bailamos y bailamos, dejándonos llevar por la música y disfrutamos como camellos. Llegamos al piso riendo, yo apoyándome en ella y haciendo algo de ruido.

— Deja de reírte así o Martín nos echará —me avisaba Sofía soltando también sonoras carcajadas.

— Vale, vale —intentaba cerrar la boca pero explosionaba en una nueva risotada.

Al entrar oímos la ducha e imaginamos que Martín acababa de llegar de su turno. Eran ya las dos de la mañana.

— Hasta *tomorrow* petarda —le dije yendo hacia mi cuarto.

— ¡Un beso para tu culo!

Nos reímos de nuevo porque llevábamos una señora borrachera. Al final habían caído dos chupitos más y Sofía le había sumado un gin-tonic, “en copa de bola por favor porque a mí me gustan las pelotas bien grandes”. Aún me reía con Sofía, que tía.

Vi la puerta de Martín medio abierta y di un golpecito. Apareció con la toalla en su cintura y el pelo mojado. Joder ¿no? Martín era como el buen vino, a más años más bueno estaba. Y yo ojos tenía, claro, por muy compañero de piso y amigo del alma que fuera. Me sonrió sabiendo que no iba fina.

— ¿Qué tal la noche? —entró invitándome a pasar y me tumbé en su cama mirando el techo.

Martín tenía allí dibujado el mapa del mundo y era divertido observarlo, sobre todo si habías bebido. A veces jugábamos a situar países y nos peleábamos y todo.

— Hemos bailado tooooooda la noche. Estoy muerta. Ya no soy lo que era, Martín.

Se rio por mis tonterías mientras se desprendía de la toalla y cogía uno de sus calzoncillos.

— ¿Todo eso es tuyo? —le pregunté mirando su ya conocido miembro. Estaba bien dotado.

Se puso un pantalón de pijama fino con su sonrisa de rompecorazones y observé bien su cuerpo. Musculado. Terso. Suave. Sin imperfecciones. Cuerpo de bombero, vamos.

— ¿Estás muy cansado? —le pregunté sintiendo el calorcito entre mis piernas.

— ¿Cansado para? —me conocía de sobras pero le gustaba remolonear.

— ¿Un teto?

Nos reímos los dos.

— ¿Y quién se agacha? —preguntó quitándome los zapatos.

— ¡Me presento voluntaria mi general!

— Daniela, eres un caso perdido.

Se tumbó encima de mí y acercó su boca a mis labios. Su lengua se introdujo y sentí su calidez. Besaba despacio, con maestría, saboreando mi saliva junto con el regusto de alcohol.

— Daniela...

Su nombre en mis labios siempre me encendía y subí las caderas para sentir su erección. Él introdujo su mano por debajo de mi camiseta y cogió uno de mis pechos liberándolo del sujetador. Apretó lo justo para que soltara mis primeros gemidos. Cerré los ojos y la cabeza me dio alguna que otra vuelta, pero por culpa de la bebida, así que los abrí de nuevo.

— Fóllame Martín...

Siempre le encantaba que le hablara y le dijera guarradas.

— En cuatro, dame duro...

Martín aceleraba su respiración y apretaba sus dedos en mis carnes. Me giró sin esfuerzo y levantó mis caderas. Subió mi falda hasta la cintura y bajó las medias. Apartó el tanga sin bajarlo y pasó su pene por mis labios mojados.

Gemimos los dos a la vez.

Se puso el preservativo con su habitual rapidez y entró de una estocada.

— Sí...

No podía casi ni hablar. Me llenaba al completo y sentía cómo palpitaba mi sexo por él.

— Daniela, voy a follarte hasta que llores...

— Joder Martín...

— Dime de quién eres...

— Tuya...

Era un juego típico de palabras entre nosotros dos porque nos iba el rollo de hablar en la cama. Eso de estar mudos mientras manchábamos no nos gustaba. Si usabas el sentido del tacto, de la vista, del olfato y del gusto, ¿por qué no el del oído? No había nada mejor que un tío que sabía decir cerdadas en mi oreja mientras me iba dando. Y ese era Martín.

— Qué más eres...

— Una puta...

— La puta de quién...

— Tu puta Martín...

Con cada frase iba entrando y saliendo y se nos iba más la olla al decirnos cosas.

— Siempre serás mi puta nena, siempre...

— Sí...

Me cogió del pelo, tirando de él y solté un leve grito. Martín empezó a darme fuerte y rápido. Comencé a sentir esa maravillosa sensación; el hormigueo. Comenzaba en mi sexo para expandirse por todo mi cuerpo hasta niveles de placer tan brutales que a veces me parecía que no iba a poder soportarlo.

Grité al sentir mi orgasmo recorrer mi piel y Martín siguió con el mismo ritmo hasta que notó que yo había terminado, y entonces aceleró y me usó como una muñeca. Me encantaba sentirlo así porque cuando yo estaba tan en el limbo del placer, apenas me percataba de lo que sentía mi compañero. Martín me lo solía mostrar porque era de los que tardan en correrse y sabía que me agradaba sentir su corrida.

Soltó varios gruñidos de placer al correrse con mi nombre en su boca y sonreí.

Viernessssssssss

Me quedé tumbada, sintiendo las palpitaciones y su respiración entrecortada a mi lado.

— Martín eres el *number one*.

— Lo sé.

Nos reímos los dos y bajamos el tono al acordarnos de que Sofía ya debía estar durmiendo.

— Daniela...

— ¿Mmm?

Me caía la babilla por un lado y me reí mientras me limpiaba con la mano.

— Es la tercera vez este mes.

— ¿En serio? ¿Y qué?

La tercera vez que follábamos.

— ¿Y para qué las cuentas, Martín?

Me puse bien el tanga, me subí las medias y me bajé la falda, todo en la misma posición.

— No es tan difícil contar hasta tres, nena. Lo que quiero decirte es que no es lo habitual ¿no?

Me quedé pensando. No lo era pero tampoco me parecía tan extraño.

— ¿Te supone algún problema?

— No — Demasiado rápido Martín, mientes.

— ¿Seguro?

Lo miré y vi que miraba hacia el mapamundi.

— No.

— Mírame enano —le pedí más flojo.

Me miró con cautela.

— No Daniela, pero es que me preocupa que esto pueda joder lo nuestro.

Me senté de un salto y resbalé, cayendo al suelo como una imbécil y dándome un buen golpe encima de la ceja con la esquina de su cama.

— ¡¡Joder!!

Martín vino a socorrerme al instante y en nada tuve una bolsa de guisantes congelados en el chichón.

— ¿Ves por qué lo mejor es pirar de la cama después de follar?

— Daniela, no me hagas sentir culpable, joder.

Estaba preocupado por la hinchazón. Me miré en el espejo y vi que aquello tardaría un par de días en irse pero que tampoco no era nada grave.

— Martín.

— ¿Qué?

— Nada ni nadie va a estropear nuestra amistad, ¿lo entiendes?

Nos dimos un abrazo y para destensar el ambiente le puse la bolsa congelada en el pompis.

— ¡Cabrona!

Me fui corriendo de su habitación entre risas, oyendo cómo se cagaba en mí.

“¿Podemos ser amigos íntimos de un chico? ¿Por qué no? No nos entienden del mismo modo, no hablan el mismo lenguaje, hay cosas que les parecen banales y miles de excusas más. Pero os diré, por experiencia propia, que un mejor amigo puede ser igual de real que una mejor amiga. ¿Por qué basarnos en su sexo? Afirmo que un hombre y una mujer pueden ser amigos y sin intereses por ninguna de las partes. Puede llegar a ser tu cómplice y tu compañero de juergas y lo que se tercie, porque no es su sexo lo que lo define, sino su mente, su manera de ser, su manera de ver la vida. ¿Por qué tengo que cortarme para contarle según qué cosas? Puedo hablarle de mi vida sentimental, amorosa y sexual ¿Por qué no? Y él podrá aconsejarme, darme su visión e incluso muchas veces simplificar algunos de mis problemas. Chicas, siempre os digo que el mundo masculino nos somete, lo sé, pero a veces estaría bien poder sacar provecho de algunas de sus cualidades. ¿Os animáis?” @danielatuespacio.

Sofía tuvo que despertarme y me costó horrores salir de la cama. Me dolía un poco la cabeza y también la ceja. En el espejo me di cuenta de que el golpe había sido más fuerte de lo que había creído.

— Buenas días Daniela —Sofía me dio el café.

— Buenos días Sofi —rebufé cansada ya de buena mañana.

— ¿Y eso? —me miró preocupada.

— Resbalé de la cama.

— No me digas... ¿De la tuya? —me miró medio sonriendo.

— De la de Martín.

— Daniela, ¿y eso?

— Pasé a saludarlo y follamos. Luego me caí.

Hubo unos segundos demasiado silenciosos para mi gusto.

— ¿Qué?

— Nada.

— Quien nada no se ahoga, casca —le pedí dando sorbos al cafelito.

— Van tres.

— ¡Joder con los contadores humanos!

Sofía me miró sin entenderme.

— ¿Y qué si van tres o cuatro? Martín y yo somos... Martín y yo. Parece que no nos conoczas.

Me vino a la cabeza las palabras de Martín; *joder lo nuestro*. Pero ¿por qué? ¿Qué más daba un polvo más o uno menos?

— Por eso lo digo, porque os conozco, a ti y a él, y ÉL aunque hable poco, expresa mucho.

— Sofi no me hables con metáforas periodísticas. Habla claro.

— Martín no es como tú Daniela.

— ¿Y?

— ¿Y si se cuele por ti? No, no me mires como si vieras a una hormiga rosa de tres metros de altura paseando por la cocina. Sabes de qué te hablo.

Jodida Sofía, siempre tan juiciosa.

— Martín no quiere colgarse por nadie, es como yo.

— No, no lo es. No intentes convencerme porque no lo es.

— Bueno Sofía, ya es grande el chico para saber qué quiere ¿no? Así que dejemos el tema.

— Y así lo termina todo la señorita Sánchez.

— No me llames así, leches.

— Daniela, cuando estés sola contigo, y te pongas a pensar en esto, que lo harás, piénsalo bien ¿sí?

— Sí, sí, sí.

Y me fui sin replicarle más porque Sofía me quería mucho, me cuidaba, me protegía y estaba siempre pendiente de mí. Y sus palabras siempre buscaban mi bienestar. No podía mandarla a tomar por saco ni decirle que no se metiera en mis cosas, porque Sofía era aquella vocecilla que intentaba que entraras en razón. Debo decir a favor de ella, además, que eran pocas las veces que me metía caña, porque respetaba mi manera de ser.

Aquel viernes, en *El Café* también estaba el despeinado. Cuando entramos Sofía y yo, que solíamos llegar las últimas, Bruno nos miró. Estaba rodeado de las tres brujas y del resto del personal. Por supuesto, Carla, en su papel de reina al lado del rey.

— ¿Pido yo? —preguntó Sofía.

— No, me haces un favor dejándome invitarte otra vez, *please*.

Sofía se dirigió hacia ellos y yo me senté en el taburete. Cogí el periódico y esperé a que viniera a servirme alguno de los camareros. Di un vistazo y vi que iban a tope, como siempre a esa horas de la mañana. Pero casi mejor así, no tenía ninguna prisa en reunirme con las demás ovejas.

Fui pasando páginas pero no leí nada. Estaba pensando en Martín. ¿Era posible que Martín...? No, no. Él tenía clara cuál era nuestra relación. Cuando nos hicimos amigos, al principio, lo hablamos abiertamente y ambos coincidimos en que lo mejor era continuar como dos amigos que pueden salir cuando les apetezca, incluso follar en alguna ocasión, pero sin ser pareja ni nada por el estilo. Sin enredos, ni líos ni complicaciones. Y hasta el momento había salido todo genial. Es verdad que ese mes nos habíamos acostado tres veces juntos pero había sido casualidad...

— Si lees así de rápido ya debes haber terminado mi *Dos más dos*.

— Apareces de la nada como los muertos vivientes. ¿Qué pasa, te aburren las tres gracias?

— ¿De Rubens?

— Que culto eres, me fascinas —le dije con una ironía palpable.

Miró el golpe de mi frente y frunció el ceño.

— ¿Qué te ha pasado?

Su tono de preocupación me sorprendió y no supe si me gustaba o no.

— Me caí de la cama.

— ¿Durmiendo? —No, no me gustaba que se preocupara por mí.

— Follando.

Lo vi tragar saliva por mi brusca contestación. A él tampoco le gustó mi respuesta, mala suerte, no haber preguntado.

— Así sería tu compañero.

Más le valía no seguir por ese camino; a Martín no lo toca ni Dios.

— ¿Y a ti qué te importa, Bruno?

Me miró sorprendido pero rápidamente chasqueó la lengua.

— No me gustaría pensar que eres la típica chica deslenguada que después agacha las orejas con su pareja.

Lo miré alucinada, en serio. ¿Pero qué decía?

— Estuve en Italia en un proyecto en contra de la violencia machista y es algo que tengo muy en mente.

Se justificó ante mi mirada y no supe si mandarlo a la mierda o qué.

— No tengo pareja, eso lo primero. Y yo soy como me ves en el curro y en cualquier lado, no soy actriz.

Nos miramos en silencio. Yo pensando por qué cojones había acabado dándole explicaciones innecesarias y él... no lo sé.

— ¿Qué? —le inquirí de mal humor.

— Tendré que creerte —alzó su ceja mientras lo decía

— Me da igual si no me crees.

Se sentó a mí lado y cogió otro periódico. ¿Por qué se quedaba ahí? Lo miré de reojo y vi que llevaba vaqueros negros ajustados y una camiseta de color crudo. Me molaba su estilo, no puedo negarlo, moderno pero informal.

— Me estás mirando —soltó en un tono de burla y sin quitar la vista de lo que leía.

— Miraba si venía el camarero de una vez —le dije molesta.

— Ya, ya.

Menudo idiota.

Bruno y yo no íbamos a caernos bien en la vida. Primero porque no me gustaba tener un rival como él en la revista, no porque le tuviera miedo sino porque era un tío, y ellos siempre tienen más cosas a favor que nosotras. El jefe es un hombre y por muy liberal que sea, la cabra tira para el monte. Además las féminas de la revista se morían por estar cerca de Bruno y estaba segura que iba a pedir a más de una algún que otro favorcillo. Todo eso sumado, a que cuando creara su cuenta de *tweet* como redactor iba a tener ya un montón de seguidores: todos aquellos hombres que me leían a mí y a los que no les gustaba nada lo que yo escribía.

Me iban los retos, por supuesto, pero Bruno me molestaba demasiado. Su novela decía muchas cosas de él y la primera era que tenía una mente creativa y brillante, no era un tipo mediocre, con el que darte un revolcón y poco más. Además de guapo tenía más de una neurona y eso era peligroso. Tal y como había predicho tenía ganas de hacerle un millón de preguntas sobre su libro: ¿Cómo era ese pequeño pueblo italiano? ¿Por qué la protagonista tenía ese miedo a la gente? ¿Por qué su madre era alcohólica? ¿Cómo era posible no intuir siquiera quién era el asesino?

Pero no le dije esta boca es mía porque no quería darle la razón.

— Oye Bruno, ¿tienes planes para este fin de semana?

La voz de gata de Carla se me metió en el oído como líquido hirviendo y casi puedo jurar que me dolió. Carla es como una otitis crónica para mí.

— ¿Por? —preguntó Bruno.

Se acercó por fin un camarero y pedí los cafés para llevar. Eso me pasaba por llegar tan justo, era culpa mía porque me había costado un año levantarme. Miré a Sofía; estaba parlotando animada con Brad Pitt, bueno, así lo llamaba yo a Santi, el experto en deportes de *TuEspacio*. Era demasiado guapo, tanto que tenía cara de niña y a mí esos físicos no me gustaban nada. Me iban los chicos más rudos, con facciones más marcadas, con barbita de dos o tres días y con cara de hombres.

— Hemos quedado los de redacción para salir esta noche por Malasaña.

— ¿Vais todos?

— Normalmente sí.

Pagué con rapidez y me fui del influjo negativo de las feromonas de Carla antes de que me dieran ganas de vomitar. Si de por sí su voz aguda me repelía, me horrorizaba cuando se ponía en plan “cómeme el coño”.

Le di el café a Sofía y ella me miró absorta.

— ¿Todo bien? —le pregunté.

— ¿Eh? Sí...

— Daniela —era Toni.

— Dime.

— Esta noche hemos quedado para acabar borrachos hasta el amanecer.

— Que bonito Toni. Pero no contéis conmigo, tengo planes maquiavélicos.

— ¿Y qué haré yo sin ti?

— Te dejo que me pienses, va, y que hagas guarradas.

Nos reímos y fuimos hacia la revista. Los de redacción solíamos salir juntos y, la verdad, era divertido conocernos mejor fuera del trabajo. Habíamos formado un grupo bastante majo y entre desayunos, comidas y alguna que otra noche de juerga, habíamos cuajado bien, sin tener en cuenta a las tres marías y a mí. Todos sabían de nuestras tiranteces pero creo que les divertíamos y se lo tomaban con filosofía. Hasta ahora no habíamos pasado de decirnos alguna que otra barbaridad. La batalla estaba entre Carla y yo, eso era evidente, y tengo que decir a su favor que la tía es dura como una piedra y que aguanta estoicamente mi lengua viperina. Fíjate que a veces pienso que en el fondo le mola porque es un poco masoquista. Debería follar más y hablar menos, siempre se lo digo, pero Carla es lo contrario a mí. Necesita sentir cosas de esas en el estómago para enrollarse con alguno. Alguna que otra vez, sabiendo que está cerca, doy detalles sobre mis escarceos sexuales y ella se escandaliza, como si fuera la virgen María. Cuando salimos con el resto procuramos ignorarnos al máximo, tampoco me gusta salpicar a los demás y ella hace lo propio.

Pero aquella noche mi plan era totalmente alternativo: quería seguir leyendo el libro de mí contrincante, sentada en el sofá con una cerveza en la mano y degustando el final de aquella apasionante novela.

Tensión, intriga, dolor de barriga

Al salir del curro, mi hermanita y yo habíamos quedado para dar un paseo por el centro hasta el Retiro, donde la enana me hacía trotar como una auténtica yegua. Además les había dicho que les tomaría algunas fotos.

Evidentemente, aquel día llevaba ropa de recambio y antes de salir pasé por el baño para enfundarme en unos vaqueros elásticos y calzarme mis *Converse* rojas.

— ¿Ya sabes andar con eso? —El gracioso de Bruno se tomaba demasiadas confianzas para apenas conocernos.

Estaba sentado en su mesa, delante del ordenador y tomando notas.

— Cuando quieras te dejo mis tacones, veo que tienes cierta fijación —le contesté preparando mi *Canon*—. ¿Es fetichismo?

— ¿Es tuya la cámara? —preguntó ignorando mi pregunta.

— Sí.

Me la compré apenas hacia un año y era la niña de mis ojos. La metí en la mochila, junto con mi ropa.

— ¿Vas a hacer fotos para la revista?

— No, he quedado con mi hermana para hacerle unas fotos en el Retiro —miré el reloj y vi que me quedaban cinco minutos.

— Ya, ¿has estudiado fotografía también?

La curiosidad mató al gato Bruno, mira que era preguntón.

— ¿Quieres que te pase mi biografía? —lo miré alzando las cejas y con las manos en mis caderas.

— Tú has leído la mía.

Touché.

— Yo también siento curiosidad por saber de ti —nos miramos unos segundos en silencio— Eres mi rival Daniela.

Sí, eso estaba claro. No iba a ser por otra cosa...

— Daniela Sánchez, veinticinco años, estudié periodismo, trabajé en una revista online y actualmente curro en *TuEspacio*. Acabo de terminar un curso de fotografía y se me da muy bien, como escribir, que es lo mío. Mi padre es arquitecto y mi madre profesora de infantil. Tengo una hermana casada con una hija, Lucía. ¿Algo más?

Bruno sonrió y movió la cabeza diciendo que no. Y yo me acordé que todavía no había mirado el correo

desde ayer. Lo abrí en mi móvil y leí con rapidez que la suma de mis notas daba como nota final un excelente.

— Ole, ole, que buena soy —me dije a mí misma.

— Y que buena estás —murmuró Bruno.

— ¿Qué has dicho? — ¿había oído bien? Sí, seguro.

Bruno me miró y tardó unos segundos en responder.

— Nada que no sepas —su tono fue más bien seco. Como si se arrepintiera de haberme dicho aquello.

— Bruno, no dejes que el cerebro que tienes entre las piernas domine el que tienes aquí arriba —le dije señalando su cabeza— O tu columna en la revista va a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

— Daniela, no necesito tus consejos de veinteañera.

¿Otro que me venía con lo de niñata?

— Que te jodan.

Cogí mi mochila y me fui sin esperar su respuesta.

Al bajar estaba cabreada y era extraño que alguien fuera capaz de sacarme de mis casillas con tanta rapidez. Supuse que Bruno acumulaba demasiadas cosas en su contra y que a la mínima había saltado.

Mi hermana Rosa aún me hizo esperar cinco minutos en la puerta pero sirvieron para que me fuera bajando la mala leche, y cuando vi a Lucia se me olvidó todo lo demás. Nos lanzamos a correr la una hacia la otra hasta que la cogí en volandas y le hice dar varias vueltas. Su pelo medio rubio, con aquellos tirabuzones y sus ojos grandes, expresivos, me tenían loca.

— ¡Nela!

— Jolines Lucia, ¿has crecido?

— Sí, mucho, porque como un montón de fruta en el cole. La señorita Belén dice que la fruta es buena para el corazón.

Ay sí, Lucia, si con la fruta tuviéramos suficiente. Y entonces sentí como si la sangre se fuera de mi rostro, toda hacia mi cerebro para diagnosticar con urgencia aquel pensamiento. ¿?

— Daniela, estás un poco blanca, hija —mi hermana me dio dos besos.

— Mami, Nela dice que he crecido...

Rouse y yo charlamos con Lucia, quien no dejaba de hablar. Era peor que yo, y eso es difícil, pero me superaba con creces. Sin darnos cuenta llegamos a El Retiro y antes de empezar la maratón con la enana, les hice varias fotos con el estanque de fondo.

El tema de la fotografía había comenzado un par de años atrás, cuando conocí a Toni en la revista y me dio por observar cómo y qué hacía. Le fui preguntando sobre ese mundillo y al final opté por hacer algún cursillo. Toni me había echado una mano y me había aconsejado qué cursos eran los más convenientes y cuando me decidí a comprar la cámara, fuimos los dos juntos a un estudio de un colega suyo. Con todo

esto, Diana pensó que me estaba ligando a Toni, cosa que ni por asomo. Pero como era camarada de Carla no me dio la gana de decirle que se estaba equivocando. Toni era un chico majo pero no era mi tipo y él, que lo sabía, porque tonto no era, me tiraba la caña bromeando.

Después de la sesión de fotos, jugamos a correr como cabras montesas, y a saltar la comba mientras mi hermana y su barriga nos observaban. Finalmente Lucia dijo que estaba cansada y nos sentamos en el césped. Mientras la pequeña se tomaba un zumo de piña, Rouse y yo fuimos parlotando de todo y de nada. Por supuesto le puse al día sobre la nueva incorporación de la revista y cuando me preguntó sobre su físico, no supe qué decirle.

— Es guapo.

— ¿Alto, bajo, rubio, moreno...?

Le di una descripción detallada y ella sonrió.

— Parece tu tipo ¿no?

— Yo no tengo tipo Rouse. No quieras liarme porque sabes que paso.

— Un día voy a comer y me lo presentas.

Alguna que otra vez mi hermana se escapaba de su curro y comía conmigo.

— Fijo que te gusta porque es impertinente como yo.

— Vaya, pues sí que tenéis cositas en común.

— No lo soporto Rouse, así que deja el temita.

Lucia y yo nos despedimos con un millón de besos y prometiéndonos vernos pronto. Aquella pasión tía-sobrino era recíproca y Rouse nos miraba con cara de boba porque le encantaba ver que yo adoraba a su hija casi tanto como ella. Siempre me decía que tenía madera de madre y yo siempre le replicaba que con la madera me haría una buena cama donde poder chingar a gusto. Mi hermana me daba alguna que otra colleja mientras se reía por mi respuesta.

Me puse a leer la novela de Bruno después de cenar sola, porque Martín estaba en casa de un colega (eso era lo que ponía en la pizarrita de la cocina) y Sofía vete a saber dónde. Y desconecté de nuevo del mundo exterior. A medida que avanzaba la lectura, iba sintiéndome parte de aquella historia, como si Bruno te metiera dentro y fueras un personaje que está en una esquina, observando todo lo que ocurre pero sin saber cuál será el siguiente paso de los protagonistas. Era... ¡emocionante! Y a la vez te mordías las uñas y daban ganas de quedarte leyendo el libro hasta terminarlo de una vez.

Las últimas diez páginas las leí con una tensión bestial, como si me fuera la vida en ello. Alucinando a cada giro que daba Bruno en el final de aquella trama. Cerré el libro y vi a Bruno en mi mente, sonriendo con ese aire de superioridad, despeinado, guapo a matar. ¿Y qué le hubiera dicho de tenerlo delante? “Eres un crack”. Increíble la sensación de ni intuir por asomo que el asesino era quien era. Alucinante. Un final de aquellos que marcan, que te hacen pensar durante días, que te dejan un buen gusto de boca, de aquellos que dices: ¿cómo se le ha ocurrido todo eso al escritor? Y aquella debía ser la primera pregunta que le debía realizar la gente, y yo, aunque me moría de ganas, me negaba a reconocerle el mérito. Al enemigo, ni agua.

Pero era de los mejores thrillers que había leído últimamente; Bruno era bueno en lo suyo. ¿Estaría escribiendo algo de nuevo? Frené un millón de preguntas que me vinieron de golpe; basta ya. Parecía que no pensaba en otra cosa, joder.

Al cabo de un rato llegó Sofía y estuvimos un rato charlando hasta que llegó Martín y nos pusimos los tres a ver una peli. Le tocaba escoger a Sofía y nos puso *Solo una noche*. Un matrimonio joven; él tiene un viaje de negocios con su compañera de trabajo y durante toda la noche hay un estira y afloja hasta que terminan en la cama. Ella, su mujer, se reencuentra con un amor del pasado y pasan también la noche juntos, se quieren, hay sentimientos pero ella no se acuesta con su ex. Y así termina la gran película.

— Menudo tostón Sofía —le dije mientras salían los créditos.

— ¿Qué dices? Fíjate si es la vida misma. Él se la acaba follando y solo es sexo. Y ella no y ahí sí hay amor. ¿Qué quiere decir eso?

— Que ella es tonta —le dije riendo.

— Daniela, el trasfondo... —me indicó Martín.

Sí, sí, lo había pillado. El sexo por sexo no implicaba nada y hacerlo con amor sí.

— Pero sigo diciendo que yo de ella no me lo pienso.

— Eso es porque no has estado enamorada —replicó Sofía.

— Y no sabes cómo terminará esa pareja —miré a Martín—. Solo nos han mostrado esa noche. Ahora quizás él le diga que ha sido infiel o quizás el ex vaya a por ella o ella a por él. Vete a saber.

— O que se reencuentren en un par de años y vean que están hechos el uno para el otro.

Los miré sonriendo.

— Pero qué ganas de complicarse. ¿Tú me quieres? ¿Y yo a ti? Pues no hay más que decir —dije mirando a Martín—. ¿Para qué andarse con rodeos o esperar dos años?

— La carne es débil —soltó Sofía.

— Sí, claro, que te lo digan a ti que llevas seis años siendo fiel al fiero.

— Bueno...

Martín y yo la miramos esperando qué significaba ese bueno.

— ¡Sofía! —Mí olfato de periodista me decía algo...— No jodas...

— Sí, no,...quiero decir que no he hecho nada...Pero hoy Santi me ha invitado a un café y le he dicho que sí. Hemos ido a un bar muy cuco, detrás de Ópera.

— ¿Y?

Estaba alucinando, la verdad.

— Pues no sé cómo ha pasado, joder, pero nos hemos besado...mucho.

Mucho. Sofía besándose con el Pitt en una cafetería.

— Estoy hecha un lío —nos confesó Sofía—. Yo no soy así, no he sido jamás infiel —estaba realmente preocupada.

— Ya, ya. A ver, deberíamos empezar analizando qué sientes por Julen.

— Le quiero...

— ¿Cómo amigo? ¿Cómo hermano? ¿O qué? —preguntó Martín.

— Buff, no sé.

Y con TODA mi experiencia sobre el amor y las relaciones seguí intentando ayudar a Sofía.

— ¿Te sientes mal? ¿Quieres seguir con Julen? ¿O sientes algo por Santi? —yo parecía una ametralladora.

Sofía me miró sonriendo, sabiendo el esfuerzo que hacía.

— Necesito pensar Daniela, no quiero hacer las cosas mal y precipitadamente —mi juiciosa Sofía estaba desubicada.

— Bueno, no te preocupes, que las cosas ya irán saliendo. Tú déjate llevar.

Me miró alzando las cejas.

— Lo he leído por algún lado —le dije— ¿Qué le vas a explicar a Julen?

— No sé si decirle la verdad —hundió su cuerpo en el sofá.

— Sería lo suyo Sofía —Le aconsejó Martín.

— Le haré daño.

— Ya se lo estás haciendo y es mejor que no enredes más las cosas. Imagino que se te hace una montaña pero debes ser consecuente con tus actos.

— Esa frase es mía —señaló con un hilo de voz.

— Y del mundo entero. Vamos Sofía, no tengas miedo de sentir. Si lo tuyo con Julen ha terminado, pues se ha terminado y a empezar de cero, con o sin Santi, porque si te has liado por algo será. Quiero decir que, aunque no vayas a continuar con el Pitt, le has metido los cuernos a Julen y eso querrá decir algo, ¿o no? —añadí yo.

“En la universidad tuve un par de amigas que salían con sus respectivos y que además se liaban con otros chicos. Mientras al resto de las chicas de la clase aquello les parecía un desmadre, a mí me hacía gracia, porque me parecía que adoptaban un papel masculino y aquel punto reivindicativo en contra del mundo machista me gustaba. ¿Por qué ellos sí y nosotras no? Aún me pregunto cómo puede ser que nuestras abuelas justificaran a sus maridos por sus escarceos: son hombres. ¿Y? ¿Es que acaso tienen algunos poderes que desconozco y que los hace mejores? En fin, que ellas lo vivían con toda la normalidad del mundo. Pero un día se lo expliqué a un amigo, uno que ha tenido varias relaciones formales y me dijo algo que me hizo pensar: ¿por qué tus amigas seguían con sus novios? Porque..., es verdad, ¿por qué? Y añadió: si se lían con otros me parece de puta madre, pero quizás deberían ser francas con esos tipos que creen vivir algo que no es real. Porque salir con alguien implica quererse, amarse, respetarse, sobre todo respetarse, en todos los sentidos. Si te apetece salir con otros, tener escarceos o simplemente follarte al

vecino, haz un favor a tu pareja y dejadlo antes de caer tan bajo. Chic@s, esto va por tod@s.”
@danielatuespacio.

Sí, sí, un poco moralista, pero ¿por qué lo hacemos todo tan complicado?

Sofía, delante de mí, no sabía darme una respuesta. Le gustaba Santi, eso estaba claro, y se había dejado llevar. ¿Dónde quedaba Julen? Una relación de más de seis años durante los cuales habían compartido muchas cosas: experiencias, risas, buenas y malas noticias, viajes, amistades y un largo etcétera. Se querían, aquello era recíproco pero ¿era un querer rutinario, de costumbre, de hábito o era de verdad?

Ahora entendía por qué Sofía había escogido la dichosa película. Buscaba ayuda para poder diferenciar si lo de Santi era solo sexo o quizás podía ser algo especial. Pero aquello solo podía saberlo ella.

Pon un Bruno en tu vida

Durante el fin de semana, no me separé de Sofía. No quería que se comiera la cabeza a cada minuto del día, porque ya lo hacía bastante por la noche, en su cama. A Julen no le había dicho nada todavía, necesitaba unos días decía. Así que, mientras el poli perseguía a los cacos, Martín y yo nos llevamos a nuestra amiga al cine, a cenar y a tomar una copa. El domingo lo pasamos tranquilos en casa, comiendo la paella de Martín, que estaba riquísima, y viendo otra peli. La última de DiCaprio; *El Renacido*, a la que yo acabé llamando “El Gato” porque, madre mía, la de veces que parece que se va a morir el hombre.

En conclusión, fue un fin de semana excepcionalmente tranquilo para los tres, pero es que cuando alguno de nosotros lo pasa mal, hacemos piña, siempre.

Y el lunes al currele.

— ¿Cómo vas a estar con Santi?

Después de aquellos besos-manoseos-besos, Sofía le había dicho que había sido un error. Pero ahora no estaba tan segura porque no se lo quitaba de la cabeza. Santi estaba por Sofía desde el primer día que puso sus piececillos en la redacción, pero ella siempre lo había despachado convencida y con mucha clase: lo siento, tengo pareja y blablablá.

— No tengo ni idea, que pase lo que tenga que pasar.

Había vuelto la juiciosa de Sofía. Me gustaba que no fuera una drama *Queen* y que buscara soluciones a sus problemas, quedarse llorando interminablemente no servía de nada.

— Cuando sea mayor quiero ser como tú —nos reímos las dos mientras cruzábamos la puerta de *El Café*.

— Ya eres mayor, capulla...

Y aquella semana pasó sin demasiadas novedades, a excepción de Sofía que estaba nerviosa y tensa. Santi la buscaba con los ojos pero le dejaba espacio. Julen empezaba a notar que algo no iba bien pero no le decía nada. Y Sofía se ahogaba en un mar de dudas.

Dejar a Julen implicaba dejar amigos, familia y todo lo que aquello traía consigo. Tenían una cuenta en común donde iban ingresando dinero para, en un par de años, plantearse dar la entrada de un piso. No era fácil su decisión porque seis años pesaban, pero vivir en esa incertidumbre tenía a mi amiga sin uñas.

El viernes, en *El Café*, Carla y Bruno charlaban íntimamente.

— A Carla le mola el nuevo —me dijo Sofía yendo hacia la barra y me miró inquisitivamente.

— Eso parece...

— Casi ni me has hablado de él...

— ¿Y qué quieres que te diga? ¿Que está bueno? Tienes ojos Sofía.

— No, como lo tienes al lado y eso...

— ¿Pides o pido? —corté el tema porque no quería darle vueltas a Bruno.

Sofía puso los brazos en jarras.

— O seaaaaaaa, que te gusta...

Chasqué la lengua en un gesto despectivo y no respondí.

Estaba claro que era muy guapo, que tenía un cuerpazo, que era listo, creativo, bueno escribiendo y que encima no se cortaba un pelo. Podía gustarme, sí, pero Sofía no tenía en cuenta el factor: “éste viene a desbancarme en el curro”, con lo cual pasaba a ser simplemente el jodido de Bruno.

Nos miramos, Bruno y yo, y pensé: vas a retirar tú la mirada, listo. Pero no. Me senté, dejé mis cosas y fui yo quien dejó de mirarlo porque Toni me saludó. Me quedó un hormigueo dentro de mí, como si hubiera tenido un mini orgasmo. Y entendí que era la adrenalina y la rabia que corría dentro de mi cuerpo, porque Bruno había ganado aquel intercambio de miradas.

Estaban charlando sobre la noche de juerga del viernes pasado y muchas de las anécdotas giraban en torno al despeinado, cosa que me empezó a tocar las pelotas. Bruno por aquí, Bruno por allá. Y yo, como no soy de las que están en un sitio por estar, porque debes estar o porque es lo que toca, me levanté y me fui hacia la barra a coger el periódico.

— ¿Qué ocurre? —Me preguntó Sofía que esperaba los cafés.

— Nada —le dije sentándome a su lado.

Sonó mi móvil. ¿Damián?

— ¿Sí?

— ¿Haces algo esta noche?

Lo había conocido hacia un par de semanas y me había hecho tocar el cielo con sus manos.

— Depende —respondí.

— Cena y unos besos, ¿sólo besos?

Me reí por su propuesta tan virginal.

— Daniela, me tienes como un mono desde hace dos semana y voy a reventar.

— Hazte una paja —le dije riendo, me gustaban los tíos directos.

— ¿Qué te crees que he estado haciendo? Mi mano de delineante lo está acusando...

Solté una buena carcajada y Damián también. Me giré en el taburete y vi a Bruno venir.

— Pues entonces habrá que hacer algo ¿no? —le hablé coqueta y Bruno me miró por encima del hombro al ponerse a mi lado.

— ¿Cena?

— Y lo que se tercié —le dije ronroneando y pensando que valdría la pena repetir con él.

Sofía me indicó con el dedo que tenía el café en la barra y se fue.

— A las nueve en el *Vora*, ponte sexy —dijo susurrando.

— Yo siempre voy sexy...

Nos reímos y colgamos a la vez. Este Damián...

— ¿Noche de pasión? —preguntó Bruno.

Me giré hacia la barra; estaba sentado a mi lado con el periódico que había ojeado yo.

— Posiblemente —le dije escueta.

— Muy en tu línea.

— ¿En mi línea? —Bruno me miró y sonrió de aquella manera tan odiosa.

— En la línea de lo superficial.

— ¿Por qué hablas sin conocerme? —le pregunté con desprecio.

Parecía que iba buscando guerra.

— Te conozco bastante más de lo que crees. Recuerda que he leído, uno por uno, todos tus artículos.

— No me conoces de nada y no eres nadie para juzgarme. Ahora que, sí te diviertes haciéndolo, no sé por qué no estás con las tres marías.

Me miró pensativo.

— ¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien? La última relación, quiero decir.

— Yo no uso de eso. Si me has leído lo sabes de sobras.

— Pensé que había cosas ficticias...

— Y las hay, pero no esa.

— ¿Y te ves así siempre?

No estábamos hablando como dos colegas que se confiesan sus intimidades, para nada. Su tono era de acusación y el mío de desprecio.

— ¿Y qué problema tienes? Yo estoy bien así, no necesito sentir...

— Ya, ya, sentir mariposas en el estómago para follar. ¿Y en un futuro?

— ¿Me ves cara de Aramis Fuster? Joder Bruno, y yo qué sé. ¿Sabes tú que será de ti? ¿Te vas a casar? ¿Vas a tener hijos?

— No lo sé, pero no lo descarto, como tú.

— ¿Cuál es tu problema? —le pregunté más cerca, encarándome a él.

Me miró la boca y volvió a mis ojos.

— Que yo sepa, ninguno. ¿Y el tuyo? ¿Lo soy yo?

— Ya quisieras... —le dije retirándome y cogiendo mi café.

Bruno soltó una risilla y continuó con el periódico, a mi lado. Pero ¿qué manía no? ¿Es que no me lo iba a sacar de encima?

“Te preguntan con quién sales, si tienes hijos, por qué no los tienes,... ¿Y tú? ¿Por qué sales con ese chico con el que no te veo feliz? ¿Por qué has tenido hijos? ¿Se plantea la gente realmente tenerlos o es algo que se hace por inercia? La llamada del reloj biológico ¿es real? Y los que deciden nos ser padres, ¿qué pasa? Dicen que te pierdes una gran experiencia en la vida, ¿pero no es una de tantas? Si no vas a las Bahamas, a Nueva York o a Tokio, ¿no estás perdiendo muchas experiencias también? Y nadie te va a preguntar ¿y no vas a ir a Tokio? Madre mía, lo que te pierdes. Entiendo que tener un hijo debe ser la hostia en verso, porque tengo una sobrina, una enana de cuatro años y la disfruto muchísimo, pero quizás no todo el mundo deba hacer lo mismo: cástate y ponte a parir. Parece que estás en el otro lado del mundo, que pierdes parte de él, pero no os lo creáis. Nadie tiene la verdad absoluta en sus manos y lo que a ti te puede parecer increíble a otro lo puede echar hacia atrás. ¿Quieres vivir a tu manera? Hazlo y sé feliz, eso es lo que cuenta.” @danielatuespacio.

En este también tuve que recortar líneas, bueno, Jaime me las hizo borrar. El final era otro: hazlo y sé feliz, y así quizás más de un@ hace un favor a la humanidad trayendo un hijo al mundo sin haberlo pensado bien.

En la sala de reuniones, Bruno estaba al lado del jefe, como el primer día, y yo los tenía enfrente a los dos. Jaime nos metió una charla de esas de motivación; que si ánimo, que si sois buenos, que si las ventas, que si lo de siempre. Yo me dediqué a oír lo que decía mientras observaba de reojo a Sofía. Estaba lanzando miraditas láser a Santi y él hacía lo mismo. Allí se iban a cocer habas, pero de las buenas. Estos dos querían algo más que unos toqueteos y saltaba a la vista.

—... y para que trabajéis en equipo como Dios manda, hemos pensado en realizar algunas actividades todos juntos durante un fin de semana...

¿Cómo? Se escuchó un murmullo general.

— La empresa paga, no os preocupéis. *Best Weekkend* nos ofrece juegos y dinámicas de grupo en un hotel de Barcelona. Ya os pasaré un correo con toda la información. Será, aproximadamente, en un mes, os indicaré también las fechas...

Jaime siguió hablando y Bruno y yo nos miramos. Él alzo las cejas un par de veces y yo pasé mi dedo corazón por la ceja, disimuladamente. Entendió perfectamente mi gesto de “vete a tomar por saco” y sonrió. Este tío me vacilaba y no me gustaba un pelo. Solo nos faltaba pasarnos papelitos como si estuviéramos en el instituto. En el mío estaba claro que pondría: **IMBÉCIL**.

Al terminar la reunión esperé a que marcharan todos para hablar con Jaime.

— ¿Es obligatorio el rollo ese?

Me miró sonriendo, estaba más que habituado a lidiar con mi manera de ser.

— Daniela será divertido y el hotel es de lujo, te encantará.

— Sí, seguro. ¿Esto no será por el nuevo, verdad?

— No, tranquila, hace meses que la junta lo estaba organizando. ¿Qué tal con él?

— A parte de que es un fisgón y un prepotente conmigo, por lo demás normal.

— Eso suena muy bien.

Nos reímos a la vez.

— Diles a los de arriba que tendrán pique seguro, que no se preocupen por eso.

— ¿Quieres leer su columna?

Lo miré sospesando.

— ¿Ha leído él ya la mía?

— Claro que no, Daniela. Solo te lo digo para que me des tú opinión.

Me gustó y me hinché como un pavo. Le dije que sí, por supuesto, porque ayudar a la revista era mi trabajo (no creáis que me moría por leer aquello, no que vaaa).

“Soy Bruno Abreu, y voy a ser vuestra voz, hombres infames de este mundo. Porque nosotros también tenemos cosas que decir, pensamos, sentimos, lloramos, sí, sí, algunos incluso lloramos. Voy a procurar no caer en estereotipos ni en demagogias baratas, e intentar decir lo que convenga para demostrar que nosotros, los machitos, tenemos más de una neurona y una cosa que se llama corazón. Os invito a mi *tweet*, a que expreséis y opinéis, a que me deis argumentos para rebatir esas injurias, a que seáis mi tripulación en este viaje surcando los mares femeninos. ¡A por ellas que son pocas y cobardes!”
@brunotuespacio.

Había pasado de imbécil a...brrr, mejor dejarlo.

— Está pasable —le dije a Jaime.

— Ha querido ser suave...

— ¿Eso ha dicho?

Sí, demasiada amabilidad y todo veía yo.

— Sí. Por cierto, vamos a incluir el artículo del que hablamos el viernes, el de Sol y vamos a necesitar alguna foto. ¿Quieres hacerlas tú?

Le sonreí por la confianza aunque inmediatamente se me fue la alegría del cuerpo. El artículo era de Bruno y supuse que eso implicaría más contacto con él. Bueno, siempre podía hacer las fotos sola y dárselas.

— Gracias, Jaime, cuenta conmigo.

— Perfecto Daniela, se lo dices tú misma.

Y me fui de allí contenta por el hecho de que el jefe me diera ese trabajo. Yo era novata en el tema y que confiara en mí me enorgullecía.

Al salir de allí vi a Sofía hablando con Santi y ella me miró unos segundos, los justos y necesarios para que yo le hiciera un gesto obsceno pasando mi lengua por los labios bien despacio. Volvió la vista hacia

su acompañante sonriendo y yo la mía hacia...Bruno, quien me observaba fijamente. Me senté en mi mesa, ignorando su forma de mirar, porque debía confesar que sus ojos negros irradiaban magnetismo.

— Bruno —empecé a teclear.

— ¿Qué?

— Deja de mirarme y curra —le ordené en plan “mami”.

Yo jamás le decía a nadie de la revista qué debía hacer o dejar de hacer, pero sabía que eso le picaría.

— Pues no vayas provocando al personal.

— ¿Provocando yo? —le miré sin dejar el teclado y crucé mis piernas, sabiendo que mi faldita subiría un par de centímetros. Y no falló: Bruno posó su mirada automáticamente en mis piernas—. Si te dijera que llevo unas mini braguitas de encaje negro, quizás eso sí sería provocar...

Me aguanté las ganas de reír y lo miré. Yo sabía perfectamente qué quería decir esa mirada: deseo. Y me gustó. Ambos nos pusimos los cascos y volvimos a trabajar, yo sonriendo y él con el ceño fruncido. Al poco rato noté una mano en mi pierna. ¡Joder! Miré a Bruno que gesticulaba la palabra “perdona”. Me quité los cascos sintiendo el calor que desprendían sus dedos en mi piel dejando un rastro perfectamente palpable. Me subió el calor a las mejillas, pero no por vergüenza, sino por el sofoco repentino que me hizo sentir.

— Me acaba de mandar un correo Jaime diciendo que las fotos de la plaza del Sol las harás tú... —me miraba triunfante, sabiendo que el gesto de su mano había logrado el efecto deseado.

— Sí —le respondí escueta.

— ¿Vamos esta tarde? ¿Después de comer? Quiero decirte qué es lo que más me interesa en las fotos.

Claro, no me quedaba otra. Hubiera sido infantil y poco profesional de mi parte negarme a ir con él. Además era mi primer encargo fotográfico y quería hacerlo lo mejor posible.

— Está bien —respondí seria.

— Bien —dijo con su sonrisa amable.

Pon un Bruno en tu vida. O eso creía que había pasado en la mía. ¿Me lo parecía a mí o mucho de mi tiempo giraba en torno a él? Lo tenía al lado currando, a ver, y me perseguía por la cafetería. Pero también me daba la impresión que todo el mundo lo mencionaba. Era la novedad, claro, era eso. Y su libro. Y que el cosmos quería que hiciera mis primeras fotos con él.

Durante la comida, Carla procuró acaparar al despeinado y a mí ya me estuvo bien. No quería tener esas manos perniciosas cerca de mi espacio vital. Increíble el calor que desprendía el muchacho. Podrían contratarlo en *Gas Natural*. Sonreí por esa tontería y topé de nuevo con su mirada. ¿Estaba intentando coquetear conmigo? Porque yo de eso sabía un rato largo; no juegues Dani que te chamuscas...

Alcé las cejas un par de veces, imitando su gesto, y sus ojos sonrieron marcando unas pequeñas arrugas a los lados.

— Sofía —le hablé en un tono bajo para que solo me oyera ella.

— ¿Mm?

— Después me voy con el nuevo a Sol.

— ¿Y eso?

— Vamos a hacer campana y a tomarnos unas cañas.

Se rio mientras masticaba.

— Voy a hacer las fotos de su artículo, el de Sol.

— ¡Anda! Estarás contenta ¿no?

— Sí, y quiero hacerlo bien, a ver cómo va con éste...

— ¿Por qué no va a ir bien?

Sofía me miró a los ojos para ver qué respondía. Hablé más bajo por si las moscas.

— No lo sé porque Bruno es...tan imprevisible que me pone nerviosa.

— ¿Nerviosa a ti? —subió un par de grados el tono de su voz y todos los de la mesa la oyeron, Bruno incluido, obviamente.

— Joder Sofía, grita un poco más si puedes —la reñí en serio.

Bruno me echó otra de sus miraditas intensas.

— Perdona hija, pero me has dejado blanca. No había conocido a nadie que te pusiera nerviosa. Es como si viera a un elefante volando Daniela, ¿qué quieres?

Sofía, con muy poco disimulo, miró al despeinado y lo observó con detenimiento.

— No es un elefante, eso seguro. Y entiendo que te mole, está bueno el tío.

— ¿Quién ha dicho eso? Solo que es un tío...diferente.

— ¡Ay por Dios! —volvió a exclamar y la mesa entera se echó a reír.

La madre que la trajo al mundo, que a gusto se quedó.

— ¿Qué pasa Sofía, que Daniela te está contando algo jugoso? —preguntó Bruno sin cortarse.

— Te quedarás con las ganas de saberlo —respondí antes de que Sofía dijera algo indebido.

— Daniela, tanto secretito... —Carla y sus gilipolleces.

— Carla, ya quisiéramos todos saber los secretos de Daniela, pero solo unos pocos afortunados tienen el placer —Bruno sonrió con ese aire de “eres una niña para mí”.

Lo miré pensando en la llamada de Damián y creí que Bruno hablaba de eso. Mis ojos le avisaron de que no siguiera por allí.

— Bueno, Bruno —empezó Sofía— Si quieres vienes un día al piso y, si traes un buen vino, te desvelamos algunos.

La miré flipada.

— ¡Ni hablar! —le solté.

La mesa entera se rio por mi comentario, que evidentemente, no había dicho en broma y que, afortunadamente, logró cambiar el rumbo de la conversación.

Después de tan agradable comida, Bruno y yo nos fuimos a Sol. Yo cargada con mi Canon y él con su bloc de notas bajo el brazo. Anduvimos en silencio, como si no tuviéramos nada que decirnos. La tirantez entre nosotros era indiscutible y ninguno de los dos necesitaba llenar ese vacío con palabras absurdas. Me dediqué a observar a la gente y a ponerles color. Este es gris, este marrón,...solía hacerlo, en función de lo que me transmitía la persona en cuestión. Era como un juego, un juego tonto en el que intentaba definir por colores a la gente. Y así llegamos a la Plaza del Sol. Bruno me fue indicando qué fotografiar y fui sacando varias fotos, para asegurarnos de que el enfoque era el correcto: una vista general de toda la plaza, la fachada de Correos, la boca del metro, la placa del kilómetro cero, el oso y el madroño, un señor vendiendo lotería, otro con un cartel que ponía “vendo oro”, un grupo de chicos jóvenes que charlaban casi en el centro y finalmente, los pies descalzos de un pobre hombre que pedía limosna.

Bruno era exigente, ya veía el porqué de esos resultados, y aunque yo también lo era, no me gustaba su tono de voz, ¿demasiado autoritario?

— Relájate un poquito —le dije ya al final— Pareces un sargento.

Me miró parpadeando.

— Yo trabajo así.

— Me parece perfecto pero los que trabajan contigo son personas, no robots. Así que intenta ser más suave.

A mí no me iba a asustar con ese tono seco pero quizás a más de uno de la revista lo echaba para atrás.

— ¿He dicho algo indebido?

— Es tu tono Bruno, pareces un “orden y mando”.

No dijo nada más mientras yo recogía la cámara agachada a sus pies.

— Quizás fuiste militar en otra vida... —lo dije murmurando.

— Oye Daniela, si tienes problemas para trabajar conmigo se lo dices a Jaime.

— Y se lo hubiera dicho —me levanté y me encaré a él— Pero quería hacer las fotos.

— Entonces aprende a aguantarte —soltó mosqueado.

— No me va a quedar otra contigo —repliqué también picada.

Nos miramos sin temor, a un palmo, y pensé que me gustaba su gesto de enfadado. Mucho. ¿Demasiado?

La noche es joven

Cogida a sus musculosos brazos, sintiendo sus profundas embestidas y relamiéndome de placer. Damián sabía lo que se hacía y era un experto en caricias, estaba claro. Cogí aire con una inspiración profunda antes de llegar al orgasmo y sentir aquella explosión por todo mi cuerpo. Temblé de pies a cabeza y degusté el placer como una niña un helado. Me encantaba.

Pero, o estaba obsesionada con Bruno o, aún ahora, no entiendo qué extrañas conexiones hizo mi cerebro, porque justo al terminar, con los ojos cerrados, lo vi en mi cabeza: altivo, guapo y sonriendo.

Y aquello me cortó el rollo, de forma radical.

— Tengo que irme —dije mientras Damián salía de mí.

— ¿Ya? —me miró sorprendido, sabía que no dormiría en su cama pero todavía ni se había desprendido del preservativo.

— Sí Damián, mañana tengo que entregar unos cuestionarios del máster y voy muy retrasada.

Y no era mentira aunque sabía que durante el fin de semana me pondría a ello. Pero no me apetecía repetir y ver a Bruno como un fantasma, ni alargar la estancia en su cama.

Fui al baño a limpiarme y me vestí ultra veloz. Damián seguía en su cama, fumando un cigarro. Había abierto las ventanas porque ese mes de mayo estaba siendo caluroso, la verdad.

— Pareces un marajá —le sonreí mientras me calzaba.

— Satisfecho —añadió con su bonita sonrisa.

— Me alegre.

— ¿Te llamo? —preguntó directo.

— Sin prisas —le guiñé un ojo y me fui de allí.

Me gustaba Damián; era un chico directo y sincero. Tenía un par de años más que yo, era delineante y autónomo. Y lo más importante: buscaba lo mismo que yo, un buen rato de placer.

Cuando llegué al piso estaba Martín viendo la televisión y me senté con él.

— ¿Y Sofía?

— Con Julen por ahí.

— ¿De boxeo? —le pregunté por la película.

— Sí —me miró sonriendo.

Apoyé mi cabeza en su hombro.

— Hueles a sexo nena.

— Que olfato tienes.

— ¿Todo bien? —preguntó oyendo mi tono desganado.

Nos miramos y le sonreí. Martín se acercó a mis labios y me dejó besar. Necesitaba mimos y cariño, y él me los dio con un dulce beso. Me miró esperando mi reacción y volvió a besarme pero introduciendo su lengua en mi boca. Despacio. Lento. Como si quisiera memorizar cada rincón de mi boca. Y le correspondí, era Martín y en ese momento quise sentir su lengua y la calidez de su contacto con la mía.

Sin darnos cuenta nos tumbamos en el sofá, entre besos y caricias, y seguimos en ese estado de trance durante varios minutos. No fuimos a más, ninguno de los dos buscó bajo la ropa del otro. No era algo solo sexual. Martín y yo nos queríamos, eso lo teníamos claro, aunque no en el plano amoroso.

Nos separamos para respirar y coger aire. Nos volvimos a sonreír y yo le abracé escondiendo mi cabeza en su pecho. Martín pasó su mano por mi pelo y me sentí en la gloria.

— ¿Mejor? —me preguntó.

— ¿Besas así para animar a la gente? —le pregunté yo medio riendo.

— Sí, claro, soy un alma caritativa —Martín también rio.

— ¿Entonces? —pregunté esperando que aquello significara lo mismo para los dos.

— ¿Hay que ponerle un nombre a todo lo que hacemos, nena?

— Eres tú el que cuenta los polvos.

— Es que no quiero que te enamores de mí.

Nos miramos cara a cara y soltamos los dos una fuerte carcajada.

Aquel fin de semana, tampoco salí de fiesta, y aquello era raro en mí porque ya iban dos fines de semana encerrada en plan monja. Me dediqué a ponerme al día con el máster y en cuarenta y ocho horas hice toda la faena que Sofía llevaba haciendo días atrás. Ella era mucho más organizada, no mentiré. En la universidad yo lo dejaba todo para el último día y ella nunca. Después me pegaba unos empachos de trabajos y estudio que tela marinera, pero mientras era feliz.

Ahora, con el trabajo eso no me pasaba. Desde el día uno, me obligué a llevar las cosas al día, era cuestión de empeño. Y estaba orgullosa de mí en ese sentido, porque siempre era de las primeras en tener el trabajo hecho y bien hecho.

Entre pregunta y pregunta del máster iba pensando en Sofía y su lío mental, en Martín y yo, y en la aparición fantasmagórica y oportuna de Bruno en mi mente.

Sofía se pasó el sábado entero intentando buscar la manera de decirle a Julen que quería dejarlo, de momento. No estaba segura de lo que deseaba realmente, pero sabía que así no podía continuar. Creo que pasó el día reuniendo el valor necesario para hablar con Julen porque no era algo agradable. Solo de pensarlo se me ponían los pelos de punta. En parte, de ahí venían también mis pocas ganas de compromisos en cuanto a relaciones. Implicarte de esa manera con alguien y llegar a ese tipo de situaciones me daba grima, la verdad. Prefería disfrutar de la parte positiva de salir con alguien: una

buena cena, una buena conversación y un buen revolcón.

Y llegó el domingo y como bien temía, Sofía no le dijo nada del tema a Julen. Al poli le había surgido un curso de formación de última hora, en Segovia, nada menos, y mi amiga había preferido esperar a que regresara el sábado.

En cuanto a Martín, ¿qué decir? Estuve analizando minuciosamente, casi diseccionando los besos del viernes por la noche en el sofá. En un primer momento lo había tenido claro: cariño y mimos. Pero a medida que pasaban las horas y yo me iba distanciando de la escena, ya no lo tenía tan claro. A ver, ignorar que tenemos sentimientos el uno hacia el otro sería ignorar algo evidente, pero recordaba su lengua junto a la mía y ahí me perdía. Había algo que no me cuadraba, algo que no pillaba. En los años que llevábamos juntos no nos habíamos besado de ese modo ni con esa intensidad. Siempre había unas copas de más y un “vamos a la cama”. ¿Debía darle importancia a aquellos besos o dejarlo estar? Me había gustado estar así con él, pero yo no estaba enamorada de mi mejor amigo ni él de mí. ¿Entonces?

Y entonces pensé en Bruno.

Y me di cuenta de algo muy jodido para mi salud mental, cuando intenté entender por qué, estando con Damián, había acabado pensando en él.

Bruno era de aquellos hombres que me podían gustar de verdad, que me podían llevar a querer algo más y que podían poner de vuelta y media mi mundo.

“Sé sincera con tus sentimientos, no te mientas. ¿De qué te va a servir? Si quieres, no lo hables con nadie pero no te mientas porque tú eres tu mejor amiga, con la que estás las veinticuatro horas del día, con la que no hay secreto que valga y con la que estás más a gusto. Entonces, es mejor andar con la verdad por delante y reconocer que ya no le quieres o que sí, que te gusta mucho, poco o nada, actuar con sensatez, ser fiel a tus pensamientos, en definitiva, ser coherente. A partir de ahí, puedes hacer o deshacer, siempre reconociendo tus sensaciones. No lo tapes con mentiras, no te niegues a ti misma, no busques excusas. Esto es lo que hay ¿no? Pues “palante”, como los de Alicante. ¿Qué vamos a ganar diciéndonos esto no es posible? Chicas, si con nosotras mismas no somos auténticas, ¿con quién lo seremos?”
@danielatuespacio.

En fin, Serafín, a aplicarse el cuento. No iba a negarme ante la evidencia pero tampoco iba a llorar por eso. No era el primer hombre que me atraía un pelín más de la cuenta, ahí teníamos a Martín como claro ejemplo y...hasta ahora todo había salido rodado. Aquello era como una carrera de obstáculos, simplemente debía ir saltando las vallas, aunque quizás con Bruno la carrera iba a ser más complicada y con fosos de agua más anchos de lo habitual. Nada con lo que yo no pudiera lidiar. Además tenía el viento de cara porque nos llevábamos como el culo.

Curiosamente, a Martín apenas le había hablado de Bruno. Supongo que no había salido el tema, y que los dos estábamos muy encima de Sofía y de su delicada situación.

No le dije nada a mí amiga de mi fantástica conclusión sobre Bruno, porque creo que ella lo sabía ya antes que yo y no quería reforzar su teoría, y que me fuera tirando pullitas. Bastante tendría ya con pasar de él, no mirar ese cuerpazo y no pensar en lo jodidamente brillante que me parecía el tío.

Sí, esto es como reconocer que eres alcohólico, una vez lo haces ya puedes comenzar con la cura. Lo malo es negarlo y no ver el problema. Pues ea, ya estaba reconocido. Y debo añadir, que me quitaba cierto peso de encima porque no me gusta sentirme confusa, y con Bruno me había sentido algo

descolocada. Ahora ya sabía el por qué.

Y durante aquella semana fui con mi hacha de guerra y no le pasé ni una. Ni una mirada de más en las reuniones con el jefe, ni un coqueteo, ni una sonrisa, ni darle la oportunidad de que me pillara a solas en la barra del bar. No puedo decir qué pasaba por la cabeza de Bruno al ignorarlo de aquella forma porque apenas tuve contacto con él. Cuando estaba sentado a mi lado currando y me decía algo le respondía lo mínimo y sin mucho contacto visual.

Aquel viernes me tocaba a mí coger los cafés y me dirigí a un par de chicas que estaban en la barra y que conocía, por si acaso Bruno venía a buscarme las cosquillas. Esperaba que se le hubieran quitado las ganas desde que lo había convertido en el hombre invisible de la revista. Costaba lo suyo; costaba lo mismo que cuando no te dejan hacer algo, o probar algo o fumar, por ejemplo. ¿Qué pasa? Que te apetece más, solo por llevar la contraria, en plan adolescente.

— Daniela, esta noche salen todos —Sofía me hablaba por lo bajini cuando llegué con las tacitas.

— ¿De qué me hablas? —le pregunté viendo su nerviosismo.

— Carla los ha animado, supongo que quiere llevarse al huerto a Bruno.

Igual me hacía un favor la Carlita.

— Y van todos...

— Todos es Santi ¿no? —entendí qué me estaba queriendo decir.

Ven Daniela, que no quiero ir sola pero me muero por ir.

— Pues vamos y así, a ver si la noche no te confunde y te aclaras, chatina.

— Joder, pensaba que me dirías que no...

— ¿Por qué?

Yo solía ser la primera en apuntarme a la fiesta.

— Como estás en plan escurridizo con el nuevo.

La miré con los ojos bien abiertos. ¿Es que se había dado cuenta el mundo entero?

— No me mires así Daniela, se te nota un huevo y parte del otro.

Me reí por su expresión.

— Querrás decir me lo notas solo tú.

— Sí, bueno, y supongo que la víctima de tu rechazo también nota algo. No hace falta que me des explicaciones, las intuyo.

— Papparazzi, ¿trabajas en Salsa Rosa?

Nos reímos las dos y Santi la miró con unos ojos....por el amor de Dios, que baje Cupido y les diga algo a este par. Pero no quise agobiar a Sofía con el tema. Así como otras veces salíamos y la instigaba al ligoteo, en esa decisión no me metí en ningún momento. Ni le dije deja o no dejes, ve con Santi o no vayas. Era algo tan suyo que sólo quería estar a su lado, escuchar lo que hiciera falta y darle mi apoyo en

todo lo que necesitara. Pero no la iba a empujar hacia Santi, por muchas miraditas que viera entre ellos dos.

Habíamos quedado entorno a las once en *La carnicería*, uno de los locales de Las letras. Solíamos empezar allí las juergas porque conocíamos al dueño y porque el lugar era amplio, con mesas y sillas para sentarte a charlar oyendo música actual en un tono más bien flojo. Solíamos ser de las primeras en llegar, porque tenemos la manía de llegar puntual a los sitios, cosa que la gente no suele hacer, como si tu tiempo tuviera menos valor. Pero me llamó mi madre y estuvimos más de media hora hablando de... cosas; de mi hermana, de Lucia, de mi trabajo, del suyo, de papá... y es que mi madre es como yo, o yo como ella, vamos. Nos gusta hablar y vamos ligando un tema con otro, de manera que, hasta que no nos corta mi padre con un: “Daniela deja ya a tu madre que nos vamos de cena”, aquello sigue su curso natural de darle a la sin hueso.

Así pues, por culpa mía, y del taxi que tardó en parar, llegamos las últimas al pub. Estaban todos sentados en la mesa de la esquina, al lado de un gran ventanal dónde había dibujado un carnicero con el delantal lleno de sangre y con una cabeza de cerdo en la mano. Yendo hacia ellos analicé la situación: Carla al lado de Bruno, por supuesto y Toni acorralado por Diana, Santi junto a Ruth pero dejando un pequeño espacio que hizo más amplio para sentarnos nosotras. Bruno me quedó justo enfrente, ideal para poder ignorarlo, vamos.

Sofía estaba encandilada con el Pitt y yo fui charlando con unos y otros, procurando pasar de mi contrincante hasta que Toni sacó el tema de su libro y ahí puse la antena.

— Oye Bruno, ayer terminé tu libro. Me has dejado clavado tío.

— ¡No cuentes el final! —exclamó Diana coqueta.

— Nada de spoilers, entendido —dijo Toni—. Pero tenemos que hablar en privado.

Ambos se rieron y vi a Bruno tan relajado, que me pareció otra persona. Conmigo siempre estaba a la que saltaba.

— ¿Así te ha gustado? —preguntó él interesado.

¿Es que necesitaba saberlo? Su libro era bueno.

— Ya te digo, me has tenido en ascuas desde la primera página, ya te lo comenté.

— ¿Escribes algo ahora? —preguntó Carla melosa.

— Sí, estoy de lleno en otra historia turbulenta.

— Pues espabila que la quiero leer ya —dijo un Toni entusiasmado.

Me mordí la lengua porque yo le hubiera acribillado a preguntas. Me miró unos segundos; sabía que estaba escuchando aunque no dijera nada.

— ¿Te ha gustado a ti? —no me miró con su habitual descaro, sino con una cauta curiosidad.

— Sí, reúne los ingredientes necesarios. Buena trama, diálogos amenos y unos personajes bien perfilados. —le dije en plan empollona.

— ¿Y la estructura?

— Digna de un buen thriller.

Parecía que no había nadie más en la mesa porque nadie decía nada. Solo nosotros dos.

— ¿Y el desenlace? ¿Intuías quién era el asesino?

— Para nada. Esa es tu gran virtud ¿no? Creía saber quién era el asesino durante las primeras cien páginas, pero después empecé a sospechar de otro y después de otro y así hasta el final.

Me miró esperando que dijera más.

— Sí, me sorprendiste.

Y sonrió satisfecho.

— Bien, esa es la intención.

— Y no digáis más que Diana está en ello —nos interrumpió Toni.

Se pusieron a hablar todos a la vez sobre por dónde iban o cuánto les quedaba para terminarlo. Podía estar contento el amigo porque la mayoría habíamos comprado su libro.

De ahí pasamos al local de Lorena y ella salió de la barra para darnos un fuerte abrazo. Los demás le saludaron y Sofía le presentó a Bruno.

— Jodidas, me habíais dicho que era guapo pero no tanto —él se rio con ella y yo me quise esconder bajo tierra.

Solo faltaba que ella le subiera más el ego al muchacho.

Nos quedamos en la esquina de la barra y pedimos la bebida. Con la segunda copa nos entraron ganas de bailar. Toni y Santi siempre se apuntaban al lío pero Bruno se quedó pegado a la barra, charlando con algunas de las chicas. Sonó *Faded* de Alan Walker y Sofía y yo nos miramos sonriendo; nos encantaba esa canción. Santi aprovechó la coyuntura; era una melodía más bien lenta y abrazó a mi amiga por la espalda. Yo le guiñé un ojo a ella y justo en ese momento sentí unos brazos que rodeaban mi cintura. Miré sus manos y me apoyé en su pecho, sabiendo quién era el dueño de aquel abrazo robado.

Me giré para mirar a Martín y nos sonreímos. Me dio un repentino beso en los labios, como si fuera nuestro saludo habitual, y me volvió a abrazar para bailar. Sonreí al sentir mi mejilla en su pecho; este Martín era una caja de sorpresas pero me sentía bien con él, como siempre.

— ¿Qué haces aquí?

— He venido a por ti.

Nos reímos los dos.

— Manu me ha llamado a última hora y hemos salido a tomar algo, ya sabes. Ahí lo tengo, colgado hablando con Lorena, que mira que le digo que no tiene nada que hacer con ella pero él tío insiste cada vez que venimos.

Nos volvimos a reír. A Lorena no le gustaba y punto.

— ¿Y vosotros qué tal?

— Pues ya ves a Sofía, creo que está por lo menos en la estratosfera.

La miramos unos segundos, charlando con Santi, riendo, feliz.

— Los demás por aquí bailando y en la barra.

— ¿Ese es el nuevo?

— Sí, ese es el juguete nuevo de la revista.

— El tío tiene planta.

— Pues si te gusta, ya sabes —le dije.

Bruno nos miró y nos quedamos los tres mirándonos.

— ¿Tenéis algún problema?

— No.

— Que poco te explicas...

Martín me miró a los ojos y no dijo nada más sobre el tema.

— ¿Un chupito con Manu?

— Venga, sí.

Me cogió de la cintura y fuimos hacia la barra. Lorena me miró diciendo: “ya era hora” y me reí. Nos invitó a una ronda de chupitos pero antes avisamos a Sofía y Santi para que nos acompañaran.

— Por tanta chica guapa —dijo Manu.

— Y por tanto tío bueno —le repliqué yo.

Me lo bebí de golpe y arrugué la nariz. Otra vez whisky, brrr. Me topé con los ojos negros de Bruno y el alcohol en mi cabeza no me dejó ver el cartel de “ignóralo Dani”, así que simplemente le seguí el rollo. Y mientras charlaba con ellos empecé a coquetear con Bruno, un juego de miradas que empezaba a entrarme por el cuerpo hasta llegar a mis partes íntimas. Sí, me sentía caliente, con ganas de cogerlo y catarlo. Probar su boca y saber cómo besaba. Sentir sus manos subiendo mi falda y su aliento en mi cuello. Ufff, frena chiquilla.

— ¿Otra ronda chicos? —preguntó Lorena mientras preparaba los vasitos.

— No, a mí no me pongas más.

Me abuchearon pero es que yo sabía cuál era mi límite y pasaba de hacer cosas de las que me arrepentiría después.

Ellos se tomaron otro de aquellos y, mientras, Bruno seguía con sus miraditas charlando con Carla.

Martín cogió mi mentón y me giró hacia él. Vi sus labios apretados en una media sonrisa y sin esperar lo se acercó a mi boca y sentí el gusto del whisky. El muy cerdo me estaba pasando el líquido a mi boca y me retiré riendo. Se lo tragó y volvió a por mi boca y forcejamos en broma hasta que me cogió de las

manos y me las puso en su cuello, abrazándolo.

— Nena, sólo era un poquito de elixir del amor —dijo riendo.

— Elixir de la hostia que te va a caer —dije también entre risas.

— Dame un beso —ronroneó pegando su sexo al mío y me calentó oírlo de aquel modo. Mucho.

Y por inercia, porque era Martín, porque estaba en sus labios como en casa, lo besé. Su mano pasó por mi cuello y ambos nos acoplamos a la boca del otro en busca de nuestras lenguas. Cuando nos separamos, nos sonreímos y seguimos como si nada hubiera pasado aunque Sofía me cogió de la mano y me llevó al baño.

— ¿Me he perdido algo Daniela? —inquirió Sofía mientras se colocaba en cuclillas para no tocar la taza del váter.

— ¿De qué?

— De nuestro compañero de piso, de qué va a ser. Joder Daniela, ¿qué hacéis?

— Pues nada, que yo sepa.

— Nada no, te ha besado al llegar y ahora os estabais enrollando. ¿Eso es nada?

— Ay Sofía, no exageres ¿no?

— No lo hago, solo pregunto por qué parecéis una puta pareja. Y por mí perfecto, pero recuerda que vivimos los tres juntos, que es tu mejor amigo y que tú no quieres historias con nadie.

La miré seria y entendí su preocupación.

— Tranquila Sofía, Martín y yo tenemos claro qué somos, y un beso de más no implica que nos vayamos a casar.

— Piensa en lo que haces ¿sí?

— Sí, mami.

Sofía resopló y salió del baño. Me quedé unos segundos pensando en todo aquello. Sí, quizás nos estábamos achuchando demasiado y podía confundirnos a alguno de los dos o al resto del personal. Yo quería a Martín, mucho, pero no me veía siendo su pareja. ¿Por qué? Porque Martín era lo conocido, lo habitual, lo esperado, era como sentirse entre algodones, a gustito y con esa tranquilidad de saber lo que va a venir.

Todo lo contrario a Bruno.

Al salir del baño, Toni me llamó y estuve charlando con él sobre una exposición de fotografía; iría el domingo por la tarde y me propuso ir juntos. Le dije que sí, faltaría más. Toni me caía muy bien y casi lo consideraba como mi profe en el tema de las fotos. Era un tío listo e interesante y podía aprender de él.

Al otro lado vi a Martín con Manu y me guiñó un ojo. ¿Lo ves Sofía? Todo sigue igual.

Lorena convenció a todos mis compañeros de redacción para que tomaran un Orgasmo y entre risas lo fueron probando. Yo seguí con mi vodka, que aún lo tenía a medias.

— Tú, de estos, habrás tomado unos cuantos...

La voz de Bruno me rozó el cuello y me giré para encontrarme con su intensa mirada.

— Más de uno —le dije sintiendo de repente un calor exagerado.

Orgasmo. Bruno.

— No está mal —dijo medio sonriendo—. Y tu amiga es muy convincente.

— Lo sé, es algo cabezona.

Bruno pasó los dientes por su labio inferior y no pude evitar contemplarlo con deseo.

— ¡Bruno! —Carla se acercó y yo me fui de su lado.

— Daniela... —volví a sentir su aliento tan cerca que me encogí.

Pies para que os quiero. Escapé de su influjo y con mi copa en la mano y Bruno en mi cabeza abotargada, bailé. Bailé intentando obviar lo mucho que me gustaba mi compañero el escritor.

Al cabo de nada, Martín y Manu vinieron a despedirse. Y, simplemente, nos dimos un abrazo. Miré a Sofía y le dije ¿lo ves?, con un gesto, y ella me sacó la lengua. Nos reímos hasta que Bruno se situó a mí lado y me ofreció un cigarro.

— No fumo —le dije seca.

— Yo tampoco —me dijo con un cigarro en la boca.

Se lo cogí y me lo puse en los labios. A esas alturas de la noche ya no quedaba ni rastro de mi pintalabios *Chanel rouge*.

— ¿Quieres fuego nena?

Su voz grave y susurrante en mi oído me provocó un escalofrío y a la vez una subida de diez grados de mi temperatura. Ay Dani.

— ¿Y si me quemo? —le pregunté coqueta y sonriendo.

— Yo puedo solucionarlo —acercó su cuerpo al mío y tragué saliva.

Creo que era la primera vez que me encontraba en esa situación: la de desear a un chico y decirme a mí misma que no. Me sentía extraña y sin saber hacia dónde tirar. Estaba claro qué quería mi cuerpo, pero mi cabeza me gritaba que me alejara de él. El problema está, en que yo soy más de piel que de razonar, así que la partida estaba perdida de antemano, siempre y cuando no hubiera alguien que me salvara de la situación.

¿Una Carla, por ejemplo?

— ¡Chicos! ¿Nos vamos a *Foxford*? —Carla iba cortando nuestros acercamientos. Y me reí porque al final tendría que darle las gracias y todo.

Foxford era una discoteca que estaba a un par de calles de allí, donde la música sonaba a todo trapo, las luces te iluminaban a flashes y donde la gente ya empezaba a ir cocida: parejas besándose en cualquier esquina, alguna que otra pelea de machitos y grupos de jóvenes saltando y cantando la canción del

momento.

Nos despedimos de Lorena y salimos. Hacía una noche buenísima y nos dirigimos rumbo a la disco. Sofía y Santi cerraban el grupo y cada vez iban más rezagados. Cuando quedaban unos metros y me giré, no vi a Sofía y compañía. Mírala que mona ella, pensé. Bueno, no la necesitaba para seguir de fiesta pero a veces, ella era mi parte juiciosa, aquella parte que a mí me escaseaba.

Y lo descrito: luces, música y muchísima gente. No sé cómo, Bruno se situó detrás de mí y fui notando su cuerpo a mis espaldas. ¿Se acercaba demasiado o me lo parecía a mí? Sonreí porque me hacía gracia que un tipo que no me soportaba, ni yo a él, fuera arrimando la cebolleta. ¿Y si me lo tiraba? Tampoco sería para tanto, ¿no? El lenguaje sexual era otro y no era necesario decir mucho. Después lo despacharía y ya está. Pero no, yo sabía que aquello podía ser la gran cagada del año. Trabajábamos juntos, codito a codito, y yo no sabía si él estaría de acuerdo con un “si te he visto no me acuerdo”. ¿Y si quería más? No digo que se colgara de mí, digo que ¿y si quería más sexo? ¿Y si yo también? ¿Y si de allí pasaba a otra cosa mariposa? No, no, ni hablar del peluquín Dani.

Joder, me había despistado al seguir a Toni con tanta pregunta en mi cabeza y me giré. Bruno y...nadie más. Qué bien.

— Los he perdido —le dije acercándome a su oído, porque era la única manera de que me oyera.

— Qué pena —dijo sonriendo.

No, no, Bruno, no ha sido queriendo.

— No es para llevarte al huerto, listo —le dije picada.

— Que mal pensada eres Daniela —me dijo en un susurro que provocó un escalofrío en mi cuerpo.

Joder con el despeinado.

— ¿Por qué todo lo relacionas con el sexo?... ¿Una copa?

Sopesé qué hacer. ¿Irme? ¿Quedarme?

— ¿Una cerveza? —insistió y asentí.

Bruno se abrió camino entre la gente y lo seguí hasta una de las barras observando su ancha espalda. Una vez allí miré a ver si veía a alguien pero era imposible, estaba tan lleno que nos tocábamos unos con otros.

Bruno logró hacerse un hueco y pidió un par de cervezas. Me la pasó y los dos dimos un trago observando el ambiente. Había gogos bailando por diferentes tarimas, luces brillando por doquier y mucha gente con ganas de bailar.

Pensé en beberme aquello, despacio porque no quería que me sentara mal, y después me iría. Ya está.

Sonó de nuevo *Faded* de Alan Walker y la gente silbó. Las parejas se abrazaban, las amigas se achuchaban y las chicas que bailaban casi en ropa interior, bailaban de forma seductora siguiendo la melodía. La canción de moda, yo con mi cerveza sin apenas moverme y Bruno a mi lado.

— ¿Quién era? —La voz de mi contrincante en la oreja me hizo cerrar los ojos unos segundos.

— ¿Cómo? —ni con los tacones llegaba a él y tenía que estirar un poco las puntas de los pies.

— El que te besaba antes —me miró tan serio que cualquiera hubiera dicho que era un novio que me había pillado in fraganti.

— Martín, mi mejor amigo. Vivimos juntos y de vez en cuando también nos acostamos juntos.

Lo dije para fastidiarle y para alejarlo de mí.

— ¿Solo sexo? —insistió en saber más.

— No te incumbe Bruno.

Nos miramos fijamente y vi sus ojos en mis labios, entre flashes. Se acercó, mientras yo traducía mentalmente la letra de la canción: “bajo las brillantes pero descoloridas luces, tú prendiste fuego a mi corazón... ¿dónde estás ahora?...” Madre mía. Su boca perfecta, sus labios mullidos llegaron a los míos y nos besamos despacio, casi con cautela, como si tuviéramos miedo. Introdujo su lengua buscando la mía y sus dedos cogieron con un leve roce mi cintura; noté el frescor de su botella de cerveza pero me sirvió para aliviar el calor que sentía por todo mi cuerpo. La canción se me metió en la cabeza y lo besé como si me fuera la vida en ello, sin apenas tocarlo. Un beso sin caricias pero intenso como jamás pensé que podría sentir. “Otro sueño, el monstruo corre libre dentro de mí. Olvidada, olvidada, tan perdida...”. Justo cuando terminó la canción nos separamos, con lentitud, mirando los ojos del enemigo. Bruno se mordió el labio y yo junté los míos, como si hubiera saboreado el mejor helado del mundo en una noche de verano.

Al segundo, Bruno cambió el gesto de su cara y buscó en su bolsillo. El móvil.

— ¿Nena? ¿Qué pasa? —puse la oreja, lo reconozco.

Joder, ¿tenía Bruno pareja?

— No, no, ya voy... No pasa nada, en serio.

Me miró como si no me viera y me señaló con el dedo la salida. Le seguí por inercia hasta que llegamos fuera.

— No, estaba con los compañeros de la revista, nada interesante. —Ah, bien, nada interesante. Un silencio durante el que yo pensaba qué cojones hacer—. Vamos Andrea, no digas eso. En nada estoy en casa. Dame diez minutos... —Y colgó metiéndose el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros—. Tengo que irme.

— ¿Va todo bien? —le pregunté intentando saber el motivo de esa huida.

— Sí, nos vemos el lunes —Su gesto contrariado y su ceño fruncido me dejaron con la palabra en la boca.

Y se fue. Como solía hacer yo cuando me iba de la cama de mis amantes. Con prisas y sin dar explicaciones porque me importaban solo lo justo para pasar un buen rato.

Me toqué los labios, alucinada por todo. Por el beso y porque... ¿tenía novia? ¿Estaba casado o qué? No me jodas porque a mí liarme con tíos que sabía (a veces era difícil saberlo) que tenían pareja no me iba. Y no por nada, porque no quería novias ni esposas histéricas pidiéndome explicaciones. Me ocurrió una vez, cuando iba a la universidad. Me lie con un compañero de clase que tenía chica, llevaban unos tres años, creo. La tipa se me encaró, con toda la razón, pero se cabreó mogollón cuando le dije que quién le

debía fidelidad era su chico, no yo. Da igual, el marrón me lo comí yo y desde aquel día procuraba pasar de novios y casados, sobre todo casados.

Joder, Bruno no llevaba anillo ni nadie había comentado que tuviera pareja. Incluso Carla iba a por él. Tampoco lo conocíamos tanto, tan solo de dos semanas pero vete tú a saber. La conversación lo decía todo. Y me dije: ¿mejor no? Más fácil para mí, así ya tenía la excusa perfecta para no caer de nuevo. Pero había algo dentro que me decía que si besaba de aquella manera, ¿cómo sería tenerlo dentro de mí? Ufff.

Hashtag: #Baño#Baldosas

Al llegar a casa, procuré no hacer ruido, por si alguien dormía, que lo dudaba porque era muy pronto.

Oí unos gemidos, leves, y sonreí. Alguien se lo estaba pasando bien. Me vino a la cabeza Bruno y su lengua en mi boca. Lo mejor sería meterme en la cama y olvidar todo aquello. Si Bruno tenía pareja todavía me lo ponía más fácil para pasar de él.

Al ir hacia mi habitación, los gemidos aumentaron de volumen. Provenían del cuarto de Martín, quien creyendo que estaría solo, había dejado por descuido la puerta un poco entreabierta. El tío se lo estaba pasando pipa y ni corta ni perezosa eché un ojo. Por morbo, sí. Martín estaba de pie, vi su trasero, cogiendo a la chica en cuestión por la cintura, y le iba dando manteca. Los dos desnudos. Observé la cara de mi amigo, su boca entreabierta, sus gemidos y sonreí. Era un lince en la cama y entendía tanto grito por parte de aquella fémina.

Me fui, pensando que yo también estaba caliente, bien caliente y que me había quedado a dos velas. Siempre me quedaba mi consolador negro de medidas fantásticas pero no era lo mismo y me apetecía una tranca, la verdad. ¿Llamar a alguien? ¿A esas horas? Pues no. Así que me quedé escuchando a mis compañeros folladores de la habitación contigua con los ojos cerrados, pensando en Bruno. E hice algo que solía hacer de niña y que había olvidado de mayor.

Cuando me gustaba algún niño, antes de dormir, me ponía a pensar en él y me montaba historias varias: que si salíamos a tomar un helado, él me cogía de la mano, me daba un beso en la mejilla,... Ya entrando en la adolescencia las historias eran algo más picantes, claro: que si me levantaba la falda, me metía mano o me tocaba una teta. Ya sabéis.

Y cuando crecí, dejé de fantasear y me dediqué a poner en práctica algunas de mis historias.

Aquella noche creé mi historia con Bruno. De entrada, nos llevábamos bien, muy bien. Ni él era un capullo prepotente ni yo una deslenguada anti relaciones. Y estábamos en la discoteca, nos acabábamos de besar con pasión y Bruno sonreía. Me decía de ir a su casa y yo aceptaba deseosa de poder estar entre sus brazos. Al llegar a su piso, moderno e inmaculado, nos íbamos desnudando mientras nos besábamos, dejando un reguero de ropa, antes de llegar a su habitación. En el marco de la puerta me cogía en volandas y su enorme y erecta polla se metía dentro de mí. Bruno...joder...y empezaba a darme fuerte, duro y mientras sus dientes se clavaban en mi piel...

¡Madre mía! Uffff, estaba ardiendo como si tuviera fiebre. Me levanté de un salto y me fui a la ducha. Si hubiera sido un tío, mi erección hubiera sido digna de retratar, pero lo que había era un leve dolor en mis partes por desear algo que no tenía. El agua fría calmó mi sed de sexo y una vez salí me pegué un susto del copón al ver a Martín ahí plantado.

— ¡Hostias! ¿Qué coño haces?

Y el tío todo desnudo, sin reparo alguno, con su cosa saludándome. Me miró serio y me pasó mí toalla.

— Martín, ¿qué pasa?

— Estabas mirando.

¿Me había visto?

— Bueno, esto, ha sido un momentito de nada, a ver que...no he visto nada que no haya visto otras veces. No, que no te he mirado otras veces que quiero decir que...

Me empujó con suavidad hacia las baldosas y presionó su cuerpo contra el mío. No, no, solo me faltaba eso. Entre nosotros simplemente había una fina toalla y noté perfectamente su erección en el comienzo de mi espalda. Oí como rasgaba el preservativo.

— Martín...para...

Joder, que tenía una chica allí al lado, ¿qué hacíamos?

— Y una mierda voy a parar, ¿querías mirar o querías follar?

Tragué saliva por su tono, era nuestro tono de jugar duro.

— Mirar... —mentí y Martín subió la toalla hasta dejar mi culo descubierto.

Mojé como una perra en celo. No pude evitarlo. Me ponía.

— ¿Mirar? ¿Segura?

— Sí...

— ¿Mi puta sólo quiere eso?

Uffff, madre.

— No...

Quería tenerlo dentro de una vez y él lo sabía, conocía mi cuerpo y mis reacciones. Me tenía contra la pared, pero sabía que me estaba dejando.

— Mi Daniela quiere un poco de... ¿esto?

Entro la punta despacio y sentí estremecer.

— ¿Y de esto?

— Sí, sí...

Empezó a entrarla toda y me sentí llena, con ganas de más.

— ¿Qué quieres, nena? — Su voz ronca me dejaba kao.

— Que me folles...

— Pídemelo —exigió en mi oído, entrando hasta el fondo.

— Fóllame...Martín...

— Más...

— Fóllame...

Y empezaron las estocadas. Rápidas. Fuertes. Intensas. Procuré gemir flojo y Martín hizo lo mismo. Fue un polvo rápido pero glorioso y casi en silencio. Me mordí el labio al llegar al orgasmo y Martín, los últimos empujones, los dio con una fuerza brutal, tanto que me clavó los dedos en la cintura hasta casi dañarme.

— Dios...Daniela...

Paró y respiramos los dos jadeando, oyendo el corazón del otro bombear a toda máquina.

— Y van cuatro —me dije en un susurro.

Salió sin decir nada y se fue del mismo modo.

Qué bien, otro que se despedía a la francesa.

Sonó el timbre y miré el reloj mientras me secaba de la segunda ducha: las tres de la mañana. ¿Quién podía ser?

— ¿No está aquí? —Julen alzó un poco la voz para la hora que era.

¿No llegaba el sábado? Salí a ver qué bola podíamos meterle porque estaba claro que Sofía estaba con Santi, vete a saber dónde.

— ¿Y Sofía? —me preguntó directamente, sabiendo que yo sí sabría dónde andaba, o al menos, con quién—. ¿Por qué no me coge el teléfono? —se colocó a un paso de mí.

¿Quería intimidarme, Julen, el soso?

— Estará sin batería, hemos decidido en el último momento ir a casa de Lorena, que nos ha dicho que libraba y hemos tomado la última allí. Nos hemos quedado mirando una peli pero yo he vuelto porque mañana madrugo. Sofía dormirá allí...

Me miró serio, asimilando mis palabras supongo.

— ¡Mentirosa! —me cogió de un brazo y marcó sus dedos en él.

Lo aparté de mí, sorprendida por aquel dolor.

— Eh, eh, tranquilo Julen —intervino Martín acercándose a la escena de “gritos y mentiras”, el título del peliculón que estaba protagonizando.

Con lo fácil que sería decirle, mira Julen, Sofía se ha cansado de practicar el misionero y se ha buscado a un “*elastic-man*” que le haga dar piriveltas, yo qué quieres que te diga hijo. Pero claro, Sofía quizás me mandaba a la horca con una soga de pinchos en plan punk.

Lo primero era averiguar por qué me llamaba mentirosa, ¿qué no cuadraba en mi súper tapadera?

— Julen...

— He ido al garito de Lorena y ella estaba allí, currando.

¡Ole, ole! Dani podías haber pensado que el poli Julen podría pasar por allí. Pero claro, yo de celos y de buscar a novios por las calles sabía bien poco.

Soplé pensando qué decirle.

— ¿Qué me dices a eso? —Julen se encaró a mí.

— A ver, Julen, la verdad es que no sé dónde está —le dije intentando no liarla más.

— Eres una puta mentirosa —estaba cabreado y era lógico pero tampoco necesitaba insultarme de esa manera.

— Julen, esa boca —le advirtió Martín.

— Escucha Julen, no quería que te preocuparas porque estábamos de fiesta pero me he perdido por la discoteca y como no los he encontrado, me he ido.

Podía haber empezado por ahí, era una verdad a medias y más creíble.

La fiera del novio de mi amiga se acercó demasiado a mi cuerpo y me amenazó con el dedo levantado frente a mi rostro perplejo. No estaba acostumbrada a la violencia, de ningún tipo, la verdad.

— Si me entero que está con un tío...

Martín se encaró a él y dio un paso atrás. Sabía que era más fuerte y que por muy poli que fuera, no tenía nada qué hacer.

— Julen, será mejor que te vayas.

— Julen, lo que tengas que hablar que sea con ella, aquí no vas a encontrar ninguna respuesta —intenté poner paz entre ellos.

Me miró iracundo y no me gustó ese deje violento que veía en él. ¿Sabía Sofía que era así? Se fue sin decir nada más. Resoplé sacando todo el aire de dentro después de tanta tensión.

— ¿Estás bien, nena? —Me preguntó Martín vestido solo con sus pantalones finos de pijama.

Pasó su mano por mi mejilla y le sonreí. Se fue a su habitación, donde supuse que todavía estaría aquella chica.

Sofía apareció a las seis de la mañana y me levanté de la cama, con una rapidez asombrosa, para hablar con ella en cuanto oí la puerta.

— ¡Sofía!

Y ella venía con una cara radiante, feliz.

— Daniela...

— Joder tía, ¿has hablado con Julen?

— No...

— Vino anoche al piso buscándote. Algo nervioso.

— ¡No me fastidies! Si llegaba hoy...

Y le expliqué el capítulo de la noche anterior, con pelos y señales. Sofía me escuchó atenta y acabó con

el ceño fruncido. No entendía aquella actitud de Julen, lo cual me quitó un peso de encima, porque había llegado a pensar que quizás para Sofía aquel punto de mala uva era normal.

¿Los celos habían llevado a Julen a comportarse como un hombre primitivo? No había excusa ante esa actitud.

Sofía, después de relatarme brevemente que había estado con Santi paseando y charlando, simplemente charlando, se fue a la cama muerta de sueño.

Yo no le conté nada porque ni me apetecía ni quería agobiarla a ella con lo mío, bastante tenía ya.

Aquel sábado pues, me escondí en mi habitación; era uno de aquellos días que tenía demasiadas cosas en la cabeza y no me sentía bien. No era mi estilo tener tantas turbulencias en mi mente. Así que adelanté faena del curro y del master hasta que llegó la hora de comer, y nos sentamos las tres a degustar un risotto de ceps de Martín. Cocinaba como los ángeles el amigo.

Sofía llevó la batuta en la conversación hablando de Santi y de Julen. Nosotros íbamos preguntando y ella respondiendo, como si fuera el gran juicio final, donde debíamos dictaminar sí o sí un veredicto. A favor. En contra. Abstención, pensaba yo, porque no quería decirle en ningún momento qué debía hacer, ella misma.

Martín y yo nos miramos un par de veces, como si pasara algo. A ver, pasar había pasado, claro. Pero ¿por qué? Joder Martín, estás con una tipa en tu cama y vienes a buscarme. Sí, vale, yo miré y mea culpa, no debería haberlo hecho, aunque el noventa y nueve por ciento de los mortales hubieran tenido la misma intención que yo sin llevarla a cabo. Pero de ahí a castigarme con un polvo contra las baldosas... Fue la rehostia, no lo niego, pero hasta yo, que paso de rollos, entiendo que no es lo normal. Debía hablar con él del tema pero me acojonaba porque no quería interferencias en nuestra sana amistad. Pero esas miradas ya eran una señal inequívoca de que algo no andaba bien. ¿El qué?

— ¿Os pasa algo?

Quizás Sofía sí se parecía un poco a Aramis Fuster. Jodida.

— ¿Algo? ¿Lo que le cuelga al galgo? —Le dije yo escurriendo el bulto.

— Estoy cansado —dijo escuetamente Martín.

Nos miramos unos segundos y Sofía carraspeó.

— Martín ha estado toda la noche manchando con una —le informé yo para que viera que no pasaba nada.

— ¿Una? ¿O dos? —preguntó Martín—. Ahora no me acuerdo.

Pasé de mirar qué cara ponía mi mejor amigo al decir aquello porque Sofía era peor que Sherlock Holmes.

— Joder Martín, ¿un trío? Como te las gastas, de ahí esa cara.

— Va a tener que ponerla en hielo —comenté bromeando.

Sofía se descojonaba pero Martín y yo sonreímos levemente.

— Daniela, ¿y qué tal en la discoteca?

— Bien.

— ¿Solo bien?

— Bruno y yo perdimos al resto y nos tomamos una cerveza. Le llamó alguien y se tuvo que ir. No hay más.

Sofía me miró alzando las cejas.

— ¿Lo llamó su madre o qué?

Me reí por la idea de que a un treintañero le dijeran que volviera a casa.

— A mí qué me cuentas, no le pregunté.

Martín nos escuchaba atento sin decir esta boca es mía.

Muy disimuladamente, la hice volver al tema que nos preocupaba: Julen. Sofía había quedado con él esa misma tarde, en una cafetería, para decirle que quería dejarlo. No estaba segura al cien por cien pero debía tomar una decisión. No quería seguir mintiéndole, aunque no le diría que había pasado una noche mágica con Santi, simplemente conociéndolo. No era necesario hacerle más daño. Martín insistía en que debía decirle la verdad pero ella prefirió esta opción.

Martín y yo habíamos quedado en ir al cine cuando el lunes habían anunciado el estreno de *Spotlight*, la mejor película del año según los Óscars. Le pregunté si le seguía apeteciendo ir y me dijo que sí. Aprovecharía para hablar con él.

Fuimos en metro hasta Sol, en silencio y observando a la gente. Que estuviéramos callados no era extraño porque nos sentíamos a gusto sin tener que rellenar aquellos vacíos. Pero aquel día había algo en el ambiente enrarecido. De Sol al cine Capitol saqué el tema.

— Martín, tenemos que hablar.

Nos miramos mientras caminamos y seguí hablando solo yo.

— Siento haber mirado ayer, que no sé cómo me viste porque fueron unos segundos, pero os oí y me picó la curiosidad. Pero eso es lo de menos ¿no? Porque lo jodido es lo que pasó después. Bueno, jodido no, porque a mí me encantó pero necesito saber de qué va todo esto. Estoy perdida contigo...

— Se me fue la olla —así de simple.

— Que yo sepa ni bebes mucho ni te drogas, ¿en qué sentido?

— Te vi cuando te ibas. Te imaginé mirando y me pusiste a mil. Y se me fue la olla, ya te lo he dicho.

Madre mía.

— Joder Martín pero estabas con una tipa, estaba en tu cama y tú follándome en el baño.

Al recordarlo sentí calor porque no se podía negar que la escena era morbosa.

— Pensé que estarías dormida pero al oír la ducha me lo pusiste a huevo.

Seguimos unos minutos en silencio. Intentaba entender qué había pasado por la cabeza de Martín. Suponía que había sido algo simplemente sexual pero quería aclararlo.

Llegamos al cine y nos pusimos a la cola.

— Entonces, ¿no debo preocuparme por nada?

— No.

— ¿Estamos bien? ¿Estás bien, en serio? Martín, sabes que te quiero mucho y me fastidiaría que te pasara algo y yo no lo supiera.

— Daniela, aquí pasa lo que tú quieres que pase —dictaminó resolutivo.

Hablábamos bajo para que la gente de la cola no nos oyera.

— Estás cabreado, ¿puedo saber por qué?

— No.

¿Joder con Martín! Me giré hacia adelante resoplando y justo al hacerlo, a mi derecha, vi una cara conocida, miré de nuevo y sí, era él. Bruno charlaba con una chica joven, de pelo corto y ojos oscuros. De cara era muy guapa y vestía unos vaqueros ceñidos y una camiseta de manga corta, como él. Hablaban y se reían, y me quedé absorta viéndolo porque me gustaba ver su otra cara, esa que yo no vería ni en sueños.

¿Sería aquella la chica de la llamada? Era muy probable que fuera su pareja o incluso su mujer, la miraba con mucho cariño. Miré demasiado, lo sé, y él notó que alguien lo observaba. Nuestros ojos se encontraron y se sorprendió, pero le dijo algo a aquella chica y vino hacia nosotros.

— Daniela, qué sorpresa —No hubo besos cordiales.

— Pues sí, con lo grande que es Madrid.

— Oye, perdona que ayer me fuera así pero era una urgencia...

— Nada, no te preocupes.

Creo que era la primera vez que los dos usábamos un tono suave, distante pero suave. Oí carraspear a Martín.

— Ah, él es Martín. Martín, Bruno.

Se dieron la mano y los miré a los dos. Tan guapos y tan distintos.

— El mejor amigo —afirmó Bruno.

— El nuevo —afirmó Martín.

— Eso es —dije yo procurando que no siguieran hablando porque solo con el tono, me había quedado claro lo poco que se gustaban.

No era algo tan raro, a mí también me ocurría. A veces con solo tres palabras me bastaba para saber si aquella persona me iba a caer bien.

“¿Intuición Femenina? Ellos se ríen al escuchar esas dos palabras pero lo jodido es que no saben que son ciertas. La tenemos y mucha. ¿Y qué es chicos? Es aquella vocecilla que te da un aviso, que te aconseja o que simplemente te indica por dónde tirar en un momento determinado. Vamos a poner un ejemplo. Tú y tu

pareja, salís con amig@s y entre ellos hay una chica que mira demasiado a tu chico. Intuyes que pasa algo, intuyes que esa chica busca a tu pareja. Y podemos ir más allá. ¿Cuántas de vosotras no habéis intuido que él os engaña? Y cuando podemos confirmarlo nos decimos: lo sabía, joder. Siempre lo sabemos pero no siempre podemos asegurarlo. ¿Qué hacer? Sigue tu intuición, escuchate y no tengas miedo de equivocarte porque falla pocas veces. Intuimos que nos mienten, que aquella persona no nos va a gustar o que la solución no es la correcta. Y gracias a nuestra intuición femenina somos capaces de salir adelante sin muchos más recursos. Así que ya sabéis amigas, atentas a vuestra vocecilla.”
@danielatuespacio.

Martín se adelantó para pedir las entradas.

— ¿*Spotlight*? Yo también voy a verla —Bruno se giró hacia aquella chica—. Bueno, nos vemos Daniela.

Nos miramos unos segundos de más.

— Cuídate Bruno.

— ¿Así que le molas al nuevo? —preguntó con ironía mientras me daba la entrada.

— Yo invito a las palomitas —le respondí pasando de su pregunta.

— No me pidas esas de colores que son un asco —dijo sonriendo.

A Martín tampoco le gustaba estar a malas conmigo; si es que no podíamos, porque los cabreos nos duraban milésimas de segundos. Ninguno de los dos era rencoroso y menos entre nosotros.

— Las voy a pedir con dos quilos de sal para que te quede la lengua como un trapo viejo —le saqué la lengua y nos reímos.

Mientras pagaba me cogió de la cintura por detrás y me dio un beso en la mejilla.

— Te perdono por mirar —me dijo en el oído.

— Te perdono por follarme.

Nos reímos a carcajada limpia pero creo que nos pudieron más las ganas de estar bien, como siempre, que de saber qué pasaba ahí, que había en el fondo de todo aquello. No nos apetecía hurgar, a ninguno de los dos. Estábamos bien y aquello era lo que contaba. Sofía hubiera sacado las uñas y hubiera hecho ella solita un pozo hasta encontrar agua, pero ¿Martín y yo? ¿Para qué? ¿Para cagarla?

Volvemos a las andadas

“¿Podemos ser amigos íntimos de una chica? No ¿Por qué? Por un millón de razones. La primera y fundamental es que ellas son el sexo opuesto, y la misma palabra lo dice, no hay que ser muy listo: opuesto. Nos gusta salir con ellas, tener sexo y charlar de todo y nada, pero de ahí a ser amigos íntimos... Va a ser que no. Sus problemas de “chicas”, sí, sí, aquellos problemas de los que no tenemos ni idea, porque gracias al cielo nosotros no los padecemos, como por ejemplo; qué base de maquillaje nos queda mejor o qué copa usas si la B o la C, o vamos a profundizar más: ¿si no me llama es porque no le intereso y si me llama es por qué no me toma en serio? No entendemos esos líos mentales chicas. Si te llama lo coges y sino a joderse. Hay una palabra que nos define y yo me enorgullezco de ella: simplicidad. El mundo ya es complicado de por sí, ¿por qué ellas lo enredan más? ¿Se aburren quizás? Y encima tienen el descaro de decir que podemos ser sus mejores amigos, dejad que me ría. A ver, muchacha, ese que dice ser Tu Mejor Amigo lo que quiere es calzarte, y no unos *Louboutin* precisamente. ¿Cómo lo veis marineros?” @brunotuespacio.

— Me cago en la puta de oros... —murmuré para mí.

— Daniela, es bueno, aunque no te guste porque te lleva la contraria.

¿Bruno se reía de mí y de Martín o yo era una paranoica?

— Saldrá este mes en su columna, después de la presentación, solo quería que lo supieras y no te diera un colapso de los tuyos.

Me giré para mirar a Bruno a través del cristal de la oficina de Jaime.

Menudo gilipollas.

— Gracias, supongo.

Salí hecha una furia y pensando que el mamón de Bruno se podía meter los besos por el culo.

Fui hacia la máquina de bebidas y saqué una *Coca-Cola*. Necesitaba unos segundos de calma para asimilar sus palabras que, estaba segura, iban contra mí. No estaba rebatiendo mis palabras de la revista, se estaba metiendo en mi vida.

— Daniela... —Bruno venía con su sonrisa.

— ¿Qué coño quieres? —le dije con rabia.

Me miró sorprendido.

— Un mal lunes, ya veo. Nos pasa a la mayoría pero los demás nos mordemos la lengua e intentamos ser más educados, ¿sabes?

— Acabo de leer tu columna.

Me miró entendiendo mi reacción.

— Ya.

— ¿A qué cojones viene toda esa mierda?

— Que yo recuerde, tu último escrito, el del mes pasado, iba de eso. He empezado a hacer lo que te dije, sin más.

Sí, aquello era cierto, pero seguía pensando que me hablaba a mí directamente y sobre mi relación con Martín.

— Ya, y ahora me dirás que no has pensado en mí mientras escribías toda esa basura.

— ¿Daniela y basura? No me cuadra. Si pensara en ti escribiría sobre flores silvestres en un atardecer de verano...

— Deja de tomarme el pelo Bruno, no me hace ni puta gracia —le gruñí por su actitud cínica.

— A ver, niña, me dijiste que Martín es tu mejor amigo, me parece perfecto. Y que vives con él y os besáis y folláis y yo que sé qué más harás con él. Ah sí, y vais al cine y os tiráis las palomitas por encima — ¿nos había visto? Claro—. Si tú quieres pensar que simplemente es un amigo, adelante, pero está claro que no es así. Pregúntale al mundo entero.

— Tú no tienes ni idea de lo que hay o deja de haber. ¿Es que vas a venir a decirme tú qué relación tengo yo con él o con quién sea? ¿Quién eres? ¿Dios?

— Dios no, pero observador sí y sé lo que veo, tengo ojos.

— Sí, claro.

— Daniela, engáñate, tú misma. A mí me da igual.

— ¿Entonces para qué hablas de mí?

Me miró serio unos segundos.

— Me lo has puesto en bandeja, no voy a desaprovecharlo. Si tú hablas de tus experiencias, tendré derecho a decir algo al respecto.

— No tienes ningún derecho, esa es la cuestión, Bruno.

— ¿Tanto te molesta? Si estás tan segura, deberías pasar de lo que yo digo, ¿no crees? Quizás es que dentro de esa cabeza quepa algún tipo de duda sobre esa sana relación que mantienes con tu mejor amigo del alma.

Touché.

— De lo que no me queda duda es que eres un oportunista —le dije asqueada—. Escribe sobre lo que te dé la gana pero a mí me dejas en paz, a mí, y a los míos ¿entendido?

Le señalé con el dedo y Bruno dirigió su vista a mi brazo, a la parte superior, que había quedado a la vista al subirse la manga de mi camiseta.

— ¿Y eso? —preguntó obviando nuestra discusión.

Miré donde señalaba y vi los dos moratones que los dedos de Julen habían provocado en mi piel. No era

nada y la verdad, yo era muy propensa a los morados, desde siempre.

— ¿Daniela?

Pensé en decirle la verdad, pero no tenía ganas de darle ninguna explicación más.

— Es un golpe, ¿o es que no lo ves?

— ¿Otra vez la cama?

— No.

— ¿Entonces?

Hablábamos casi pisándonos las palabras, como si tuviéramos prisa.

— Nada joder, nada que te interese.

— ¿Nada? ¿Segura?

— ¿Me estás hablando de maltrato otra vez? —me miró serio, sin decir nada— ¿A ti qué te pasa con ese tema?

Bruno pasó su mano por el pelo revuelto y me miró ceñudo.

— Es algo personal —acabó diciendo.

Vaya, así que no era un proyecto sobre mujeres maltratadas como había dicho, sino algo personal.

— ¿Tu madre? —me arrepentí al segundo de preguntarlo porque aquello era delicado y no era de mi incumbencia.

— Mi hermana —apretó sus labios sin decir nada más.

Que jodido estaba el mundo.

“No es un tema del que hablar a la ligera. Seamos conscientes de que es algo que ocurre demasiado a menudo y que no debería. Es otra de las consecuencias de creer que ellos están por encima de nosotras. Por su fuerza física, simplemente por eso, la usan sin pudor, como si aquello les ofreciera la autoestima necesaria para seguir adelante. Hombres secos por dentro, vacíos y casi diría que muertos. Porque tienes que ser muy hijo de puta para poner una mano encima de una mujer, o de un niño, o de quien sea. Usas tu mano, mierda andante, porque no tienes cerebro. Y te hablo así, cagándome en tus muertos, porque si te tuviera delante te escupiría en la cara de vergüenza. Vergüenza de que seas de mi especie, vergüenza de que tengas una vida y la desperdicias de esta manera, vergüenza que seas hijo de una mujer. Tú, maltratador no mereces ni mis palabras. Amigas, juntas contra la violencia de género.”
@danielatuespacio.

— Sé cuidar de mí misma. No dejaría que me hicieran daño, lo tengo clarísimo.

Pensé en su hermana.

— No quiero decir que tú hermana...

— Ya sé lo que quieres decir —me cortó bruscamente.

Y se fue. Mandaba cojones la cosa: le estaba echando la caballería por encima y al final resultaba que

era yo la que terminaba sintiéndome culpable.

Durante la comida, apenas hablé con nadie. Ni Bruno tampoco. Como si nuestro cabreo afectara nuestra relación con los demás. No me apetecía charlar y Sofía bajaría más tarde porque estaba con Toni preparando un montaje sobre un viaje a Punta Cana.

Allí la mandó Julen cuando supo que quería cortar con él, allí y al final a la mierda. A ver, primero se lo había tomado con calma, pensando que Sofía tanteaba el terreno pero cuando al final vio que todo su repertorio de excusas no servía para convencerla, cogió un cabreo del quince mil. Sofía le dijo que creía que no le quería, que dudaba y que necesitaba un tiempo. No lo pasó bien, ninguno de los dos. Y Sofía llegó a casa medio llorando. Martín y yo intentamos consolarla y distraerla a su vez. El domingo se levantó más animada y aunque decía que se sentía extraña, creía que su decisión había sido la correcta.

Tantos años juntos, tantos proyectos, tantas charlas y se quedaba todo en agua de borrajas. Pero así es la vida. Unas veces te dejan y otras dejas tú. Bueno, hablo por hablar porque no es mi caso. A mí como mucho me podían dejar plantada en la puerta de una discoteca después de un beso de película o al lado de la máquina de bebidas después de leer una puta columna que no me gustaba nada. Y todo eso lo hacía el mismo hombre.

— Estás muy callada Daniela —soltó Carla pinchándome.

— No me busques Carla.

— Estará ovulando —dijo Diana para tocarme la moral; sabía que no soportaba ese tipo de frases machistas.

— Diana, para dirigirte a mí, primero aprende a hablar. ¿Acaso tienes polla ahora?

Me miró con cara de pasmada.

— Si tuviera polla, tú ya lo sabrías —soltó Carla.

La miré y vi como sonreía, junto a su querido Bruno, quien me miraba recostado en su silla. ¿Qué esperaba? ¿Una pelea de chicas en biquini revolcándonos en el fango?

— Probablemente ya se la hubiera chupado en la discoteca Carla, agachada entre la gente, mientras tú, “tontalnabo”, estarías bailando con las piernas bien cerradas. Por cierto, ¿ovuláis con tanta telaraña?

La mesa entera se rio y Carla me miró cabreada.

— Estrechas... —murmuré levantándome y yéndome de allí.

Sí, los demás se reían pero no me sentía victoriosa. ¿Qué leches me pasaba? Llevaba un humor de perros desde que había leído aquello y no me gustaba un pelo todo lo que me había dicho Bruno: engáñate, tú misma. ¿Vivía yo engañada? ¿En los mundos de Yupi o qué? No, solo que Bruno era alguien ajeno a mi vida y él no sabía nada de mi relación con Martín. Seis años de amistad, que se dice pronto, daban para mucho y no iba a venir él, un desconocido, a decirme qué tipo de vínculo era el que nos unía.

Me puse los cascos y empecé a currar, era lo mejor que podía hacer para olvidarme del asunto. Bruno había venido a rebatirme, pues ya está. Debía dejar de pensar en aquello como algo personal, tampoco no me iba a servir de nada. La revista salía aquel lunes así que podía responderle con mi próximo escrito y quedarme tan ancha. Ya está, problema solucionado. Siempre había cosas peores, como lo de su hermana,

joder. ¿La habría maltratado su pareja o su marido?, ¿tendría hijos? Esperaba que no. Pensé en Lucía y llamé a mi hermana. Eran las dos del mediodía y estarían en casa.

— ¡Hello Rouse!

— Daniela, ¿cómo estás?

— Bien, ¿y tú?

— Aquí liada con Lucia que no quiere comerse el plátano.

— ¡Gran problema el tuyo! —nos reímos las dos y oírla así ya me alegró el día porque la risa de mi hermana era de aquellas que se te pegan y te llenan de vitalidad—. Pásamela.

Esperé a oír su dulce vocecilla.

— ¡Nela!

— Hola cariño, ¿qué haces? —me cambiaba el tono de voz, el cuerpo se me relajaba y con ella me sentía como si volviera a los cuatro años.

— Liada con la mami.

Nos reímos las tres; a Rouse la oí descojonarse por detrás.

— ¿Qué pasa? ¿Qué es muy amarillo el plátano ese?

Vi por el rabillo que Bruno se sentaba en su sitio y se ponía los cascos.

— Sí.

— A ver nenita, y ¿si lo pintamos un poco?

— ¡De rosa!

¡Cómo no! Rosa o lila, eran los colores de mi sobrina y eso que su madre no era de aquellas que llevaban a la niña como un chicle de fresa ácida.

— Vale, venga, todo rosa. Cierra los ojos enana y dile a la mami que te dé un trocito.

— Mami, dame un trocito rosa.

La oí masticar y sonreí.

— Rosa está más rico ¿a que sí?

— Nela, rosa está súper bueno.

Mi hermana y yo nos volvimos a reír.

— Pues te dejo con tu plátano rosa y si te lo terminas todo mañana nos vamos de excursión tú y yo, ¿qué me dices?

— Síííí...

Terminé de hablar con mi hermana para quedarme con Lucia la tarde siguiente. Ella aprovecharía para hacer unas compras para el pequeño que venía. Le quedaban solo un par de meses.

Después de esa llamada, me sentí mejor. Nada como la familia para subirte la moral.

— ¿Plátano rosa? —Bruno me sacó de mis pensamientos relajantes—. No lo decía para mosquearte —dijo viendo mi mirada—. Me ha sorprendido oírte hablar así, nada más.

— Quizás prejuizas demasiado pronto.

— ¿Tú no?

— Puede, pero yo no me he metido en tu vida.

— Eso es verdad, porque ni siquiera me has preguntado quién me llamó el viernes en la discoteca. Parece que todo te dé igual.

¿Estaba mosqueado o me lo parecía a mí?

— ¿Es que tengo que pedirte explicaciones por un simple beso?

— ¿Simple? ¿Esa es tu definición? Porque me dio la impresión de que ponías los cinco sentidos en ese beso.

Me quedé algo descuadrada unos segundos al oírlo hablar con tanta naturalidad.

— Fue un buen beso, no te digo que no, pero es problema tuyo si tienes pareja y tienes que irte con el rabo entre las piernas, no quieras pasarme tu mierda. No voy a ir a preguntarte algo tan obvio.

— Tan obvio, claro. Prejuizas.

— Lo que tú digas.

Me quise poner los cascos pero no me dejó: su mano en mi brazo me detuvo.

— Lo que yo diga no, lo que es. Escribes y prejuizas, e incluso a veces atacas a tu género.

— No ataco, solo intento que abran los ojos y a veces solo se consigue con la provocación.

— En eso te doy la razón...

Me miró los labios con deseo y cómo si fuera una conexión directa hacia mi sexo, mojé mis braguitas de ganas. Ganas de volver a besarlo de aquella forma.

Fueron unos segundos de duda, ¿me va a besar? ¿Lo beso yo? Pero creo que ambos recordamos casi a la vez dónde estábamos. Joder, joder, que sólo me faltaba eso: morrearme con alguien del curro y en el curro.

Nos pusimos a escribir, sin decirnos nada más, hasta que Jaime nos llamó al despacho. Nos felicitó por el trabajo de Sol; del escrito de Bruno y de mis fotos había surgido un artículo genial y él estaba la mar de contento. ¿Os parece que trabajéis juntos en otros artículos? Sí, claro jefe, pero ya puestos que sea de salas de sexo o de camas redondas o algo así, ameno, simplón. Bruno y yo nos miramos. Él dijo no tener ningún problema y yo tardé unos segundos en responder. Me vi vestida de blanco, en el altar, con el novio al lado, y toda la iglesia esperando mí sí, un sí que no llegó hasta el último segundo para darle más emoción. Jaime nos dijo que en un par de días nos mandaría el trabajito. Bien, así podríamos morrearnos por la calle sin que nadie nos cortara el rollo. Me reí por lo bajo por ese absurdo pensamiento. Pero o me lo tomaba así o iba a terminar tarada.

A la salida me sorprendió ver a Julen apoyado en una de las paredes del edificio. Me giré, sabiendo que Sofía venía detrás con Santi. No es que fueran metiéndose mano pero cualquiera podía ver la cara que ponía Sofía cuando estaba con él. Ni el uno ni el otro me miraron, estaban tan a lo suyo que no veían el mundo exterior.

— ¡Julen! —Exclamé alzando la voz y él me miró como si yo fuera una marciana.

— Daniela, ¿sale ya Sofía?

— Julen —Sofía se sorprendió al verlo.

Y ahora saldrá Santi con su súper sonrisa y se va a liar parda, pero no. Miré hacia dentro y vi a Santi y a Bruno hablando. Sin saberlo Bruno le acababa de hacer un favor.

— ¿Podemos hablar Sofía? —era una mezcla de exigencia y súplica.

— Julen, te dije que de momento la cosa estaba así, que me dejaras espacio.

Me separé un par de pasos, esperando a Sofía e intentando parecer que no me interesaba la conversación.

— Solo es un momento.

— Dime lo que sea.

— No, aquí no.

— Julen, no lo hagamos más difícil, por favor. ¡Julen! —exclamó ella.

Y ahí fue cuando el poli la cagó porque cogió a Sofía del brazo, tal y como había hecho conmigo, y yo salté. Porque me puedes hacer daño a mí, lo aguantaré, pero no a los míos, eso sí que no.

— ¡Suéltala gilipollas! —le di un empujón sin pensar en su más de metro ochenta.

— ¡Daniela! —Me gritó Sofía al ver que trastabillaba con él del impulso.

Julen dio unos pasos hacia atrás y me miró cabreado. ¿Y este imbécil de qué iba?

— ¿Qué pasa? ¿Qué no repartes suficiente en tu curro? —le inquirí sin miedo.

Era Julen, el soso, no me jodas.

— Como vuelvas a darme un empujón... —me amenazó con su dedo.

Aparecieron Bruno y Santi, sin entender la escena que veían. No sabían quién era aquel tío ni que ocurría allí.

— ¿Qué? ¿Me vas a dar una paliza? ¿Es que te has vuelto loco? ¿Ves esto? —le enseñé los morados del brazo y él me miró callado—. Son tus dedos Julen, se te va la pinza. Si alguien no te quiere, lo asumes y punto. Y si me entero que tocas a Sofía te juro que se te van a quitar las ganas de meter la chorra en ningún sitio.

Creo que con las últimas palabras escupí y todo al hablar de la rabia que sentía. ¿Quién se creía que era amenazando de ese modo?

— Y si yo me entero que tocas a Daniela otra vez, te juro que no te vas a reconocer cuando salgas del hospital.

¡Joder con Bruno! Estaba a mi lado, encarándose con Julen, y con una voz que parecía que venía de bajo tierra, como mínimo.

Julen puso mala cara pero calló; viendo el panorama tenía todas las de perder. Se fue sin decir nada más y rebufé por la tensión. A mi esos rollos no me iban; una cosa era la discusión verbal pero aquello se salía de madre.

— ¿Estás bien? —me preguntó la dulce voz de Bruno.

Asentí con la cabeza mirando a Sofía; estaba asustada.

— Sofi, se le pasará —le dije abrazándola.

— Es que estoy flipando Daniela —dijo en un susurro.

“¿Y a cuántas personas no les ocurre lo mismo? Crees conocer a alguien hasta que ¡zas!, se muestra tal como es y entonces saca la artillería pesada. Suele ocurrir en muchas parejas; cuando todo va bien, aquello parece un mar tranquilo y sereno, pero cuando, por el motivo que sea, la cosa se estropea, entonces cuidado, porque llega el tsunami. Una gran ola que arrasa con todo y no deja nada a su paso; ni vivencias, ni noches de amor, ni “nuestra” canción, ni lo que puedas imaginar que construye una pareja. Y entonces te preguntas, ¿dónde está esa persona de la que me enamoré? ¿Puede ser que alguien cambie tanto? Pues no, amiga, no ha cambiado tanto. Solo que mostramos parte de nosotros, la que nos interesa y cuando algo se nos pone de culo, podemos sacar nuestra peor versión. Así que no os culpéis pensando que no fuisteis capaces de ver esa parte, porque no es tan fácil. Pensad que es un mecanismo de defensa ante la incapacidad de actuar de otra forma. No le dedicéis vuestro tiempo y dejad que después de la tormenta llegue la calma. Todo tiene solución, todo, o casi todo.” @danielatuespacio.

No hago locuras por amor, las hago por Madonna

Todos acabamos normalizando las cosas. La vida es así y el ser humano tiene esa capacidad de adaptación, y gracias al cielo que la tiene. Conlleva una parte negativa, claro. Porque no es normal que normalicemos la miseria, la pobreza, las injusticias o las guerras, pero lo hacemos porque no nos queda otra. O eso o vives amargado.

Sofía estaba asustada, al principio, por la reacción de Julen, y no era para menos, pero al pasar los días fue ignorando sus insistentes llamadas y sus apariciones repentinas. Supuse que Julen, poco a poco, se daría cuenta de que Sofía estaba muy decidida. Lo malo era que no se enteraba de que con esa actitud la estaba pifiando. Si antes Sofía dudaba, ahora lo tenía clarísimo. Como si aquello le hubiera abierto los ojos.

Cuando se lo explicamos a Martín también puso mala cara, y arrugó la nariz cuando le comentamos la intervención de Bruno. ¿De qué va, de príncipe salvador? Me reí por su comentario pero la verdad era que me había gustado que se metiera en medio, y no para defenderme a mí, sino porque esas actitudes no se pueden tolerar y a la gente le cuesta pringarse en lo que no le atañe.

Santi pasó aquella semana pendiente de Sofía: te acompaño, te llamo cuando llegues, llámame... Y a ella le encantaba sentirse protegida, querida y mimada. Son maneras de ser porque a mí eso me agobiaría horrores. A ver, que parezco seca, ya lo sé. Parece que no necesite nadie y no es así porque soy cariñosa como la que más y me gustan los arrumacos pero no en plan soy una princesita, sálvame. No me gustan los “eres mía”, perdona, no soy de nadie, si acaso te concedo el honor de salir conmigo. Los “voy a hacerte feliz” tampoco porque yo ya soy feliz; si quieres compartimos tu felicidad y la mía, poco más. Y odiaba los “sin ti no soy nadie”. Por Dios bendito. Tú lo que eres es gilipollas de remate, qué quieres que te diga. Tu madre te parió y eras alguien ya. A estos les daría collejas hasta en el carné de identidad.

Y llegó el viernes, y con el viernes unas copas con unas amigas, y con la copas un ligue de esos que te follan solo con las manos, qué manos... Fuimos a mi piso porque en el suyo había una fiesta o algo así. Estuvimos unas tres horas, más o menos, entre caricias, besos y estocadas brutales. O yo tenía buen ojo o últimamente mis amantes salían licenciados en artes sexuales. Y no me quejo, yo contentísima. Cuando terminamos nos quedamos los dos medio extasiados hasta que él se incorporó.

— ¿Puedo darme una ducha antes de irme? —me preguntó.

— Toda tuya —le dije—. Voy a por agua, ¿te traigo un vaso?

Tenía que estar seco, como yo.

— Una botella entera, por favor.

Nos reímos y me puse una camiseta de tirantes, muy fina, sin las braguitas porque me quería dar una ducha también.

Fui hacia la cocina, procurando no hacer ruido. Normas de la casa. Bebí de un trago un vaso de agua y

quise abrir la nevera pero una mano me tapó la boca y un cuerpo se pegó al mío.

— No chilles, nena...

Me soltó y me giré hacia él.

— Joder, Martín, qué susto.

Susurrábamos por si Sofía dormía.

Me miró los pechos, los pezones bajo la tela blanca y sus manos se posaron en mi cintura, rozando la camiseta.

— Martín...Ni se te ocurra.

— Podría subirte a la mesa, abrirte y hacer que te corrieras en dos segundos.

Tragué saliva por lo que decía y por cómo lo decía. Su voz oscura me ponía a cien.

— ¿Estás solo? —le pregunté porque venía en calzoncillos.

— No —dijo con su sonrisa perniciosa.

— Ni yo Martín, no la vayamos a liar.

Rozó su sexo en mi estómago y me humedecí sin remedio. Apreté mis piernas. Bajó su mano y metió uno de sus dedos, notando lo mojada que estaba.

— Dios...nena... —gruñó ante lo que él provocaba.

Le obligué a sacar los dedos de mí y me miró con puro deseo.

— Martín...para... cojo un agua y me voy —abrí la nevera para coger una de las botellas de la nevera.

Al cerrarla Martín se colocó detrás y apretó su erección en mi culo. Joder, joder, que yo tuviera que poner cabeza, manda lo que manda.

— ¿Es que no te dejan satisfecho o qué? —le pregunté separándome de él.

Frunció el ceño porque no le seguía el rollo.

— Sí, pero no es lo mismo que contigo.

Uy, uy, uy. ¿Eso no sonaba a rollo romántico?

— ¿A qué te refieres?

— A que nos conocemos perfectamente, sabes lo que me gusta, sé lo que te gusta. Es más... satisfactorio.

— Ya, pero Martín si acabamos follando el uno con el otro día tras día, ¿qué será esto?

— Pues dos amigos que follan.

— ¿Y que no follan con nadie más? —le miré esperando su respuesta.

— Si no hace falta...

Mierda, ¿qué le pasaba a Martín? Pensé en Bruno, sí, en aquel momento pensé en lo que me había dicho sobre nuestra relación.

— Martín, ¿sientes algo por mí?

— Claro, te quiero, ya lo sabes. Y tú a mí ¿no?

— Me refiero a algo más. Hablo de amor de pareja y esas cosas.

— No, me gustas y me gusta estar contigo. Y follar, mucho.

Bueno, aquella era la simplicidad del hombre, supongo.

— Bien, mejor, porque así estamos de coña. Mira Martín, eso de follar pues como surja ¿no? Quiero decir que yo no quiero centrarme sólo en ti o en quien sea, ¿sí? Necesito esa libertad, si me apetece bien y sino pues tan amigos.

— Eres una guarrilla —dijo en tono de broma.

— Y tú un cerdo —le dije apretando su paquete al pasar por su lado.

Soltamos una risilla y ahí se acabó la cuestión. Al menos en mí cabeza.

Al día siguiente, que era sábado, todo siguió su curso con normalidad. Sofía y yo nos pasamos la mañana estudiando y Martín durmiendo. Más tarde nos preparó un arroz con bacalao que estaba para chuparse los dedos, como todo lo que cocinaba el señor bombero. Por la tarde, en nuestro cómodo sofá, echamos una siesta los tres; nos quedamos fritos viendo una película de esas de casos reales. Después Sofía quedó con Santi, Martín con su amigo Manu y a mí me dio pereza salir, así que me quedé en casa, sola y tranquila. Era algo que me gustaba: tener mi espacio, mis ratos de soledad, en los cuales podía hacer o deshacer a mi antojo.

Me serví una copa de vino blanco fresco y me puse a leer, con una camiseta vieja que usaba a modo de camión. En una de las escenas del libro, los protagonistas se besaban y se me fue la cabeza: pensé en Bruno y en el beso de Bruno. ¿Tanto me había gustado? ¿Por qué? A ver, la situación era la ideal: aquella canción, las luces y nosotros mirándonos de aquella forma...tan...intensa. Sí, Bruno era intenso, en todo lo que decía y hacía y me había llevado a saborear uno de los mejores besos de los últimos tiempos. Me toqué de nuevo los labios, pensando en cómo sería estar con él, sexualmente hablando. ¿Sería rudo? ¿Delicado? Tenía pinta de meterle caña, pero vete a saber, a veces las apariencias engañan. Me reí porque me acordé de un ligue; guapo a rabiarse el tío, y luego fue una decepción en la cama...como un soufflé que se desinfla, pues lo mismito. ¿Qué hice? Largarme. De repente me encontré fatal y ante mis ganas de vomitar al tío se le bajó la bandera. Estuve a un tris de decirle que se dedicara durante un tiempo a ver pelis de amor para que supiera cómo tocar a una chica y para que entendiera que si sus partes son delicadas, las nuestras también. Pensé que en una de sus vidas había sido panadero, menuda forma de amasar las tetas, no sé cómo no me las descolocó.

En cambio, estaba segura de que Bruno sería todo lo contrario; intuición femenina.

Aquella noche hubo movimiento en el piso.

Primero llegó Sofía riendo con Santi. Nos saludamos y se metieron en su habitación. Me fui yo también a la mía, por si a Santi se le ocurría salir en calzoncillos a por agua. No quería esa imagen en mi cabeza. Al cabo de una media hora llegó Martín, riendo con alguna de sus chicas. Definitivamente, me puse los

cascos, no tenía ganas de oír gemidos y demás.

Por la mañana había demasiada gente, para mi gusto, en la cocina. Sofía y Santi tomaban el café sentados en la mesa pequeña y Martín estaba con una desconocida al lado de la encimera preparando un desayuno completo de los suyos.

Nos dimos los buenos días de rigor, Martín me presentó a la tal Julia y preparé mi café cargado, a ver si espabilaba. Me senté con Sofía y Santi, estaban hablando del siguiente fin de semana; el que íbamos a pasar en Barcelona. Me miraron a la vez con una sonrisilla.

— No me jodáis —les dije resoplando.

Jaime, que era el tío más organizado que te puedas echar a la cara, nos pasó un Excel dónde poner nuestra pareja de habitación para el hotel de lujo de Barcelona. Lógicamente, Sofía y yo ni nos los habíamos pensado: juntas.

— No me puedes hacer esto Sofí...

— Va, va, y te doy mi cd de Madonna.

Abrí los ojos como una niña ante un caramelo. Ella sabía que ese cd me encantaba; *True Blue* de Madonna, y encima estaba firmado por la reina del pop.

— Hecho —le dije por impulso, sin pensar bien lo que hacía.

Martín me miró como si estuviera en nuestra conversación y yo observé a Julia. La chica era guapa y lo miraba como si viera un Dios. No era para menos, Martín se gastaba un cuerpo de aúpa, con su pantalón fino y una camiseta cualquiera, estaba para mojar pan. Ambos se fueron al salón a desayunar y me extrañó que Martín no la hubiera echado todavía del piso. Él sí dormía con sus chicas pero no solía ser tan amable ni cocinar para ellas.

Cuando volvió a la cocina para llevarse el café, le pregunté por ese desayuno tan espectacular con Julia mientras yo limpiaba cuatro platos.

— Me ha dado por ahí —respondió sin darle importancia.

— A ver cuándo me preparas uno a mí —le dije bromeando.

— Tendrás que dormir en mi cama —me miró fijamente.

— ¿Dormir o follar? —le pregunté en un tono más bajo.

— El lote completo —susurró en mis labios y mordió mi labio inferior.

— Martín... —le avisé sintiendo calor en mis partes íntimas.

— Me buscas —dijo exculpándose.

Nos reímos y marchó con su última conquista dejándome con las hormonas alteradas, tanto que estuve inquieta todo el día, hasta que llegó la noche y quise ponerle solución con mi amigo el negrito, mi masturbador. Cerré los ojos y dejé volar mi imaginación. Mis fantasías salían de la nada; un desconocido en el metro, un vecino que pedía sal, dos amigos que me hacían un sándwich, un Bruno que me cogía a pulso y me empotraba contra una pared. Paré el cacharro aquel, cabreada por su interferencia, y me levanté mosqueada. Sí, conmigo misma por pensar en él. Mi contrincante número uno metiéndose en mis

fantasías sexuales. ¿Le ocurriría a él lo mismo? Sonreí viendo a Bruno, pajeándose y pensando en mí. Seguro que tampoco le resultaba gracioso.

Me castigué y me quedé con las ganas, pero lo único que conseguí fue estar más caliente que la pipa de un indio. Y soy primitiva, recordémoslo bien. Si no duermo, no como o no follo, mal vamos.

Y aquel mal humor se notó el lunes, sumado a que era lunes y a que Sofía me recordó que lo primero que debía hacer era cambiarle la habitación a Santi, en el Excel, que no se te olvide.

— Qué buena cara tienes —Bruno en busca de la barra perdida, ya lo tenía a mi lado en la cafetería.

— Piérdete.

— ¿Entre tus piernas?

Lo miré alucinada. Sólo faltaba que me hiciera ese tipo de comentarios.

— Podrías meterme un dedo y a ver si me calmo. A veces, funciona.

Yo y mi lengua. ¿Por qué no sé callarme y punto?

— Podría, y podría...levantarte la falda y hacer que te corrieras con un solo dedo. ¿Te he dicho que me pone muy tonto el ruidito ese que hace el dedo cuando entra y sale?

Me miró con cara de vicio, no puedo describirlo de otro modo. Cerré los ojos unos segundos, intentando olvidar lo que acababa de oír. Pero solo veía su dedo entrando y saliendo de mí sexo. Por Dios. Tuve que apretar las piernas porque si no iba a abrirlas del todo para que hiciera lo que le diera la puta gana conmigo, allí, en el bar o dónde fuera.

— Uy, qué sensibles estamos —dijo con ironía al ver mi reacción.

— Para tener pareja, se te va mucho la boca, ¿no crees? Y mucho lerele y poco larala, veo yo.

— Si quieres vamos al baño y te hago una demostración —alzó las cejas un par de veces, al estilo Bruno—. Y eso de la pareja...

— Que me da igual, que no quiero saber tu vida —le corté tajante y cabreada de nuevo.

— Los lunes no son lo tuyo —dijo soltando una risa.

Qué gracia. Pero algo de razón tenía.

Una vez en la revista, en la sala de reuniones, fui pensando en cómo llevar lo del fin de semana en Barcelona con Bruno. Iba a ser complicado ignorarlo. Sofía volvió a recordarme el cambio de habitaciones y en cuanto me senté delante del ordenador, realicé el maldito cambio. A la media hora tuve allí a la controladora aérea de turno: a Carla.

— ¿Y ese cambio de última hora? ¿Qué bien, no?

Bruno se quitó los cascos y nos miró con su habitual sonrisa.

— ¿Quieres ir tú? Porque como vas un poco salida últimamente —le dije mosqueada.

Sólo me faltaba esta. Y quizás si la picaba, me daba el cambiazo. Pero Carla no es como yo, está chapada a la antigua pero antigua de verdad. ¿Compartir habitación con un tío? Ni loca.

— Daniela, ¿me ves cara de facilona?

Cara de inútil, eso sí.

— Mira, Carla, si quieres follarte a Bruno, vas y se lo dices. Que aquí el compañero, —le miré a él— es muy sincero y te dirá si quiere mojar el churro o no.

— ¿Por qué esto va conmigo? —preguntó divertido.

— Ah, es que encima ni se lo has dicho. Pobre chaval —dijo Carla.

— ¿Decirme el qué?

— Dale un vistazo al listado del hotel —el tono de Carla era como el de una niña pequeña: “nanananá”

— Carla vete a tomar por el culo —le dije airada y colocándome los cascos mientras ella se iba.

Fin de la conversación.

Al minuto oí a Bruno descojonarse de la risa, solo. Al verlo reír de ese modo se me escapó una sonrisa pero se me borró rápido cuando se dirigió a mí.

— Daniela —me quité los cascos otra vez— ¿Vamos a compartir habitación? ¿En serio? ¿Tú y yo?

— ¿Sabes lo que es la amistad no? Pues no tengo nada más que decir. No te hagas ilusiones. Hay dos camas, así que tranquilito.

— ¿Y voy a ver cómo te vistes, te desvistes y lo despeinada que te levantas por la mañana?

— Y yo veré tu erección matutina, sí, Bruno va a ser todo muy romántico.

Se volvió a reír y yo resoplé medio riendo. Mandaba huevos la cosa; que Santi fuera la pareja de habitación de Bruno y que aquellos dos me lo hubieran pedido con ojos de cordero; más el cd de Madonna, no lo olvidemos. ¿Quién hubiera dicho que no?

— Eres una caja de sorpresas, Daniela —y silabeó mi nombre de una forma que me gustó.

Empezaban a gustarme demasiadas cosas de aquel hombre. *Danger Dani.*

— Bien, no sabes cuánto me alegra que te divierta. Solo espero que no ronques ni seas de esos que mean fuera de la taza. Por tu bien, lo digo —apreté mis labios en una mueca mientras él volvía a reír.

— Tranquila, que normalmente apunto bien.

Nos miramos unos segundos, yo pensando que se refería a otra cosa y él sonriendo. Mira que era guapo el jodido de él.

— Pues ya está, ¿algo más que añadir o puedo seguir trabajando?

— ¿Duermes sin nada?

Abrí los ojos y la boca a la vez. Bruno volvió a reír; estaba de muy buen humor, todo lo contrario que yo.

— Llevo un mono entero de felpa con pingüinos verdes. De cuello alto. —recalqué pensando cómo había llegado a la conclusión de que dormía sin apenas ropa.

— Vaya, es sexy de cojones —reí sin poderlo evitar cuando arrugó la nariz—. Procuraré no mirarte.

— Que risa más tonta tenemos de buena mañana —Jaime nos interrumpió y le sonreímos—. Esto, Daniela, venía a preguntarte si este cambio de habitaciones es correcto...

— Sí —le dije sin más.

Podría haber añadido que no había sido por voluntad propia pero no era cosa del jefe.

— Perfecto. ¿Qué más? Ah, sí, necesito que empecéis a trabajar sobre el tema que os he dado esta mañana y necesito buenas fotos Daniela, como las de Sol. A ver si el viernes me podéis pasar un borrador.

En la reunión el jefe nos había otorgado el honor de trabajar juntos en un artículo: “Juventud macerada en alcohol”, o sea, informar sobre el asunto de cuánto, qué y dónde bebemos.

— Sin problema —dijo Bruno, y Jaime se fue hacia Ruth para comentarle otro tema—. ¿Cómo lo tienes? —me preguntó a mí.

— Yo tengo mi faena siempre adelantada, así que cuando quiera el marqués.

— Pues si te parece, mañana nos ponemos a ello. Y lo de las fotos...

— Las fotos mejor el jueves, que hay más ambiente.

— Claro, el viernes nos vamos y ya no podremos...

— Sí y yo prefiero que Jaime de un vistazo a las fotos primero, siempre podemos volver, o puedo volver sola.

Parecíamos dos compañeros que se llevaban bien, nadie diría que éramos rivales en la revista.

— Mejor vamos los dos.

— ¿Tienes miedo de que lo haga mal?

— No, tengo miedo de que vayas sola por ahí a esas horas.

Lo miré levantando las cejas.

— Perdona, pero no será la primera vez —El viernes él se había largado dejándome sola.

— Bueno, pues yo estoy más tranquilo así, ¿te vale eso?

Su tono de enfado me sorprendió. Yo tenía cambios de humor pero Bruno...no se quedaba corto el amigo. Me daba en la nariz que los tiros iban por lo de su hermana, así que me callé, que estoy más bonita, y pasé de picarlo más. Raro ¿eh?

“¿Puede ser que conozcas a alguien y cambien cosas dentro de ti? ¿Es posible? Lo es. Aunque quizás no te des cuenta, aquella nueva amistad puede regular ciertos comportamientos que tienes habitualmente. ¿A qué me refiero? A que bajas la guardia, a que te sientes relajada, a que sin saberlo cedes parte de ti para que te conozcan, aunque no quieras, aunque estés empecinada en no dar. Porque la otra parte hace lo mismo y te sientes bien, simplemente, porque te apetece y porque acabas aceptando que ese cambio es bueno y te sientes a gusto con él. Cuando te das cuenta, en un primer momento le preguntas, ¿qué me estás haciendo? Pero sonrías y sabes que lo que está sucediendo es lo que tú también quieres. Cambiar no es

algo negativo, cambiar es necesario y necesitamos sentir cambios en nosotras. Chicas, nada de conformismos, abrid vuestras mentes y dejad que simplemente fluya...” @danielatuespacio.

Amor sin celos no lo dan los cielos

Aquella noche Santi se quedó también en el piso. La verdad era que la cosa iba acelerada pero les había dado fuerte a la pareja. En cuanto Sofía estuvo libre, no hubo ninguna excusa para no empezar a salir juntos. Ella estaba colada por él y Santi bebía los vientos por ella. A mí me caía bien y a Martín tampoco le molestaba. Aquella noche de lunes cenamos los cuatro juntos de casualidad. Ellos trajeron la cena y entre todos la preparamos. Y fue una cena amena y divertida. Nos reímos bastante y ya con los postres sacaron el dichoso tema del cambio de habitaciones.

— Gracias Daniela, sé el sacrificio que haces —dijo riendo Sofía.

— Ya que me das por culo, supongo que lo aprovecharéis... —le dije sonriendo.

— ¿De qué va esto? —preguntó Martín sin entendernos.

Entre Sofía y Santi se lo explicaron mientras yo iba haciendo alguna intervención de las mías.

— Muy listos son estos dos —le dije a Martín quien me miraba inquisitivamente.

— Ya es casualidad —dijo con retintín.

— Carla llevaba un cabreo... —añadió Sofía— Está colgada por Bruno, bueno, ella y la mitad de la revista. El otro día vino Sabrina, la de marketing, y un poco más y pone las tetas en las manos de Bruno.

Nos reímos y Martín solo sonrió.

— Él tecleaba, ya sabes cómo, con su musiquita y medio recostado —sí, al estilo Bruno—. Y ella le puso el ciento diez de pecho que tiene encima del teclado, en serio, casi me meo encima al ver la cara de Bruno...

Nos volvimos a reír porque Sofía hizo un careto de los suyos.

— Bruno es mucho Bruno —añadió Santi—. A mí me cae de puta madre, me da que es un tío legal y aunque tiene ese físico...

— ¿Te mola eh? —Le interrumpió Sofía riendo.

— Sí, pero me dijo que no, que no le iban las “pishas”...

Nos reímos de nuevo.

— ¿Así que el nuevo mola eh? —Me preguntó Martín.

— Bueno...

Sofía me cortó de nuevo.

— Vamos Daniela, que os hemos visto reír hoy como dos tortolitos.

— ¿Pero qué dices? —le pregunté medio riendo.

— A ver, te persigue por la cafetería desde el día uno y no me digas que no... —aquel era Santi metiendo cizaña.

¿Desde cuándo los tíos eran tan observadores?

— No, no, no tengo genes femeninos. Esa frase es de Ruth —me aclaró.

La peña hablaba más de la cuenta, como si lo viera.

— Y que calladito lo tenías Daniela —soltó Martín—. Si resulta que te vas a echar novio y no nos dices nada.

Nos reímos todos aunque el tono de mí amigo no era nada amigable. Y cambiamos de tema pero me mosqueó la actitud de Martín hacia mí a partir de esa charla. En cuanto Santi y Sofía desaparecieron, fui a por él.

— ¿Se puede saber a qué viene este cabreo Martín? Y no me digas que no pasa nada, porque te conozco mejor que tú y sé cuando estás de mala leche. Solo hay que verte.

— Me voy a la cama —dijo dejándome plantada en el salón.

¿Pero y este? Entré en su habitación cabreada como una mona. Él estaba quitándose la ropa, tranquilo y como si nada.

— ¿Pero de qué vas? —le pregunté a sus espaldas.

— De nada —respondió con parsimonia.

A veces me ponía nerviosa esa calma suya.

— ¿Qué te pasa joder? ¿Es por Bruno? Hemos hablado de él y te ha cambiado la cara. Te cae mal, vale, ¿y?

— No me gusta, eso es todo.

— ¿Y te cabreas conmigo?

Martín se giró y observó mis ojos llameantes. No me gustaba que actuara de esa forma. Siempre habíamos hablado de todo y sin problema.

Puso su frente junto a la mía y oí su respiración, no estaba tan tranquilo como quería parecer.

— Nena...

— ¿Qué?

El ambiente de repente se volvió denso, como si a los dos nos faltara el aire.

— No sé qué me pasa...

— ¿Conmigo?

— Sí, contigo...

Madre mía. Madre mía.

— Vale.

Intenté ser razonable porque iba perdida. Y seguimos charlando en aquella extraña postura.

— A ver, yo creo que quizás nos hemos pasado con los besos y eso...

“Eso” era las cuatro veces que habíamos follado.

— No lo sé...

¿Tendría Bruno razón? ¿Aquello no era tan normal como yo había creído? ¿Estaba haciendo daño a Martín? Porque eso no me lo perdonaría.

— Intento convencerme de que no puede ser, de que eres Daniela, mi mejor amiga pero...Creo que tengo celos porque hasta ahora no había oído el nombre de un chico en tu boca más de dos veces, ni en la de Sofía, y resulta que tenemos Bruno hasta en la sopa. ¿Me entiendes?

— Sí —claro, que lo entendía. ¿Pero esos celos de qué tipo eran?—. Pero Martín, no ha cambiado nada entre nosotros, bueno, sí, resulta que follamos más que nunca. Lo que quiero decir es que seguiremos siendo amigos, se cruce quien se cruce ¿no?

Martín me abrazó con cariño y yo me apreté también a él.

— ¿Y si te enamoras de él? —Su tono suave acarició mi oído.

¿De Bruno? No, no podía ser...porque...no.

— Creo que tiene pareja —busqué una razón de peso externa a mí—. Martín...

— ¿Qué?

— ¿Y si conoces tú a alguien? A ver, porque cualquier día puede pasar. Pues entonces seguiremos siendo igual de amigos, pero sin sexo, claro.

— Ya... Quédate un rato —me pidió casi rogando.

Nos metimos en su cama, yo con una de sus camisetas, y seguimos abrazados, procurando que nuestras partes íntimas no se tocaran demasiado.

— ¿Te gusta Bruno?

— Es un tipo curioso y listo, pero también es un gilipollas. ¿Quién se enamora de un gilipollas?

— Fijo que tú.

Nos reímos los dos.

— Y... ¿ha pasado algo?

Bueno, Martín y yo siempre nos lo contábamos todo, todo, todo. ¿Para qué mentirle?

— Hemos tonteado y nos dimos un beso pero se largó porque lo llamó una chica, que creo que es una novia oculta que tiene porque nadie habla de ella. Me parece que era aquella del cine, ¿te acuerdas?

— Sí, la del pelo corto.

— Sí, esa. Y ya sabes que yo paso de tíos con pareja.

— Ya.

Y ahí terminó nuestra charla sobre Bruno, sobre mis sentimientos y sobre los suyos. Entendía a Martín perfectamente porque un par de años atrás yo también había sentido celos de una chica que había traído a casa en más de una ocasión. Al final no cuajó y no me alegré, con lo cual entendí que lo que yo padecía eran sentimientos de posesión: Martín es mío y no quiero que me lo toquen. Y estaba segura de que a mi mejor amigo le ocurría algo parecido. Era un ni contigo ni sin ti; no queremos salir juntos pero tampoco que lo hagamos con otros. No era lógico, cierto, pero nuestra relación jamás se había basado en la lógica. Nos queríamos, mucho, nos entendíamos perfectamente y el sexo era algo de más, como un añadido a nuestra amistad.

Ahora comprendía mejor todos aquellos acercamientos de Martín; estaba marcando territorio.

Al día siguiente, tuve otro enfrentamiento verbal con Carla, la tía estaba muy pesada con el tema de las habitaciones. Y entonces fui yo quien buscó a Bruno diciéndole que por favor hiciera algo con su club de fans. Se rio a gusto pero a mí aquello no me solucionaba nada. Tener a Carla detrás cuatro días más y aguantarla el fin de semana en Barcelona, era demasiado, incluso para mí.

— Está bien, le diré a Ana que haremos un cambio a espaldas de Carla. La convenceré con un par de frases y ya está.

Me miró serio.

— Ni se te ocurra —me avisó Bruno—. Ya hablo yo con ella.

— Así me gusta.

Y habló, vaya que habló.

Durante la comida, Sofía me estaba explicando el nuevo viaje que preparaba para la revista cuando oí que Bruno me nombraba.

— Daniela...

— ¿Qué?

— ¿Salimos el jueves?

La mesa entera calló para escuchar el cotilleo.

— Sí, claro —respondí entendiendo que se refería al tema del artículo.

— Nena, ¿una cena primero?

Lo miré flipada.

— ¿Dónde fuimos el otro día? —continuó.

Sofía me dio un codazo y reaccioné.

— Ehm, sí.

Carla, al lado de Bruno, estaba roja como un tomate. Todos sabían que estaba por él y él sabía que de ese modo Carla dejaría de tocarme la moral. No era Daniela contra Carla, ahora era contra Daniela y Bruno, y eso para ella, era muy distinto.

— ¿Paso a recogerte?

¿No podía dejar ya el teatro?

— ¿A las nueve va bien? —insistió.

— Sí, perfecto —le dije sonriendo falsamente.

— A ver, recuérdame tu dirección, ne-na —me reí por dentro porque menudo gilipollas estaba hecho el Bruno.

— Calle de los tontos número ocho.

Nos reímos todos pero Sofía habló por encima del coro de risas.

— Calle Moratín, Bruno, después te paso los datos exactos.

Jodida Sofía. La miré con gesto interrogatorio.

— ¿Qué quieres? Si soy novata en eso de que coquetees con alguien —me dijo flojo.

Me reí y Bruno me miró con su sonrisa de *machoman*.

Al llegar a casa, nada más poner la llave, Martín abrió la puerta hecho una furia.

— ¿Se puede saber de qué coño va el nuevo? —preguntó gruñendo.

Se refería a Bruno, claro, pero ¿por qué? Me señaló con el dedo nuestra revista *TuEspacio* que estaba en el sofá, abierta. Martín había leído la columna que claramente hablaba de nosotros dos.

Era el primer lunes del mes de junio y Martín era el encargado de comprarla, entre otras varias que a Sofía y a mí nos gustaba leer para no perder de vista lo que escribían otros periodistas. Y yo no había pensado en ponerlo sobre aviso.

— Lo sé Martín, habla de nosotros. Ya discutimos sobre esto y él cree que tiene derecho a opinar sobre mí, si lo escribo en la revista.

— Menudo imbécil. Ha simplificado lo nuestro a un polvo Daniela, ¿te das cuenta? Como si yo solo quisiera follarte y me diera igual todo lo demás. ¿Pero a este qué le pasa?

— Yo qué sé. Tendrá sus historias en su cabeza.

— ¿Lo justificas?

— ¡Claro que no! La tuvimos gorda por esto y no estoy de acuerdo en nada, como si no me conocieras Martín. No tengo más que rebatirle en mi próximo escrito y ya está.

— Claro, y mientras yo tengo que tragar sus gilipolleces.

— A ver, Martín, no te lo tomes tan a pecho. Está en la revista para eso; para decir lo contrario que digo yo, para que haya debate y para que nos enfrentemos verbalmente hablando, así que relájate.

Me miró frunciendo el ceño, pero entendió lo que le decía.

— ¿Dice alguna verdad? No, pues punto. No le des más bombo.

No le des más bombo, pero ipso facto abrí el *Twitter* en el ordenador y lo que me temía: un regimiento de

hombres alzando la mano y diciendo: Bruno, Bruno, Bruno. Bueno, esa imagen es la que vi en mi cabeza. En el ordenador, tan solo leí cientos de *tweets* apoyando a mi contrincante, sobre todo, chicos y alguna chica que decía que ella no tenía amigos de género masculino porque se la querían follar. Si es que somos más majas entre nosotras...

Fui a mi *tweet* y entré al trapo, pero no pude evitarlo:

@danielatuespacio

“Chicas, chicas, oigo rumores de que nos van a comprar unos *Louboutin*, ¡qué suerte la nuestra! No lo tengáis en cuenta, a veces la neurona, tiene demasiado espacio en ese cerebro y va rebotando de un lado a otro, provocando conexiones extrañas en ellos.”

Y empezaron las risas, los comentarios y a ver quién la decía más gorda.

— Dudo que creas que tengo solo una neurona, señorita Sánchez —Bruno me miraba sonriendo y se dirigió a Mario para pedir su habitual cortado corto de café y con leche fría.

— Has escrito un libro, muy bien, quizás tienes un par más que el resto de los de tu género —cogí las tazas que me dio Mario.

— ¿Tu amigo también va tan escaso?

— Ni lo nombres —le dije yéndome.

Martín había pillado un buen rebote y a la hora de la cena, con Sofía en la mesa, había vuelto a salir Bruno en nuestra conversación. Pero esta vez había sido mi mejor amigo quien había sacado el tema. Lo dejó de capullo para arriba y Sofía intentó ser conciliadora. Yo no quise meter más cizaña pero tampoco me habían gustado sus palabras.

Bruno se sentó a mi lado, tenía ganas de seguir con la discusión.

— ¿Mal rollo en casa?

— Todo perfecto, gracias — tomé un sorbo y lo miré cara a cara—. De todas maneras, tampoco me extraña que no seas capaz de entender mi relación con Martín. Supongo que no has sido lo bastante inteligente como para plantearte ser amigo de una mujer.

— Lo soy.

— Sí, claro.

— De mi hermana. Que seamos hermanos no implica que seamos amigos, ¿me equivoco?

No, no se equivocaba.

— Pero no me vale, porque con tu hermana eliminas con facilidad el factor atracción. Así que sigo pensando que debes ser incapaz de ser amigo de una chica, ¿por qué? Supongo que estás chapado a la antigua, treintañero —remarqué la última palabra a modo de burla y me giré hacia Toni, quien justo en ese momento me nombró.

— Si quieres podemos ser amiguitos —me susurró en el oído y me entro un escalofrío.

¡Gallina de piel!

Le miré de reojo, sabiendo que estaba demasiado cerca.

— Ni en sueños —le dije sin girarme hacia él.

— ¿Ni eróticos?

Mira que era liante.

— Bruno, tienes un club de fans en la revista, presidido por Carla, y yo no estoy incluida en él. Así que si te pica, que te rasquen.

— Pero es que a mí quien me gusta eres tú.

Nos miramos fijamente. Intenté ver si iba en broma o lo decía en serio. Y más bien me pareció lo segundo.

— Daniela, ¿vamos? —era Sofía frente a mí—. Tengo que comentarte lo del viaje a Venecia.

— ¿Qué viaje? —abrió los ojos indicándome la salida—. Ah, sí, vamos.

Una vez fuera creí que me iba a decir algo de Bruno, pero vamos que no sabía el porqué, solo estábamos hablando. Pero como ella veía cosas que yo no...

— Es Julen, mira el mensaje.

“Me han dicho que estás con un tío del curro. De puta madre que me entere por otros ¿no? ¿Por eso me dejaste? Quiero hablar contigo.”

Es lo que tiene Madrid, que es un pueblo tan pequeñito... Pequeño no, pero a la gente le gustaba más cascar que cardar. Que poca faena, Jesús.

“Celos, ¿qué son los celos en una pareja? Hasta ahora nos habían hecho creer que son una demostración de amor, pero no es cierto. Si estoy celoso es porque te quiero. Y una mierda. Si me miras el móvil, el ordenador o mi agenda, no me quieres. Tienes un problema muchacho y el problema no soy yo, sino tú. Chicas, no dejéis que se justifiquen porque si empezamos a ceder en cosas pequeñas puede acabar la cosa mal. No te pongas esa falda, no vistas así, no mires a un chico o no salgas sin mí. ¿Todo eso es porque me quieres? ¡Ja! Deja que me ría en tu cara. Los celos no son buenos, no traen nada positivo. Si quieres demostrarme que me quieres, hazlo, con el día a día: con un beso, unos mimos, un cómo te ha ido el día o qué tal tu reunión. Al loro con los celos que no nos convienen chicas. No lo olvidéis.”
@danielatuespacio.

— Pues quedas con él y le dices que no. Que lo dejaste porque no le quieres y que ha dado la casualidad que has empezado a salir con Santi. No hace falta que des más explicaciones. Se terminó Julen. Te quise mucho pero en pasado.

— No me apetece nada Daniela... y me jode porque le quiero, pero no como él quisiera.

— Pues no quedes o que venga a casa y que estemos nosotros por si se le va la pinza.

— Sí, será lo suyo...

— Pequeña, ¿va todo bien? —Santi preguntó al ver la cara de mi amiga.

Iban saliendo todos de *El Café* y Santi nos acompañó mientras, Sofía le explicaba que Julen quería hablar con ella. A Santi no le hizo ninguna gracia, por supuesto, después del último episodio con él, y los dejé solos hablando sobre el tema.

Aquella mañana la pasé con Bruno, preparando el artículo que nos había encargado Jaime. Ambos coincidimos en bastantes ideas y me extrañó que no nos tiráramos constantemente los trastos a la cabeza. Curiosamente éramos capaces de olvidar lo mal que nos llevábamos y la guerra que había provocado con su columna. Supongo, que a eso lo llaman profesionalidad.

Y que yo le gustaba...

También hablamos sobre el tipo de fotografías que queríamos para el artículo: nada de sacar fotos a personas concretas, sino de coger planos generales del ambiente festivo de Madrid. Bruno propuso ir a Malasaña; conocía un par de sitios donde no pondrían pegatas para que tomáramos fotos, siempre y cuando no fotografiáramos a sus clientes. Debíamos llevar nuestro carnet de prensa, por si acaso.

— Pasaré a recogerte —dijo una vez terminamos de concretar los detalles.

— No hace falta, cojo un taxi y nos vemos allí.

— No seas orgullosa, si no me cuesta nada, paso por tu barrio de todas formas.

— Que no Bruno, quedamos delante de *Somnis* a las doce.

No insistió más pero puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

Incluso en esa pose chulesca me parecía guapo. Y yo le gustaba, me repetí. A ver, lo sabía de hacía días, uno no besa a alguien sino le gusta mínimamente, pero decirlo era otra cosa ¿no? Me encantaban los chicos directos y sinceros, que no se cortaban, que no tenían miedo de decir lo que pensaban o sentían. Y él reunía todos los requisitos. Ay Dani, que este sabe más que los ratones coloraos.

Una vez en casa, los tres esperamos la aparición de Julen; habían quedado a media tarde. Llegó puntual como siempre y le abrió Martín, haciéndole pasar al salón, donde estábamos Sofía y yo.

Nosotros dos nos fuimos a la cocina, no para cotillear, que lo podía parecer, sino para asegurarnos de que Julen se comportaba con su habitual normalidad.

Estuvieron un buen rato charlando, sin alzar la voz, porque apenas oíamos lo que decían. Mientras, Martín estuvo liado con el ordenador con un cursillo sobre fuegos forestales, y yo comí, leí y paseé por la cocina como un animal enjaulado. Tenía ganas de que marchara Julen y dejara en paz de una vez a Sofía.

Martín, al verme algo nerviosa, me dio palique y estuvimos hablando sobre los artículos de la revista de este mes. Acabamos comentando el artículo que preparaba con Bruno y le gustaron mis ideas, aunque no las de Bruno. Lo suyo ya era cabezonería porque aunque puede que alguien no te agrade, debes reconocer su mérito, si lo tiene. Y Bruno, podía ser muchas cosas, pero bueno en lo suyo, lo era y de largo.

— ¡Julen! ¡Las cosas no han sido así! —Martín y yo callamos por si teníamos que rescatar a Sofía.

No queríamos meternos pero tampoco nos fiábamos de Julen. Quién lo hubiera dicho...con la poca sangre que siempre había demostrado y ahora que lo dejaba Sofía, parecía otro.

— ¿Entonces cómo es que ya estás con otro? ¡No has tardado ni dos días!

— Hemos cortado Julen, no estoy de luto y todo esto ya no es cosa tuya, ¿lo entiendes?

— No, no lo entiendo Sofía, porque primero me pides tiempo y en dos días ya lo has tenido claro.

— Sí, es verdad. Sé que no quiero estar contigo, lo tengo muy claro.

— Pero hace un mes estábamos hablando de las vacaciones...

— Y hace dos de comprar un piso, pero de un tiempo aquí que no lo veo claro Julen. Me decía a mí misma que era una crisis más, que pasaría pero no pasaba...

— Joder, joder.

— No puedo decirte que no lo siento. Lo siento Julen pero así son las cosas.

Y así se las hemos contado, pensé yo.

— ¡Me has mentido, me has estado mintiendo!

No, perdona, es diferente mentir que omitir.

— No, Julen, escucha...

Y Julen no entendía que de un día para otro se había quedado sin su Sofía, pero quizás si hubiera estado más atento en aquella relación, más pendiente de los detalles, quizás hubiera intuido que algo no iba bien. Sofía llevaba meses dándole vueltas pero no había querido hablarlo con nadie, ni conmigo. Temía verbalizarlo y que fuera real, como si al no decirlo aquello no fuera verdad. A ella también le fastidió, en un primer momento, que todo lo que había construido en su cabeza con Julen se estaba desmoronando con una rapidez que daba miedo. Y casi podía decirse que lo había negado, pero Santi abrió aquella puerta y pasó lo que tenía que pasar.

Oímos que salían del salón y que se dirigían hacia la puerta. Martín y yo nos miramos a la espera.

— Cuídate Julen —dijo Sofía al abrir la puerta.

— Diles a tus guardaespaldas que ya pueden salir. Adiós.

Se marchó y salimos a por Sofía. Estaba serena pero sin humor para nada más que para irse a su habitación, no quiso ni cenar ni un *Cola Cao* de los que hacía Martín, con doble extra de espuma.

Así, cenamos solos y después vimos una película en el sofá. En una de las pausas fui a ver a Sofía y estaba durmiendo como una bendita. Supuse que ese agotamiento mental debía pasarle cuentas a su cuerpo.

— Duerme como un ángel —informé mientras me sentaba de nuevo—. Sonríe y todo, mira que te digo.

— Tú también duermes así —me dijo sonriendo.

— ¿Yo?

— Sí, pones cara de felicidad.

— Y lo sabes porque...

No porque yo hubiera dormido con él, porque eso no había ocurrido nunca.

— Porque alguna que otra vez te he mirado.

— ¡Anda! Tendrás morro. ¿Y eso?

— No te quejes, que no te miro cuando estás follando con un tío ¿eh? —nos reímos al recordarlo—. Pues te miro como lo haces tú con Sofía, para saber que estás bien.

— Que bonito —le dije tirándole un cojín.

— Un día me hice una paja —dijo atrapando el cojín y lo miré sorprendida—. Es que se te veía una teta y me pusiste cebollón.

Intentó aguantarse la risa pero no pudo y empezó a reírse procurando no hacer demasiado ruido. Era mentira, obvio.

— Que idiota eres —le dije queriendo quitarle el cojín aquel para atacarle de nuevo.

Nos empezamos a pelear, bromeando, y al final Martín me retuvo las manos por encima de mi cabeza, medio tumbado en el suelo, encima de mí y usando sus piernas para inmovilizarme.

— Venga, ríndete. ¿A ver cómo lo dices? No te oigo Daniela.

Me reí porque sabía que yo no usaba aquella palabra. ¿Rendirme? Ni borracha.

— Joder Martín, me has bajado los pantalones y no llevo nada debajo. Súbemelos —llevaba unos pantalones cortos con goma en la cintura.

Era mentira pero Martín giró su cabeza automáticamente hacia la zona en cuestión y aflojó mis manos. Intenté escapar pero no me dejó y nos reímos los dos por mi intento fallido.

— Ya me has puesto tonto Daniela —hincó su erección en mi pierna—. Voy a tener que comerte las tetas para después ir a masturbarme en el baño.

Ufff, Martín sabía tocar mi fibra. Directo. Sin miedo. A por ti.

Y nada más decir la última palabra comenzó a bajarme el tirante de la camiseta con sus dientes y me miró. ¿Qué esperaba? ¿Qué me negara? No soy de piedra.

Mi pecho quedó al descubierto y pasó su lengua por él, con mucha calma, una calma agónica que lograba encender mi sexo. Era una sensación deliciosa y me relajé al segundo.

— Daniela...

Su voz grave me acarició a la vez que su lengua. Mi pezón erecto quería más y el palpito en mi sexo despertó mi sed. Me apreté contra él y Martín mordisqueó mi pezón, muy flojito pero lo suficiente para que lo sintiera. Me estremecí de placer.

— Más...

— Nena, quiero follarte...

— Fóllame...

— Quiero que toques el cielo. Quiero que te muerdas el labio de esa forma tan sexy y quiero que grites

mi nombre, Daniela —iba hablando y mordisqueándome.

— Martín... hazme tuya...

Me miró a los ojos y acercó su boca a la mía. Nos besamos lánguidamente, saboreando nuestras lenguas. Mis manos seguían atrapadas por las suyas y sentía sus besos con más intensidad, como si al no poderlo tocar, mi sentido del tacto estuviera todo acumulado en mis labios.

Y sonó un móvil en la mesita. El mío. Y a Martín le dio por levantar la cabeza y mirar, en lugar de pasar del maldito teléfono.

— Es Bruno —me dijo— Joder.

Y se levantó, como si lo hubiera pillado su novia o su madre, no sé con cuál de las dos se hubiera separado de mí con esas prisas.

— ¿Y qué? —pregunté con el calentón encima.

— Que no quiero que tenga razón —volvió a mirar el móvil que seguía sonando.

¿Qué cojones querría Bruno?

A Martín le bajó todo y a mí me subió a la cabeza.

— Muy bien Martín, si ahora te has hecho del club de los payasos, me lo podías haber dicho.

— No vamos a follar más —dijo rotundo y me sentó como una patada en los mismísimos.

— No vas a follar tú conmigo porque yo me voy a hinchar —Y aquella vez fui yo la que me largué cabreada, sin dar un portazo porque Sofía dormía, pero me quedé con las ganas.

Sonó de nuevo el móvil y me cagué en todo lo que se menea. Pero pasé de ir a por él. Ni quería ver a Martín ni quería hablar con Bruno. Joder, para no salir con nadie, menudos marrones me comía últimamente.

Una noche contigo pueden ser cien páginas de mi vida

El miércoles por la mañana, parecíamos tres muertos vivientes, algo inusual en aquella casa.

Sofía seguía taciturna, era como si se sintiera culpable por algo que realmente ella no había provocado. Estas cosas pasan cada día Sofía, no le des más vueltas, pero no entraba en razón.

Martín, mudo no, lo siguiente. Ni nos miramos siquiera.

Yo seguía enfadada, me había costado un millón de minutos dormirme y encima había dormido fatal. La falta de sueño me provocaba mal humor. Me sentía ofendida por Martín, como si fuera yo quien lo llevara por aquel camino, cuando era algo que surgía entre los dos sin pensarlo. El “no vamos a follar más” no me molestaba por el hecho de no acostarme con él, sino por el modo de decirlo. ¿De qué vas? ¿Es que me estás haciendo un favor? Venga hombre.

En la cafetería me puse a mirar cosas con el móvil y eso quería decir: no me molestes o puedo morderte. No era de las que suelen usar el móvil con gente a mí alrededor, prefería las relaciones en directo. Bruno llegó más tarde y se sentó en la barra. En esta ocasión yo fui a por él.

— ¿Se puede saber para qué llamaste? —Mí tono lo puso sobre aviso. El ambiente estaba caldeado.

— ¿Por qué no lo cogiste? —respondió preguntando.

Porque estaba a punto de echar un polvo con Martín y tú nos jodiste bien.

— Porque no te oí —mentí.

Lo miré cabreada, cabreada con él, con Martín, conmigo.

— Estaba escribiendo, el libro, ya sabes —lo escuché atenta pero con el ceño fruncido—. Y una de mis protagonistas, es fotógrafa amateur. Quería hablar sobre la sensación de captar con la cámara un segundo de la realidad, de fotografiar emociones, pero no me salían las palabras. Y pensé en ti. Acabé llamando a un colega y solucioné el bloqueo.

Bueno, no podía culparlo a él directamente de mi enfado con Martín pero no tenía ganas de cháchara, así que le dije que tenía curro y me fui.

Iba escribiendo en el ordenador pero mi cabeza estaba con Martín y cada vez que me acordaba de sus palabras me cabreaba más. Encima él curraba hasta las tantas y no lo vería cuando llegara. Tampoco quería hablar con él pero quería saber si él sí quería hablar conmigo.

A la hora de comer Rouse me dio un respiro cuando la vi esperándome en la salida.

— ¡Nela!

— ¡Lucía!

— He ido al centro de compras, que la enana tiene fiesta en el cole, y pensaba decírtelo pero no sabía

si terminaría a tiempo —Rouse me dio dos besos.

Cogí en brazos a mi sobrina y empezó a contarme lo que habían hecho aquella mañana. Desapareció el resto del mundo y solo tuve ojos para ella. Sofía aprovechó para irse con Santi y nosotras tres nos sentamos en una de las esquinas de *El Café*. Pedimos ensalada y calamares a la romana para Lucía.

Sentí la mirada de Bruno, estaba con el resto sentado un par de mesas atrás. Supuse que tenía curiosidad por saber quién me acompañaba. Lucía, que lo vio, le sacó la lengua y él cruzó los ojos haciendo el payaso. Nos reímos las dos, sobre todo la enana. Rouse nos miró perpleja y se giró para ver de qué nos reíamos. Él le mostró su bonita sonrisa.

— ¡Joder Daniela! ¿Y ese Adonis?

— El nuevo —le indiqué.

Ella se volvió a girar, porque mi hermana mayor es la cosa más disimulada que te puedas tirar a la cara.

— Me dijiste que era guapo —me acusó.

— ¿Y no lo es?

Puso una de sus caras en plan ¡madre mía! Nos reímos y me alegré tanto de que estuviera allí, que en un subidón de esos de adrenalina, le dije a Bruno que viniera con la mano.

— Bruno, mi hermana quiere conocerte —miré a Rouse quien sacó su sonrisa “*Profiden*”.

— Bonito embarazo —le dijo Bruno con simpatía.

Se dieron los besos de presentación y Bruno se dirigió a Lucía.

— ¿Y tú quién eres?

— Lucía.

Reconozcámoslo: Rouse y yo lo mirábamos un poco agilipolladas.

— ¿Y ella es tu mami?

— Sí.

— ¿Y Daniela?

— ¿Nela? Es mi tía preferida.

Nos reímos por su tono de sabidilla.

— ¿Eres su novio? —preguntó entonces ella—. Dice que eres guapo.

Bruno me miró unos segundos y volvió la vista hacia ella. Me entraron todos los calores por su forma de mirar.

— No puedo ser su novio porque tu tía no quiere novios.

— Pues yo tengo novio —le dijo en su estilo.

— ¿Tienes novio? —le pregunté riendo.

— Claro, se llama Juan y me da caramelos.

Nos reímos los tres y Lucía sonrió, que bonito...

— Oye Lucía, ¿y si le doy un caramelo a tu tía? ¿Crees que funcionará?

— ¡Sí!

Miré a Bruno sonriendo y él volvió a mirarme.

— Después le daré una piruleta de corazón —me dijo con su voz suave aunque a mí me pareció que me decía otra cosa: después te doy un beso de esos que hacen historia.

Ay Dani.

— A ver si es verdad —le repliqué.

— Oye —Lucía nos interrumpió y la miramos—. Yo también quiero una de esas.

Nos volvimos a reír y Bruno se fue con los de redacción, después de prometerle a Lucía que le daría esa piruleta.

— Estoy alucinada Daniela —dijo Rouse casi susurrando.

— Sí, es majo cuando quiere —le dije sin darle más importancia.

— No, no, si con quien alucino es contigo —dijo muy segura—. Pero, ¿y esas miraditas? ¿Y ese tonto?

— ¿Qué dices? No hay nada de eso, no te imagines cosas que no son.

— Si, vamos, que ahora estoy ciega.

— Nela, ese señor me gusta para que sea tu novio.

Soltamos otra carcajada.

— Olvidaros de novios, pesaditas —les dije mientras levantaba la mano para que el camarero trajera la cuenta.

Era evidente que me había gustado el trato de Bruno hacia mi sobrina, normalmente los adultos pasan bastante de los niños, cuando no son suyos me refiero. Y ver a Bruno charlando de esa forma me había llegado. Y a mi hermana ya no te digo. Si no es porque la conozco, hubiera pensado que en esos cinco minutos se había enamorado, pero de verdad, de Bruno.

Le comenté la jugada a Sofía, mientras íbamos en el metro y coincidió con mi hermana: entre Bruno y yo pasaba algo. Y yo le dije lo de siempre: lo que le cuelga al galgo. ¿Qué va a pasar? Pasa que trabajamos juntos, que escribe sobre mí y que nos miramos algo más de la cuenta, porque el tío está bueno y para ver una pared, mejor mirarlo a él ¿no? Excusitas, me dijo Sofía. Oye Sofí, que tú estés en plan rosa palo me parece perfecto, pero no nos metas a todos en el mismo saco. Ni quería algo ni pasaría nada.

Empecé a pensar que quizás si me lo tiraba se terminaba la tontería. Era algo muy común: cuando ya has conseguido aquello que ansias, entonces viene el bajón y ya no lo deseas con tantas ganas. Aquella idea anidó en mi cabeza, añadiendo que así mataba dos pájaros de un tiro. Por una parte, disfrutaría con él en la cama, y por otra, quizás así nos dejábamos de tanta tontería. Había un riesgo, mínimo, pero debía

tenerlo en cuenta. Ya me lo había planteado días atrás: ¿y si queríamos más? Bueno, entonces debería poner más empeño en no repetir.

— En Barcelona, me lo cuentas. Ya me dirás a ver qué pasa porque los dos juntos en la misma habitación... ¿qué te va que pasa algo? Y no me refiero a un beso como el de la discoteca.

Al final se lo había cantado.

No, no podía tirármelo porque tenía las de perder. Si me gustaba, si lo hacía como los dioses (cosa que empezaba a sospechar y no sé por qué) o incluso si me sorprendía en la cama, la habría cagado.

— Que lata me dais con Bruno, no le voy a dar ni los buenos días, ¿mejor así?

— Que terca eres Daniela. El sábado me lo cuentas —insistió.

— Te voy a contar un cuento —le contesté y al entrar en casa me vino a la cabeza Martín—. Por cierto, tengo que explicarte algo Sofi.

Y me desahogué con ella. Sofía, que ya estaba de mucho mejor humor gracias a Santi, me escuchó en silencio y después estuvimos intercambiando opiniones. Le expliqué la confesión de Martín, sus acercamientos y la discusión de anoche. Ella creía que Martín estaba algo extraño conmigo últimamente y no estaba segura que solo fueran celos. Lo son Sofía, no hay más que verlo, con la llamada de Bruno reaccionó exageradamente y no pensó: voy a tirarme a Daniela y que se joda el mundo entero. Lo que hizo fue rechazarme y hablarme como un tirano. Aquí se hace lo que yo digo. No convencí a Sofía pero ella tampoco me convenció a mí.

Aquella noche de chicas, solo ella y yo, me acabó de arreglar el día.

Y el jueves me levanté con mucho mejor humor. Mañana de curro, tarde en casa de mis padres, dejando que me sirvieran una merienda de reina, y noche de fotos con Bruno. Cuando llegué a casa y vi a Martín en la cocina con Sofía, le dije a ella que no cenaría. Me fui a la ducha directa y me puse cómoda en mi cama, leyendo un rato, esperando a que fueran las once y media, para ir hacia Malasaña, donde había quedado con Bruno a las doce. A las once me vestí y cuando estaba con el rímel oí que alguien llamaba. Sería Santi, seguro. Solía pasar muchos ratos por casa.

— ¿Está Daniela? — ¡Bruno!

Me pinté la mejilla de negro porque se me fue la mano. Me limpié con una toallita y terminé de maquillarme con rapidez. Oí a Sofía charlar con él. Cuando salí los vi en la entrada del salón, y Martín en el sofá mirando la televisión. ¿Lo habría saludado?

— ¿Y esto? —le pregunté yendo hacia él.

— Soy así de cabezón.

— Ya veo, me vas a superar y todo —cogí la cámara, y Bruno se ofreció a llevarla—. No te la dejo ni que me compres unos *Louboutin*.

Nos reímos y miré a Martín, quien seguía fijo en la pantalla.

— ¿En vaqueros? —preguntó Bruno observando mis pantalones ceñidos como si viera un fantasma.

— Bobo —le dije sin entrar al trapo.

— ¿Vais a *Somnis*? —preguntó Sofía sabiéndolo.

— Sí, el dueño es amigo mío.

— ¿El dueño? —le pregunté yo.

Me había dicho que conocía a alguien pero no que era el dueño de aquella discoteca para gente vip.

— ¿No te lo dije? Sí, Antón es un viejo conocido.

— Pues podrías estirarte y pedirle unos pases ¿no? —le dijo Sofía riendo.

— Sin problemas —Bruno lo decía sin darle importancia. Tener los pases de una de las discotecas más chics de Madrid no era una prioridad para él—. A ver si después de la juerga, nos acordamos Daniela.

Lo miré divertida. Juerga sobre todo.

— ¿Vamos? —me adelanté a él y dijimos adiós pero solo respondió Sofía.

Martín seguía en sus trece, pues perfecto. Seguiríamos así.

Bruno abrió la puerta de un Golf negro, reluciente y casi nuevo.

— Cómo te los gastas —le dije irónicamente.

— Como me habéis comprado todos el libro... —alzó sus cejas y me reí.

Arrancó el coche y puso música: el primer disco de Estopa. A mí también me gustaba, sobre todo algunas de aquellas canciones como la de *El del medio de los chichos* y cuando la oí no pude no tararearla. Bruno me miró y sonrió.

Eran casi las doce y había mucho ambiente por las calles de Malasaña. Cámara en mano y carnet de prensa en el cuello, nos dirigimos hacia uno de los locales que siempre estaba hasta los topes: el *Huerto*. El tipo de música que ponían era una mezcla de todo y eso gustaba al personal. Nos adentramos entre la gente y Bruno estuvo un par de minutos hablando con uno de los camareros. Nos dejaron pasar tras la barra y allí disparé un par de fotos hacia las muchas botellas expuestas en sus estantes. Otra foto la hicimos hacia una parte del techo, que tenía un espejo enorme, y dónde se veían las cabezas de la gente, manos, copas y poco más. La última foto se la hicimos a un camarero, concretamente a sus manos preparando un cóctel.

— No te muevas —le dije sonriendo.

— Yo hago lo que tú digas, preciosa —el chico no estaba mal pero cuando curraba no estaba para historias.

— Pues quietito así.

Enfoqué y disparé. Perfecto.

— Genial —le dije dándole las gracias y él me pidió el teléfono.

— Lo siento, estamos currando —le dijo Bruno diplomáticamente.

— El jefe manda —le dije escaqueándome de aquel camarero ligón.

Nos dirigimos hacia *Somnis*, que estaba un par de calles más hacia abajo y por el camino hice alguna que

otra foto. Bruno no me habló de aquella forma tan seca, sino que se mostró más amable. Fotografiamos, con el debido permiso, los pies de una pareja junto a sus vasos de plástico, se suponía que cargados de alcohol.

— ¡Eh Bruno! ¿Qué pasa tío? —miré por encima del objetivo y vi un grupo de tres chicos que le saludaban.

Volví a centrarme en disparar la foto: zapatos de tacón y las *Converse* del chico. Pero alguien tropezó conmigo y mandó a tomar por saco la foto.

— Joder —murmuré cabreada.

— Sal de en medio chavala —me increpó el borracho aquel.

— Si no te aguantas en pie es tu problema, niño.

Tendría unos veinte años y llevaba una buena peana encima. La pareja que estaba sentada en el bordillo esperando que yo terminara se rio pero a mí no me hizo ninguna gracia, no me gustaba que me interrumpieran cuando me centraba en la foto.

— Menuda boca de chupa pollas tienes —me dijo el imbécil acercándose a mí en plan chulesco.

— Y tú menudo descerebrado estás hecho. Será mejor que te vayas a dormir la mona.

— Si es contigo...

Y me cogió de la cintura, restregando sus partes sensibles. Lo aparté de un empujón y el tío se tambaleó aunque al segundo un brazo lo sujetó con fuerza y quedó inmovilizado.

— Joder, me haces daño —se quejó sin saber a quién.

— Y más que te haré como no te largues de aquí —Bruno lo miró iracundo.

— Mira que os gusta hacer el idiota a los de tu quinta, pírate —dijo uno de aquellos amigos de Bruno. Estaban los cuatro frente a él.

Aquel pobre diablo se fue todo lo rápido que pudo y deseé que se le quitaran las ganas de ponerse tan gallito con las chicas.

— ¿Tienes un imán para los problemas Daniela? —preguntó Bruno acercándose.

— ¿Lo dices por ti?

Sus amigos se rieron y Bruno me sonrió.

— ¿Estás bien?

— Ya me lo había quitado de encima. Estoy bien.

— Daniela, estos son mis colegas de...

— De correrías —se adelantó uno hacia mí—. Soy Fede, el guapo del grupo, como puedes comprobar.

Era un chico alto, con buen cuerpo y atractivo, aunque no guapo precisamente

— No te flipes Fede —habló uno más bajo y trajeado, con corbata incluida—. Soy Julio, encantado.

Me dio dos besos y el último de ellos, uno muy moreno y con los ojos más verdes que había visto en mi vida, se acercó con timidez.

— Soy Rafa...

— Soy Daniela —le dije intentando ser amable porque con ese hombre, que debía tener la misma edad que Bruno, me dieron ganas de ¿protegerlo? Como si fuera débil o flojo o demasiado tímido.

Me miró como si me estudiara y le sonreí.

— Así que tú eres la que nos pone a caldo —soltó Fede.

— ¿La que dice esas verdades? Esa soy yo.

— Suerte que Bruno nos va a defender porque menuda lengua tienes —Fede, aparte de creerse el guapo, era el que más hablaba, estaba clarito.

— ¿Lengua, en qué sentido?

Nos reímos los cinco.

— ¡Eh! Perdona, ¿vas a hacer la foto esa? —era el chico de las *Converse*.

— Sí, sí, lo siento chicos. Un momento.

Dejé a Bruno y sus amigos charlando y oí trozos de su conversación: fotos para un artículo del trabajo... sí, es guapa...Fede ni se te ocurra tirarle los trastos...

Enfoqué de nuevo la parte que me interesaba de esa escena, desconecté del mundo y disparé. Saltó el flash y di un vistazo a la pequeña pantalla que me mostraba la foto. Perfecto.

— ¿Puedo verla? —Bruno se acercó a mí y sentí el olor de su perfume —. Buenísima — Me sonrió— Bueno, tenemos que irnos, gentuza.

— Menudo trabajo el tuyo —le dijo Julio irónicamente.

Bruno alzó las cejas un par de veces, a su manera, y nos marchamos hacia *Somnis*.

— ¿Son amigos de toda la vida?

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañado.

— Por la confianza que os tenéis. Parecéis casi hermanos.

— Sí, del colegio. Por entonces, ya íbamos juntos los cuatro, bueno éramos cinco. Sergio murió en un accidente de coche hace casi diez años.

— Vaya...

— Sí, fue una gran putada. Salimos de fiesta aquella noche y Sergio llevaba su Peugeot nuevo. Aquella noche él conducía y no bebió ni gota, pero se cruzó con un hijo de puta que iba borracho y drogado, y lo mató.

En su voz había un deje de rabia todavía.

— Era mi mejor amigo. Lo pasamos todos mal aquellos meses.

— Joder Bruno, lo siento —le dije pensando que si le pasara algo a Martín o Sofía no levantaría cabeza.

En cuanto llegara a casa hablaría con mi mejor amigo, quisiera o no.

“¿De qué sirve estar cabreados? Es un estado en el que las dos partes lo pasan mal, así que ¿para qué? ¿No es mejor solucionarlo hablando? ¿De qué te sirve estar de morros y no hablarle? Se entiende que en un primer momento te enfades y esperes a que baje esa mala leche que te sube por las venas, pero pasado un rato, cuando ya estás calmado, lo suyo es no dejarlo para más tarde y solucionar el problema. Es que soy orgulloso. ¿Y qué te aporta ese orgullo? Te aporta pasarlo mal, hacerlo pasar mal a otra persona, perder un amigo o incluso acabar no hablando de lo que ha sucedido, haciendo ver que los días de cabreo han quitado importancia a esa discusión. No siempre vamos a estar de acuerdo en todo pero para eso tenemos la capacidad de parlamentar. Piénsalo bien, porque quizás cuando quieras decirlo ya no estés a tiempo.” @danielatuespacio.

Durante el resto de la caminata, Bruno me explicó algo más de sus amigos.

Fede, era ligón por naturaleza, ya de pequeño no tenía otra idea en la cabeza. Bueno sí, los juegos de ordenador y ahora se dedicaba a ello: era programador de video juegos. No es el que desarrolla las ideas sino el que hace que el diseño cobre vida y es un trabajo duro pero que le encanta. Obviamente, no salía con nadie de forma habitual, aunque a veces empezaba dos o tres relaciones a la vez, y se iba cansando de ellas de forma progresiva.

Julio, era divertido y un apasionado de la naturaleza. Trabajaba de controlador aéreo en el aeropuerto, así que tenía unos horarios algo extraños y pasta larga, pero no presumía jamás de eso. Salía con un chica desde hacía año y medio; Noemí, una chica ocho años más joven que lo llevaba loco pero que lo quería de verdad. O eso parecía.

Y Rafa, el chico de los ojos verdes, era Asperger, muy leve pero sufría ese trastorno. Fue diagnosticado de bien pequeño porque afortunadamente topó con una experta en el tema y por ello su tratamiento tanto a nivel escolar como familiar fue el idóneo para que Rafa tuviera una infancia feliz. Bruno y los demás pensaban que tenía ciertas manías, hasta que en la adolescencia, fue el mismo Rafa el que les explicó qué le ocurría. Bruno sonreía al recordar cómo había hecho un montaje con *Power Point* para hacer esa explicación. Curraba en la empresa de su padre y era un crack con los números.

— De ahí que hayas visto que te miraba de esa forma —me indicó Bruno.

— Y habla poco, supongo.

— Entre otras cosas...

— Conozco el síndrome, mi hermana Rosa es psicóloga.

Llegamos a *Somnis* y el portero nos pidió el pase. Bruno le enseñó un carnet de color negro con la letra ese en color plata. Y entramos en aquella discoteca. Me picaba la curiosidad, la verdad.

El lugar era como muchos otros: música, luces y gente bailando. La música algo menos estridente y la decoración más *cool*.

Seguí a Bruno hasta una de las barras y mientras él hablaba con una camarera, yo di un vistazo a mí

alrededor. Podía decirse que la gente vestía algo más pija y que veía mucha ropa de marca, pero por lo demás, era una discoteca como otras muchas.

— ¿Creía encontrar usted el paraíso, señorita Sánchez?

Lo miré observándome.

— No me llames así —le dije molesta—. Y yo no busco el paraíso en ninguna parte, eso para los que creéis que existe.

Bruno rio.

— ¿Y que buscas?

— Nada... —iba a decirle que solo miraba pero me cortó.

— Todos buscamos algo, Daniela.

— Oh sí, ser felices y comer perdices, como si lo viera.

— Que yo sepa tú buscas placer, por ejemplo.

Su voz se tornó más grave y yo tragué saliva ante su intensa mirada.

— Sí, en eso no te equivocas.

— ¡Ey Bruno! —un hombre algo más mayor que él lo saludó a un palmo de nosotros—. ¿Cómo estás?

Se dieron un abrazo de esos de hombres: un amago de abrazo, no vaya a ser que nos toquemos las pichas. O eso pensaba yo, cuando los veía abrazarse de esa manera.

Me lo presentó al segundo: Antón, el dueño de la discoteca. Fue muy amable y tenía buen rollo con Bruno. Nos dijo que nosotros mismos, que confiaba en su amigo y que adelante con las fotos. ¡Ah! Y que cuando termináramos estábamos invitados a una copa. Mira que bien.

En menos de una hora acabamos con las fotos. Con la última me subí a la tarima e hice varias fotos a las cabezas que saltaban y bailaban en medio de la pista.

— Esto ya está —le dije satisfecha.

— Las dos de la madrugada, ¿tomamos esa copa? Mañana tenemos permiso para entrar algo más tarde.

Jaime era majo hasta en eso.

— Venga —le dije ya más relajada al saber que en mi cámara teníamos lo que queríamos.

Bruno le pidió a uno de los camareros que la guardara como oro en paño y yo le miré sonriendo. Pedimos un par de vodkas con lima y brindamos con una sonrisa permanente. Charlamos y bebimos como dos amigos, dos amigos que se gustan pero que no por eso no pueden hablar de miles de temas, de cosas banales que te acercan al otro y que te hacen entender mejor a esa persona.

Después de esa copa tranquila nos marchamos y seguimos parloteando hasta el coche. Y volvió a sonar Estopa.

— Llega el momento me piro, al filo de la mañana ¡qué frío!... —cantamos los dos toda la canción enterita, entre alguna que otra risilla.

— Que mal cantas Bruno —le dije riendo.

— Lo sé pero Estopa me puede.

Nos reímos a la vez; aquella copa había acabado de distender el ambiente. Y seguimos cantando las siguientes canciones.

Al llegar, Bruno bajó el volumen y yo toqué de pies al suelo. Bueno, pues adiós, ¿no? Había sido una noche distinta, y amena, y divertida, e interesante... Y sin sexo Dani.

— Daniela, quería darte una cosa, espera —Abrió la guantera y sacó una bolsa pequeña de papel.

La abrí y saqué un libro; el suyo. Miré la primera página y leí su dedicatoria: Para Daniela, mi compañera, contrincante, fotógrafa, que besa como si fuera el último beso de su vida. No dejes de ser como eres. Bruno.

Tragué algo que no era saliva simplemente, y que se me quedó en el principio del esófago.

Miré por inercia dentro de la bolsa y vi varias piruletas de corazón.

— Son para Lucia —dijo sonriendo.

— Gracias —atiné a decir.

— Daniela...

Miré sus ojos fijos en mis labios y me acerqué a él. Acarició mi boca con sus labios y la entreabrí, dejando paso a su lengua con gusto a alcohol. Nos besamos sin prisas pero recorriéndolo todo, sin dejarnos ni un centímetro de boca.

— Nena... —se separó para que cogiéramos aire los dos.

Estaba claro qué deseábamos y me faltó un pelo para decirle que subiera, pero recapacité a tiempo y me dije No. Y ese “no” vino por Martín, porque no creía conveniente que mi amigo se encontrara a Bruno por su casa. Además debía recordarme que había decidido que lo mejor para mí era no acabar entre los brazos de mi enemigo.

— Tengo que irme —le dije indecisa.

El alcohol me había subido un poco a la cabeza, sino ya me hubiera ido sin apenas decir adiós.

— Le diré a Lucia que ya tiene sus piruletas.

— Una es para ti —me dijo acercándose y cogiendo mi cara con sus manos suaves.

Humedecí mis labios ante mi incapacidad de reacción y Bruno me besó marcando su boca en la mía. Besos directos a mi sexo, que palpitaba con fuerza junto a mi corazón.

— Nos vemos mañana —dijo cerca, muy cerca.

— Hasta mañana.

Y salí del coche alelada, como si sus besos fueran alguna especie de droga que me dejara sin fuerzas, sin fuerzas y sin capacidad de pensar mucho más allá. Me metí en la cama, cerré los ojos y di un repaso a aquellas horas con Bruno. ¿Podía ser que la noche hubiera dado para tanto? Fotos, amigos, una copa,

charla amena y un beso de los suyos. Joder, cómo besaba el amigo.

¿Y el detalle de libro? Sentí un pinchazo en el estómago. Ay Dani.

No te escondas, que te encuentro

En la redacción Carla me buscó nada más poner el pie en la oficina.

— ¿Ya te los has tirado Daniela?

— ¿Celosa, Carla? —me estaba esperando porque nada más sentarme, se situó en el lugar de Bruno, que todavía no había llegado.

Cruzó sus piernas y me miró bajo ese quilo de rímel que se ponía. Yo no entendía como no se le cerraban los ojos debido al peso.

— ¿De ti? No me hagas reír. Tú eres de aquellas con las que se divierten y yo con las que se casan.

— Pues menudo negocio el tuyo hija. Prefiero mil veces divertirme que casarme, no sé cómo lo ves.

— Sí, eso dices ahora pero cuando crezcas ya hablaremos.

— Pues si cuando crezca esos dos años que nos separan, tengo que ser como tú, prefiero ser como Peter Pan y voy a pasar de crecer. ¿No habrás visto a Campanilla por aquí para que te haga desaparecer de mí lado?

— Tú misma, sabes que lo que digo es así. Puedes tirarte a Bruno pero solo eres un pasatiempo. Una cara bonita.

— A ver, Carlita, si estás por Bruno, ves a por él y a mí me dejas en paz.

— Sólo digo lo que la mayoría pensamos —concluyó con su sonrisa falsa.

La mayoría...deja que me ría. Carla creía que con ese tipo de comentarios iba a molestarme pero vamos, que me la trae floja la mayoría.

“Hablan de ti, dicen cosas que son ciertas, otras que no. ¿Te molesta? Pues no debería. ¿Qué quieren hablar? Que lo hagan. Tú estás segura con tu manera de ser, entonces ¿dónde está el problema? Porque te aviso que si cotillean sobre ti puede ser bien o mal y además por múltiples razones: admiración, cariño, envidia o celos. Vete a saber. No hagas mucho caso, o más bien, no hagas ni caso. Que hablen lo que les venga en gana y que les aproveche. Tú tienes el mismo poder de hablar que esas personas, así que estamos en igualdad de condiciones. Recordad chicas, menos blablablá y más acción.”
@danielatuespacio.

De todos modos, yo sabía que su mayoría eran ella y sus dos seguidoras incondicionales. También sabía que en la redacción hablaban de Bruno y de mí, pero no me importaba. Yo trabajo ahí, no tengo por qué dar explicaciones de mi vida si no me da la gana. Y quien quiera saber algo, que venga y pregunte. Ya veremos si respondo. Siempre he pensado que esas ganas de saber qué ocurre en la mesa del vecino, en el perfil del Facebook de tu ex o qué ocurre en casa de los vecinos, es simplemente poca faena.

Bruno, a media mañana, me mandó un mensaje diciéndome que le pasara yo misma el borrador a Jaime y

le enseñara las fotos, que él vendría más tarde. Jaime, estaba reunido con uno de los de la junta, pero me hizo pasar a su despacho.

— Daniela, él es Máximo, de la junta. Vendrá con nosotros a Barcelona este fin de semana.

Un hombre de unos treinta y pocos, alto, atlético y guapillo.

— Encantado Daniela —tendió su mano y nos dimos un leve apretón.

— Igualmente Máximo —debía ser educada pero la verdad era que no tenía simpatía hacia los de arriba.

— Max, por favor —me indicó sonriendo.

Vaya, tenía una sonrisa como la de mi hermana: todo, dientes blancos y bien puestecitos.

— Jaime, el borrador del artículo y las fotos —le pasé los papeles y la cámara.

— A ver esas fotos —me miró y seguidamente observó las fotos a través de la pantalla.

— Daniela —era el ejecutivo aquel— ¿Lo que escribes en tu columna es real?

Le miré sospesando qué decirle.

— Max —recalqué su nombre—. Un escritor no te dirá si lo que lees en su libro es real o no lo es, si son sus pensamientos o si los toma prestados.

Sonrió por mi respuesta.

— Perfecto Daniela, muy buenas fotos. Puedes dárselas a Toni y que las revele.

— Tengo lo mío muy avanzado, ¿puedo echarle una mano?

Me moría por entrar en el cuarto oscuro y ver cómo Toni hacía magia con sus manos. Y más con mis fotos.

— Daniela —y ahora me diría que no...— Dile que te vaya enseñando.

Lo miré abriendo los ojos y no le di un abrazo porque era Jaime y además estaba el tipo aquel ahí.

— Gracias Jaime —le dije mirando a Bruno que acababa de llegar.

— Buen trabajo, los dos —dijo Jaime mientras cogía el teléfono de su mesa de nogal— ¿Diga?

Salí de allí pero Max me llamó para preguntarme si también era fotógrafa.

— He hecho algunos cursillos —le informé.

— Yo estoy en *Too Many Flash...*

— ¿En serio? —Lo miré con interés.

Era una escuela especializada en fotografía de Madrid, de la que había oído hablar muy bien.

— Bueno, es algo que me gusta y estoy haciendo el curso avanzado de fotografía.

Vaya, vaya con el estirado.

— Máximo — Jaime lo llamó y me fui hacia mi ordenador para cerrarlo e ir con Toni.

— Se te han pegado las sábanas —le dije a Bruno a modo de saludo.

Me miró con cara de pocos amigos.

— Tenía asuntos personales que resolver —dijo seco.

Asuntos sí, la novia o la mujer que te va a canear Bruno como se entere de que tonteeas con una del curro.

— Muy bien, me voy a revelar las fotos con Toni.

Bruno se puso los cascos y siguió a lo suyo. Que seco era cuando quería. Pero él mismo, yo estaba de muy buen humor y me hacía una ilusión tremenda poder ayudar a Toni.

Llamé a la puerta y cuando me indicó, entré con rapidez. Cuarto oscuro, con la luz roja encendida, la ampliadora, pinzas, fijador, revelador y el papel fotosensible, todo bien organizado, como le gustaba a Toni.

— ¿Así que voy a ser tu niño? —preguntó bromeando después de decirle que Jaime quería que empezara a iniciarme en el tema del revelado.

Y comenzó colocando el negativo en la ampliadora, enfocando bien en el papel y dándole la luz necesaria. Después lo sumergió en el revelador y lo dejó hasta que apareció la imagen: magia para mí. Cogió el papel con las pinzas y lo sumergió en agua, para después sumergirlo en el fijador. Finalmente, me mandó abrir la luz y lavó el papel con agua y lo puso a secar con otras pinzas que tenía colgadas.

— ¿Cómo lo ves? —preguntó sonriendo.

— Veo que hace un calor de mil demonios aquí dentro. Vamos a por ello.

Toni rio conmigo.

— Vamos a probar con esta, por si no sale bien.

Me pasó el negativo y me fue indicando los pasos.

— Así, despacio, muy bien Daniela.

Estaba emocionada, sudando de calor por la tensión y lo pequeño del habitáculo, pero me podían más las ganas de aprender.

— Buen pulso.

Y cuando terminé me sentí como si hubiera realizado la gran proeza.

— Vaya, Toni, esto es una pasada...

Hice un par más de pruebas mientras Toni hacía el trabajo de verdad y me sentí el mago de Oz.

Al salir, él se rio de mí, porque estaba con el pelo pegado a la cara y me lo apartó. Un gesto de amigos, claro, pero Diana me miró con cara de querer asesinarme. Era su problema, no el mío.

Al llegar a casa, Sofía estaba como una niña con zapatos nuevos. Jaime nos había dejado salir una hora

antes para que nos preparáramos para el gran viaje a Barcelona. Lo cierto era que en la redacción se respiraba un aire de nerviosismo por aquella salida, como si con seis años fuéramos de excursión. Estaban exaltados, hablando de lo mismo, todos excepto Bruno, que estaba más serio de lo normal, y nada hablador.

¿Quizás le había caído bronca de su novia la noche anterior?

Habíamos quedado en la estación de Atocha, para coger el Ave de las seis de la tarde. Tardaríamos aproximadamente unas dos horas y quince minutos, o sea, que hacia las nueve de la noche estaríamos en el hotel Meliá Barcelona, ubicado en las afueras, a unos diez minutos de la ciudad. Era un hotel de lujo, de cinco estrellas, con jardines, pistas de tenis y esas pijadas que gustan a los ricos. Todo aquello lo sabía por Sofía, quien me iba dando datos sobre el hotel y la ciudad de Barcelona. Me habló de Las Ramblas, Gaudí, el puerto, Montjuïc y no sé cuántas cosas más. Era interesante, sí, pero a mí me gustaba más ir por la ciudad y descubrir todo lo que Sofía había ido leyendo.

Nada más llegar, los de recepción realizaron un *check-in* ultra veloz y a los pocos minutos teníamos nuestras tarjetas doradas en la mano. Fuimos repartiéndonos por las habitaciones del largo pasillo de la planta número tres. 369, mira qué número más chulo. La nuestra. La de Bruno y mía.

Habitación amplia, con dos camas de matrimonio vestidas de gris, con un par de sofás de piel negros, una par de mesas tipo escritorio y una televisión de plasma enorme. Lo primero que hicimos fue abrir el balcón y las vistas eran magníficas, unos jardines llenos de flores y árboles de varias especies, todo muy armónico. Lo segundo, yo irme al baño y Bruno hacer una llamada.

— ¿Nena?...Sí ya he llegado, ¿todo bien?...

Cerré la puerta y puse música con mi móvil porque no quería escuchar su conversación. A los pocos minutos Bruno llamó a la puerta y salí, duchada y envuelta en una toalla extra grande. Allí todo era a lo grande. Bruno me observó más de la cuenta.

— ¿No has visto nunca a nadie salir de la ducha? —le pregunté con ironía.

— Que rapidez —dijo entrando en el baño.

— A ver si te vas a creer que es verdad que las mujeres estamos tres horas en el baño —me sequé el pelo a conciencia—. Pero bueno, eso tú ya lo sabrás —murmuré para mí pensando que si vivía con su chica-esposa-amante o lo que fuera, ya lo sabría.

Curiosamente, Bruno me había estado evitando aquel viernes. Por la mañana, en la revista, había estado seco. A la hora de la comida apenas lo había visto porque se había quedado terminando un artículo y en el Ave apenas habíamos cruzado dos palabras y una mirada. ¿Se sentía culpable? ¿Era eso? El libro, las piruletas, el beso... A ver, no había pasado nada entre nosotros pero aquel tonto era real y si tenía pareja, o era un Don Juan que iba metiendo los cuernos o se le había ido de las manos. Porque ojos tenemos todos, y alguna que otra mirada no hace daño, pero aquello parecía el típico acercamiento de chico quiere cepillarse a chica. No es que no me gustara, está claro que me había encantado, pero quizás Bruno era de aquellos que no saben mantener su cosa dentro de los calzoncillos, aunque lo prometan ante Dios.

Cuando Bruno salió, con el pelo revuelto y húmedo, la toalla en la cintura y marcando abdominales, tuve que hacer un esfuerzo por no seguir mirándolo como una adolescente cuando ve a uno de sus ídolos.

Joder con el niño, menudo cuerpo tenía. Espalda ancha, hombros torneados, brazos musculados en su justa medida, un pecho fuerte y unos abdominales suaves... para comérselo. Seguí leyendo, sentada en el sofá, esperando a que se hiciera la hora de bajar. Sofía llamó a mi puerta y junto a Santi, bajamos los cuatro.

En el comedor nos habían preparado un par de mesas redondas y casualmente Max se sentó a mi lado. Estuvimos charlando del tema de la fotografía media cena, y la otra media estuvimos hablando con Jaime de las actividades que nos tenían preparadas.

En la otra mesa estaban mis amigas las brujas averías y, casualmente, también Bruno, quien se había acomodado con ellas.

Después de la cena, pasamos a una zona *chill out* del hotel, que estaba en el jardín, y allí tomamos una copa, charlando unos con otros, porque se trataba de eso: de fomentar el compañerismo entre nosotros. ¿Es que no sabía la empresa que salíamos de fiesta a menudo? Sí, Jaime sí lo sabía pero aquellas actividades debían servir para fomentar la dinámica de grupos, el trabajo en equipo y las relaciones entre los empleados.

Bruno seguía evitándome aunque sus miradas fueron más constantes. Y yo no sabía si mandarlo a la mierda o averiguar por qué estaba tan raro conmigo. A ver, averiguar no, sino confirmar que tenía pareja. Quizás si lo hablábamos, podíamos dejar clara nuestra situación y poner los puntos sobre las íes.

Con quien no había manera de hablar fue con Martín. Aquel viernes estuvo desaparecido en combate y ni siquiera pude decirle adiós. ¿Dónde se había metido? Porque no le tocaba trabajar... Le dejé una nota en la pizarrita de la cocina, a ver si reblandecía ese cabreo que llevábamos los dos.

“Los verdaderos amigos se tienen que enfadar de vez en cuando. Pasteur.”

No lo firmé porque él conocía mi letra perfectamente. Tenía la esperanza de que el domingo pudiéramos tener una charla tranquila, si estaba en el piso, claro.

Hacia las doce de la noche fuimos yendo a nuestras habitaciones y cuando subí, Bruno estaba encima de su cama vestido con un fino pantalón de pijama de rayas, con el móvil en la oreja y charlando. Joder, si era su pareja, que control...

— Sí, tengo que dejarte que viene mi compi —“compi” que podía ser masculino—. Venga Andrea, mañana a primera hora te llamo. Un beso y te quiero, no lo olvides renacuaja.

Uy, qué bonito... y me mordí la lengua porque le hubiera preguntado: ¿quién controla a quién? Pero se ve que con la edad estaba aprendiendo a callarme algunas cosas y a evitar discusiones que no me aportaban nada.

— Bruno...

— Dime.

— No hace falta que te escondas de mí, no te voy a morder. Entiendo que se te ha ido la cabeza y que has dicho y hecho cosas conmigo que no deberías, pero tranquilo, no voy a acecharte en una esquina y bajarte los pantalones. Pero prefiero que seas claro, a mí estos rollitos raros no me van.

Me miró sorprendido pero reaccionó con rapidez.

— ¿Y por qué, según tú, no debería? —iba a responder pero no me dejó— ¿Porque eres una tía fría, sin sentimientos y que te da igual un tío que otro?

Me sentó como un patadón en el centro del estómago.

— ¡Tendrás cojones! A mí no me pases tus paranoias Bruno. Y no hables de mí como si me conocieras porque hace un mes, uno, ¿me oyes? Uno, que me conoces... Me parece de puta madre que quieras hacer las cosas bien pero no me echas a mí la culpa de tus cagadas.

— ¿Mis cagadas? ¿Eso es lo que piensas? ¿Lo ves? Eres un puto témpano de hielo. ¿Tú sabes lo que es querer niña? —Bruno se levantó de la cama casi de un salto y se acercó mientras hablaba.

Joderrrrrrrrrr.

— Niña lo será tu prima, y quizás lo sé mejor que tú porque a mí no me ha faltado amor en la vida. ¿Qué te falta a ti que vas buscando fuera lo que no encuentras en tu casa?

— Pero ¿qué dices?

— Digo que eres un machista, que vas de lo que no eres. Que pareces una cosa y eres otra. Y mientras, tu mujercita haciendo calceta ¿verdad? —paré pero mi cabeza seguía a lo suyo—. Putón —murmuré.

Bruno puso su cara justo frente a la mía y sentí su aliento.

— No tengo mujer Daniela, no estoy casado ni tengo pareja —lo dijo con una seguridad rotunda; no hay más que hablar.

Nos quedamos mudos, los dos. Mirándonos fijamente a los ojos, como intentando saber qué pensaba el oponente.

Joder, ¿¿que no tiene pareja??

De forma sincronizada nuestras bocas chocaron, y nos besamos con una pasión desmesurada, como si nos faltara el suficiente aire para poder respirar. Sus manos cogieron mi cuello, masando mi melena y yo acerqué mi cuerpo al suyo. Sentí su erección en el principio de mi estómago; dura, fuerte, altiva.

Bruno me empujó con suavidad hasta el sofá, dejando atrás nuestras camas, y seguimos besándonos de aquella forma desesperada, como si lleváramos años ansiando aquel contacto. Sentí una oleada de placer al sentir sus labios mordisqueando los míos, sintiendo su lengua recorrer la mía y sintiendo como encajaban nuestras bocas.

Seguíamos de pie, y Bruno fue bajando sus manos hasta mi cintura, desde donde ágilmente me subió la falda. Sentí la tela suave y me estremecí por saber que sus manos estaban tan cerca de mi epicentro.

— Daniela....

Madre mía, que voz.

— ¿Mmm?

— Voy a hacerte tuya —dijo en un susurro.

— ¿Tuya? —O ¿mía?

— Tuya. Vamos a hacer que sepas que hay dentro de ti, hasta dónde puedes llegar y hasta dónde quieres

llegar.

— Hasta el final —dije sin ser plenamente consciente de lo que pesaban sus palabras.

— No podía ser de otra forma —dijo mientras su boca bajaba por mi cuello y una de sus manos se colaba en mi tanga de encaje negro.

Pasó su dedo corazón por mis labios, con mucha suavidad y abrí un poco para darle paso. Pero Bruno no hizo nada más que pasar su dedo por mi humedad, despacio, sin prisas, agónico. Sentía la necesidad física de que entrara ni que fuera uno de sus dedos pero a la vez esas caricias aumentaban mi excitación. Gemí flojo y Bruno atrapó uno de mis pechos con sus labios, para lamer, mordisquear y soplar o todo a la vez. Empecé a no poder estar quieta y bajé mi mano hasta su erección.

— No, no —me cogió la mano antes de que alcanzara su sexo—. Mira.

Y miré. Su mano cogió su pene recto, marcando las venas latientes. No dejó de acariciarme mientras él empezaba a masturbarse para mí, subiendo y bajando su mano, con presión y firmeza. Verlo así, tan masculino, tan seguro y tan...no sé, me excitó exageradamente y mojó sin poderlo evitar. Él sonrió de forma chulesca al sentir mi reacción en su dedo. Y de repente introdujo dos dedos provocando un gemido que absorbió con su boca y su lengua. Volvimos a aquellos besos largos, deliciosos y sobre todo cargados de una electricidad que recorría mi cuerpo entero.

— Bruno... —necesitaba respirar y parar aquel placer porque me sentía al borde del orgasmo, cosa a la que no estaba acostumbrada. Solía necesitar más tiempo para llegar al clímax, bueno, más tiempo o a Martín, que sabía dónde tocar en mí.

— No voy a parar, nena —me avisó con sus dedos entrando y saliendo de mis labios mojados— Quiero que el primero me lo des en mi boca.

¿Cómo?

De repente lo tuve entre mis piernas, sujetando mi falda con una mano, la otra en mi pierna y su boca en mi sexo. Lamiendo con una calma inusual que provocaba sacudidas en mi estómago. Joder con Bruno. Sentí que mis piernas flojeaban y que estaba a punto de irme. Quise sentarme en el sofá, que estaba justo a nuestro lado, pero me lo impidió sujetando con fuerza mis pantorrillas.

— ¿No buscabas placer Daniela? —hablaba mientras lamía, uff...— ¿No es lo que querías? Pues siéntelo...así...dame ese coñito delicioso que tienes...

Dios. Sentí la tensión en mis piernas y cómo aquel explosivo orgasmo empezaba en mi sexo hasta expandirse por todo mi cuerpo de una forma casi brutal. Bruno, me abrazó por la cintura, y me besó de nuevo, haciendo que mis últimos gemidos se quedaran en la garganta. Volví a sentir su dura erección rozando mi cuerpo.

— ¿Seguimos? —no era una pregunta porque me volteó hacia el sofá y subió la falda de un tirón a la vez que me empujaba con suavidad la espalda para que le ofreciera mi culo—. Joder, Daniela, no sé por dónde metértela... ¿Qué prefieres?

Todavía sentía el palpito de mi orgasmo y estaba en aquel estado en que todo me daba igual. Métela por donde gustes. El rasgar de un preservativo me puso en alerta.

Jugueteó unos segundos con su pene hasta que entró de una estocada en mi sexo. Madre...su polla me

llenaba al completo, como si encajara a la perfección y sentí aquella intensidad boqueando e intentando coger aire. Se detuvo.

— Daniela, ¿así que usas a los chicos? Creo que eres una niña mala y ¿sabes que necesitan las niñas que no se portan bien? —iba saliendo despacio de mí pero la dejó en la entrada.

Un golpe en mi nalga derecha, fuerte, y una embestida que ahogó mi grito para convertirlo en un gemido exagerado. No me reconocí, porque solía gemir pero no de esa forma tan...expresiva. No me dio tregua, Bruno no estaba para hostias. Y comenzó a bombear, con sus manos en mi cintura, una, dos, tres, y palmada seca en mi nalga otra vez. Joder. Otro gemido de aquellos.

— Bien, Daniela, sigue gimiendo como una zorra.

La metía, la sacaba y me iba propinando alguno de aquellos golpes, que primero quemaban en la piel pero después se convertían en un hormigueo placentero que sumado a sus penetraciones me estaban llevando a lugares insospechados de placer.

— Podría estar así un buen rato Daniela, pero creo que por hoy ya tenemos bastante, ¿no crees?

Yo alucinaba por su tono de voz. Tenía un autocontrol exagerado porque su voz se tornaba más oscura pero hablaba con mucha seguridad, sin gemidos, sin una respiración entrecortada.

— Así que vamos a por tu placer, nena, y después a por el mío.

Su mano buscó mi clítoris, directo, y sin perderse por el camino, lo rozó con mucha suavidad dibujando pequeños círculos, mientras comenzó a marcar un ritmo continuo con sus embestidas. Era como un placer que empieza al mínimo y va creciendo, despacio, pero con una seguridad arrasadora. Hasta llegar al final, donde juro, que no podía apenas sostenerme ni dejar de gemir de aquella forma. Me dio la impresión que algo dentro de mí se rompía. Dios. Me mordí los labios y entonces Bruno me cogió con suavidad de los hombros y dio las últimas estocadas hasta que se corrió con un gruñido casi salvaje.

Joder. ¿Quién era Bruno? ¿El puto amo del sexo?

Me hizo incorporarme, con él aún dentro, y me abrazó recogiendo mi cuerpo en el suyo.

— Daniela...espero que haya sido mutuo...

— Y lo ha sido —le dije atontada aún.

— ¿La sientes, como late? —susurró al oído con su pérfida voz.

La verdad, no sabía de quién eran esas palpitaciones, si tuyas o mías.

Salió despacio, cogiendo el preservativo y de reojo lo vi irse al baño.

Sin cursilerías, ni besos, ni un abrazo apretado, como esperaban la mayoría de mis amantes. Pero me quedé algo vacía, como si al salir de mí, me faltara él. Fruncí el ceño intentando borrar esos últimos pensamientos.

Esperé a que saliera de la ducha, preparando mi pijama de pantalón corto que me quitaría una vez dentro de la cama. Me gusta dormir desnuda, de siempre.

Sonrió al pasar por mi lado, vestido solo con un bóxer azul oscuro, y se acomodó de nuevo en su cama.

Y aquí no ha pasado nada. Perfecto.

Sábanas egipcias

Por la mañana verlo fue...extraño.

A ver, no estaba acostumbrada al día siguiente a ver a un machito cerca de mí, ya lo sabemos; no dormía nunca con mis amantes, con lo cual, ver a Bruno trasteando por la habitación mientras me despertaba, me resultó extraño.

— Bella durmiente, espabila. Parece que anoche alguien te dio candela ¿eh?

— Y tú estás de muy buen humor, parece que alguien te cambió los humos.

Nos miramos unos segundos de más.

— Pues parece que sí —me contestó mientras se iba al baño.

Me estiré sintiendo aquellas sábanas tan suaves, ¡fijo que eran egipcias! Miré su cama, apenas deshecha, todo lo contrario a la mía porque solía moverme bastante. Me levanté y por impulso cogí su almohada, del lado donde había dormido, y la olí. Bruno salió en ese momento y me miró sorprendido. Supongo que por mi desnudez y por ver lo que yo hacía.

— No preguntaré —dijo mientras se acercaba a su mesita y yo me quedaba quieta observando sus pasos—. Aunque sí miraré —dijo alzando las cejas un par de veces—. Lo sabía, sabía que dormías desnuda.

— ¿Y por qué lo sabías? —recordaba ese comentario.

— Porque te pega, simplemente —dijo cerrando uno de los cajones.

Dejé la almohada y sí, desnuda, fui a por mi ropa. ¿Para qué esconderme después de lo de anoche? Yo no tenía miedo de enseñar mi cuerpo, que aunque fuera bonito tenía sus imperfecciones.

— Daniela...

Me giré para ver qué quería y su cara me lo dijo todo: me miraba embobado y me gustó, para que negarlo.

— ¿Algún problema? —le pregunté divertida.

— Eso es una provocación en toda regla.

— Creí que ya estarías en el baño —le dije en un tono inocente.

— Ya. ¿Podrías no andar así cerca de mí?

— ¿Vas a azotarme por mala?

Ufff, recordé su mano en mis nalgas y sentí un inesperado calor en mi cara. Y yo misma me lo había buscado...

— No me pongas a prueba de buena mañana porque no llegamos ni a la hora de la comida —joder, parecía una amenaza, pero tan caliente que hubiera deseado que fuera verdad.

— Oído cocina, jefe —le dije tapándome con una camiseta que me llegaba a media pantorrilla y que marcaba mis pezones descaradamente.

Me miró frunciendo el ceño y se dirigió al baño murmurando.

— No sé si estás más buena así o desnuda, manda cojones...

Me reí, vaya que sí me reí. Porque Bruno era...Bruno, y me encantaba su forma de ser.

Aquella mañana, ya en el desayuno, vi la mirada inquisitiva que nos hacía Carla a Bruno y a mí, pero los dos nos mostramos como siempre, como si no hubiera pasado nada.

La misma mirada la encontré en Sofía, a la que tuve que darle un codazo cuando abrió los ojos como un búho al ver mi cara radiante.

— Calla la boca —le susurré.

— Cincuenta euros que he ganado —canturreó feliz levantándose de la mesa, ya había terminado el desayuno.

— ¿Has hecho una porra, so mamona? —le pregunté asustada sabiendo que era capaz.

— No, hombre, loca. Ha sido una pequeña apuesta con Santi.

— Ya os vale —miré a Bruno, que hablaba con Jaime y sentí una especie de cosquilleo.

— ¿Y qué tal? —preguntó por la bajini con sus ojos curiosos.

— Increíble —respondí sincera.

— Ya veo que no te quita ojo —me dijo riendo y crucé la mirada con Bruno—. Después nos vemos.

— Buenos días Daniela —Max me sacó de ese estado casi catatónico y me senté en la mesa.

— Buenos días Max. ¿Qué tal esas sábanas de algodón egipcio?

Max rio con una sonora carcajada y le miré sorprendida.

— Perdona, no estoy acostumbrado a ese tipo de preguntas —me sonrió divertido y yo pensé que quizás me había pasado.

Ya, ya, era de los de arriba pero como habíamos charlado con tanta naturalidad del mundo de la fotografía, no me había parecido tan raro tratarlo como a uno más.

— Además, —añadió— no sabía que eras una entendida en algodón.

— Bueno, viendo toda la parafernalia que nos envuelve...

— ¿Demasiado lujo para tu gusto? —preguntó pasándome el café.

— A ver, que he dormido como los ángeles en esa cama pero no me hace falta todo esto para ser feliz.

— ¿Y qué te hace falta? —intervino Bruno sentándose a mi izquierda y me giré hacia él.

Humedecí mis labios y seguidamente los mordí, él me los miró y yo supe qué pasaba por su cabeza.

— ¿Hablamos de felicidad, Bruno? Porque no creo en la felicidad absoluta, sino en las pequeñas cosas que se acumulan y que durante más o menos tiempo te hacen feliz.

— ¿No hay un para siempre?

Parpadeé un par de veces y fruncí el ceño, pensando.

— Depende.

— ¿De qué? —preguntó Max a mi derecha y me dirigí a él.

— De muchos factores. A ver, ¿qué significa para siempre? Te querré para siempre, ¿por qué decís eso si no lo sabéis? Y me refiero a una pareja...

— Porque es lo que sientes en ese momento y crees que diciendo el “para siempre” potencias ese sentimiento. Todos sabemos que puede no ser para siempre pero al decirlo te comprometes Daniela.

— Cosa que Daniela desconoce —miré a Bruno— Porque...

— ¿Por qué? —pregunté interesada.

— Prefiero no decirlo en la mesa, si quieres te lo digo en privado.

Me guiñó un ojo y Max rio por el comentario de Bruno. Vaya, vaya, con los gallitos. Ellos se lo guisan y ellos se lo comen.

— Bruno, ¿has tenido muchas parejas? —aproveché la ocasión para saber cosas de él.

— ¿De las de para siempre? —preguntó sonriendo—. De esas, un par. Lo demás han sido amores de juventud y rollos, ya me entiendes.

— De esas suelen haber pocas Daniela —me informó Max—. Pásame el azúcar por favor.

— Ya, ¿y tú Max? —me miró divertido y Bruno me dio un codazo—. ¿Qué? Estoy recabando información para mi columna.

Nos reímos los tres.

— Pues una más que Bruno, de esas, claro. Una a los dieciocho, otra a los veinticinco y mi mujer, que la conocí a los treinta. Y espero que esta sí sea para siempre porque me casé con ella, iglesia incluida.

Le sonreí por su explicación.

— Felizmente casado —dije para mí.

— Se supone —dijo Bruno entonces y el codazo se lo devolví yo—. No quiero decir que sea tu caso Max, pero hay muchos casados que no querrían estarlo, por una razón u otra.

— Y casadas —puntualicé quisquillosa.

— Sí, sí, y casadas.

— Supongo que en tus planes no está casarte —me dijo Max.

— Ni enamorarte —siguió Bruno.

— Lo de enamorarse es más difícil controlarlo —añadió Max.

Y yo mutis por el foro, que hablen ellos.

— Cierto, quizás cualquier día pierdes el norte por alguien, señorita Sánchez —que gracioso este Bruno...

— Pues si eso ocurre, me lo presentas —dijo Max medio riendo—. Me gustaría conocer a ese tipo que te hará hacer tonterías, reír por nada, soñar despierta o hacer que sientas mariposas en el estómago. Con lo que escribes en la columna, el pobre va apañado.

— Espera sentado —le dije resolutiva y nos reímos los tres a la vez, provocando las miradas de algunos de nuestros compañeros, entre ellos Carla.

Aquella mañana, la primera actividad que nos habían preparado consistía en un taller de tapas que debíamos realizar por grupos. Primero nos metieron el rollo de que debíamos trabajar en equipo mientras tomábamos una copa de cava de bienvenida. Las tapas las debíamos elaborar nosotros, con la ayuda de un chef por grupo, en unas mesas enormes que había en aquella sala.

Mi grupo estuvo formado por Sofía, Santi, Toni, Bruno, Ruth y yo. Estaba claro que Bruno y yo buscamos la forma de estar en el mismo grupo porque...a ver, porque molaba ese tonteo ¿no?

Nuestra chef, una chica más joven que nosotros, se llamaba Raquel y nos explicó el origen geográfico de cada tapa y otras curiosidades.

¿La verdad? Nos lo pasamos de coña, todos, Jaime y Max incluidos. Fue un taller ameno, interesante y divertido. Algunas tapas eran muy fáciles pero otras no había manera de que quedaran decentes y nos reímos con ganas de los churros que salían de nuestras manos.

La última fue una mini pizza de jamón y trigueros, y parecía fácil pero al hacer la pasta de la pizza...qué desastre. Cuando no echábamos agua demasiado fría, no poníamos la harina en la encimera o en las manos y terminábamos con la masa pegada en los dedos. Al final, Bruno cogió las riendas del asunto, y poniendo acento italiano logró que aquella masa cogiera forma mientras nosotros reíamos al oírlo hacer el tonto de aquel modo.

Acabamos comiendo aquellas tapas y alguna más que nos habían preparado los chefs. Y menuda diferencia...

Después de aquello teníamos unas horas libres y a las seis debíamos presentarnos de nuevo en aquella sala para otra actividad. Tomamos el café en el bar del hotel y más tarde nos dispersamos; unos pasearon por los jardines, otros se quedaron charlando en aquel bar y otros nos fuimos a la habitación. Subí con Sofía y Santi, con quienes bromeé de hacer o no la siesta. Iba a ser un no por parte de ellos, fijo. ¿Y yo? Me puse cómoda con mi pijama corto, por si acaso venía mi compañero de habitación, y me dormí, con el *ibook* en la mano hasta que el móvil me despertó.

— ¿Sí? —ni había mirado quién podía ser.

— Daniela...soy yo — ¡vaya! Era Martín e intenté despejarme con la máxima rapidez posible— ¿Cómo estás?

— Bien, ¿y tú? —echaba de menos escuchar su voz y sentí nostalgia.

— Siento lo que dije, nena, fue otra ida de olla.

— Ya...

— Se me metieron las palabras del tío este en la cabeza y yo qué sé... Sonó el teléfono y me dio la impresión que me decía: ¿lo ves tío?, quieres calzártela a todas horas...

Los dos nos reímos y justo entonces entró el protagonista de nuestra charla.

— Pero los dos sabemos que no es cierto, lo hemos hablado miles de veces.

— Estoy sensiblera, Daniela —dijo en tono melodramático y bromeando.

Y me reí de nuevo.

— Martín, tú lo que estás es gilipollas.

Más risas de aquellas que no controlas y con las que te sientes después tan bien.

— ¿Me perdonas enana?

— No hace falta ni que lo preguntes ¿vale?

Miré a Bruno y vi que se sentaba en el escritorio con su ordenador.

— Bien, porque te he echado de menos.

— Y yo —le dije sonriendo.

— No me gusta estar cabreado contigo.

— Ni a mí...

— Nos vemos mañana...

— Hasta mañana.

Y colgué, pensando que Bruno había sido indirectamente el artífice de ese enfado y que el que me había acabado calzando había sido él.

— ¿Tu mejor amigo? —preguntó con ironía de espaldas a mí.

— Se llama Martín, si no te importa —le recalqué.

— Menudo cabreo llevaba el otro día —cerró el ordenador y se giró—. ¿Suele ser así?

— No, Martín es muy sociable y divertido.

— Déjame que lo dude —soltó con su tonillo prepotente.

— Bueno Bruno, deja el tema ¿eh? Martín no es cosa tuya, así que deja de picarme.

— Es un tema que me interesa y que no entiendo. Porque yo veo que ese tío está colado por ti y tú me dices que no, a ver ¿cómo se come eso? Si solo hace falta ver cómo te mira, Daniela.

— Tú no lo entiendes. Nos queremos, somos muy amigos y entre nosotros no hay secretos.

— No hay secretos...ya. ¿Y sabe que tonteeas conmigo? —preguntó cruzando los brazos y recostándose

en la silla.

— Sí, lo sabe.

Me miró serio, pensativo. Me daba igual que pensara que era lo suficiente importante como para explicárselo a Martín, porque era cierto; lo era.

— ¿Y lo de ayer?

— ¿Qué?

— ¿Se lo dirás?

— Pues no lo sé.

— ¿Y por qué no?

— Porque no le explico lo que hago con todos...

— Ya. ¿Y si te pregunta? Porque me apuesto a lo que quieras a que te pregunta.

— Pues le diré la verdad —era una tontería mentirle aunque Bruno no le cayera nada bien.

— Todavía le gustaré más —dijo en una mueca.

— Él tampoco te gusta a ti.

— Exacto, ¿y sabes por qué Daniela? Por las mismas razones.

Las mismas razones...era yo.

— Probablemente, sin ti en la ecuación, no habría problemas entre Martín y yo. Sería un tío más.

— Sin mí en la ecuación no os conoceríais, ¿podemos dejar de hablar de Martín?

No me gustaba que Bruno tuviera razón.

— ¡Daniela! Ponte algo encima y ve bajando —era Sofía tras la puerta.

Era la hora de la siguiente actividad; el *Quiz*, un juego interactivo en el que en una pantalla iban proyectando preguntas y un presentador las iba leyendo. Nosotros, por grupos, debíamos responder bien y rápido. Mi grupo, en este caso, estaba formado por Sofía, Ruth, Santi, Jaime y yo. Carla logró liar a Bruno en su grupo, cosa que sentí más por él que por mí.

Fue una hora y media entretenida, en la que intentamos ganar por todos los medios pero fue el equipo de Toni el que se llevó la medalla. Al finalizar le dije a Jaime que tenía razón cuando me dijo que sería divertido.

— Siempre me ha gustado de ti que das dos pasos hacia atrás si hace falta y reconoces que te has equivocado Daniela, no cambies eso.

Le sonreí orgullosa, porque me parecía un muy buen cumplido.

Aquella noche fuimos a pasear por el centro de Barcelona y a cenar en un restaurante donde ya teníamos una larga mesa preparada para tantos. Aquellos juegos nos habían puesto a todos de muy buen humor y todo el mundo estaba sonriente y hablando por los codos. Acabamos la cena tomando un gin-tonic, como

no, en aquellas copas en forma de bola y tan grandes que eran de todo menos cómodas para beber, y ya no te digo beber y bailar.

— Mierda de bolitas —murmuré acercándome el copón a los labios.

Bruno aprovechó el espacio vacío que había dejado Toni y se sentó a mi lado.

Miré de reojo a mi compañero y contrincante. Los vaqueros ceñidos, muy ceñidos marcaban unas pantorrillas fuertes. Subí la mirada y me fijé en su paquete, envuelto por la tela elástica, mostrando al público (en ese momento mis ojos grandes y oscuros) que su dueño estaba bien provisto.

— Daniela —menudo susto, ¿pillada?

— ¿Sí? —dejé la copa-bola en la mesa mientras le respondía sin mirarle.

— ¿Estás leyendo las letras de mi botón? —sonreía de aquella forma tan seductora.

Joder, podría ser más discreto.

— Es que yo leo todo lo que se me pone delante.

— Si solo fuera leer —murmuró Carla que estaba dos sitios más allá, a mi derecha.

— Oye Carla, ¿te has leído ya la novela del amigo? —le pregunté directamente.

Sabía que mi archienemiga no leía. Yo era algo que no entendía porque primero: eres periodista. Segundo: leer es...es algo indescriptible.

“Leed, leed lo que os venga en gana, pero leed chicas. Un libro de miedo, de amor, erótico, de fantasía, suspense, actual, antiguo, lo que sea, pero intentad sumergiros en ese mar de palabras porque es ahí donde más vais a soñar. Es fascinante meterte en una historia y sentirte parte de ella, vivir otras vidas, pensar, aprender, escuchar. Es todo un mundo que no os podéis perder. Y no os dejéis engañar por nadie; podéis leer lo que os plazca porque ¿quién dice que esto o aquello es literatura o no lo es? Esto es bueno, esto no. Para gustos, colores y flores. No tenéis que rendir cuentas sobre lo que leéis, es algo muy vuestro y que debéis disfrutar solas. Así que ya sabéis, en el formato que más os plazca, empezad a buscar qué os apetece leer, sentaros en vuestro rincón favorito y a fantasear. Dulces sueños, chicas.”
@danielatuespacio.

Carla me miró con cara de pocos amigos y yo alcé las cejas esperando su respuesta.

— No he tenido tiempo.

— ¿Así, lo tienes?

— Claro.

Bruno no decía nada y nos iba mirando.

— ¿Y lo vas a leer?

Carla chasqueó la lengua.

— Daniela, olvídame.

— Ojalá.

Se giró hacia Ana, que estaba a su lado.

— No todo el mundo lee —la defendió Bruno intuyendo que Carla no iba a leer su novela.

— Y no lo entiendo.

— ¿Tenemos que hacer todos lo mismo? ¿Esa es tu filosofía de vida? Porque creía que era todo lo contrario.

Lo miré frunciendo el ceño.

— Ya sé por dónde vas.

No claro, no todos teníamos por qué leer. Al fin y al cabo era una afición, reconocida como culta, pero afición. Como la música, el cine, la tecnología o los deportes. Y había gente para todo. También es verdad pero es que encima Carla es periodista.

— Dime algo que odies.

— El futbol —lo solté sin pensar.

No me gustaba ese deporte, ni todo lo que se movía entorno a él.

— Pues para los amantes del futbol tú eres la rara, y son muchos Daniela.

— Ya, ya. ¿Y tú?

— ¿Yo? —pensó unos segundos— Odio el jazz.

— ¿En serio?

— No puedo con el jazz, me da dolor de cabeza. Esa música sin ton ni son...

Me reí y Bruno también.

— Y también odio lo previsible, que no es una afición, pero creo que voy un poco en contra de las normas sociales de hoy día.

— ¿A qué te refieres?

Sin querer nos habíamos acercado para oírnos mejor y sentí su pierna junto a la mía.

— A ver cómo me explico. No me gusta tenerlo todo controlado, ni saber qué va a pasar cada segundo de mi vida. Me da que nos regimos demasiado por “lo que hay que hacer”, casi vivimos más el futuro que el presente y al final parece que vivamos varias horas por delante. Sin disfrutar del ahora, del momento, de lo que estás haciendo, porque ya estás pensando después...después he quedado, y después voy a pádel, y después haré tal o cual cosa. Me da grima vivir así e intento ser lo más espontáneo que puedo, dentro de una rutina obligada, que es ir a currar, que de eso no me libro, claro.

Y me acojoné al escucharlo, literalmente. Lo que decía me encantaba, me calaba hondo y me dejaba algunos metros levitando de mi cuerpo. Y cómo lo decía era aún peor, porque ya veía todas aquellas palabras escritas en su columna y con un ejército de seguidores gritando su nombre: ¡Bruno! ¡Bruno!

Me separé de él con brusquedad y lo miré como si fuera un bicho raro.

— Te lo dije Daniela —su sonrisa de superioridad hizo presencia.

— ¿El qué, listo?

— Que soy tu estilo.

No me agradó ni un pelo que pudiera leerme de aquel modo.

— No me conoces, así que deja de decir eso creído. ¿Se te ha pegado mucho el ego italiano o qué?

— Lo justo —dijo— Pero suelo equivocarme pocas veces.

— Vamos a dejar las cosas claras Bruno.

— Perfecto, empieza.

— No tengo un prototipo de hombre, ni lo busco, ni me interesa. Así que, si se te ha pasado por la cabeza que quiero algo contigo, vas listo.

— Ayer, salían otras palabras de tu boca... —Tan cerca, tan sugerente y tan lascivo que sentí el calor entre mis piernas y seguidamente cómo mojaba mi tanga.

— Lo de ayer fue...ocasional.

— ¿Así no quieres repetir? Porque yo estoy deseando llegar al hotel.

Uffff. Por supuesto que quería repetir, y a poder ser muchas veces, encima, debajo, de pie, tumbada, como fuera...pero ¿sabía dónde me metía?

Viviendo a medio gas

Después de la cena dimos un paseo y más tarde entramos en uno de los locales del puerto de Barcelona. Increíble la de gente que había allí; parecía un hervidero. Pero nosotros como un rebaño de ovejas, todos juntitos para adentro.

Segunda copa, y segundo gin-tonic.

Jaime invitaba, y pidió para todos la bebida de moda. ¿Puede ser que a todo el mundo le guste lo mismo? El garito de Lorena tiene mucho éxito porque es como volver a la era de los dinosaurios: ¡existen! ¡Existen otros combinados chic@s! En fin, no soy una fan del alcohol, pero me gusta beber a sorbitos y la mayoría de veces me dejo las copas a medias, excepto los chupitos que si no me los tomo de un trago no me entran. Y no soy una fan porque se me sube a la cabeza demasiado rápido y no controlo, y si no controlo mal vamos.

Y la que no iba a controlar como siguiera bebiendo de aquella manera era Sofía. La observé porque mi amiga del alma no solía vaciar la copa con tanta premura. Se reía, charlaba con Santi y el resto de gente, pero algo iba mal. No dejaba de beber, como si tuviera mucha sed, lo cual no tenía razón de ser.

— Sofía —la llamé y dimos un par de pasos a un lado cuando vio que le quería decir algo importante—. ¿Pasa algo?

Me miró sorprendida.

— ¿Qué va a pasar? —Uy Sofi, que se te ve el plumero.

— Que estás bebiendo como un ruso en plena Siberia, eso pasa.

Me miró preocupada y me llevó a un lado de la barra.

— Buf, Daniela, tengo un problema. Bueno, no sé si es un problema o qué es...

— A ver, dime...

— Como te lo digo... Es Santi...en la cama...

Se quedó callada como si no encontrara las palabras.

— ¿La tiene pequeña? ¿Eyaculador precoz? ¿Un amasa pan? —Sofía negó con la cabeza y aunque sonrió, seguía buscando cómo decirme “eso”.

— Creo que quiere que le diga guarradas.

Me miró esperando mi reacción.

— ¿Guarradas? — ¿Y?

— Sí, eso. Yo con Julen, pues nunca, ya sabes, nunca hablábamos.

— ¿Nunca? —pregunté exclamando.

— No... Ya, ya sé que hay muchas parejas que se expresan así y que no pasa nada, lo sé.

— Pasa que es más excitante Sofía, pero bueno, dejando eso, ¿por qué lo crees?

— Porque él sí me habla, me dice cosas al oído y todo eso. Y hoy, en la siesta, le he dicho una cosita y se ha puesto como un toro.

— Y te ha gustado.

— Sí, sí, pero estoy preocupada porque yo no sé hacer eso.

— No sabes decir guarradas. Pues difícil no es, Sofía...

— Ahora mismo podría decirte muchas Daniela, entiéndeme. No sé si me saldrá mientras estamos al lío, no estoy acostumbrada. Llevaba seis años con un mismo hombre y no puedo borrarlo todo de un plumazo.

— Sofía, ¿y por eso bebes? ¿Para desinhibirte? ¿Vas a convertirte en una alcohólica o qué? Porque si cada vez tienes que beber... Además, dudo que a Santi le haga gracia que lo hagas así. Escucha, si no te apetece decir esas cosas, no lo hagas y punto. ¿A él le mola? Vale, ¿y si le fuera el sado? ¿O los tríos? ¿También nos apuntamos? Tú tienes que hacer lo que te salga.

— No es solo por él, me apetece ser más atrevida en el sexo y probar cosas, y Santi es mucho Santi —dijo sonriendo con picardía.

— Entonces hazlo consciente y deja de beber así.

— Sí mami —dijo imitándome y las dos nos reímos.

Volvíamos con los demás y Bruno me miró. Me indicó con la cabeza hacia los baños y vi que se iba directo allí. ¿Qué lo siguiera a los baños? Yo de cabeza. Soy así, me gusta la aventura.

Estaba en una de las paredes laterales, bajo el cartel en forma de flecha que indicaba W.C. En cuanto me acerqué me cogió de la cintura y me acercó a él. Nos miramos a los ojos, sin miedo. Se mordió el labio inferior y yo me lamí el mío. Era un “a ver quién besa primero y cae rendido a los pies del otro”. Entonces sonó la canción de Baracuda *Ass up* y empecé a bailar de forma insinuante, tanto que al segundo noté su erección. Le miré alzando una ceja a modo de pregunta y él sonrió dejándose provocar hasta que me paró, con sus manos en mi culo y me apretó contra él.

— No sé si podré esperar al hotel —me habló en mi cuello y sentí su delicioso perfume.

Pasé mi mano con disimulo por encima de su bulto y suspiré al notar lo duro que estaba.

— Te giraría aquí mismo, te subiría la falda y te daría, nena, como nunca te han dado.

Me encendí solo de pensarlo; allí, en medio de la gente, en la penumbra de aquel local, con la música y mis compañeros a unos pasos. Qué fantasía...

Me giré, sin pensarlo, como muchas de las cosas que hacía y decía. Y Bruno subió mi falda voleada por detrás, con cuidado de no enseñar nada. Su mano pasó por mis nalgas y me estremecí. Pasaron un par de chicas y nos miraron. Demasiado expuestos y lo jodido no eran aquellas desconocidas, lo jodido era que podían pasar en cualquier momento Jaime, Max o Carlita.

— Vamos a tener que esperar —le dije excitada, mojada y ansiosa por sentir otra vez sus empujones.

Bruno me giró de nuevo hacia él y nos sonreímos.

— Valdrá la pena esperar —me besó el cuello—. Ve tú, yo hago tiempo hasta que me vuelva la sangre a la cabeza.

Me reí por su comentario y Bruno me dio un beso inesperado en los labios. Casto, sencillo pero rotundo. Lo miré sorprendida.

— Me gusta cuando ríes —dijo sin darle más importancia y me fui de su lado pensando en él.

Bruno se había colado en mi vida, en todos los sentidos. En el trabajo, en mis fantasías, en mi *Twitter*, en mi relación con Martín, en mi cuerpo... ¿Y yo qué pensaba al respecto? No pensaba, me dejaba llevar, vivía el presente, el momento y mañana ya veríamos. ¿Para qué preocuparme? ¿Y preocuparme por qué? De momento, estaba todo controlado.

Me fijé de nuevo en Sofía y vi que había bajado el ritmo de beber. Supuse que era difícil empezar con alguien de nuevo. Seis años dan para mucho y ella misma lo había verbalizado diciendo que tocar otro cuerpo, besar otros labios e incluso abrazarlo, le sabía a veces extraño, como si estuviera fuera de casa. Era lógico, estaba acostumbrada a Julen. Dos mil ciento noventa días saliendo con alguien, debían marcar, digo yo. Si Julen hubiera reaccionado de otro modo, con más calma y más paciencia, creo que Sofía hubiera tenido un millón de dudas, porque se hubieran mezclado muchas cosas en su cabeza. Pero Julen, afortunadamente, se lo había puesto fácil con su actitud infantil. Me toqué el brazo pensando en sus dedos marcados y me di cuenta de que era la primera vez que un hombre me hacía daño. Un dolor físico y leve pero que no debía dejarse como una mera anécdota. Julen era un absoluto gilipollas. Y entonces pensé en la hermana de Bruno de nuevo. Sentía mucha curiosidad pero no le quería preguntar porque si él quería, ya me contaría. Era un tema delicado y estaba segura que la de las llamadas era ella, Andrea. Supuse que el asunto debía ser reciente y que Bruno debía estar pendiente de ella, quizás incluso viviendo con ella. Todo aquello me lo imaginaba pero dudaba que anduviera lejos de la realidad. Y yo que había pensado que era su pareja... porque era extraño que Bruno no estuviera con alguna chica, la verdad. Había dicho que había estado en serio con dos, pero ¿cuándo?

Volvimos pronto al hotel porque al día siguiente debíamos realizar la última actividad de dinámica de grupos.

Nada más entrar en nuestra habitación, Bruno me cogió de la mano y me llevó hacia el balcón, que abrió de par en par. Se apoyó en la barandilla y me abrazó por la cintura, situándome de espaldas a él.

— ¿Qué haces? —pregunté riendo.

Sus manos subieron mi falda por detrás.

— Cierra los ojos e imagina que estamos rodeados de gente, de luces, de música,...

Subió sus manos hasta mis pechos y gemí de gusto.

— Estamos en el pub y ahora sí, voy a hacer lo que te hubiera hecho allí...

— ¿En el balcón? —pregunté excitada.

— Que le aproveche al que mire —dijo apartando mi tanga a un lado y pasando uno de sus dedos por

mi humedad.

Eché mi cabeza hacia atrás y Bruno me besó el cuello. Gemidos, respiración y suspiros.

— Nena...

Abandonó las caricias unos segundos para ponerse el preservativo y aproveché para mirar a mi alrededor. Estaba oscuro pero había luces tenues con las cuales podías adivinar las sombras; si alguien miraba hacia nuestro balcón podría adivinar qué clase de movimientos eran los nuestros.

Y entró despacio provocando que arqueara mi espalda.

— Daniela si te mueves así, la gente sabrá que te estoy follando...

Cerré los ojos y me puse en situación. Estábamos en el pub y no queríamos que nos pillaran.

La sacó despacio, con sus manos en mi cintura.

— Dame tu cuello... —me pidió con su voz grave.

Y lo besó largamente mientras volvía a entrar, con esa lentitud crispante. Necesitaba sentirlo más duro, más rápido y más hondo pero no podíamos. Así que continuó con ese ritmo mientras me lamía, besaba y mordisqueaba el cuello, ese punto en el que me volvía loca de placer.

— Bruno...

— Nena, podría correrme en dos segundos...

— Ufff, no...dame más...

— No quiero que nos vean.

— Bruno... —le rogué como una mendiga.

— Nena, la gente nos mirará si te doy fuerte...

— Joder... Vamos a la cama... —le pedí sintiendo que mi placer iba en aumento y sabiendo que sería yo misma la que empezaría a follármelo a él.

— Aquí no hay camas...

Jugaba duro.

— Bruno...

— Daniela...

Y seguía con aquel ritmillo que poco a poco me iba llevando a un placer casi palpable.

— Bruno...por favor...

— ¿Qué quieres? —me preguntó al oído.

— Que me folles sin piedad —le dije segura de que lo haría.

Puso uno de sus dedos en mi clítoris, sabiendo cuánto me provocaba y gemí resignada. Madre mía. No podría aguantar mucho más.

— Nena, vas a correrme aquí, así que intenta moderar esos gritos.

No podía, no sabía ser moderada y apreté mis labios.

— Dios...nena...sí...

Su dedo se movió con rapidez en mi punto sensible mientras seguía entrando y saliendo despacio.

— Daniela... —cogió mi melena y me echó la cabeza hacia atrás— Córrete en mis dedos...vamos...

Me giró un poco la cabeza hacia él e introdujo su lengua en mi boca, casi con violencia y sentí que me derretía cuando comencé a sentir la tensión en mi sexo hasta que exploté en un orgasmo increíble, que Bruno aspiró con sus besos mientras él también gemía en mis labios al correrse dentro de mí.

Y se paró el mundo. Bruno abrazó mi cintura y recostó su cabeza en mi espalda, jadeando y murmurando.

— Dios Daniela...

Yo también estaba sacando el aire de dentro de mí. Como si hubiera hecho el gran esfuerzo del día: y lo había hecho porque aguantarme las ganas de moverme y sentirla hasta el fondo y duro, me había costado lo suyo.

Nos quedamos unos segundos en esa posición, respirando el olor del césped recién cortado hasta que salió despacio, cogiendo el preservativo.

— Aquí paz y después gloria —me besó el cuello y se fue tan campante.

Lo miré aturdida, viendo como cogía su ropa interior limpia y se iba al baño. Me tiré en la cama, mirando el techo, y suspirando por ese rato de placer. ¿Y qué pasaba por mi cabeza? Me había sabido a poco y quería más. Miré hacia el balcón y me vi con Bruno, detrás, follándome, con el tanga a un lado...ufff. Este tío era lo más. Era sexo puro, directo, sin miedos, sin tabús. Otro, me hubiera llevado directo a la cama pero él no. Bruno era...diferente. Y eso me atraía en un hombre.

“El sexo no son las posturitas del *Kama Sutra* chicas, el sexo es más. Es imaginación, fantasía, originalidad, diversión, risas, mordiscos y miles de besos repartidos por todo tu cuerpo. Pero sobre todo es respeto por ambas partes. Déjate llevar pero sabiendo que aquello lo haces por y para ti. No valen las coacciones o el “hacerlo” solo porque a él le apetece. No vale humillarse. No vale no participar. No vale todo aquello que te parezca mal, desagradable o incómodo. Debes dejar claro qué te gusta y qué no, ellos no son adivinos. Y a partir de ahí. A disfrutar chicas. Y mucho. ¿Empezamos?” @danielatuespacio.

Salió de la ducha en calzoncillos y marcando su bien dotado miembro. Me miró sonriendo y me indicó con la mano que podía entrar en el baño. Me di una ducha fría porque estaba todavía con aquella calentura y al salir lo oí hablar con Andrea. Confirmado: era su hermana y estaba preocupado por ella. Me puse los cascos y cogí el *ibook*, sonaba *Faded* y mi cabeza volvió a Bruno. Lo miré por encima del *ibook* y vi cómo gesticulaba al hablar; guapo, listo y buen follador. Y además parecía majo. Lo observé detenidamente y suspiré por querer tomarlo de nuevo. ¿Y si me insinuaba? ¿O y si directamente se lo decía? Bruno quiero más polla. Me reí yo sola por ser tan burra. Bruno me miró y me pilló con mi mirada puesta en él: se acercó dejando el móvil en mi mesita. Me quitó los auriculares y el roce de sus dedos me puso la piel de gallina. Él paso un dedo por mi brazo al observar mi reacción.

— ¿No te concentras? —preguntó jugando.

— Se ve que no estoy habituada a tener a un hombre en calzoncillos a mí alrededor —le dije puntillosa.

— Eso lo arreglamos rápido —Bruno se quitó el bóxer en un santiamén.

Me reí.

— ¿Mejor así? —preguntó alzando una ceja.

Mordí mi labio y lo miré con deseo. Bruno me entendió perfectamente y se deslizó encima de mí. Dejé el ibook a un lado y lo cogí por el cuello. Nos miramos durante unos segundos en los que pensé que lo deseaba con todas mis ganas. Bruno bajó mi pantalón y mis braguitas lentamente, mientras yo lo miraba. Me quitó la camiseta pasando sus manos por mis pechos.

— Daniela.

— ¿Qué?

— Quiero que gimas como nunca, ¿me oyes? Porque voy a follarte fuerte, te aviso.

Joder...

— Estoy preparada —le dije sin más preámbulos.

Y era la verdad, no necesitaba preliminares, ni que me tocara ni besos. Madre mía, era como si Bruno tuviera comunicación directa con mi sexo porque en segundos me notaba mojada.

— Nena, vas a gritar mi nombre ¿lo sabes? —Otro preservativo y la colocó en la entrada—. Vas a pedir que pare...

Eso lo dudaba...

Entró de una estocada y me arqueé porque no me lo esperaba. Gemí y cogí aire. Bruno me cogió de la cintura, por detrás, y me alzó unos centímetros para que entrara con más profundidad. Se sujetaba con una mano, pero no tenía problema porque empezó a entrar y salir con fuerza, chocando contra mi cuerpo, y provocando un roce extraordinario entre su sexo y el mío. Y aceleró a un ritmo vertiginoso, no me daba tiempo a coger aire y gemí, gemí como una posesa porque cada vez que entraba me llegaba hasta el alma. Me estaba follando como a una muñeca, dándole duro y sin que yo pudiera apenas moverme del placer que sentía. Y de repente paró, dentro de mí. Y le miré.

— Daniela... ¿quieres que pare?

— No, no pares Bruno —estaba extasiada— Sigue...

— ¿Qué quieres?

— A ti.

Bruno sonrió.

— Quiero oír mi nombre en tu boca nena.

— Bruno...

— Más...

Y comenzó a moverse de nuevo a un ritmo más lento.

— Bruno...Bruno...sí...joder...eres...

— ¿Qué?

— Único... —estaba extasiada de placer o drogada, no lo sé.

— Joder Daniela...déjame tomarte...

— Sí...sigue...

— Nena...

— ¿Mmm?

Me hablaba al oído con su voz sensual.

— No dejaría de follarte, nunca.

— No quiero que termines, nunca.

— Me pones a mil —me susurró más flojo y sentí perder la cabeza.

— Bruno...

— ¿Mmm?

— Bruno...me voy a correr...ufff...

Empezó a darme duro y sus manos atraparon las mías, trenzando los dedos. En ese momento me hubiera dejado hacer lo que quisiera porque no era responsable ya de mi cuerpo. Otro inconcebible orgasmo de aquellos estaba a punto de traspasarme.

— Bien, dame lo que quiero Daniela, dámelo todo de ti.

Subí mis caderas para facilitarle la entrada y para llegar a mi orgasmo sin que me tocara con sus dedos y él empujó varias veces seguidas, logrando que gritara su nombre mientras sentía esas sacudidas.

Bruno me habló al oído mientras me corría y seguía con sus embestidas.

— Así... córrete en mi polla... como a mí me gusta... Daniela... así... joder... eres mi nena ¿lo sabes? Sigue, sí...

Era ya el final de mi orgasmo y llegó el suyo. Apretó mis manos y noté cómo sentía aquellos calambrazos dentro de mí, mientras gruñía mi nombre en su boca apretada.

Creo que fueron unos dos minutos los que necesitamos para coger el aire necesario e ir calmando nuestra agitación. Bruno salió despacio, quitándose el preservativo, y se dejó caer a mi lado, con un brazo encima de su rostro.

— Dios Daniela —murmuró.

Giré solo mi cara hacia él porque estaba agotada para mover nada más de mi cuerpo.

— ¿Qué?

Apartó su brazo y me miró. Su sonrisa iluminó su cara.

— No quiero saber cómo la chupas.

Nos reímos y entonces Bruno me acercó a él en un abrazo. Cruzó sus piernas con las mías con toda la naturalidad del mundo.

— Ese color te sienta muy bien —se refería a mis mejillas sonrojadas, por el calor y el sofoco, claro, no porque yo me pusiera roja por vergüenza, porque eso no me ocurría nunca.

— Lo sé —le dije mientras nos reíamos otra vez.

— Estás deliciosa así, despeinada, te brillan los ojos, pareces otra...

Me miró con una intensidad que no supe descifrar. ¿Nos estábamos poniendo románticos? Porque me gustaba lo que decía y cómo lo decía pero...el cartel de *Danger* parpadeaba delante de mis ojos.

— Voy al baño —le dije escaqueándome de sus mimos.

— No tardes...

¿Esperaba dormir conmigo?

— Esto, Bruno... —me miró atento— Es que no duermo con nadie. Nunca.

— Nunca —repitió automáticamente.

— No.

— ¿Y puedo saber por qué no?

— Porque no quiero.

— Ya. Entiendo —dijo sin moverse de mi cama—. Y no quieres para que tus amantes no crean lo que no es.

— Sí, algo así —le dije de pie, delante de él.

— ¿Y qué crees que creo yo?

— No lo sé —le respondí cómo si no me importara.

— Pues te lo explico rápido, Daniela. Creo que eres una cagada. Que no quieres comprometerte con nadie para no vivir la parte negativa de la vida. Que existe, Daniela, aunque tú la esquives, ¿lo sabías? —fui a replicarle pero no me dejó—. Creo que estás demasiado pendiente de no sentir, de no enamorarte, y no te dejas llevar. Estás viviendo a medio gas, por si no lo sabías o por si nadie te lo había dicho.

Salió de mi cama y se puso delante de mí.

— Sigues siendo una niña, ahí dentro —y tocó mi pecho con su dedo.

— Y tú un prepotente de mucho cuidado.

— ¿Por saber que te gusto? Porque creo que eso lo tenemos claro los dos. Pero tú, Daniela, con tus normas sin sentido acabas de demostrarme que eres una niña consentida.

— Oye...

— Una niña consentida a la que todos le han dicho sí Daniela, lo que tú digas, como tu amiguito. Pero yo no voy a bailarte el agua Daniela. Tú misma.

— ¿Es que crees que te necesito para algo? —le pregunté notando que empezaba a cabrearme en serio.

— ¡Ah no! Ella no necesita de nadie —usó un tono irónico y como si hablara a un público invisible—. Daniela y su mundo ideal. Sin sufrir ni llorar ni tener celos.

Bruno había cogido carrerilla y no había quién lo parara.

— Mira, no tengo...

— Pero que te quede claro, niña, que ese mundo tuyo no es de verdad. Que eres feliz pero no todo lo que podrías serlo. Piénsalo.

— Si no quieres entenderme no lo hagas, no hay más que hablar.

— Cuando crezcas, me llamas.

— Tú eres idiota —le dije enfadada.

— Lo que tú digas —él también estaba cabreado, solo había que oír su tono—. Y métete en la cabeza que yo no voy a ser uno de esos folla-amigos tuyos.

Lo miré crispada porque en el fondo sabía que algo de razón tenía. A ver, que no había buscado el porqué de mí forma de actuar; yo ya sabía que no me apetecía vivir dramas, peleas, cabreos, celos y todas esas historias que conllevaban tener pareja. Y menos vivirlo al lado de cualquiera. Pero Bruno no era cualquiera...

Con Martín, podría haber tenido una relación, seguro, porque me gustaba mucho. Pero al final había logrado mantenerlo a mi lado, sobre todo como amigo, aunque últimamente nos hubiéramos liado más de la cuenta. Pero ¿y Bruno? Bruno no era un chiquillo. Era un tío que sabía lo que quería y no estaba dispuesto a ser solo un amante ocasional. ¿Qué salida me quedaba? Aborrecerlo, detestarlo, despreciarlo, en definitiva, ¿odiarlo?

Y van pasando los días y no puedo evitar acercarme a ti

Aquel domingo fue un día de piques con Bruno; me buscaba la boca porque estaba cabreado y lo curioso del caso era que yo también lo estaba. No me habían gustado sus palabras y ¿qué era eso de que vivía a medio gas? ¿El título de una nueva canción de Estopa? Venga ya. Venga ya, pero en el fondo me molestaba y a quién le pica, ajos come...

La última actividad consistió en ir a una de las playas de Barcelona para realizar una especie de Olimpiadas. Formamos dos grupos, en los que Bruno y yo procuramos no coincidir. Y empezaron las pruebas de salto, de coger el pañuelo, velocidad, y otras tantas, con las que reímos, gritamos y pasamos un buen rato. Mi compañero de habitación y yo nos picábamos más de lo normal y Carla disfrutó del espectáculo. En cuanto me di cuenta, decidí ignorar a Bruno pero él siguió dándome la lata.

Y el resto del día, no fue mucho más ameno. Sofía me preguntó qué había ocurrido y se lo comenté solo por encima porque no tenía ganas de que mi mejor amiga le diera la razón. Cuando coincidimos en la habitación, Bruno me ignoró y yo hice lo mismo. Quién hubiera dicho que horas atrás esas manos recorrían mi cuerpo con maestría y ese cuerpo estaba dentro del mío.

Durante el viaje de vuelta estuve más callada de lo normal, lo sé. No podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido en aquella habitación y me fastidiaba bastante esa sensación de dedicarle tanto tiempo a un hombre. Pero no lo podía evitar; era como si mi cabeza hubiera dado un giro de trescientos sesenta grados y, de repente, Bruno se hubiera instalado en cada rincón de mi mente. Era irritante, cierto, pero a la vez placentero. ¿Cómo te lo comes?

Durante un rato Sofía me distrajo con sus problemas sexuales con Santi. Bueno, problemas para ella. Seguía en sus trece al pensar que debía hacer lo que a Santi le gustaba y como no le salía de natural se sentía rara e incómoda. ¿Y por qué no lo hablas con él? Si tanto le molestaba... pero vamos, como si le hubiera hablado en marciano, igual. Me miró con los ojos saliendo de las órbitas, en plan “estás loca Daniela”. ¿Cómo le iba a decir eso? Pues diciéndoselo, no te digo. Nada, que para Sofía aquello era un mal trago y hablarlo con él todavía peor. Si quieres se lo digo yo. Y nos reímos las dos solo de imaginarlo.

— Oye, sí, mira Santi, que Sofía quiere decirte guarradas y no sabe cómo. Si eso...le echas una mano... o dos... o lo que te cuelga, ya puestos...

Sofía y yo nos reímos a carcajada limpia y los demás nos pidieron que contáramos el chiste.

— A ti te lo voy a contar —le dije a Toni sonriendo.

— Daniela es muy suya, cuidadito —era Bruno al ataque de nuevo.

Los demás rieron y yo me mordí el carrillo de la boca para no soltar pestes sobre él.

— Ni caso —me dijo Sofía.

— Es un imbécil... que folla bien, pero un imbécil al fin y al cabo.

— Pues lo que cuenta es que folle bien y que la pistola funcione. ¡Dispárame!

Nos reímos otra vez. Sofía estaba desatada.

— Así voy practicando —dijo mientras reía.

Llegamos hacia las seis de la tarde a Atocha y nada más bajar del tren alguien me ayudó con la maleta.

— Perdona señorita, ¿me deja que la ayude?

Me giré sonriendo.

— ¡Martín! —me dio un fuerte abrazo y Bruno nos miró.

— ¿Qué tal enana?

— Mira, si ha venido el casero —dijo sonriendo Sofía mientras le daba dos besos.

— Menudo casero el vuestro —soltó Ruth acercándose a nosotras.

Hicimos las presentaciones correspondientes y vi que a Ruth le molaba mi amigo. Nos quedamos charlando los tres, mientras el resto se iba y Sofía se despedía de Santi. Bruno desapareció de la estación con Max y no miró hacia atrás en ningún momento. Bah, que más daba.

Una vez en casa, charlamos como descosidas con Martín, contándole todo lo que habíamos hecho en aquel súper hotel de lujo. Hablábamos interrumpiéndonos y riendo cuando recordábamos alguna de las anécdotas de aquellas actividades. Él iba preguntando y sonriendo pero en ningún momento nombró a Bruno, ¿lo ves, listo?

— Vamos a poner una peli, ¿a quién le toca escoger? —preguntó Sofía.

Nos acomodamos y pusimos la peli que escogió Martín; *Sin límites*. Yo ya la había visto con Rouse en el cine, en su día. Me entró morriña y me fui tumbando hasta poner mi cabeza encima de las rodillas de Martín. Me sonrió unos segundos y siguió con la película. Se me cerraron los ojos y me dormí.

Me desperté al sentir que mi pelo era acariciado y Bruno se introdujo en mí estado de duermevela. Pensé que mi reacción había sido exagerada, que podía haber dormido con él y que seguramente me acariciaría de aquel modo. Nos habríamos abrazado, besado e incluso habríamos vuelto a... a hacerlo...Madre mía, solo de pensar en Bruno dentro de mí me entraban sudores. Iba a tener que aguantarme las ganas de estar con él porque me lo había dejado muy claro y yo tampoco era de las que iban pidiendo limosna.

— ¿Daniela? —oí a Martín algo lejos—. ¿Daniela?

— ¿Mmm?

— Hora de dormir enana, vamos...

— Llévame, vaaaa.... —estaba zombi.

Me cogió en brazos, y diciendo que tenía mucha jeta, me llevó a mi cama. Me quedé tal cual me dejé, medio dormida.

— Vamos, Daniela, métete en la cama.

— Sí, ya voy —me levanté y nos sonreímos— Oye, Bruno...

Joder. Menudo fallo técnico.

— Ay, la hostia, Martín —lo miré espabilándome—. Ha sido un lapsus.

— Sí, seguro —dijo alzando una de sus cejas— ¿Qué tal con él?

Ahí venía la gran pregunta. Al final el jodido tenía razón.

— Bien.

Y cuando yo decía bien quería decir no quiero explicar más. Y como él tampoco quiso saber, ahí se terminó el interrogatorio.

¿Qué hay peor que un lunes que tienes que trabajar? Pues un lunes, después de un fin de semana rodeada de lujos, polvos mágicos y amigos.

En la cafetería mis compañeros estaban resacosos del viaje pero con ganas de comentar las anécdotas del fin de semana. En general, la idea había gustado a todos y decían que no les importaría repetir. Fui a por el café y justo entonces entró Bruno, con más retraso de lo habitual y serio, muy serio.

— Mario, lo mío por favor —pidió sentándose a mi lado en la barra.

— Que cara de perro —lo dije flojo pero lo suficientemente alto para que me oyera.

— ¿Qué tal tu amigo? —me preguntó con su tono de chulo.

— Sano y fuerte, gracias por el interés —le contesté sin entrar al trapo.

— Claro, lo habrás comprobado... ¿Lo sabe que pierde el tiempo contigo? —cogió el periódico y empezó a pasar páginas.

Me subió la bilis a la garganta.

— Bruno, ¿quién es ahora el niño?

Me miró cabreado, muy cabreado. ¿Pero qué le pasaba? Los enfados con el paso de las horas se difuminan, pero a Bruno le sucedía todo lo contrario.

— Tienes razón, el que pierde aquí el tiempo, hablando contigo, soy yo.

Volvió la vista a la hoja que tenía delante.

— Pues lo tienes fácil, no me hables —le contesté cogiendo las tazas que me daba Mario y yéndome hacia Sofía.

— Quien me mandará a mí liarme con crías —hizo lo mismo que yo: un murmullo que oí perfectamente.

No sé cómo no me cayó el café por el suelo de la adrenalina que recorrió por mi cuerpo al oír su comentario. Gilipollas.

En la revista, las cosas continuaron igual, sin dirigirnos apenas la palabra hasta que Jaime nos llamó al despacho. Estaba con Max, quién nos saludó con simpatía y nos informó que había estado hablando con

la junta sobre un proyecto nuevo; llevar la revista al mundo de la tecnología, o sea, crear *Tuespacio on line*. No iba a ser la típica revista semanal o mensual, sería una revista que se actualizaría día a día, con lo cual, aquellos artículos y columnas más leídos perdurarían más días y los otros se irían sustituyendo. Por supuesto, estaría abierta a comentarios y réplicas por parte del público lector.

Los escuché atenta y lo único que vi fue mucho más curro y el peligro de que de allí solo saliera un churro. Lo dije tal cual y Max me sonrió diciéndome que estaba todo pensado y que iban a aumentar la plantilla. Antes de comentarlo con los demás querían saber nuestra opinión, eso lo primero. Y lo segundo, si estábamos dispuestos a mantener una especie de batalla entre nosotros dos en la red. En vez de replicarnos mensualmente, sería casi a diario y con argumentos más cortos, pero más cañeros. Yo representaba el mundo femenino y él el masculino. ¿Qué nos parecía? Bruno no se lo pensó nada y dijo que podía ser divertido. Yo solo dije que podíamos probar pero que no lo veía tan claro. Lo demás sí me parecía interesante, una revista paralela en la red podía ser interesante.

A la media hora, nos convocaron en la sala y Jaime, junto a Max, expuso aquella idea que fue acogida por la mayoría con entusiasmo. En una semana tendríamos entre nosotros un par de informáticos expertos en la materia y tres periodistas más. La familia crece, pensé.

Y tal cual, el viernes de esa misma semana Jaime hizo la presentación. Los informáticos Adrián y María, y los tres periodistas, Natalia, Álex y Enrique. Jóvenes, dinámicos y con ganas de comerse el mundo.

Les hicimos sitio en la revista y en nada se acomodaron entre nosotros, siguiendo nuestras rutinas familiares de desayunar y comer juntos. Cuando les informamos que también salíamos de vez en cuando juntos, creyeron que bromeábamos. Natalia le hacía ojitos a Bruno y Enrique me los hacía a mí. Adrián, aunque emparejado, se quedó prendado de Sofía, cosa que no le agradó a Santi.

Con todo habían pasado un par de semanas desde que Bruno me había marcado, porque no puedo decirlo de otro modo. Dos semanas durante las que me vi incapaz de acostarme con alguien. ¿Por qué? Pues muy bien no lo sé: miedo a ver a Bruno mientras me tiraba a otro, miedo a compararlos a todos con él, miedo a que ahora nadie estuviera a la altura y todo me supiera a poco.... Tantos miedos que lo mejor era no mover ficha y así no se harían realidad. Era una buena técnica: ojos que no ven, corazón que no siente. Así que otro fin de semana sin catar a nadie.

Y encima, aquel lunes comenzábamos a publicar en la revista *on line*. Jaime había repartido los trabajos y algunos, como Sofía, Bruno o yo, debíamos trabajar en ambos proyectos, aunque con menos trabajo en la revista mensual, trabajo que se llevarían los nuevos claro.

“No entendemos esa manera vuestra de querer agradar a todas. Sonrisas, coqueteos y buenas maneras. Y después con tu pareja, sacándote los mocos y rascándote los huevos, por decir algunas de las muchas cosas. Me parece perfecto que seas don Simpatía pero piensa primero en ser Simpático con tu pareja, estaremos todas muy agradecidas.” @danielatuespacio.

Ahí estaba mi primer escrito en la revista *on line*. Ahora le tocaba a Bruno.

Aquel día, fui la primera en bajar a la cafetería y nada más entrar vi a la chica del pelo corto que acompañaba a Bruno aquel día en el cine. Me miró y creo que me reconoció pero no nos dijimos nada. Me senté en una de las mesas y me puse a leer una de las revistas que había por ahí.

— Hola, perdona —levanté la mirada y tenía frente a mí a aquella chica—. ¿Eres Daniela?

Me fijé que de cerca se parecía mucho, pero que mucho a Bruno. Ojos oscuros, boca perfecta y el pelo con algún reflejo.

— Sí, la misma. ¿Eres Andrea? —me arriesgué a preguntar sabiendo que sería ella.

— Sí —dijo sonriendo—. ¿Puedo sentarme?

— Sí, claro —respondí curiosa por conocerla—. Ahora vendrán tu hermano y los demás. Yo he terminado antes y me he ganado cinco minutos de descanso.

Sonrió y me miró con interés. ¿Qué sabía ella de mí?

— Bruno está encantado trabajando ahí y bueno, me ha hablado de todos vosotros. De unos más que de otros —añadió risueña.

— Ya —no quise decirle que yo sabía muy poco de ella pero que lo que sabía era bastante *heavy*.

— Te he recordado del día del cine, me explicó quién eras.

— Sí, sé que además de hermanos, sois amigos. O eso es lo que él me ha dicho.

— Sí, es cierto. Bueno, es que somos mellizos y hay cierta...conexión o llámalo como quieras. Confiamos el uno en el otro.

— ¿Mellizos? No lo sabía.

— Sí.

— Debía robarte los biberones, fijo —le dije bromeando y las dos nos reímos.

En ese momento entró la tropa y Andrea saludó a Bruno con la mano. Él miró extrañado al vernos juntas, claro. Se saludaron y Bruno la presentó al resto de los compañeros.

— ¿Quieres que nos sentemos en otra mesa? —oí que le decía él.

— No, no hace falta. Hablar con gente me irá bien.

Supuse que aquel comentario hacía referencia a todo lo que le había ocurrido a Andrea con su ex. Me costó verla como una maltratada porque parecía una chica con carácter, como su hermano.

— Oye Daniela, me encanta lo que escribes —dijo sonriéndome otra vez—- Creo que rompes con muchos estereotipos que tienen sobre nosotras.

— Gracias, eso intento aunque a veces a algunos les sienta mal.

Andrea miró a su hermano, que estaba a su lado, y se rio. Él la miró con cariño y le devolvió el gesto.

— Es toda fachada Andrea, no te la creas. En el fondo es una romántica que espera a su príncipe azul —dijo Bruno bromeando.

Nos reímos con ganas y yo la primera.

— En un caballo blanco, no lo olvides —añadí riendo.

— Y con un enorme ramo de rosas —siguió Andrea dirigiéndose a mí.

— Con una Visa oro asomándole de su camisa impecable —le dije a Andrea.

— ¡Y un buen paquete, eso también!

Soltamos las dos una buena carcajada y Bruno rio con nosotras. Me gustó verlo así de relajado.

— Menudo par —dijo él.

La comida con ella fue muy agradable y nos gustamos mutuamente. Tenía cinco años más que yo, pero tenía un deje de inocencia que no poseía su hermano. Me hubiera gustado intimar más con ella, saber su historia y poder, no sé, echarle un cable con lo suyo.

— Oye Andrea, ¿te apetece salir un día? —se lo pregunté porque sacó a colisión que hacía meses que no salía de fiesta.

— ¿De noche? —preguntó Bruno como si fuera su padre.

— De día no abren los pubs —le dije sonriendo.

— Me encantaría —respondió ella eufórica—. Nada de alcohol —se dirigió a su hermano y yo no pregunté el porqué.

— Pues si te apetece este viernes no tengo nada qué hacer —le dije.

— ¿Qué pasa este viernes? —preguntó Toni poniendo la oreja. Me daba en la nariz que Andrea le había hecho tilín.

— Toni, salida de chicas, así que si no te has operado olvídale —le solté y nos reímos.

— Nos discriminan por el sexo Toni, después dicen...

— Bruno, pues salimos de pesca tú y yo —le dijo Toni.

— ¿De caña y anzuelo? —preguntó Bruno para aclarar si la pesca era metafórica o real.

— Sí, y con tu gusano —. Nos reímos los cuatro y Toni añadió— De marcha, salir, fiesta, esas cosas...

Andrea y yo acabamos de hablar del tema y nos despedimos dándonos nuestros teléfonos.

Al entrar en la oficina Carla me soltó uno de sus comentarios groseros con la idea de fastidiarme por haber estado tan cercana con la hermana de Bruno. Pero lo que ella no sabía que a mí eso me daba igual, si yo quería algo de él, no iba a buscar intermediarios. Andrea me había caído bien y punto. No necesitaba buscar amigas, porque ya las tenía, ni necesitaba hacerme amiga de la “hermana de”. Había sido igual de simpática con ella como lo hubiera sido con otra, excepto que esa otra no quisiera conocerme, como le pasaba a Carla.

— Perdona Daniela —era Natalia, una de las periodistas nuevas.

Rubia, alta y guapilla, con un estilo *híster* al vestir.

— Dime —estaba con Toni charlando y me fui hacia ella.

— ¿Puedo saber si tú y Bruno...?

— ¿Qué?

Ya sabía a qué se refería pero quise que lo dijera.

— Si salís o estáis juntos o enrollados.

Lo miró con ojos de viciosa y me molestó.

— ¿Con quién quieres liarte? ¿Con él o conmigo?

Me miró sorprendida.

— Si es con él, vas y se lo preguntas. Le gustan las cosas claras, eso sí te lo puedo decir.

— Ehm, gracias.

Que pesadilla con Bruno. Carla, Natalia y vete a saber cuántas más. Y todas dándome por saco. La vi ir hacia él, contoneando su culo y puse los ojos en blanco. Prefería no mirar pero no pude evitar hacerlo. Bruno era simpático con todas, era así, y aunque sabía qué buscaban de él, hacía ver que no se enteraba y así se escaqueaba de decir: lo siento, no. Le rio las gracias, y ella se sentó en mi silla, coqueteando y mostrando escote. Y me salió la vena: directa hacia allí. Con un “perdona Natalia”, que quería decir: petarda sal de aquí, hice que saliera de mi lugar de trabajo. Bruno rio por lo bajo y lo miré mientras Natalia se despedía de él. ¿Celosa? preguntó sonriendo. Pero ¿qué dices? Celosa yo, ¡ja!

Abrí la revista para ver si el amigo había respondido, y por supuesto no había tardado nada. En mi escrito había muchos comentarios de chicas que me daban la razón y otros tantos, la mayoría chicos, que no estaban de acuerdo.

“Podríamos ser más simpáticos chicos, si no tuviéramos delante ese pijama de felpa que duele a la vista o esa mascarilla con pepinillos en los ojos, ¡susto! ¿Dónde están aquellos tangas de encaje? ¿Y esa faldita que nos vuelve locos al veros andar? Y no es que queramos agradar a todas, es que agradamos, sin más.” @brunotuespacio.

Una avalancha de comentarios también había completado su escrito. Bueno, todo aquello no iba por mí, eso estaba clarísimo.

Más tarde, Jaime me pidió que Toni y yo hiciéramos unas fotos para subirlas a la revista y al regresar estuvimos liados escogiendo las más interesantes. Toni me mandó que revelara un par de ellas mientras él trabajaba con la nueva, María. Me metí en el cuarto oscuro y hacía un calor horroroso allí dentro, como siempre. Ese junio estaba haciendo ya mucho calor en Madrid. Me enrollé la camiseta por encima de la cintura, como si llevara un top, y me puse a disfrutar de aquel arte. Era minuciosa y cuidadosa, con lo cual me salían perfectas. De ahí que Toni confiara plenamente en mí. Miré el reloj de la pared y vi que habían pasado casi veinte minutos de la hora de la salida. No pasaba nada, cinco minutos más y estaría terminado. Salí un momento para ir a por mí botellita de agua y vi a Bruno todavía en su ordenador. Me miró, con los cascos puestos, y se fijó en mi estómago desnudo y en mi pelo pegado a la cara. Bebí, pasando de él, y volví al cuarto. Miré mi trabajo y sonreí satisfecha. Bien.

Fui al baño a asearme y me crucé de nuevo con Bruno. Me bajé la camiseta viendo dónde miraba.

— Deja de babear —le dije para picarlo.

— Y tú deja de provocar —me dijo serio.

— Estoy trabajando —le repliqué.

— ¿Medio desnuda? —Preguntó con ironía deteniéndose delante de mí.

— Yo no hago las cosas a medias, ya lo sabes —apreté mi boca y me la miró.

— Eso lo pensarás tú —dijo con rapidez—. Porque te recuerdo que para mí sí haces las cosas a medias.

Sí, ya, claro.

— Bruno, tú problema es que estás demasiado habituado a que todas perdamos el sentido por ti.

Me miró con una media sonrisa.

— ¿Te incluyes?

— Por supuesto que no.

— ¿Así que no piensas en Barcelona? ¿En lo que pasó allí?

Tanto que no había ni podido meter otro tío en la cama.

— Algo recuerdo —le dije haciéndome la tonta y Bruno rio.

— Lástima que no se vaya a repetir, ¿verdad?

Lástima y de las grandes.

— Dicen que no se puede tener todo en esta vida.

— Ahí te equivocas, pero ya crecerás —Su tono prepotente volvía a la carga.

— Ya te llamaré cuando lo haga —le repliqué recordando sus palabras.

— Quizás no te coja el teléfono pero siempre puedes tirar de otros.

Lo miré con rabia por sus insinuaciones.

— No te preocupes, que por eso no habrá problema —le dije yéndome enfadada, sobre todo conmigo por dejarle ver que me importaba lo que me decía.

— Ya, Enrique es el siguiente de la lista —lo oí porque estaba atenta a su réplica pero habló para él mismo, muy flojo.

— Oye Bruno —se giró y fui hacia él hecha una furia—. Deja de juzgarme como si fueras alguien en mi vida. Tú y yo solo hemos follado, ¿te queda claro?

— Sí, claro, es lo único que sabes hacer.

Joderrrrrrrrrrrrrr.

Le señalé con el dedo en su pecho.

— Y tú eres un...

Cogió mi mano al vuelo y me empujó hacia él. Las palabras se me quedaron en la garganta. Él aprovechó mi indecisión para cogerme por la cintura con su otra mano. Parecía que queríamos bailar una de esas canciones lentas.

— Daniela...

Mi nombre se perdió en su boca mientras buscaba lamía. Nos besamos pero sin rabia ni desespero, sino todo lo contrario, con una tranquilidad pasmosa. Como si nuestros cuerpos se conocieran mejor que nosotros mismos. Saboreé su lengua experta y pensé que podría quedarme horas besándolo de aquella forma tan...especial. Nos separamos del mismo modo, despacio, mirándonos a los ojos. Sentí un latigazo en mi interior, como si tuviera hambre por no comer durante días, hambre de Bruno. Y me separé de él, con brusquedad. Sonrió victorioso y se marchó. Entré en el baño aturdida aún por la sensación y me refresqué. No me gustaba un pelo estar bajo el influjo de Bruno. Pero cuanto más me alejaba de él, más cerca me sentía. Más pensaba en él y más ganas tenía de catarlo de nuevo. Lo sabía, sabía que no debería haberme acostado con él. En fin, a lo hecho pecho.

Damián me llamó a última hora y decidí tirarme a la piscina. A ver si de un polvazo me quitaba a Brunito de la cabeza. Tomamos una copa en su piso después de una cena bien servida por él, nos metimos en su cama, desnudándonos mutuamente y gimiendo de placer...pero un placer, como decirlo, un placer al que le faltaba algo. A ver, para que nos entendamos: te pruebas un vestido de *Gucci*, te sienta como un guante porque está creado a conciencia, y ya no hay vestido que valga. Puedes recorrerte todas las calles de Madrid, que el vestido tiene que ser ese.

Afortunadamente, Damián no notó nada, todo estaba en mi cabeza y no tuve que dar explicación alguna. Me fui como siempre, con prisas pero esta vez preocupada ya por el asunto. Lo había hecho con Bruno solo tres veces pero todas de muy distinta forma y, en cada una de ellas, había llegado a saborear el sexo servido en un plato de alta cocina. Bruno había cambiado algo en mí. Debía reconocerlo pero ¿qué hacer?

El martes no fue mucho mejor que el lunes, la verdad. Comencé con la réplica a Bruno en la revista *on line* pero no estaba inspirada, así que me dediqué a otro artículo, a ver si se me pasaba la tontería. Me interrumpió Enrique, para preguntarme si yo tenía el documento sobre la *Fashion Week*. Otro que no sabía lo que era el correo interno. Y no, eso es cosa de Carla, la que siempre lleva mallas. Me miró sin disimulo y le pregunté si quería algo más.

— Pues sí, pero te lo pregunto a la salida —dijo chuleando.

Uy, mira que gracioso. Le sonreí y no le di pie a más. Se fue silbando y Bruno lo miró. ¿Celoso? Le solté devolviéndole la jugada. Puede, dijo mirándome. Joder con Bruno, no le importaba mostrarse vulnerable y eso me desmontaba todos los esquemas. Pues no tienes porqué, le respondí muy segura, sabiendo que Enrique no tenía nada qué hacer conmigo. Aquel tío olía a relación seria, larga y aburrida.

— Me alegras el día —dijo con su habitual ironía.

— Me alegra alegrarte el día —le repliqué.

— Pero me lo alegran más tus piernas —miró con descaró y me reí—. Joder, Daniela, ¿por qué no te ríes así siempre?

Fui callando mi risa para observar cómo me miraba.

— Perdona, pero yo me río mucho y en muchas ocasiones. Lo que pasa es que contigo tengo que estar a la defensiva. Además me atacas, me atacas a la que puedes porque no quise dormir contigo.

Me miró pensativo.

— Porque no entiendo tu postura, no entiendo que no pudiera abrazarte, o que no lo quisieras. No

entiendo esas manías. Y como dices que no has tenido relaciones no encuentro el porqué de ese rechazo. Y un porque no, no me vale, a estas edades no me vale.

— Lo dijiste tú mismo, porque no me apetece pringarme más.

— Lo jodido es que no sabes ni lo que te pierdes.

— ¿El qué? ¿Unos meses de perder el culo por ti, después pelearnos y acabar como el rosario de la Aurora?

— A ver, Daniela, ni es tan simple ni tan malo. ¿Es que no ves parejas que disfrutan estando juntas, planeando su futuro, compartiendo intimidad?

— Sí, claro, a Sofía misma. Fíjate, seis años y ahora el otro que la persigue como el acosador de *Mientras duermes*.

— ¿Están separados tus padres?

— No.

— ¿Ves?

— Mis padres son...mis padres y son de otra época. Es distinto.

— ¿Son infelices?

— No.

— Pues ya está. Si quisieran no estarían juntos, y lo están, como los míos y como muchas otras parejas. Huyes de las complicaciones y yo a eso lo llamo ser cobarde.

No sabía si mandarlo a paseo, ignorarlo o darle la razón. Y opté por la última.

— Muy bien, soy una cobarde. ¿Y ahora qué?

— Pues tú misma —dijo sin más, como si no le importara—. Cuando salgas con mi hermana, el viernes, no le metas ideas de esas en la cabeza.

— No te preocupes, no voy dando sermones como tú —le solté.

— Y que no beba alcohol porque toma medicamento —ignoró al completo mi comentario y se puso los cascos para seguir trabajando.

Miré su perfil, tan...uffff...tan jodidamente guapo el mamón este. Y me obligué a fijar la vista en mi ordenador para escribir mi réplica.

“¿Tangas? ¿Falda corta? Pero si sois incapaces de ver a un palmo que llevamos un peinado nuevo porque estáis demasiado concentrados en ver el partido de futbol que “no puedo perderme por nada del mundo”. Una se pasea con ropa de *Intimissimi* por delante de un chico y gana la camiseta de rayas blancas y verdes. ¿Cómo se entiende eso?” @danielatuespacio.

A mediodía, en la cafetería hubo un gran debate sobre mi escrito y Bruno y yo los escuchábamos con mucha atención.

— Es verdad, si hay futbol olvídate de los tíos.

— Hombre, hay partidos y partidos.

— Da igual lo que te pongas, no te ven. Es verdad Daniela.

— Joder, será que no hay horas durante el día que tiene que ser cuando hacen futbol.

— Tantas horas no hay listillo.

— Eso, eso, y si encima pierde su equipo ya ni te digo. Ya puedes apañarte sola.

Un corrillo de risas y siguieron con la charla. Me gustó que creáramos polémica y Bruno me miró, alzando las cejas.

Una vez arriba, supe que ahora escribiría él pero antes hizo su comentario:

— Dudo que alguien prefiera un partido de futbol a ti.

“Hay tiempo para todo: para el partido y para esa ropa interior, así que ¿por qué no hacemos una cosa detrás de otra? Porque si nos ponemos así, podemos aparecer en medio de una sesión de charla de chicas y pasearnos con un bóxer *Calvin Klein* marcando paquetillo. Por cierto, ¿de qué habláis tanto? Si ayer mismo ya lo hicisteis...” @brunotuespacio.

Me reí al leerlo. Ambos habíamos bajado el nivel de tensión lo que acababa convirtiendo el escrito en algo divertido. Estábamos usando nuestro ingenio de otra manera y me gustó ese pique con él, un pique nada dañino. Lógicamente nuestros comentarios eran constantemente bombardeados y Jaime estaba que se salía de contento. Nos llamó al despacho y nos felicitó, cosa que agradecemos.

Con Andrea de farra

Martín no había hecho más comentarios ni preguntas sobre Bruno, como si no existiera, y yo tampoco hablaba de él. Además sus acercamientos hacia mí habían terminado e incluso diría que estaba esquivo conmigo. Sofía me dijo que no había notado nada raro pero yo lo conocía y sabía qué no estaba igual que siempre. La tarde del jueves, aprovechando que coincidimos en el piso, intenté hablar con él pero negó que estuviera distinto.

— No has salido estos fines de semana, ¿y eso? —le pregunté mientras lo ayudaba a preparar unas albóndigas para la cena.

— No las pringues tanto de harina —la cocina no era mi fuerte—. No he tenido ganas, ¿pasa algo?

— No, claro que no. Pero me extraña en ti. ¿Las pongo en ese plato?

Afirmó con la cabeza y no dijo más.

— Y me extraña también que estés de celibato...

— Eso tú no lo sabes —me dijo sonriendo—. Pásame la sal.

— También es verdad, pero como eres más de noches.

— Tú tampoco has traído a ningún ligue... —me miró a los ojos.

— ¿Estaremos haciéndonos mayores? —le pregunté sonriéndole y puso los ojos en blanco.

— Pásame el otro aceite, el de especias —yo era la pinche, estaba claro, y él llevaba las manos pringadas—. El que está en el armario de arriba.

Martín, muy sibarita él, tenía varios tipos de aceite. Me puse de puntillas para llegar al aceite y cuando me giré vi a Martín que me miraba el culo. Yo llevaba una camiseta larga de tirantes y debajo sujetador y braguitas. En esa posición la camiseta había subido más de la cuenta y Martín había gozado de unas buenas vistas.

— El aceite —le recordé divertida.

— Ehm, sí —frunció el ceño y se giró hacia la paella donde iba friendo la carne. Y yo me acerqué por detrás para hacer el tonto con él—. ¡Daniela!

Lo cogí por la cintura.

— ¡Martín! Que me estabas mirando las braguitas. Te he pillado, cerdo.

— Sal de ahí —me exigió más serio.

Me moví como una culebra, haciendo broma, pero Martín se giró de golpe y me cogió de los brazos.

— Pa-ra —silabeó enfadado.

Lo miré sorprendida por su reacción y entonces suavizó el gesto.

— Joder —murmuró.

Y pasó de estar cabreado a violarme los labios con un beso desesperado. Lo recibí con gusto primero, pero preocupada después por no saber bien qué ocurría con él. No quise dejarme llevar por el placer y me separé de él.

— ¿Qué pasa?

— Me cago en la puta, joder Daniela, joder. ¿Pero qué coño haces? ¿Te crees que soy de piedra? Te paseas por aquí con esa camiseta, te veo el culo y me bailas encima. ¿Qué quieres? Que no estoy muerto, que tengo ojos y te siento, coño.

Se fue de allí cabreado, dejando la comida en el fuego. Lo retiré todo y fui a su habitación.

— Martín, lo siento. Solo bromeaba —él estaba sentado en su cama, con las manos en la frente, sin mirarme.

— Vale, ya está —me miró serio—. Intento hacer las cosas bien contigo y parece que me buscas Daniela.

— ¿A qué te refieres?

— Que no quiero que follemos día sí y día no, porque al final la cagaremos y tú vienes bailando bachata en mi culo, a eso me refiero.

Resoplé y me senté a su lado.

— ¿Y por eso estás raro conmigo?

— Sí, no quiero que estropeemos lo nuestro.

— Pues así va peor, ¿o no lo ves? Estás lejos Martín y no me gusta.

Nos dimos un abrazo cargado de cariño.

— Nena, es que me has puesto cachondo y me cabrea.

Me reí por su sinceridad.

— Encima se ríe la muy cabrona.

— A ver si sales y la aireas un poco —le dije entre risas.

— Qué mala eres.

Y entonces empezamos a hacernos cosquillas mutuamente hasta que Sofía nos llamó desde la entrada. Salimos acalorados, rojos y despeinados, por supuesto.

— Ya os vale, yo no me como eso ni loca.

Martín y yo nos reímos a carcajada limpia.

— Que risa ¿no? A saber dónde habéis puesto las manos.

— Joder Sofía, que estábamos hablando —intentó decirle Martín riendo.

— Y haciéndonos cosquillas, loca —añadí y ella nos miró poco convencida.

— Voy a pedir comida tailandesa —afirmó mientras se iba a su cubículo y Martín y yo nos reímos de nuevo.

Al final cenamos los tres, charlando y riendo por nada, hasta que Julen mandó otro de sus mensajes a Sofía:

“Tenemos que hablar, no dejes de pensar en ti, quiero que me des otra oportunidad, por favor”

Mi mejor amiga empezaba a estar harta de sus mensajes pero Julen no se daba por enterado. De momento no había habido ningún acercamiento más pero los mensajes eran continuos. Santi estaba muy mosqueado y así me lo había hecho saber una de aquellas mañanas. Yo estaba de acuerdo con él; aquellos mensajes debían terminar, pero Sofía prefería dejarlo pasar y esperar a que Julen se olvidara de ella.

Pero Julen no iba a olvidarla tan fácilmente.

El viernes por la noche había quedado con Andrea, en un pequeño restaurante de mi barrio, el *Guetaria*. Bruno la trajo en coche y esperó hasta que yo llegué.

— Buenas noches señorita Sánchez —me miró de arriba abajo y sonreí.

Él vestía unos vaqueros oscuros ajustados y una camiseta blanca que dejaba entrever ese cuerpazo.

— Buenas noches, Abreu —nos dimos dos besos y olí su perfume—. ¿De pesca? —le pregunté con ironía.

Sabía que salía con Toni y algún amigo más.

— Mi objetivo lo tengo claro hace días —respondió con picardía.

— Qué ligón eres —le dijo Andrea riendo—. ¿Vamos?

En el restaurante Andrea y yo le dimos a la sin hueso sin parar apenas. Cuando no hablaba ella, lo hacía yo. Dos personas que no se conocen siempre tienen cosas que contarse. Y entre ellas, todo lo que le ocurrió con su ex marido. No le pregunté, sino que fue ella la que quiso contármelo y la escuché en silencio, sin juzgarla ni compadecerme.

Se casó ilusionada, después de tres años de relación, donde ella ya había vislumbrado algún deje violento pero jamás había habido violencia, ni psicológica ni física. Lo más; alguna que otra palabra fea como “puta” o “zorra”. Y una vez que le levantó la mano pero sin pegarle, pero iba borracho, así que no contaba, según ella.

En cuanto se casaron las cosas entre ellos cambiaron de forma gradual pero rápida. El principal problema era la casa: él no quería colaborar en ninguna tarea y ella se lo comía todo. Discutieron muchas veces por eso pero no hubo manera alguna de que su ex, Héctor, cambiara de opinión. Y ella tragó. Y ese fue el principio de su pérdida de voz en aquella relación de dos. Héctor pasó a ser un dictador en todos los ámbitos: en la casa, en el sexo, en sus amistades, en sus rutinas y en sus hobbies. Acabó sola. Tal cual me lo dijo. Sola. Dejó de hacer deporte, de ir a natación, de hacer el café con sus amigas, ya no hablémos de salir con ellas. El único vínculo que mantenía eran sus padres, a los cuales jamás les contó nada por no preocuparlos. ¿Y Bruno? Bruno estaba en Roma hacía un año y volvió a España cuando se enteró que ocurría con Héctor. Hice cuentas... ¿Y estuviste casada cuatro años? Exacto. Aguantó cuatro años aquella

vida tortuosa. Lo peor fue el último año. Lo echaron del trabajo por negligencia y empezó a estar muchas horas en casa, sin centrarse en buscar un nuevo empleo. Cuando ella llegaba de la oficina, él la pagaba con ella. Primero fueron insultos, más tarde un ataque psicológico en toda regla y al final vinieron las palizas.

Una tarde, él se desahogó a base de puñetazos mientras ella estaba hecha un ovillo en la esquina de su habitación y después la violó repetidamente entre restos de sangre seca.

Fue la última vez.

Andrea se fue de casa, sin nada, medio desvestida, sangrando y llena de golpes. En el hospital la acogieron rápidamente, el equipo de médicos, enfermeras y psicólogos la atendió de urgencia.

Bruno llegó a las horas y al verla decidió no regresar a Roma. Toda la familia se volcó con ella y a partir de ahí, denuncias, divorcio y miedos, muchos. Miedo a salir a la calle, miedo a verlo, miedo a que estuviera esperándola para violarla de nuevo. Las pesadillas la persiguieron durante muchas noches también y Bruno decidió irse a vivir con ella. Lógicamente empezó a ir a terapia y mejoró notablemente hasta que a los dos meses se dio cuenta de que estaba embarazada.

Lloró, lloró por todo lo que no había llorado hasta entonces. Pero no podía tenerlo, no de un monstruo como aquel. Así que abortó, pero lo llevó mal, muy mal. Estaba haciendo algo que iba en contra de sus principios, estaba matando a un pequeño suyo y le dolió en el alma. Aquello la hizo entrar en un túnel negro, oscuro y vacío. Se pasaba los días en silencio y las noches llorando. No había consuelo, no iba a terapia, no quería saber nada de nadie, ni siquiera de Bruno. Al final, él, la obligó a ir al psiquiatra y allí le diagnosticaron una profunda depresión. Medicamentos, terapia, tiempo y reposo, mucho reposo.

Afortunadamente, ya estaba mejor. Había sido duro pero lo había logrado, aunque a veces sentía cierto vértigo ante la vida. En ese momento, ya había vuelto a trabajar de contable en las oficinas de una empresa textil que se portó muy bien. Los últimos meses habían sido complicados pero ella era fuerte y tenaz, y lo iba a lograr.

Brindamos con agua y le dije que estaba segura que sí, que lo conseguiría. La admiré, esa es la verdad. No sentí pena ni lástima, sino admiración por esa mujer, que salía de un mal trago. Se había cruzado con un hijo de puta y se había enamorado de él, y el amor es ciego. Había intentado sostener aquello en lo que había creído, había intentado pensar que él cambiaría pero había llegado un punto en que todo la había superado. Ahora entendía que debía aprender a decir no, cosa que ocurre a muchas personas, por no decir no, agachas la cabeza o miras hacia otro lado y tragas y tragas hasta que aquello te ahoga. Y entonces un día explota todo.

“¿Cuántas veces juzgamos situaciones que desconocemos? ¿Y cuántas decimos ese “yo no lo haría”? La experiencia nos enseña a ser más tolerantes y flexibles, a entender que la vida te lleva por derroteros, a veces, inexplicables. Perdonar una infidelidad, compartir tu pareja con otra, ser maltratada por tu ser querido, seguir con esa venda en los ojos a pesar de todo, tener un hijo sin pareja o simplemente, no querer seguir las reglas del juego. Yo no haría, yo no permitiría,... Tod@s diríamos lo mismo pero hasta que no vives aquella situación no puedes decir Nada porque no es algo que hayas experimentado en tus carnes. Así que, si tu amiga te explica ese tipo de problemas, no la juzgues, escúchala y sigue a su lado. Es lo que realmente necesita.” @danielatuespacio.

Y aquella era la dura historia de una mujer valiente. Más valiente que yo, pensé.

Cuando terminamos, nos fuimos al pub *Denver* y entonces Andrea me preguntó por mi vida. Le hice un breve resumen y me sorprendió gratamente porque no se centró en mi vida privada sino en mi vida laboral. Cuando le comenté mi nueva pasión por la fotografía me dijo que podía ofrecerme un pequeño trabajo, de poca monta, pero no me importó. Le dije un sí sin pensarlo.

— Estamos montando una pequeña fiesta para mis padres, porque cumplen los dos sesenta años este mes de junio. Sí, mi madre nació el quince y él el dieciséis —sonreí por la curiosidad—. Y yo estoy buscando un fotógrafo de confianza...

La miré pensando en lo que me pedía. ¿Una fiesta de los padres de Bruno? Bueno, no era ir a conocer a los suegros, pensé.

— Cuenta conmigo —le dije mientras brindábamos las dos con un cóctel sin alcohol.

En nada el local comenzó a llenarse de gente y Andrea y yo nos pusimos a bailar. Más de un chico se nos acercó, probando a ver si tenía suerte, pero ninguna de las dos estábamos por la labor. ¡Noche de chicas!, nos decíamos mientras los despachábamos. Pero la noche de chicas terminó con varios chicos más. Cuando los vi entrando por la puerta supe que nos buscaban y cuando vi cómo sonreía Andrea a Toni y viceversa, supe que se gustaban.

Venían con Fede, el guaperas, y Rafa, el de los ojos verdes que miraba con esa intensidad. Nos saludamos y Rafa me olió el pelo. Le sonreí y él me miró con interés.

— Es que le he hablado de ti —me aclaró Bruno.

— No te creas nada de lo que te diga —le dije a Rafa y me sonrió con timidez.

— Bruno habla bien de ti —me dijo Rafa e hice cara de sorprendida.

— ¿En serio? —él afirmó con la cabeza.

— Le gustas —añadió y Bruno le dio un codazo.

— A ver si ahora se te va a ir la lengua, Rafa —le advirtió medio en broma y nos reímos los tres mientras Fede y Toni charlaban animados con Andrea—. ¿Qué tal la cena? —me preguntó cambiando de tema.

— Muy bien, tu hermana es muy maja, no como tú. La verdad es que no hemos parado de charlar y me ha explicado lo de Héctor. Menudo cabrón...

Me miró más serio.

— Ya —la miró a ella con cariño y me sonrió—. Está mucho mejor. Yo creo que en un par de meses le retirarán la medicación.

— Sí, me lo ha comentado. Yo la veo muy bien después de lo que ha vivido. Vamos, que es una tía fuerte.

— Sí, supongo que sí. Oye, ¿y tú hermana? Debe estar a punto de parir.

— Sí, le quedan un par de semanas y ya tenemos a otro enano en la familia. Lucía está nerviosa perdida.

— Avísame y le compraré una bolsa de caramelos.

— ¿Para Lucía o para su tía? —le pregunté coqueta.

Bruno me sonrió y pasó un dedo por mi barbilla, acariciándome. Se acercó a mi oído.

— A la tía le regalaría otra cosa, más...suculenta, placentera y pecaminosa.

Nos miramos fijamente y comenzó a sonar *Stressed out* de Twenty one pilots, con Tyler Joseph cantando con ese ritmo tan sensual y esa voz tan peculiar. Bruno puso su mano en mi cintura y yo comencé a bailar sin poderlo evitar. Me encantaba esa canción. Nos sonreímos y Bruno se mordió el labio inferior. Irresistible. Se acercó a mi oído, creí que iba a besarme y comenzó a recitarme, sin cantar, la letra de la canción, en un inglés perfecto: “but it would remind us of when nothing really mattered...” Joder con Bruno. Era una caja de sorpresas. Me dejé acariciar por su voz mientras yo seguía el ritmo de la música. Me miró y vi su boca perfecta, cerca de la mía pero Bruno no se acercó más y vi que dirigía su mirada hacia el otro lado de la barra.

Y allí estaba mi mejor amigo, mirándonos y charlando con la camarera. Le saludé con la mano e hizo un gesto con la cabeza.

— Enana, ¿qué pasa? —me dio dos besos cogiendo mi cintura cuando se acercó.

— Aquí bailando un poco, ¿Y tú? Ven, que te presento a Andrea, la hermana de Bruno.

Presentaciones, besos y Bruno y Martín sin saludarse apenas. Estaba claro que aquellos dos no se caían bien. Le presenté los amigos de Bruno y fue más agradable pero no lo vi cómodo.

— ¿Con quién has venido? —le pregunté.

— Con Carlos y Jan, están por ahí intentando ligar a unas inglesas.

— Pues te las llevarás de calle con tu inglés —le dije bromeando.

— En eso estamos —dijo sonriendo—. Cuidado con el nuevo que no te quita ojo.

— Sé cuidarme, no te preocupes.

— Pues a mí no me gusta que nos vigile, como si fueras de su propiedad —soltó con desprecio.

— No exageres Martín —le inquirí quitándole hierro al asunto.

— ¿Puedo joderlo un poquito? —me guiñó un ojo.

— Martín... —le avisé viendo que volvía a cogerme por la cintura.

— Por fastidiarme aquel polvo —dijo como si se tratara de un brindis y acercó su boca a mi cuello en un abrazo apretado.

Nada sexual, si no te fijabas que me estaba besando el cuello. Y Bruno se fijó, en primera fila que estaba, como para no verlo.

— Vamos Martín, no seas así... —lo aparté de mí y puso cara de “yo no he sido”.

Se fue tan feliz y el marrón me lo dejó a mí porque a Bruno le había cambiado el humor al completo. Me ignoró totalmente antes de que se marcharan de allí a los diez minutos. En fin...

Andrea y yo continuamos con nuestras ganas de bailar y más tarde, casi siguiendo a Martín y su tropa,

nos fuimos al *Huerto*. Estaba hasta los topes pero Andrea quiso entrar igualmente. Se lo estaba pasando bien y yo también, era bailonga como yo y sin querer busqué a Bruno. No sabía a dónde habían ido pero me acordé de las fotos que hice con él aquella noche y miré a ver si lo veía por allí. Demasiada gente.

En aquel pub, Andrea me interrogó sobre Toni y le dije que si quería cambiar de fotógrafo para la fiesta no me importaba. Bromeamos sobre el tema pero insistió en que fuera yo quien tomara las fotos. Logramos un hueco en la pista y bailamos todo lo que iba poniendo el *disjey*. Al cabo de media hora los vi pasar, a los cuatro en fila, hacia la barra. Bruno iba cerrando el grupo, serio y guapo. No le dije nada a Andrea porque me apetecía observarlo de lejos. Y fui echándole miraditas. Pidieron las bebidas, charlaron, rieron mientras miraban a la gente bailar. En una de esas cruzamos la mirada y nos miramos fijamente, yo sin dejar de bailar y él bebiendo de la botella de cerveza. Se lamió los labios, creo que queriendo, y yo me mordí los míos. Era un querer y no poder porque empezaba a notar un deseo por él que se me escurría por los dedos, escapando de mi control. Joder. Casi podía decir que me dolía en mi entrepierna. Y sonó *Faded* de nuevo, aquella canción que cada vez que escuchaba me llevaba a mi primer beso con Bruno, como una quinceañera que recuerda aquellas notitas que le entrega su compañero de clase por debajo de la mesa. Con emoción, con ilusión y con ganas de más.

Nuestra mirada se cortó cuando un grupo de tres chicas se acercó a Bruno y a los demás. Y él convirtió su gesto en una enorme sonrisa seductora, o eso imaginé yo. Podría haberme girado y pasar de él pero mi parte voyeur insistió en observar.

Las chicas se presentaron con descaro, jóvenes, modernas y risueñas. Hubo una que se pegó a Bruno, alta y con una melena como la mía, y que lo acaparó, teniendo claro cuál era su objetivo. Sabía bien qué quería porque yo también solía atacar cuando alguien me interesaba. Coqueteo, miraditas y murmullos cerca del oído aleteando las pestañas con sensualidad. Risas y secretitos, y Bruno encantado de la vida. ¿Me molestó? Por supuesto, me molestó bastante porque me vi atada de manos. Es decir, Bruno no era un tío cualquiera al que podía ir a repescar después de aquella intromisión. Así que tuve aguantarme, morderme la lengua y entender que Bruno podía irse a la cama con quien quisiera, como yo.

A todo eso se sumó Martín, quien en tan solo una hora había ingerido más alcohol que el que su cuerpo podía aguantar, con lo cual llevaba un buen pedal. Se sostenía en pie, sí, y aún era capaz de articular palabras con sentido, pero esos ojos rasgados le delataban.

— ¡Daniela! —me abrazó como si no me hubiera visto en días.

Tras él venían sus amigos y las inglesas. Riendo, hablando y bailando.

— Has bebido un poco, ¿eh? —le dije sonriendo.

Yo no había bebido absolutamente nada aunque Andrea había insistido que no le importaba. Martín me mostró su gin-tonic y dio un sorbo.

— ¿Quieres?

— No, gracias. Pero para el carro que te veo vomitando esta noche.

Martín me miró con esa sonrisa de macarra.

— Esta noche voy a llevarme a dos de esas a la cama.

— Pues a ver si no vas a dar la talla —me reí y Martín me cogió del culo y me acercó a él.

Noté su bulto.

— Nena, cuando quieras te demuestro que a mí el alcohol no me afecta —su tono de chulo me hizo reír.

— Muy bien nene, ahora suelta mi pompis.

Pasó su mano acariciándome y metió la mano por debajo de mi falda.

— Martín —le avisé y él me miró provocándome: a ver hasta dónde me dejas...

Sentí su mano subir y casi tocar el borde de mi tanga. Me separé de él y me miró sonriendo.

— Creo que estás mojada —dijo a trompicones.

— Y tú borracho —le dije mientras una de aquellas chicas lo cogía de un brazo y llamaba su atención.

Él no dejó de mirarme y le di la espalda. Le dije al oído a Andrea que iba un segundo al baño, hacía rato que quería ir pero había tanta gente que me había aguantado las ganas. Me costó llegar y tuve que hacer cinco largos minutos de cola. Nada más salir y dar un par de pasos, me encontré de cara con Bruno. Vaya. No nos dijimos nada y él me obligó a dar ese par de pasos hacia atrás, llevándome hacia un lateral, y apoyándome en la pared. Tapó toda mi visión con su cuerpo.

— ¿Montando numeritos en medio de la pista con tu amigo? —me acusó al oído.

— ¿Es que la morena no se deja? —le respondí con otra pregunta.

Me miró con esa intensidad tan característica y lo deseé como no había deseado a otro hombre. Madre mía.

— Tengo que irme, tu hermana está sola —le dije en un momento de cordura.

Bruno resopló y me dejó pasar, aunque cuando lo hice me abrazó por la cintura, de espaldas, y me susurró al oído.

— Si tú quisieras, te haría tuya cada día de tu vida.

Tragué saliva y me fui hacia el centro de la pista. Si yo quisiera... claro, sabía qué quería decir Bruno. Él no estaba dispuesto a follar simplemente y yo no estaba dispuesta a colarme por él. ¿No era chantaje aquello? Me ponía la miel en la boca para recordarme que él quería algo más, no solo sexo.

Encontré a Andrea encantada de la vida, charlando con Toni. Fede y Rafa estaban con aquellas chicas tan simpáticas y durante unos segundos no me situé hasta que vi a Martín encarándose con un chico. Joder. ¿Qué coño hacía? Martín no solía montar pollos, pero quizás había bebido más de la cuenta.

Fui directa hacia él, sin pensar que podía acabar recibiendo yo.

— Métete las manitas por el culo, subnormal —le decía aquel tipo a Martín.

— Lo que te voy a meter es una hostia, gilipollas —y me puse en medio, intentando que Martín me mirara a mí.

— ¡Martín! ¡Ey! —y me miró.

— Vete Daniela, que aquí hay mucho idiota suelto...

El otro tipo lo oyó pero no me vio y el empujón me lo llevé de lleno. Me giré rabiosa e iba a decirle

cuatro cosas, cuando Bruno fue el que se puso delante de mí.

— Ya podrás con una tía —le acusó él.

— Joder, no he visto a esa chica, lo siento —dijo por encima del hombro de Bruno.

— Payaso —le dijo Martín y le obligué a callar.

— Y ahora mismo te vas a la cama —le ordené como si fuera un crío.

— Y una mierda —me contestó.

— Será mejor que hagas caso a Daniela —le exigió Bruno girándose hacia nosotros.

El resto del personal dejó de prestarnos atención y la gente continuó bailando y charlando.

— Yo hago lo que me sale de la polla, chaval —respondió un Martín demasiado bebido.

— Martín, venga, cogemos un taxi y a la cama. Estás demasiado bebido y lo único que vas a hacer es acabar peleándote con alguien.

— Yo os llevo —dijo Bruno resolutivo y lo miré agradecida.

— No me subo con este tío ni atado, que no, que paso. Vete con él y que te cunda.

— Joder Martín, no seas cabezota...

Y apareció Jan de la nada.

— Martín, vamos.

— ¿A dónde vais?

— A mi piso, vamos Martín, que Sally te espera fuera.

Martín me miró enfadado. Joder, encima.

— Voy a follarme a las dos a la vez —balbuceó señalándome con el dedo.

— Muy bien, que te aproveche —le dije sin entender su amenaza.

— Bruno —se acercó mucho a él, demasiado—. Si algún día la veo llorar por ti, voy a dejarte seco.

Me quedé alucinada. Pero bueno...

— Espero que veas todo lo contrario —replicó Bruno.

— Lo dudo —gruñó Martín.

Bruno no quiso seguirle el juego. Lo vi irse con sus amigos y pensé que mañana tendría una larga charla con él.

— Sigue siendo muy sociable —recalcó Bruno.

Puse los ojos en blanco porque no tenía ninguna necesidad de oír sus sermones y me fui hacia donde estaban los demás. En la barra, charlando y riendo. Intenté concentrarme en aquella conversación sobre música pero mi cabeza estaba con Martín. Bruno se quitó de encima a su ligue y vino hacia mí.

— ¿Preocupada?

— Un poco. Aunque no te lo creas Martín no suele actuar de ese modo. No sé qué mosca le ha picado.

— Ya, quizás tiene algo que ver con nosotros.

Su desparpajo era algo que me atraía; lo que otro se hubiera callado, él lo decía sin problemas. Lo miré esperando su teoría.

— En el bar, nos miraba cuando te hablaba al oído y no ha dejado de hacerlo hasta que lo has saludado...

— No entiendo nada, si ayer mismo hablamos del tema y...

¿Quería explicárselo a Bruno?

— ¿Y qué?

— Él mismo dijo que quería hacer las cosas bien y no quería...

— ¿Qué?

— Acostarse conmigo.

— ¿Es que se lo pediste? —preguntó.

— ¡Qué dices! —exclamé indignada y Bruno rio—. Que gracioso —vi que me estaba tomando el pelo y me reí con él.

A partir de ahí, se relajaron los ánimos. Fede y Rafa charlaban animados con un par de chicas y Bruno y yo con Toni y Andrea. A las cuatro de la mañana se encendieron las luces del local y la gente silbó. Hora de irse.

Toni aprovechó la coyuntura y se ofreció para acompañar a Andrea. ¿Pero no vivía con Bruno? Sí, claro, pero durante aquel paseo podrían charlar, coquetear y conocerse un poco más.

— ¿Has hablado con Toni de tu hermana? —le pregunté mientras se iban.

— No, es mayorcita, y creo que se apaña muy bien. El otro día hablé con su psicóloga, fuimos los dos juntos y me mandó deberes.

— ¿Ah sí?

— Sí; que me vaya buscando piso.

Nos reímos los dos aunque el mensaje de la profesional estaba claro: Andrea debía rehacer su vida y Bruno debía apartarse a un lado sino ella acabaría dependiendo de él.

— Estoy en ello, no te creas, soy muy obediente. Mañana por la tarde he quedado con un amigo para que me enseñe un piso de su tía, en tu barrio por cierto.

— Vaya, ¿dónde exactamente?

— En León. Dice que es un dúplex con terracita y que hay piscina en el patio del bloque.

— ¡Vaya nivelazo!

Hablando, hablando, llegamos a su coche y subí en él como si fuera lo más normal. Bruno buscó un Cd y puso Twenty one pilots. Me comentó que era uno de sus grupos preferidos y que se sabía casi todas las canciones. Sonreí al recordar sus palabras en mi oído de aquella forma tan sexi. Lo miré mientras conducía y sentí un cosquilleo en todo mi cuerpo; eran las ganas de abrazarlo, de besarlo y de muchas cosas más.

Si tú quisieras y yo pudiera...

Aparcó cerca del portal de mi piso y paró el coche, dejando aquella música rock invadiendo su interior. Antes de que pudiera decir algo, Bruno invadió mi espacio vital y me besó con sus manos en mi cara, acercándose más a él. Empezamos con aquellos besos lentos, mordiendo con suavidad los labios y buscando nuestras lenguas. El ambiente se fue caldeando y su mano recorrió mi muslo hasta terminar justo en el principio de mi faldita. Se quedó ahí, sin mover un dedo. Me atreví a tocarle y pasé mi mano con suavidad por su cremallera, incrementando más aún su erección. Soltó un suave gruñido y me colocó encima de él con una habilidad increíble. Los cristales se empañaron pero cualquiera nos podía ver si observaba con atención. Nos dio igual cuando empezó a sonar otra vez aquella sensual melodía de *Stressed out*; Bruno cogió mi cintura y yo inicié un baile sensual encima de su sexo.

— Nena, para...

— ¿Por qué? —le pregunté melosa, sabiendo que aquellas caricias lo estaban poniendo a mil.

— Porque lograrás que me corra aquí mismo —su tono grave y sus palabras me dejaron sin aliento.

— Joder Bruno,...

— Daniela...

Seguí rozándome con él mientras me acariciaba por debajo de mi camiseta.

— Quiero sentirte dentro, que me beses, me comas...

— Daniela, llevo días pensando en esto...demasiados...

Uffff. Y yo.

— Pero aquí no, nena...

Tenía razón, joder, estábamos en medio de mi calle.

— ¿Subimos? —Lo dijimos a la vez y nos reímos.

En el ascensor Bruno me acorraló besándome el cuello con sus manos en mi trasero.

— Daniela, este culo debe ser pecado capital.

Seguía besándome y yo reía y gemía a la vez. Estaba extasiada, drogada de placer y de deseo.

Entramos en el piso, y con sigilo nos fuimos a mi habitación. Nos miramos como si aquella intimidad nos superara y Bruno se acercó a mi cuerpo.

— Daniela...si tú quisieras...y yo pudiera...

Me reí.

— ¿Así que te hago gracia eh? —me quitó la camiseta y miró mi sujetador de copa—. ¿Es necesario que siempre vayas así de...sexi, nena?

— Nunca se sabe —le respondí aguantando la risa.

— Vamos a concentrarnos... —pasó su dedo por mi pelo y me estremecí—. Así, mejor...mi pequeña Daniela que no quiere caer en las garras del lobo...

— ¿Y ese lobo eres tú? —le desabroché la cremallera del pantalón y se los bajé un poco observando su paquete—. Siempre vas tan ajustado que no la dejas respirar.

Esta vez fue Bruno quien soltó una buena carcajada.

— Sí, te he pillado alguna vez muy preocupada, mirándola.

— Mucho, tanto que he pensado en hacerle el boca a boca.

Me coloqué de rodillas y mi falda subió hasta la cintura. Bruno ahogó un gemido sabiendo lo que iba a hacer. Se la saqué y la miré detenidamente: fuerte, tersa y erecta. Directa a mis labios que la acariciaron con sumo cuidado. Empecé a lamer, chupar y mordisquear con deseo, porque realmente era algo con lo que había incluso soñado. Así que le dediqué toda mi atención mientras oía los gruñidos de Bruno.

— Joder Daniela...o paras o no respondo...

— No... —le dije mientras aceleraba el ritmo.

— Nena...

Lo miré mientras se la comía y aquello pudo con él.

— Daniela...Daniela...

Soltó su líquido en mi boca y seguí mis movimientos, un poco más suaves, mientras le oía gemir y blasfemar con mi nombre de por medio.

— La puta... —terminó diciendo.

Sus ojos brillantes me persiguieron al levantarme. Pasé mi lengua por mis labios, saboreando su semen salado. Me quitó la falda y me quedé en ropa interior. Él hizo lo mismo y se quedó con el bóxer. Tenía un cuerpo de infarto y lo recorrí con la vista.

— Ahora ya sabes cómo la chupo —le dije sonriendo.

— Mejor que en mis fantasías —sonrió y con su dedo empezó a acariciar mi cuello para ir bajando hacia mis pechos.

— ¿Has fantaseado conmigo?

Volvió a reír y me gustó ver que podíamos mezclar sexo y risas.

— ¿Tú que crees? Te he visto ahí arrodillada en varias ocasiones.

— Interesante...

Su dedo iba despacio y sentía el hormigueo que provocaba en mi piel.

— En otras, te he visto sentada encima de mí, a cuatro de espaldas,... —su voz sensual me indicaba que se estaba imaginando la situación.

— Veo que te lo has pasado bien ¿no?

— Te he usado, un poco —su dedo se paró en el principio de mi tanga—. ¿Tú no?

— Alguna que otra vez —respondí en un tono chulesco.

— ¿Y quieres que cumpla alguna de esas fantasías? —Su dedo se introdujo despacio entre mis labios y cogí aire—. Daniela, me encanta que me mojes los dedos... Dime, ¿qué deseas?

Ufff, ese tonillo de dominante me volvía loca.

— Quiero sentirte dentro, fuerte y duro. Quiero follarte. Cabalgar encima de ti y que te corras una y otra vez.

Sus ojos delataban el deseo que sentía y me gustó ver que podía perder el control con mis palabras.

— Daniela...veamos qué podemos hacer con esto...—introdujo uno de sus dedos y seguidamente el otro y comenzó a masturbarme—. Veamos cómo gimes...

Me pegó a su cuerpo y sus labios quedaron en mi cuello. Comencé a gemir entrecortadamente al sentir cómo ralentizaba el ritmo.

— No pares... —le rogué.

— Joder Daniela, no hables en ese tono que puedo correrme viendo cómo me suplicas...

Uffffff. Era un cabrón de armas tomar. Un escalofrío recorrió mi columna y sentí flojear las piernas. Cogí su trasero para empujarlo hacia la cama, con la intención de tumbarme en ella y continuar sintiendo sus dedos, pero Bruno no se dejó llevar. Me giró, de espaldas a él.

— Las manos en la cama Daniela —ordenó y mando—. Ábrete de piernas.

Y lo acaté todo, bueno... en el sexo no me importa acatar órdenes de ese tipo.

Bruno pasó sus manos por mi trasero, cogió el tanga y tiró de él, de manera que me lo clavó en mi sexo. Lo comenzó a mover, con cuidado y de un lado a otro, masturbando mi clítoris con la tela. Cerré los ojos y gemí de placer. Con la otra mano, sacó su pene y lo rozó por la entrada de mi sexo. Me moría por tenerlo dentro, joder.

— Fóllame —le exigí con el tanga empapado.

— Tranquila Daniela, vas a pedírmelo casi llorando...

— No, Bruno...

— Sí, nena, vas a querer que te folle cada día de tu vida, a cada minuto vas a pensar en mi polla en la entrada de tus labios hinchados. Joder Daniela, si pudieras verte como te veo yo...

De repente entró uno de sus dedos y lo sacó con la misma rapidez, dejándome con ganas de más. Apreté instintivamente mis piernas, sintiendo la necesidad de su polla.

— No, no, nena, abre...

Qué tortura...Abrí esperando que entrara de una vez.

— Me faltan manos ¿sabes? —cogió de nuevo su sexo y lo rozó por mi culo mientras sus dedos buscaban mi clítoris—. ¿Tienes algún juguetito por aquí?

— En el cajón... arriba —le dije casi sin poder hablar.

Bruno abrió el cajón de arriba de mi mesita y sacó mi masturbador negro. Lo vi pasar de refilón.

— Así que Daniela se masturba con esto...Vamos a ver si le gusta...

Oí el leve ruido del masturbador y Bruno lo introdujo en mi sexo, mientras con la otra mano acariciaba en círculo mí clítoris. Su pene estaba apostado, duro y erecto, en la entrada de mi trasero. Sin moverse pero con la sensación de que podía entrar por ahí de un momento a otro. Era excitante. Morboso.

Comencé a gemir fuerte. Sentir placer por ambas partes sumado al calor de su pene, me llevó al clímax, en pocos segundos.

— Dámelo Daniela...córrete en mis dedos...mójame...así nena...

— Bruno, Bruno,...

Su nombre se perdía en mis labios y grité que me iba. Bruno sintió mi orgasmo y a la segunda o tercera corriente introdujo su pene en mi trasero provocando un grito más. Sentí una quemazón pero se mezcló agradablemente con mi orgasmo. Él entró y salió de allí tres o cuatro veces y cuando notó que mi orgasmo se iba difuminando, salió y me giró de cara a él para besarme y llevarse con él mis últimos gemidos.

— Dios nena, me vuelves loco con esos gemidos...

Nos tumbamos en la cama, besándonos, desesperados, como si acabáramos de comenzar y nos abrazamos, acercándonos, de lado y enredando nuestras piernas. Cogimos aire para respirar y nos miramos sonriendo. Me gustaba esa complicidad tan íntima, como si nos conociéramos a la perfección.

— Daniela, me gustas —me dijo sellando mis labios—. Y no sólo por el sexo, por lo buena que estás y por esas piernas de infarto que tienes.

Me reí y me sentí súper cómoda, cuando lo normal hubiera sido que aquellos comentarios me agobiaran.

— Bruno, me gustas —le besé del mismo modo y sonrió—. Y no sólo por tu pene, por tu pelo revuelto y por esos abdominales de infarto que tienes.

Nos besamos de nuevo y seguimos acariciándonos con más tranquilidad. Bruno sacó por arte de magia un preservativo y se lo puso. Me coloqué sentada, encima de él. Desabrochó mi sujetador y nos quitamos el resto de la ropa interior. Cogí su sexo, mirándolo directamente y con una sonrisa traviesa. Bruno sonreía de medio lado, esperando que tomara la iniciativa.

— Manos debajo de la cabeza y relájate —le dije con voz de mando.

Se mordió el labio inferior y obedeció al segundo. Parecía que iba a tomar el sol en la playa. Joder que bueno estaba.

Masturbé su piel arriba y abajo, con lentitud, mirándonos con deseo. Levanté mis caderas y la situé en mi entrada. Yo palpitaba de deseo pero esperé a que me lo pidiera él. Se la acaricié de ese modo, hacia

adelante y hacia atrás, a un lado, mojiéndosela con mi humedad, mi calor.

— Nena...por favor...me estás torturando...

— ¿Ah sí?

— Sí... —La metí de golpe dentro de mí, sin previo aviso—. ¡Dios!

— ¿Mejor? —me mantuve quieta esperando que hablara.

— Daniela, me matas...

— ¿Eso es un sí?

Y cuando vi que iba a responder, moví mis caderas, dejándolo con la boca abierta, sin poder articular palabra.

— ¿Bruno? —le pregunté parando—. ¿Todo bien?

Me sonrió.

— Perfecto —respondió suspirando.

— Cógete fuerte...porque vienen curvas —le dije en un tono de zorra total y él se mordió el labio.

Comencé a hacer pequeños círculos con lentitud, sabiendo que gradualmente su placer iría incrementando hasta llegar al punto que querría tomar las riendas y darme más fuerte. Mis caderas empezaron a moverse con más rapidez hasta que Bruno las tomó con sus manos y movió su pene arriba y abajo. Seguí cabalgando y él moviéndose, y nuestros gemidos fueron también a la par.

— Daniela...

— Bruno...Bruno...

Íbamos repitiendo nuestros nombres mientras nuestro placer iba llegando a su punto culminante. Una de sus manos fue a mi clítoris y con dos leves roces maestros me corrí gimiendo fuerte, gritando su nombre y marcando mis dedos en sus pantorrillas. Bruno continuó dando fuerte y rápido y pude observar su cara de placer. Me miró con los ojos vidriosos, frunció levemente el ceño y apretó sus labios antes de soltar un gruñido de satisfacción y seguidamente mi nombre.

Eché mi cabeza hacia atrás y resoplé pensando que Bruno me iba a volver loca. Joder, no era solo que me gustaba follar con él, era todo. Me encantaba cómo era, cómo hablaba, como me tocaba, como me hacía sentir única para él. Y encima me dejaba ver cómo se corría con mi nombre en sus labios. ¿Quién no hubiera enloquecido?

Y enloquecí tanto que hice mi primera concesión consciente, porque inconscientemente ya había realizado unas cuantas...

Me tumbé y Bruno se fue al baño. Lo observé con una sonrisa. No tenía desperdicio, cuando andaba se le marcaban varios músculos. Cerré los ojos y saboreé el olor de sexo que inundaba mi habitación.

— ¿Sueñas despierta? —Bruno se tumbó a mi lado y lo abracé sintiendo su piel desnuda.

— Lo parece —olí su pecho y su cuello mientras él me rodeaba con sus brazos y nos cubría con la sábana.

Estaba claro, se quedaba en mí cama, y yo, por primera vez en mi vida, tuve la necesidad de dormir entre los brazos de alguien, concretamente en los de Bruno.

Cuando desperté, él me abrazaba por la cintura y me gustó sentirlo detrás de mí, durmiendo, respirando con tranquilidad. Nuestros pies se tocaban y moví los dedos para despertarlo.

Justo en ese momento unos leves golpes sonaron en la puerta.

— ¿Daniela? —era Martín.

— ¿Qué hora es? —me extrañó que llamara.

— Las dos del mediodía...

— Estoy durmiendo —le dije bromeando y pensando que era ya tarde.

— Debes necesitarlo después de la maratón de esta madrugada.

Me reí y Bruno me abrazó besándome el cuello.

— Buenos días nena...

— En la cocina te espero, quiero hablar contigo —dijo Martín.

— Buenos días bella durmiente —le dije a Bruno en un susurro—. Ahora voy —le respondí a Martín.

Me giré hacia Bruno y pasé mi mano amasando su pelo revuelto.

— Estás sexi de buena mañana —le dije con una gran sonrisa.

Me sentí bien, feliz, llena, satisfecha. Ni me había planteado que era extraño que Bruno se despertara en mi cama.

— Tú estás preciosa —retiró el pelo de mi cara y me besó en los labios.

Nos miramos fijamente y nos sonreímos de nuevo. Como dos niños que comparten un secreto especial, y nadie más puede saberlo.

— ¿Qué tal has dormido? —preguntó con curiosidad.

— Aunque no te lo creas, he dormido como los ángeles. Te has portado bien —nos reímos los dos.

— Conmigo se duerme muy bien nena, te lo digo yo que lo hago cada día.

— Eres el primero...

— ¿Te he desvirgado? Joder, que presión.

Nos reímos a carcajada limpia.

— Pero he dado la talla, que es lo que cuenta.

— Eso sí, y me ha gustado despertarme y sentirte.

— Y a mí despertarme y olerte; es algo a lo que me podría enganchar.

— ¿Solo a eso? —le pregunté con picardía.

— Si tú quisieras...

Nos reímos otra vez recordando su frase.

Y como una pareja más, nos duchamos por turnos. Primero yo y después Bruno, quien ya había quitado las sábanas de mi cama. Sonreí y puse sábanas limpias aunque las fundas de las almohadas no las quise cambiar; olían a nosotros dos. Sonreí otra vez al recordar cuando Bruno me pilló oliendo su almohada en el hotel de Barcelona.

Muchas sonrisitas en pocas horas...

Sonó el timbre del piso y viendo que nadie abría, salí yo, con mi camiseta de tirantes, unos pantalones cortos y descalza.

— Soy Julen, ábreme. He quedado con Sofía.

No sabía nada de esa cita pero no veía a mi amiga desde ayer por la tarde. Había quedado con Santi y algunos de sus amigos para salir a cenar.

— No sé si está —le dije abriendo la puerta.

— Me dijo que viniera a esta hora —miró mis piernas desnudas.

— Pues pasa y espérate que lo miro.

— ¿Es que no sabes si está o no?

— Acabo de levantarme —le informé yendo hacia la habitación de mi amiga—. ¿Sofía? —llamé a su puerta pero nada— ¿Sofía?

Giré el pomo y la habitación se abrió. No había nadie.

— Pues aquí no está —le dije alzando los hombros.

— Odio perder el tiempo —dijo yendo hacia la puerta mientras llamaba con el móvil—. ¡Mierda! Lo tiene apagado —me miró con cierto desprecio, como si yo tuviera la culpa—. Dile que he venido y que gracias por nada.

— Muy bien Julen —mi tono aburrido lo encabritó.

— Sois todas unas zorras —dijo mientras se iba.

— Lo que tú digas —cerré la puerta y al girar me encontré de cara con Martín—. ¡Qué susto!

— ¿Era Julen? —afirmé con la cabeza yendo hacia la cocina—. ¿Qué quería?

— Dar por saco, como siempre. Dice que había quedado con Sofía, vete a saber —cogí un vaso de agua y lo llené hasta el borde; estaba seca.

Bruno también debía estarlo. Cogí otro vaso y lo llené.

— ¿Te los bebes de dos en dos? —preguntó Martín riendo mientras iba mirando dentro de la nevera, supongo que para preparar algo para comer.

— Supongo que ese vaso es para mí —dijo Bruno sonriendo.

Martín se giró sin dar crédito. Hasta esa mañana no había tenido que cruzarse con ninguno de mis ligues. Y justamente era Bruno. Él bebió sin más y me dio las gracias. Saludó a Martín, con unos escuetos buenos días y Martín hizo lo mismo. Sin mirarse a la cara y como si no se conocieran. Acompañé a Bruno hacia la salida.

— Bueno, nena, ha estado bien —dijo apoyando su cadera en el umbral de la puerta.

Pasé mi dedo por su pecho.

— Sí, nene, te has ganado un beso.

Se acercó a mi boca y nos besamos despacio, sintiendo la suavidad de nuestros labios. Me miró fijamente. Volvió a besarme de esa forma y suspiré por dentro.

— Me ha gustado ser el primero —retiró un mechón de mi pelo y me estremecí—. Y me gusta esta Daniela.

— ¿Esta? —sonreí por lo que decía.

— Sí, relajada, feliz y sonriente, que no se esconde, que se muestra y que le echa huevos. Ya me entiendes.

— Será que estoy dejando de ser una niña —le dije con retintín pero bromeando.

— ¿Entonces vas a llamarme? —preguntó con otro beso.

Joder. Los dos teníamos nuestras conversaciones en nuestras cabezas, como si las hubiéramos repetido varias veces en nuestro interior. “Cuando crezcas, llámame...”

— Posiblemente —le dije coqueta en sus labios.

Vamos, que si por mí fuera, en ese momento me lo llevaba de nuevo a mi habitación. Y no solo a darle manteca, sino a reír, charlar y jugar con él.

Bruno se marchó y cerré la puerta como una quinceañera. Pensando en él y en sus besos. Me toqué los labios y sonreí satisfecha.

En la cocina ya sabía que iba a encontrarme a Martín mosqueado. Estaba preparando unos macarrones y lo miré apoyada en la mesa pequeña que usábamos para desayunar. Callado y en silencio, no decía esta boca es mía.

— ¿Querías hablarme? —inicié la conversación viendo que él no lo haría.

— Ya no me acuerdo de qué —dijo seco.

— ¿De anoche quizás? ¿Te follaste a las dos inglesas?

Me miró un momento y volvió a lo que hacía. Estaba enfadado, no solo mosqueado. Supuse que no le había gustado encontrarse a Bruno en su cocina.

— ¿Te ayudo? —le pregunté situándome a su lado y cogiendo una cebolla y un cuchillo.

— No cortes los trozos a tu estilo —indicó meticuloso.

— Venga, dime, ¿cómo terminaste anoche?

— Le dije a Jan que me trajera a casa, bebí demasiado.

— Sí, eso lo vi. Te peleaste con un tío ¿recuerdas?

— ¡Bah! Me empujó y me tocó los huevos.

— Muy rápido te enfadas tú últimamente —le dije con sinceridad.

Volvió a mirarme con el ceño fruncido.

— Se ve que las personas cambian o las hacen cambiar, no lo sé —dijo con una notable ironía.

Estaba claro que lo decía por Bruno.

— Si hablas de mí, soy la misma.

— Sí, hablo de ti, la Daniela que no quiere colgarse de los tíos ni dormir con ellos. ¡Ah no! Que ahora sí duerme con alguno.

— ¿Te molesta eso Martín? —le pregunté sin tapujos.

— Te oí gemir alguna que otra vez y a él también. Pero ni pensé que sería ese tío ni que me lo iba a encontrar a las dos del mediodía. Me molesta él. No me gusta. No me cae bien. Ya lo sabes.

— ¿Y puedo saber por qué?

Le pasé la cebolla y Martín siguió cocinando sin responder. ¿Estaba pensando la respuesta?

— ¿Martín?

— Porque...te va a cambiar, como si lo viera. Y te digo qué va a pasar conmigo Daniela, no hace falta ser muy listo, va a alejarte de mí.

— ¿Pero qué dices? Estás haciendo unas suposiciones muy raras. Ni me va a cambiar ni vamos a dejar de ser lo que somos, lo hemos hablado mil veces ya Martín. Joder.

Me fui al otro lado de la cocina, picada por su insistente manía en que iba a dejarlo tirado por un tío. Era mi amigo leches, mi mejor amigo, ¿qué no entendía?

Martín suspiró y se limpió las manos con un trapo de cocina. Se giró hacia mí.

— Nena, ¿sabe Bruno que tú y yo...?

— Sí. Lo sabe.

Miró hacia el techo como si aquello le pesara. ¿Qué coño estaba pasando por su cabeza?

— ¿Y crees que no le importará más adelante, si se diera el caso de que tú y él salierais juntos?

— No voy a salir con nadie —dije sin pensar.

— Si se diera el caso de que tú y él follarais a menudo —dijo cambiando el verbo.

— A ver Martín, estás planteando cosas que ni siquiera han pasado, ni siquiera las hemos pensado ni dicho.

— Plantéatelo.

— ¿Es que eres adivino ahora y no lo sé?

— Te he oído reír Daniela, te conozco como si te hubiera parido. ¿Le importaría?

— Se lo preguntas a él, chico, yo paso de seguir hablando de estas tonterías. No sé por qué hablamos de él y de lo que pensaría. Yo quiero saber qué temes perder, por qué ese rechazo hacia alguien que ni conoces, ¿qué pasa por esa cabeza Martín?

Me dio la espalda para seguir con los macarrones y esperé a que terminara.

— Daniela, no quiero perderte —dijo girándose—. No quiero dejar de ser tu amigo, tu colega y tu confidente. Te quiero nena —vino hacia mí y nos abrazamos.

— Joder Martín, deja ese miedo ya, ¿sí? Vives nuestra amistad acojonado y no me gusta nada. No me disfrutas ni yo a ti y no dejamos de hablar de lo mismo. Se acabó, quiero verte reír, hablar por los codos, bailar, pasártelo bien y sobre todo, cocinar para mí.

Nos reímos los dos.

— Te quiero enano —le dije apretándolo contra mí.

Martín me cogió en volandas y me dio un par de vueltas.

— ¡Suéltame!

Seguimos con las risas y más tarde comimos esos deliciosos macarrones. Hubo siesta, por supuesto. Aquella sesión de sexo con Bruno me había dejado agotada y me faltaban horas de descanso. Un mensaje en mi móvil me terminó de despertar hacia las seis de la tarde. Era Bruno; me mandaba una foto de una terracita con un par de hamacas, una sombrilla, una mesa de teca y un suelo oscuro. Seguidamente me llegó otra foto: las vistas de una piscina desde arriba. Sonreí pensando que estaba viendo el piso de su amigo para alquilarlo.

“Te veo nena, con un bikini muy pequeño, negro, dentro de esa piscina”

Reí por lo bajo y le respondí con rapidez.

“Te veo nene, apartando mi bikini y mmmm debajo el agua”

No quise ser soez y no puse follando, que era lo que realmente pensaba.

“Calle León, número 17, piso quinto”

Me reí fuerte y Martín me miró con gesto interrogante.

— Nada —le aclaré.

“Espérame sentado”

“Ha valido la pena esperar”

La familia es la familia...

Aquella noche de sábado, Sofía llegó al piso feliz y sonriente. Había pasado la noche con Santi y había logrado por fin hablar con él del tema que tanto le preocupaba. Había llegado a un punto en que Santi había notado que le ocurría algo cuando estaban juntos en la intimidad. Él no se rio, simplemente le quitó importancia y eliminó de esa manera aquellas inseguridades de mi amiga.

Le recordé que había olvidado a Julen y ella negó haber quedado con él. O sea, que inventó la excusa para poder hablar con ella. Sofía resopló hastiada por el tema y yo le dije que no se preocupara, que ya se le pasaría. Pero en el fondo no lo tenía tan claro.

“¿Qué hacer cuando alguien no entiende que ya no le amas? Que los sentimientos son otros, que no vale la pena seguir con aquella relación. ¿Cómo afrontar esa situación? Con valentía y sin mirar atrás chicas porque por mucho que se haga cuesta arriba, al final valdrá la pena ser consecuente con lo que sientes. No te dejes llevar por la rutina ni te dejes convencer por sus palabras. Lo sabes dentro de ti, y lo sabes de hace mucho. No le quieres, no quieres estar con él y ya has dado el paso, no vuelvas atrás y verás que el esfuerzo merece la pena. A vivir, que son pocos días.” @danielatuespacio.

Analiqué puntillosamente mi conversación con Julen y pensé que el tío o no estaba muy fino de la cabeza o era un actor de mucho cuidado. ¿No me había dicho convencidísimo que había quedado a esa hora con ella? ¿Y que le diera las gracias por nada? Yo alucinaba. ¿Tendría algún tipo de trastorno? Joder. Con lo soso que se había mostrado siempre. Era un tipo gris, ese era su color. Parecía que ni respiraba y ahora venía con esta insistencia. Quizás era bipolar y Sofía no lo sabía. Pero eso era imposible. En fin, paciencia que decía mi madre.

Hablando de familia, el domingo tocaba ir a casa de mis padres porque hacía días que no me veían el pelo. Le dije a Martín que viniera, y como en mi casa era uno más, se apuntó. También estaba Rouse con su enorme barrigón y Miguel, mi cuñado. Y como no, mi pequeña Lucía. Comimos juntos, charlando y riendo. El postre lo había hecho Martín; un brazo relleno de mousse y todos elogiamos su arte, sobre todo mi madre.

— Daniela, deberías cazar a este chico —mi madre siempre bromeaba sobre lo mismo, aunque sabía de sobras qué tipo de relación manteníamos.

Bueno, todo no, de sexo no hablas con tu madre.

— Marian, cualquier día te viene con novio —le dijo Martín guiñándole el ojo.

— Eso no te lo crees ni tú —le repliqué masticando.

— Nela, el de las piruletas, ese, ese.

Joder con la enana, para tener cuatro años estaba en todo.

— ¿Qué piruletas? —preguntó mi madre curiosa.

— Eso, cuenta, cuenta —pinchó Martín.

— Unas de corazón —respondió Lucía orgullosa de que la tuvieran en cuenta en la conversación.

— Shhhh —le dije a la pequeña riendo y ella hizo el mismo gesto— Secreto...

— El nuevo del curro, mamá, que quiere ligarse a Sofía —miré a Rouse, quien se reía por la bajini.

— Bruno —recalcó Martín a mi madre.

— ¿Chico nuevo en la oficina? —me preguntó a mí.

— Más o menos como el del anuncio —dijo Rouse riendo.

— ¡Bah! Seguro que es corto —soltó mi cuñado.

— Me parece que no —le contradijo mi hermana—. Parece un tío inteligente, ¿no, Daniela?

Todos me miraban.

— Creo que sois una panda de marujas —les dije riendo.

— Ha escrito un libro mamá.

— ¿Sobre qué? —Mí padre intervino por primera vez porque era un gran lector, como yo.

— Un thriller —respondió mi hermana.

— ¿Es ese que me comentaste ayer? —Miguel la miró con interés—. Pues tiene buena pinta.

— Es muy bueno —les informé yo.

— ¿El libro o él Daniela? —preguntó Rouse riendo.

Le di un codazo y todo se echaron a reír, yo incluida.

— Menuda familia tengo...

Más tarde, mi madre y mi hermana intentaron indagar sobre Bruno pero no solté prenda. Ni yo misma sabía lo mucho que me gustaba y no quería ponerle etiquetas a algo que no las necesitaba. De momento, así estaba bien y yo me seguía sintiendo en mi zona de confort. No podía negar que Bruno me atraía en muchos sentidos pero de ahí a querer formalizar aquello había un mundo. Él tampoco parecía tener prisa, así que dejarme llevar era la mejor opción.

A la vuelta, Martín bajó en Sol porque había quedado con unos amigos del trabajo y yo seguí hasta Antón Martín. De camino al piso, pasé por delante del *Jamaica Coffe* y tuve que mirar dos veces al ver que alguien me saludaba desde dentro: Bruno...

Al entrar, observé que estaba con su portátil, un bloc de notas y el bolígrafo en la mano.

— ¿Trabajando? —le pregunté a modo de saludo.

— Acabo de empezar...

La camarera puso sobre la mesa un café con leche y espuma.

— ¿Quieres un café? —me preguntó aprovechando que la chica estaba ahí.

— Un cortado, por favor —le pedí sentándome frente a Bruno—. No quiero molestar —le dije señalando su ordenador.

— Tranquila, estoy con el libro.

— ¿En serio? ¿Y cómo lo llevas?

Me podían las ganas de saber cosas sobre su nuevo libro.

— Estoy hilando el final, que, para mí, es lo que más cuesta.

— ¿Puedo acribillarte a preguntas? —alzó una ceja sonriendo—. Ya, ya sé que me lo dijiste que me moriría por preguntarte...

— Soy todo tuyo, adelante —me indicó cogiendo el azucarillo.

— A ver, ¿cómo empiezas la historia?

— Pues...no me siento un día delante del ordenador y me digo: ¡ahora! Es más bien algo que se va formando en mi cabeza. Un día surge un personaje, otro día otro, y en pocos días tengo a los protagonistas en mi mente: cómo son, como hablan, cómo visten...

Lo miraba embobada, lo sé.

— Y pienso en la línea general del libro, es decir, qué quiero contar, aunque a veces los personajes hacen lo que les da la gana.

— ¿Van por libre?

— A veces sí. Yo tengo algo en mente pero una conversación me lleva a otra y acaba ocurriendo algo que ni me había planteado.

— Vaya...

— Escribir es algo mágico. Das vida a unas personas, moldeas sus vidas y las pones donde quieres y cuando quieres.

— Es fascinante —le dije entendiendo que Bruno debía sentirse como un Dios griego moviendo fichas aquí y allá—. ¿Y la trama? ¿Y esa tensión de no poder descubrir quién es el asesino? Me pareció increíble.

— Gracias —sonrió—. Son horas de darle vueltas, sobre todo por la noche. Intento buscar la manera de sorprender, de no dar pistas demasiado claras, de enmascarar al asesino y despistar al lector.

— ¿Es complicado?

— Algunas veces más que otras pero acaba saliendo.

— ¿Siempre has escrito?

La camarera me dejó el cortado enfrente y Bruno aprovechó para dar un sorbo a su café.

— Siempre no, empecé en Italia. Comenzar allí de cero, conocer a Federico y tener mucho tiempo libre me llevó a pensar en escribir.

— ¿Moccia te animó?

— Sí, bastante. Ya sabes que él empezó auto publicando sus novelas.

— Sí, lo sé. No me gusta lo que escribe pero he leído algo de él.

— No es tu estilo —sonrió divertido.

— Para nada —puse los ojos en blanco.

— ¿Tienes ya bastante para tu artículo sobre mí?

Nos reímos los dos, porque no le había dado respiro con tanta pregunta.

— La última, va. Cuando escribes sobre esas personas, sobre las situaciones que viven, supongo que hay parte de ti en ellas...

— En lo bueno y en lo malo, sí. Es inevitable no dejar huella en todos ellos y sobre lo que les ocurre la mayoría son situaciones inventadas pero alguna que otra son vivencias personales.

— ¿Cómo cuál?

Sonrió y dio otro sorbo.

— Cuando Sheila encuentra a su pareja con su mejor amiga en la cama, por ejemplo.

Lo miré desconcertada.

— Yo soy Sheila cuando se marcha de su casa, dando ese tremendo portazo, y empieza a andar sin rumbo, sin saber cómo llega a aquel parque de aquel barrio de mala fama.

Joder. Realmente Sheila te hace sentir en tu piel lo que vive en esos momentos con sus pensamientos. Porque era real. Porque era Bruno.

— ¿Sorprendida?

— Un poco, bueno, bastante. Lo cuentas con mucha tranquilidad... —tanteé el terreno porque no sabía hasta qué punto aquello podía doler a Bruno.

— Han pasado seis años, así que puedo hablar de aquello sin atragantarme. Eva y yo llevábamos juntos cuatro años, y el último compartimos piso. Yo trabajaba en el departamento de prensa de una multinacional junto a Álex y nos hicimos amigos. Una tarde los encontré juntos, follando en nuestra cama.

Lo miré apretando dientes. Joder que *heavy*.

— Es lo que tiene pringarse Daniela —dijo sonriendo al ver mi cara.

— ¿Por eso te fuiste?

— En parte, sí. No quise seguir currando con Álex. Un colega me presentó a Federico y una cosa llevó a la otra. Maletas y hacia Roma.

— Y volviste por tu hermana.

— Y me alegro de haber vuelto —Su sonrisa se ensanchó—. Tu barrio me gusta, ya me he instalado en el dúplex.

— ¿Ya? —Qué rapidez, por Dios.

— Sí, esta misma tarde he terminado de guardarlo todo, tampoco tengo tanto... ¿Quieres ir a verlo? Tiene unas vistas alucinantes de Madrid.

— ¿No tienes que escribir? —le pregunté sabiendo que lo había entretenido más de la cuenta.

— Tengo toda la noche por delante.

— ¿No duermes, vampiro?

— Cuando escribo, poco, ya recupero después. ¿Llevas el biquini ese en el bolso?

Me reí y él me miró sonriendo.

Salimos de allí como dos amigos que se han encontrado y les apetece pasar un rato más juntos. Subimos al quinto y me enseñó el dúplex. Realmente era una pasada. En la planta baja estaba la cocina y el salón abierto con unas escaleras blancas que daban al piso superior. Arriba, dos dormitorios, uno con dos camas y el otro con una de matrimonio, y un baño frente a la habitación más grande. Todo limpio, imaculado y ordenado, como me imaginaba que era Bruno. Volvimos al salón donde abrió un gran ventanal y salimos a una terracita; la de la foto. Sonreí. Miré hacia abajo y vi la piscina.

— Menudas vistas. Un lujo en medio de Madrid. Las ventas del libro van bien ¿eh?

Reímos.

— Por cierto, mi padre quiere que le firmes tu libro. Hoy hemos hablado de ti en casa y me ha mandado el encargo de que se lo compre y se lo firmes.

— No se lo compres, tengo alguno por aquí...

— No, no, ya me regalaste uno —nos miramos recordando aquel momento.

— Que sí, que le dices que es mi regalo por tener una hija tan especial.

Me reí por el piropo.

— Ahora pregunto yo: ¿y has hablado de mí, por...?

Puso cara de miedo y nos reímos.

— Ha venido Martín a comer, que en mi casa es como de la familia —le remarqué viendo su gesto—. Y Martín ha sacado el tema Bruno, así que todos, y cuando digo todos, incluyo a Lucía, han estado cotilleando sobre ti.

Me miró abriendo los ojos.

— ¿Tan raro es?

— Depende de qué tratara “el cotilleo”. ¿Quieres tomar algo? —Fue hacia la cocina y le seguí—. Yo necesito otro café, ¿tú?

— No, gracias. No hablamos de sexo, no te preocupes.

Soltó una carcajada y lo vi tan guapo...

— ¿Te apetece otra cosa? —negué con la cabeza—. Entonces hablasteis del libro...

— Sí, me acosaron a preguntas. Ya sabes.

— ¿Y con Martín bien? —preguntó mirándome directamente.

Le gustaba leer en los ojos de la gente, como a mí.

— Todo bien —le dije escueta— A ver...

Mi móvil, con la sinfonía que tenía asociada a mi hermana, sonó.

— Dime *sister*...

— Daniela, soy Alex...

— ¿Qué? —pregunté asustada.

— ¡Ya eres tía otra vez!

— ¿Sí?

— ¡Lucas te está esperando!

Madre mía, si solo hacia unas horas que había visto a mi hermana. Ella y Alex se habían ido a descansar después de comer y Lucía se había quedado jugando con Martín y conmigo en casa de mis padres. Lucas tenía prisa por llegar al mundo, se había adelantado unos diez días.

— ¿Y Rouse?

— Perfecta, ha ido todo genial. Están los dos como si nada. Por eso te llamo, ven cuando quieras.

Solté un gritito de alegría y Bruno me miró sonriendo.

— ¡Voy volando!

Mi hermana estaba en La Paz y Bruno se ofreció a llevarme. Me negué, como siempre, pero el chico es cabezón, así que nos fuimos los dos hacia allá. Tardamos unos veinte minutos y otros cinco en encontrar su habitación. Bruno a mi lado, hasta que llegamos a la puerta.

— Te espero —me dijo comedido.

Lo miré con una sonrisa despreocupada.

— Entra, que a Rouse le hará gracia verte.

En mi casa éramos así, nos daba igual uno que cincuenta a la hora de juntarnos.

Mi hermana estaba estupenda, nadie diría que acababa de parir. Mi cuñado iba de un lado a otro, ayudando a Rouse. Y de momento, no había nadie más en aquella blanca habitación, a excepción de una cabecita muy morena que contrastaba con las sábanas blancas de aquella mini cuna de plástico transparente.

— Lucas... qué bonito eres...

— Mira que ojos... —mi hermana lo miraba orgullosa.

— Enhorabuena Rosa —dijo Bruno de lejos.

— ¡Bruno! —Lo saludó ella sorprendida.

Se presentaron entre ellos mientras yo observaba a Lucas. Morenito. Arrugado. Precioso. Era increíble ver esos dedos con esas uñitas. Me maravillaba.

— Lucas, soy tu tía, la guay, la que te va a enseñar un montón de cosas, choca esos cinco —le dije rozando su dedo.

Parecía que me miraba pero sabía que todavía no veía con precisión.

— Sí, Bruno, tiene madera de madre —dijo bromeando mi hermana.

Bruno me observaba sonriendo.

— Ya veo —dijo acercándose a nosotros.

Nos miramos y Bruno saludó a Lucas como si fuera alguien de la familia. Lo miré absorta, pensando en el día de mañana... ¿Bruno y yo? ¿Y un bebé? Ay, ay, que me iba a dar algo. Afortunadamente mis padres y Lucía interrumpieron esa clase de pensamientos. Mi madre saludando con su habitual efusividad, mi padre con su permanente sonrisa y Lucía con un poco de miedo al no saber bien qué iba a encontrar.

Rouse me hizo un gesto y cogí el regalo que teníamos preparado hacia días para mi sobrina. Le habíamos dicho que Lucas le iba a traer un regalo a su hermanita, era algo que recomendaban los psicólogos para que el mayor no se sintiera fuera de lugar en ese momento.

— Mira Lucía, Lucas te ha traído esto...

Ella corrió hacia mí sonriendo y cogió el paquete, pero no lo abrió.

— Quiero verlo —me pidió.

La cogí en brazos y miró con cariño a su hermano. Se llevarían bien, seguro, pensé.

En pocos segundos hubo un cruce de conversaciones, mi padre, mi madre, mi cuñado,... y Bruno, observándonos con su media sonrisa.

— Mamá —la llamé— Él es...

— Bruno Abreu —me cortó acercándose a nosotros—. Daniela, lo he buscado en Google, no he podido aguantarme.

Me reí y Bruno la saludó divertido. Mi padre hizo lo propio pero diciéndole que no hiciera mucho caso de las mujeres de su familia, que creía que habíamos heredado de mi madre alguna especie de tara.

— Yo las llamo las “sin filtro”; aquello que les pasa por la cabeza, zas, te lo sueltan. Y la primera, Marian, mi mujer.

Nos reímos y Bruno me miró con aquel brillo en los ojos.

El corrillo alrededor de mi hermana y Lucas duró media hora larga. Bruno, a mi lado, charlaba con ellos como si los conociera de siempre. Y me gustó verlo así, relajado, tranquilo. Debía reconocer que Bruno era un hombre maduro, curtido y sereno.

Y debía reconocer que Bruno se estaba metiendo en mi vida de lleno.

Me dejó en el piso y nos despedimos con un simple beso en los labios, no sin antes decirme que tenía una familia genial y que le había impactado verme tan...madraza con los niños.

Subí al piso feliz por mi hermana y porque todo hubiera salido la mar de bien. Rápido, sin apenas dolor y ahí teníamos a un nuevo miembro. Era cierto que me gustaban los niños en general, no soy de esas que les echa para atrás un cambio de pañal cagado hasta arriba o unos mocos colgando después de un estornudo. Con Lucia había aprendido un millón de cosas y las había disfrutado todo lo que había podido. Con Lucas iba a hacer lo mismo, cuidando a mi pequeña, eso sí, no quería que tuviera celos.

¿Me veía de madre en un futuro? Probablemente, pero me quedaba tan lejos todavía que no me preocupaba el tema. Con pareja o sin pareja, tampoco me lo había planteado. Suponía que con pareja podía ser más satisfactorio pero había muchas mujeres que tenían hijos sin necesidad de tener a un hombre al lado.

Pero no es lo mismo, me dijo un día mi hermana. Para nada. Ella segura de su teoría. Si estás cansada, si estás de mal humor o incluso si estás enferma, si tienes a alguien a tu lado, sea hombre o mujer, el cuento cambia ¿Por qué? Porque es un apoyo moral, físico, no te lo comes todo tú. Ser madre es jodido, es duro, no es como lo pintan en muchas películas, Daniela. Noches sin dormir, días sin poder darte una ducha en condiciones, lloros, cólicos, rabietas, papillas por el suelo de la cocina y un millón de cosas más que me dijo sobre las tareas que comporta tener un bebé. Y si lo compartes, tanto lo bueno como lo malo, mucho mejor. Sí, vale, supongo que sí, que siempre es mejor compartir las cosas.

Fíjate, la primera palabra de Lucía fue papá, como en la mayoría de los niños. Pues mi hermana corrió por todo el pasillo a buscar a su marido: Áleeeeex, Lucíaaaaa que te llamaaaa. Risas, ilusión y un recuerdo que quedaría para siempre gravado en sus corazones. ¿Pero y si no encuentras a esa persona con la que compartir, Rouse? Entonces, adelante chica. Qué le vamos a hacer, no por eso no vas a poder gozar de tener un hijo, si es lo que deseas. Yo creo que son Súper Mamás, dijo Rouse riendo.

Al día siguiente, lunes, nada más pisar la cocina les solté la noticia de Lucas a Sofía y Martín. Se alegraron y me felicitaron. Les expliqué cómo había ido todo y me miraron asombrados cuando les comenté que Bruno había conocido a los míos. Joder qué rápido va esto ¿no? Si eso para la boda nos avisas. Comentario irónico de mi mejor amigo.

— Muy gracioso Martín, estás que te sales —le dije sentándome en la mesa con ellos.

— Esto, Daniela, es un poco raro... —no quería darle la razón a Martín pero se la daba.

— Pues a mí no me lo parece —le respondí tranquila.

— Tú porque no lo quieres ver — me acusó Martín.

— ¿Ver qué? —le pregunté más chula.

— Que ese tío te está llevando al huerto. Pasas más horas con él que con nadie —soltó con retintín.

— Hemos coincidido, nada más.

— ¿Y en su piso también?

— Bueno, Martín —intervino Sofía viendo nuestro pique—, tampoco es para ponerse así.

— Me jode que no lo reconozca —resopló Martín sin mirarme—. Ha presentado Bruno a sus padres y dice que no pasa nada.

Había sido casualidad y tampoco era para tanto. Eran mis padres, no los curas de nuestra boda.

— Mira Martín, no tragas a Bruno y punto, eso es lo único que pasa aquí. Si fuera una tía que he conocido y se da el caso que me lleva al hospital y le presento a mis padres, ¿también te tocaría tanto los huevos?

Me miró, ahora sí, cabreado.

— No sabe, no contesta. Pues ya está, ya sabemos qué es —dije cruzándome de brazos.

— Haz lo que te dé la gana Daniela, como siempre —gruñó moviendo la silla hacia atrás haciendo ruido.

— Voy a hacer lo que tú me digas —no sabía callarme...

Martín se acercó a un palmo de mí.

— Va chicos, dejad ya el tema —Sofía intentaba poner paz.

— Daniela, lo único que pasa aquí es que estoy cagado de miedo, y ¿sabes por qué? Porque creo que estás a punto de tirarte por un abismo y no llevas paracaídas.

Hostia en la cara, hostia de una dura realidad. Lo entendí a la primera, como si fuera la voz de mi conciencia. No me había enamorado nunca, no había catado ese sentimiento, no había perdido el culo por nadie, no había perdido el sentido, ni suspirado ni todas esas cosas que conlleva el amor. No tenía experiencia. Cero. Nada. Desnuda ante esa nueva vivencia. ¿Y qué me decía Martín? Que probablemente no sabría lidiar con según qué cosas, que dolerían, que marcarían mi corazón, que cambiarían a esa Daniela feliz, insolente, descarada, sin ataduras ni batallas que ganar.

Martín era casi como un hermano para mí, uno más de los míos y día a día me lo demostraba. Aunque sus palabras dolieran, aunque tuviera o no razón. Me quería, se preocupaba por mí, me mimaba y me cuidaba.

Ese día supe que no quería jamás tenerlo lejos de mí.

“La familia es la familia, decía Corleone en *El padrino* con su voz cascada. Y razón tenía. Chicas, ya sabemos que las madres se ponen cansinas, los padres pesados y l@s herman@s protectores, pero en el fondo sabemos que es porque nos quieren y nos adoran, tal cual somos. La familia es ese vínculo que nos recoge, nos abraza y nos cuida. Esa zona donde estás a gusto, donde estás cómoda, donde simplemente eres tú. Así pues, cuidado de los vuestros y dejáros cuidar, la familia siempre va a estar ahí, no lo olvidéis.” @danielatuespacio.

¿Lo llaman sexo y es amor?

Después de discutir con Martín, decirle que lo quería a mi lado y darnos uno de nuestros abrazos, Sofía y yo cogimos el metro para ir a currar, un lunes más. Por el camino ella comentó la jugada e insistió en que Martín estaba algo extraño. Intenté convencerla que lo que le ocurría era simplemente lo que había expresado con sus palabras: estaba asustado. ¿Solo eso? No quería darle más vueltas a lo mismo, Martín no estaba enamorado de mí, punto y final Sofía. ¿Y si lo está y ninguno de los dos lo ve? No respondí a esa absurda pregunta y llegué a *El Café* molesta.

— Los lunes no son lo tuyo —Bruno estaba sentado en la barra y leyendo el periódico—. Buenos días.
— Buenos días —le dije esperando a que Mario viniera.

Continuó con su lectura y me gustó ver su indiferencia. Nadie hubiera dicho que habíamos pasado juntos tantas horas aquel fin de semana ni que había estado en mi cama. Mi almohada todavía olía a él y sonreí.

— Parece que las nubes van despejando —me miró de reojo y sonrió.

— Oye Bruno —Carla al ataque—. Este mes quiero hablar sobre el estilo a la hora de vestir de escritores jóvenes y había pensado en ti.

“Había pensado en ti” repetí en mi cabeza con voz de ñoña.

— Ehm, vale...

— ¿Te va bien quedar esta tarde?

— ¿Esta tarde? Sí, no tengo nada...

— ¡Perfecto!

Mario me dio los cafés y me fui hacia Sofía dejando a Bruno con Carla. ¿Celos? No, celos no porque tampoco había ni relación ni razón. Pero me molestaba ver a Carla pavoneándose delante de él.

El lunes va mejorando por momentos, pensé.

Toni me saludó con una gran sonrisa y me senté a su lado.

— ¿Qué tal la noche? —le pregunté flojo.

— Esa chica es...especial. La acompañé a su casa, paseamos tranquilamente hasta allí y no dejamos de hablar ni un segundo. Me gustó, mucho.

— Sí, Andrea es muy maja. Yo me lo pasé pipa con ella y es verdad que tiene palique.

Bruno y yo cruzamos una mirada; Carla seguía con él.

— ¿Y tú qué tal?

— Bien —no quería explicarle nada a Toni—. ¿Vas a volver a verla?

— Sí, claro. Hemos quedado este viernes para ir a tomar algo. Me explicó alguna cosa de su vida...

Me miró intentando saber si yo sabía algo.

— Ya... —yo mutis por si acaso.

— Estuvo casada y creo que lo pasó mal.

Andrea le había dicho algo pero no lo jodido de su historia. Supongo que no eran cosas que una iba explicando así como así, aunque conmigo lo hubiera hecho.

— Pues ya sabes Toni, a darle alegrías —le solté intentando cambiar de tema.

No me gustaba mentir y prefería omitir.

— No sé si decirle algo a Bruno, que me gusta su hermana y eso.

— A ver Toni, Bruno no es su padre, pero tampoco creo que te diga nada, quiero decir que su hermana es mayorcita ya.

— Son mellizos, ¿lo sabías?

— Sí, ¿quién lo diría no?

— Sí, ella parece más joven.

Miré a Bruno de nuevo y vi que venía hacia la mesa.

— Cierto.

— Me comentó que irías a hacer unas fotos para la fiesta de sus padres.

— Sí, este sábado les preparan una fiesta sorpresa y Andrea me ofreció el trabajillo. ¿Quieres ir? Así las tomamos entre los dos.

Me miró sonriendo.

— No puedo, tengo que ayudar a un colega a montar una exposición.

— Siempre estás liado Toni, así ni novia ni nada —le dije bromeando y nos reímos.

Diana me miró con su típica mirada de “te ahogaría esa risa en un cubo de agua” y yo pasé. Qué poca vista tenía la chica. Era evidente que lo que me unía a Toni era una simple amistad. Aunque quizás sí que podía odiarme un poquito porque gracias a mí salida con Andrea, Toni se había cruzado con ella y me daba en la nariz que de allí podía surgir algo real. Mala suerte Diana.

— Daniela —miré a Carla, quien también estaba al tanto de mi charla con Toni—. Con tanta risita se te ha soltado el botón de la camisa.

Gilipollas. Lo decía para joderme y apoyar a su amiga Diana. La camisa la llevaba con los dos primeros botones desabrochados porque me daba la gana. Se insinuaba el comienzo de mi pecho y era sexi.

— Carla, si Diana tiene algo que decirme que lo haga ella. ¿O es que no tienes boca?

Miré a Diana directamente.

— No tanta como tú —replicó picada.

— Doy fe —dijo Bruno tranquilamente y esa parte de la mesa quedó en silencio.

Lo miré alucinada.

— Me refiero a que Daniela tiene mucha labia —nos miró a todos—. Por algo es la más leída de la revista, digo yo.

— No necesito defensores Bruno —le solté.

— No te estoy defendiendo —me miró diciendo mil cosas más con sus ojos negros.

— Ahora se los liga a pares —Diana se dirigió a Carla, supongo que para picarla con Bruno.

— ¿Un trío? No me extrañaría —murmuró Carla despectivamente.

Dios dame paciencia porque como me des fuerza...

— Quizás te iría bien probar Diana, tal vez así consigues descongestionar tu cabeza. El problema está en que no sé si encontraremos dos tíos que quieran metértela.

Diana me miró con los ojos abiertos.

— ¿Qué pasa Diana? ¿Que eres virgen? —La pinché.

— No hagas caso —le dijo Carla retirando la artillería pesada contra mí.

Bruno y yo nos miramos. Ambos fingimos que allí no había pasado nada y en el trabajo cada uno a lo suyo. Alguna miradita y poco más. Nuestro pique *on line* estaba teniendo un éxito rotundo y nuestros *tweets* iban a mil por hora.

“¿Groucho Marx tenía razón? Lo llaman amor cuando quieren decir sexo. Chicos, estamos en el siglo XXI y no acabamos de nacer. Os vemos venir. No hace falta que lo enmascaréis con el rollito del amor. Preferimos la sinceridad, ¿lo captáis?” @danielatuespacio.

Lo había escrito porque Bruno hizo referencia a que a las chicas nos gustan las florituras, las princesas y los príncipes. Y que necesitábamos el Amor. Supongo que estamos educados en un mundo donde hay necesidad de etiquetar, de clasificar y de organizarlo todo. Niñas de rosa, niños de azul. Muñecas para ellas y pistolas para ellos. Parecen estereotipos pero es lo que hay desde hace años y no parece que hayamos evolucionado mucho. De vez en cuando sale un anuncio de un tío limpiando con el *Fairy* pero vamos, que incluso tenemos que verlo como algo revolucionario, cuando debería estar ya normalizado.

“Groucho era un crack y lo captamos pero entonces... ¿por qué os enfadáis si no somos detallistas? Abrirte la puerta del coche, cogerte al vuelo si veo que te caes, ser delicado con tu piel o susurrarte al oído cosas bonitas... Chicos, quién las entienda que las compre.” @brunotuespacio.

Me reí por su última frase. Era viernes y el humor era otro.

Aquella semana habían ocurrido varias cosas.

Mi hermana ya estaba en casa con Lucas y mi sobrinita estaba encantada con la llegada de su hermano. Había ido a visitarlos casi cada tarde, y me encantó ver a Lucas y jugar con la enana. Mis padres también fueron un par de veces y en una de ellas le di a mi padre el libro de Bruno firmado y con dedicatoria: “Para Manuel y Marian, padres pacientes de una maravillosa Daniela”. Mi padre me miró sonriendo después de leerlo y yo me encogí de hombros.

A Martín, apenas lo vi. Entre el curro y que estaba enfrascado en unos cursos de seguridad, casi no coincidíamos. Notitas en la pizarra las que quieras: “Os he dejado el pescado en el horno, guardadme un trocito”.

A quien vi con mucha asiduidad fue a Santi. En su piso había habido una fuga de agua y estaban los fontaneros en plena faena, con lo cual aquellos días los pasó con nosotros, bueno, con Sofía. Parecía que su relación iba viento en popa y que la cosa iba cuajando bien. Las risitas, los coqueteos y las miraditas los delataban constantemente. Bromeando les dije que me iban a hacer vomitar purpurina con tanto amor y el viernes les prometí que les dejaba el nidito de amor para ellos dos solos.

Salí con Lorena por Chamartín, donde inauguraban un nuevo pub: *La Rueda*. El nombre venía porque los gogos del local, chicos y chicas, llevaban en la mano una bandeja pequeña llena de chupitos. La historia iba de que el gogo movía aquella bandeja que rodaba en su mano, no sé con qué tipo de mecanismo, y el chupito que te quedaba enfrente, debías bebértelo, sí o sí. Inventos del tebeo, le dije a Lorena, quien riendo no le importó probar, cuando uno de aquellos tíos buenos se le plantó delante.

El chico, guapo y semidesnudo, hizo voltear la bandeja y un chupito naranja fosforito fue el que le tocó a Lorena. Se lo ofreció y ella se lo bebió de un trago. El chico vino a por mí y le seguí el juego. Me cogió de la cintura.

— Si te toca el tubito azul, va otro de regalo.

— No me fastidies —le dije riendo.

Y el azul directo para mí, claro.

Cogió el tubito aquel, se lo colocó en la boca y me indicó que me acercara. Puso la punta de aquello en mis labios y oí a Lorena animarme. La madre que la parió, pensé. El chico fue retirando su lengua del tubo para que el líquido cayera, y lo hizo despacio y acercando su boca a la mía. Tanto que acabó dándome un beso. Me reí al retirarme pensando que era un listo y que tenía mucho arte para besar con el tubito ese en la boca. Me ofreció el chupito de castigo y le dije que no con la mano. Volvió a cogerme de la cintura.

— Me echarán del curro por tu culpa.

— Sí, seguro —le dije riendo.

— Si quieres te lo doy con el tubito —me miró alzando las cejas.

— No, déjalo —cogí el vasito y me lo tragué entero.

Una gotita resbaló por mi barbilla y antes de que pudiera limpiármela, ya estaban los labios de aquel chico allí. Qué apañado era...

— ¿Servicio de limpieza? —le pregunté riendo en el oído.

— Si tú quisieras, de limpieza y de mucho más.

Si tú quisieras... y yo pudiera... Ya tenía a Bruno de vuelta en mi cabeza.

— Anda, sigue con la ronda...

El muchacho se fue y Lorena y yo nos reímos un rato con la tontería. Y tanta tontería, que no sé qué

llevaban esos mini vasos pero subía a la cabeza como la espuma. Mal asunto.

Y mi amiga, que bebía como un camionero, pidió la segunda copa y el camarero que le hacía ojitos nos invitó a un chupito de tequila con sal y limón.

— No me jodas Lorena, que voy a coger un pedal...

— Va nena, que este tío me lo llevo hoy al corral.

O sea, en su lenguaje, que se lo llevaba a la cama.

Todo sea por las amigas, pensé, poniéndome la sal en la mano. Ellos dos tonteaban y yo intentaba pensar que aquello no me iba a subir, ¡si todo está en tu cabeza!

— ¡Salud!

Otro trago para adentro y ahí la cagué, porque el vodka que me estaba tomando tranquilamente se convirtió en agua fresca, y como bailé como una descosida con Lorena, pues bebí del vaso sin pensar que era alcohol. ¿Pido otra? Pide lo que quieras hija, yo sigo bailando. Lorena hablaba con Víctor, el camarero.

— Mira quién está aquí —esa voz...

— Mira, si es Jack Nicolson en *El Resplandor*.

Julen me miró con desprecio. Recordé que aquella era su zona, vivía en ese barrio.

— Eres una payasa.

— Y tú un mentiroso de mucho cuidado.

— Que te den...

Se fue hacia otra parte y yo continué a lo mío. Lorena volvió con la tercera copa y última, le dije muy segura. Pero el gogo de las pelotas volvió a repartir cosas de aquellas y cuando llegó a mí insistió otra vez. Que no, que no. Sólo uno, va nena. Que no. Y como mis reflejos andaban lentos, el chico me abrazó otra vez y puso aquello en mis labios. Apreté pero me besó en el cuello y abrí sin querer. Bebí un poco pero no quise más y resbaló por mi boca. El chico volvió a hacer lo mismo aunque esta vez fue más allá y me besó en la boca, introduciendo su lengua caliente. Parecía que le había gustado al muchacho. Sentí su paquete en el principio de mi estómago y su erección latente. ¿Y?

Veamos, lo normal hubiera sido que me hubiera dejado llevar, ¿que un tío bueno se me arrima? Todo eso que me llevo. Pero...sentí su lengua extraña, como si fuera algo desconocido, a ver, como si fuera demasiado blanda y caliente. Y no porque no besara bien, no era eso.

Me separé de él y me miró sonriendo. Volvió a la carga pero lo detuve con una mano y él lo entendió perfectamente. No insistió más y se fue hacia otro grupo de chicas.

Resoplé mareada, intentando fijar mi vista y averiguar dónde estaba Lorena. Nada, ni rastro. Lo normal en nosotras, vamos. Si una desaparecía no había que preocuparse demasiado porque fijo estaba ligando. Fui al baño, concentrándome en andar bien, joder, la que había pillado.

— ¡Daniela! Ven a chupármela un poquito —me giré extrañada y vi a Julen con sus amigos.

Debería haber pasado pero soy como soy.

— Que te follen —le dije y él me cogió de la cintura.

— Daniela, Daniela —me miró desde arriba y yo intenté salir de su abrazo—. Estás muy sola hoy... ¿Quieres compañía? Aquí somos cinco...

— Suéltame gilipollas —le grité pero con la música apenas me oía.

— Con el gogo sí te morreas, ¿y conmigo no?

Acercó su asquerosa boca a la mía y me giré pero con la otra mano me cogió fuerte de la barbilla. Me estaba haciendo daño. Y marcó sus labios en los míos. Cuando intentó entrar su lengua, lo mordí, sin más. Y me soltó llamándome de todo, momento que aproveché para escapar de allí. Mierda de alcohol, no me dejaba ver con claridad. Intenté parecer lo más sobria posible, no quería más moscones a mi alrededor. Cogí un taxi a la que pude y me dirigí al piso. La una y media, me indicó el conductor cuando le pregunté la hora. Joder, qué pronto. Me iba a encontrar con aquellos dos follando como monos y vete a saber dónde. Y entonces tuve la gran idea y le llamé.

— ¿Daniela? ¿Qué pasa?

— ¿Duermes o escribes?

Tardó un par de segundos en responder.

— Escribo. ¿Estás bien?

— ¿Puedo subir?

Bruno no se sorprendió al verme bebida porque por teléfono ya lo había intuido, no hacía falta ser Hércules Poirot. Al entrar en su salón, vi el ordenador abierto en la terraza y centré mi vista para analizar bien lo que veía; no eran letras, era una chica... Vaya, con Bruno, a saber qué hacía a esas horas con una tía en la pantalla.

— ¿Puedo usar tu sofá unas horas? Tengo a Santi y Sofía en el piso, en plan osos amorosos y no quiero interrumpir...

— ¿Te has bebido el Manzanares?

— Casi. Mierda de chupitos, joder. Lorena me ha liado.

— ¿Y dónde está Lorena?

Me tumbé en su sofá y todo me dio vueltas.

— Víctor. Con ese.

— No te muevas, ahora vengo.

Que no me mueva dice, lo jodido era que parecía que estaba en la noria de Londres.

— Es una compañera del trabajo.

Lo escuché hablar con aquella chica aunque a ella no la oí.

— Paola, no hables así porque terminamos...No, Paola, no...No vamos a volver, no insistas...

Paola...volver...no...no...Qué sueño...

— ¿Duermes Daniela?

— Ehm, un poco —respondí sin abrir los ojos.

— Bebe agua —me incorporó despacio y me dio el vaso.

— Buff, mi cabeza. El gogo ese no sé qué me ha dado.

— Habrás bebido porque has querido, supongo —dijo con ironía.

— Y me he encontrado con Julen. Hijo de puta. Quería besarme.

— ¿El ex de Sofía?

— El del resplandor, sí.

— ¿Cómo?

— Miente y mucho. Creo que es bipolar.

— Nena, no hay manera de seguirte. ¿Ha intentado besarte?

— Le he mordido la lengua.

Bruno me miró serio.

— Y eran cinco —añadí.

— ¿Cinco qué?

— Cuatro amigos y él.

— ¿Han intentado algo? Joder Daniela, me estás poniendo nervioso. ¿Dónde estabas?

— En el pub y he ido al baño y Julen me ha cogido.

Suspiré porque no tenía aliento para hablar.

— Pero no te ha hecho daño ni nada.

— Un poco, aquí —le señale la cara y cerré los ojos—. Quiero dormir Bruno.

Oí a Bruno suspirar.

— Te llevo arriba, hay camas de sobras y duermes aquí.

— Mmm —le dije a modo de respuesta.

Me cogió en brazos y olí su perfume.

— Bruno...

— Anda no hables, nena —me ordenó.

— Pensado en ti...

— Ya, entre chupito y chupito, seguro que sí.

— Solo...la tuya...

Quería decir que solo quería su boca pero no me salían las palabras.

— No sé de qué hablamos pero será mejor que no me lo cuentes.

Bruno me recostó en una cama con cuidado y me quitó las sandalias de tacón. Me desabrochó la falda y me la quitó sin moverme mucho.

— Bruno...eres...muy sexi...

— Lo sé nena —dijo condescendiente mientras me quitaba la blusa y el sujetador—. Y tú eres demasiado bonita para acabar en este estado.

Me vistió con una camiseta y me tapó con la sábana. A los dos segundos desconecté.

Me despertó la luz del sol y maldije no haber cerrado bien la persiana, porque cuando no lo hacía, se colaban los rayos del sol directos a mis ojos y me era muy molesto.

Inspiré y me detuve unos segundos para despejar mi cabeza. ¿Bruno? Olía a él por todas partes. Estaba en su piso. Abrí los ojos, estaba en la habitación de dos camas. Llevaba una camiseta suya y mis braguitas. Vale, recordé a Bruno desvistiéndome. Recordé poco a poco lo que había pasado: los chupitos, el gogo, Julen y yo llamando a Bruno. Joder, ya me valía. No conocía a gente en el mundo no, que lo había llamado precisamente a él. Busqué mi móvil para saber qué hora era: las doce del mediodía, casi nada. Me refresqué en su baño y me vestí, no sin antes hacer meticulosamente su cama y dejar su camiseta bien doblada encima.

Cuando bajé, Bruno estaba en su terracita con el ordenador, concentrado y con los cascos puestos. Lo observé detenidamente; me gustaba de verdad.

Al verme sonrió. Buena señal, no había dicho nada fuera de lugar, suponía...

— Buenos días, ¿un chupito? —preguntó entrando en el salón.

— Ni me lo recuerdes —le dije sintiendo ardor.

— ¿Un café mejor? Ven.

Lo seguí hasta la cocina.

— Esto, Bruno, siento haberte llamado.

— ¿Por qué?

— No quería molestarte —en ese momento me acordé de la chica del ordenador: Paola.

— Me hiciste un favor sin saberlo pero da igual. ¿Sueles beber así?

— No —negué con rotundidad—. Suelo controlar mucho lo que bebo porque me sienta fatal pero ayer...

— Te liarón.

— Me dejé liar, lo sé —mea culpa, que fui yo la que bebí.

— Ya, ¿y tu amiga Lorena? —me dio el café.

— ¿Qué?

— No entiendo esa despreocupación. ¿Y si te pasa algo?

— Bruno, tengo veinticinco años y voy sola por el mundo desde los veinte. Sé cuidarme —di un sorbo y vi que me miraba serio—. Sabemos cuidarnos —le recalqué.

— ¿Y Julen? ¿Y si le hubiera dado por hacer alguna gilipollez? —Su voz denotaba cierto nerviosismo.

— Julen es un pringado.

— Pero te hizo daño, me lo dijiste ayer —lo miré recordando los dedos del imbécil de Julen en mi cara—. Bueno, será que me sale la vena protectora contigo, como Grey.

Lo miré y nos echamos a reír los dos.

— No me la he leído, no me mires así. Me la han explicado por encima.

Paola, seguro.

— Adivino quién.

Me miró alzando una ceja.

— Lo dudo.

— ¿Qué me das si acierto?

Se rio con ganas.

— Si aciertas te invito a cenar.

— En un sitio bien pijo.

— Hecho.

— Paola.

Abrió los ojos y soltó una risilla. Me terminé el café y yo misma limpié la taza y la cucharita. Él me observaba.

— Borracha pero con un oído fino.

— Soy periodista, ¿te suena?

Nos reímos de nuevo. Cuánta risita...

— Paola es mi ex, estuvimos un año juntos, en Italia y unos meses antes de venir lo dejamos.

— Tu segundo amor —confirmé recordando que me había dicho que había salido en serio con dos chicas.

— Y breve —dijo más seco.

— Quiere volver contigo, te oí hablar algo de eso —me sonrió y continuó hablando.

— Sí, vino aquí hace un par de meses. Se presentó en casa de mi hermana y hablé con ella dos eternos días pero es insistente y yo no sé ya cómo hacérselo entender. La cuestión es que no pasó nada grave entre nosotros, ella...es una mentirosa compulsiva y yo...no podía vivir así.

— ¿Compulsiva? ¿Lo dices por decir?

— No, lo es. Miente sin sentido, sin ninguna finalidad e incluso sin maldad. Un sin vivir, te lo aseguro. Leí sobre el tema y se ve que lo hacen para llamar la atención, falsean la realidad como vía de escape porque son personas inseguras. Es un trastorno pero Paola no quería oír nada sobre esto. Al final, no pude más.

— Y ella no lo entendió.

— No, no entendió nada. Por eso sigue sin asumir que se terminó. Bueno, la verdad es que cuando empecé a descubrir sus mentiras, para mí ya había comenzado el final.

Bruno y sus historias de amor. Tela marinera.

— Sé que estás pensando, Daniela —sonrió y me indicó que saliéramos hacia la terraza, y me apoyé en el balcón mientras él cerraba el ordenador—. Estás pensando que mejor no me hubiera liado la manta a la cabeza.

Me reí por su expresión.

— No, solo pensaba que has tenido mala suerte, supongo.

— Así es la vida, nena —me dijo viniendo hacía mí—. Espero que algún día llegue mi princesa en un *Ferrari* y me lleve de la mano a un partido Madrid-Barça, ¿qué te parece?

— Mucho pides —le dije sonriendo.

Sus manos atraparon mi cintura.

— Es verdad que odias el fútbol...

¿Esa princesa podía ser yo?

Bruno acercó su boca a la mía y su lengua se introdujo con una tranquilidad infinita. Ahora sí, pensé, sus besos son los que yo deseaba. Pasó una de sus manos por mi pelo mientras con la otra me rozaba el cuello. Y me perdí en sus labios. Dejándome llevar como si flotara en el aire, sin gravedad. Hasta que tuve que coger aire y volver al mundo real.

— Daniela, mañana domingo cenamos juntos.

— ¿Mañana?

— ¿Qué más da el día?

Me reí porque era verdad, que más daba.

— Iremos a un restaurante con mucho glamour, estás avisada.

— Era broma Bruno, no hace falta.

— Yo te he avisado... ¿Y esta noche nos vemos, verdad?

— Sí, en la fiesta de tus padres.

Volvió a besarme del mismo modo y sentí ese calor recorriendo mi columna. Que tortura...

— Tendrás que quedarte durante toda la fiesta...

— Trabajando Bruno —remarqué.

— ¿Y si el hijo de los cumpleañeros te mete mano?

Puso una de sus manos en mi trasero y me reí, hasta que volvió a atrapar mi boca. Junté mi cuerpo contra el suyo, yo no podía más. Bruno me estaba provocando a conciencia y busqué la cremallera de su pantalón. La bajé y acaricié su sexo por dentro del pantalón. Un gruñido de Bruno se adentró en mi oído.

— Daniela, vas a volverme loco...

— Eso quiero...

Levantó mi falda y clavó su miembro en el mío. Me moví sensualmente, acariciando mi sexo con el suyo y Bruno apartó mis braguitas a un lado.

— Nena... —gimió notando mi humedad en sus dedos.

— Quiero tenerte dentro...

— ¿Cuánto?

Se colocó un preservativo que sacó por arte de magia de su bolsillo trasero y me penetró. Abrí más las piernas para él.

— Siempre...

— Repítelo Daniela...

— Siempre —dije en un gemido al sentir sus penetraciones.

— Ufff...Si gimes fuerte, mi vecino te va a oír...

No podía evitarlo, me llenaba tenerlo dentro de mí. Y Bruno, sabiéndolo, me besó, apagando en cierta manera mis gritos mientras me embestía sin pausa, con un ritmo constante y eterno.

— Así...nena...me envuelves...me encanta...tenerte... —volvió a besarme.

— Ufff Bruno...me voy...

— Sí...Daniela...córrete para mí...

Nos miramos a los ojos y sentí que algo se me removía por dentro: como si quisiera comérmelo a besos o algo parecido.

— Bruno...

— Daniela, no te calles, sigue...

— Joder, Bruno...

— Nena...dámelo...

Volví a mirarlo y estaba centrado en darme placer, en mí, solo en mí.

— Daniela...eres adorable...única...y quiero que seas mía.

— Soy tuya... —empecé a sentir las primeras sacudidas del orgasmo.

— Solo mía...

— Sí...sí...solo...

— Ufff...

Dios.

— Bruno...

Y gemí su nombre varias veces más, mordiendo mis labios para no gritar mientras un orgasmo increíble azotaba mi cuerpo entero.

Bruno aceleró y me dio mucho más rápido, y cuando yo terminaba él comenzó a gemir. Lo besé, como hacía él, tragándome su orgasmo y sentí sus labios húmedos, calientes, temblorosos...y entendí por qué Bruno me besaba cuando yo me iba. Era como sentir su placer a través de su boca...fascinante.

Nos abrazamos, uno dentro del otro, con el sol a nuestra espalda y oyendo los coches a lo lejos.

“Es ÉL, lo sabes, te llena, te completa, y es recíproco. Empiezas a sentir que quieres hacer un millón de cosas con él; tomar un café con los dedos entrelazados, pasear tranquilamente mientras habláis de vuestras vidas, ir de compras, salir, bailar, dormir,... Infinidad de hechos que te gustaría compartir con esa persona. Los comienzos siempre son bonitos, están llenos de sorpresas, de incógnitas y de miedos. Pero chicas, no os dejéis llevar por lo negativo y adelante con lo tenga que ser. ¡A quererse!”
@danielatuespacio.

¡¡Sorpresa!!

Soy tuya, solo tuya, eran palabras, palabras banales que una podía decir sin sentido mientras te la metían y perdías el sentido de la realidad. Pero, yendo hacia el piso, pensé en esas palabras. Bruno era parte de mí, de mi vida, no podía negar lo evidente. En pocos días había pasado de ser alguien repelente a un hombre que me gustaba mucho. En todos los sentidos. Y, casualmente, nuestros encuentros eran continuos: la habitación de Barcelona, Andrea y yo de parranda, su piso en mi barrio, el café en el *Jamaica*, el hospital con mi familia, la fiesta de esta noche... Donde por cierto, conocería a sus padres. No sabía ni si decírselo a Sofía y Martín, porque los veía mirándome con cara de flipados. ¿Por qué daban tanta importancia a según qué cosas?

— Hombre, ¿vienes de un *after*? —preguntó Sofía al verme entrar.

Julen vino a mi mente pero preferí no decirle nada, de momento. Lo único que iba a conseguir era preocuparla más.

— Vengo de misa, de las doce —le dije sonriendo y yendo hacia mi habitación—. ¿Está Martín?

— Ha bajado un momento al súper, que le faltaba no sé qué para el arroz.

Suerte teníamos de él porque Sofía y yo éramos poco creativas en la cocina.

Me metí en la ducha y me quedé un buen rato bajo el agua, pensando inevitablemente en Bruno. En su vida pasada, en sus dedos en el teclado y su cara de concentración, en su boca acercándose a la mía, en su cara de placer, en sus ojos diciéndome que yo le gustaba de verdad,...Uffff.

Me tumbé en mi cama, envuelta en la toalla, y seguí divagando. ¿Era normal aquella sensación de querer más? Me apetecía estar con él, preguntarle un millón de cosas, oírle hablar, reír y besar sus labios continuamente mientras me miraba de aquel modo. Me sentía bien con él, tranquila pero excitada, segura pero a la expectativa. Bruno era como un mundo por descubrir, no se parecía a los demás chicos. Era especial.

En ningún momento me pregunté qué querría él. Bastante tenía con lo mío pero para eso están los amigos...

Martín llamó a la puerta diciendo soy yo y le dije que pasara.

— ¿Cansada enana?

Seguía tumbada en la cama, con la toalla y el pelo húmedo.

— Un poco.

— ¿Vas a comer?

— ¡Vengo muerta de hambre!

Martín se sentó a mi lado.

— ¿Te apetece ir al cine esta noche?

— Tengo un curro esta noche —lo miré a los ojos—. Andrea, la hermana de Bruno, me ofreció tomar las fotos de la fiesta de sus padres.

— Los padres de Bruno —confirmó.

— Sí, porque son los mismos padres. Son mellizos ¿sabes? —intenté cambiar de tema.

— Así que hoy te toca a ti conocer a sus padres.

— No va a ser una presentación en sociedad Martín, soy la fotógrafa y amiga de sus hijos, nada más. No saques punta al lápiz... —lo avisé.

— ¿Nada más? A mí me parece que sí hay algo más, nena... —No estaba enfadado, intentaba hablar conmigo con tranquilidad.

— Me gusta y yo le gusto y lo pasamos bien Martín.

— ¿Y sabes qué quiere él?

No quería ser mi folla-amigo, eso me lo había dejado claro, entonces ¿qué éramos Bruno y yo en ese momento?

— Porque Bruno no es un niño, Daniela, no juegues a las casitas porque saldrás escaldada.

Suspiré porque no tenía ganas ni de etiquetar lo que vivía ni de pensar en el mañana.

— Daniela, sé cómo eres, solo te digo que pienses un poco.

— ¿Es que ahora te pones de su parte?

— Eres una tontaina —me hizo cosquillas en el cuello y me reí—. De mucho cuidado —bajó su mano a un costado y siguió jugando conmigo—. Lo que pasa es que me gusta Bruno y no quiero que me lo quites.

Nos reímos los dos y yo estiré demasiado los brazos para devolverle las cosquillas, con lo que desapareció la toalla de mi cuerpo. Martín observó mi desnudez unos segundos, deteniendo sus manos mientras yo seguía riendo.

— Joder, la toalla —fui a cogerla pero Martín atrapó mis manos.

— Daniela...

Vi el deseo en sus ojos, podía reconocer esa mirada de mi mejor amigo a quilómetros.

— Martín...no...—pensé que acababa de estar con Bruno...

— Nena —se acercó a mi pecho y lo besó, como si fuera mi boca.

— Para... —le rogué sintiendo su aliento en mi piel.

— ¡¡Martín!! —era Sofía, desde la cocina— ¡Esto ya está!

Se separó de mí y me miró suspirando. Se levantó con rapidez maldiciendo por la bajo no sé exactamente qué.

Martín y yo habíamos estado juntos muchas veces, la mayoría, después de salir y con alguna copa de más. Pero últimamente habíamos dado un paso más. Como en ese momento. Martín no podía resistirse a mi cuerpo desnudo, hecho que antes no sucedía porque me veía más como a una colega que a una chica. Quise pensar que era la edad o que eran las ganas de marcar territorio, pero mis argumentos no eran de mucho peso, lo sé.

Lo curioso del caso es que después comimos los tres su delicioso arroz como si no hubiera ocurrido nada. Y que echamos la siesta en el sofá y yo apoyada en su hombro, como en muchas otras ocasiones. Todo ello reafirmaba mi teoría de que Martín tenía celos de amistad, no de otra cosa. Tampoco era tan raro porque lo compartíamos todo: piso, amigos e incluso familia.

Estaba mosqueado porque había entrado alguien en mi vida y él no lo conocía. Estaba segura que Bruno y Martín se podrían llevar bien si quisieran conocerse mínimamente, pero creo que no iban a compartir ni un refugio en caso de un bombardeo.

Aquella noche Sofía se fue con Santi, a su piso que ya estaba en condiciones. Martín acabó saliendo con un par de amigos y yo me dirigí, cámara en mano, hacia la dirección que me había indicado Andrea, en las afueras de Madrid.

El taxi me dejó frente a una casa enorme, una mansión para mí, vamos. Como se los gastan, pensé. Llamé y me hicieron pasar. Aquella casa era de unos amigos de sus padres, y se habían ofrecido para realizar allí la fiesta sorpresa. Sus padres vendrían al cabo de un rato, sin saber que estarían allí sus hijos, hermanos, amigos e hijos de sus amigos.

Andrea me invitó a pasar y me llevó hacia el jardín trasero, por uno de los laterales de la casa. Estaba iluminado con pequeñas bombillas blancas, por el suelo y entre los árboles. Varias mesas repartidas, con algunos platos fríos para picar. Una especie de barra con un par de camareros con pajarita, preparados para servir al cliente. Y mucha gente, muchísima. Creía que iba a ser una fiesta más privada pero se les había ido de las manos, según Andrea.

Vi a Bruno, charlando con varias personas y Andrea me dijo de ir hacia ellos pero preferí dar una vuelta por los jardines para saber qué tipo de luz me ofrecía aquel lugar. En pocos minutos tuve claro cuáles eran los mejores ángulos para sacar buenas fotos y comencé a disparar algunas al jardín iluminado, a la gente parlotando, a Andrea con Bruno, quien me sonrió a la cámara.

— Ese uniforme me gusta —dijo dándome dos besos.

Iba con vaqueros otra vez.

— Una fiesta íntima —bromeé.

— Ya ves...

— Bruno —un chico alto y con cierto parecido a él se nos acercó—. Me juego el cuello a que has contratado tú a la fotógrafa. Encantado —me dio dos besos y se presentó él solito—. Soy Gabriel.

— Uno de mis primos —añadió Bruno.

— Hola, soy Daniela —le dije viendo que el chico me miraba de arriba abajo.

— Trabajamos juntos, en la revista —Bruno miró a Gabriel—. Está casada y tiene cinco hijos.

Él lo miró sorprendido y Bruno y yo nos reímos al ver su cara.

— Qué mamón —dijo él riendo también.

— Bruno, vienen los papis —le avisó Andrea—. ¿Vamos Daniela?

Los seguí hacia la entrada del jardín. La pareja amiga los recibió y nosotros esperamos a que entraran. A través de la cámara observé a sus padres detenidamente. Su madre, con un gesto amable, se parecía bastante a sus hijos. Su padre, muy elegante, serio y de pocas palabras. Nieves y Joaquín.

Nada más llegar, la gente gritó “¡¡Sorpresa!!” y su madre se tapó la boca de la impresión. Su padre soltó una media sonrisa, como la de Bruno. Yo fui tomando fotos de todos los momentos. De la sorpresa, de los abrazos, de los besos, de toda aquella gente que se acumulaba alrededor de los padres de Bruno para felicitarlos...

— No estás casada, ¿pero sales con alguien?

Miré a mi derecha y vi al primo de Bruno: Gabriel.

— No —respondí enfocando con mi cámara de nuevo.

— ¿Sin pareja? —insistió con un tono de incredulidad.

Miré la foto y después a él.

— ¿Tienes tú pareja? —supuse que no, por su interés hacia mí.

— No —respondió sonriendo.

— Pues no será tan raro que no la tenga yo.

Volví a enfocar y cogí una muy buena foto de Bruno abrazando a su padre.

— Perfecta —me dije al mirarla.

— Eso pensaba yo —Gabriel me miraba con interés—. Eres demasiado guapa para no estar con alguien.

— Supongo que es un piropo —le dije bromeando.

— Una realidad.

Nos sonreímos y seguí a lo mío, con él plantado a mi lado, porque iba siguiendo mis pasos y haciendo comentarios varios para saber de mí.

— ¡Daniela! —Andrea me llamó y me acerqué a ella—. Mamá, ella es la chica que trabaja con Bruno, en la revista. Y también es fotógrafa.

Aquella mujer, con los mismos ojos que sus hijos, me observó haciéndome una rápida radiografía. Dos segundos y sabría si era de su gusto, porque yo solía hacer lo mismo.

— Encantada, Daniela —me ofreció una mano cálida y amable.

— Igualmente, Nieves.

Nos sonreímos y entonces me presentaron a Joaquín, el padre. Serio y adusto.

— Daniela —un buen apretón que confirmaba que era un hombre recto.

Hice muchas fotos, a los padres, a los padres con los hijos, a los primos, hermanos, etc. Como si fuera una boda, igual. En todas ellas tuve rondándome a Gabriel y a Bruno observando. Más tarde ofrecieron bebida y comida y Andrea me instó a quedarme entre ellos, pero me negué. Le dije que prefería ir tomando fotos de la gente divirtiéndose y de sus padres con unos y otros.

— Supongo que no te apetece alcohol, pero te he traído una limonada. Quita la sed y la resaca.

— Gracias, Abreu, por el interés.

Me ofreció el vaso y bebí sedienta, la verdad era que estaba seca.

— Gabriel me ha preguntado por ti —sus ojos negros me traspasaron—. Quiere saber si estás disponible para poder tirarte los tejos. Le he dicho que no sabía nada.

— Bueno, algo sí que sabes. Y Gabriel no me interesa.

— ¿Eso quiere decir que te interesa alguien? —se acercó un poco más a mi rostro.

— Podría ser —respondí directa mirándolo fijamente.

— Eso sería una novedad, señorita Sánchez —murmuró flojo.

— Parece ser que alguien está provocando ciertos cambios en mis rutinas.

— Qué suerte la de ese alguien —se acercó un pelín más, lo justo para seguir respetando las distancias.

— O qué suerte la mía, según lo mires.

Bruno rio y yo con él.

— Cuánto secreto, Bruno —su madre apareció de la nada y lo miró con picardía.

— Mamá, ¿te lo pasas bien? — preguntó él, cambiando de tema.

— Mucho. Oye Daniela, ¿así trabajáis juntos?

— Codo a codo —le dije—. Es mi contrincante en la revista.

— Mi madre no lee revistas, no le gustan nada.

— Me gusta leer otras cosas.

— Poesía —me aclaró Bruno y la miré sorprendida.

— Admirable —le dije pensando que conocía a poca gente que fuera aficionada a la poesía.

— Daniela, ¿y estás casada?

— ¡Mamá! —exclamó Bruno.

Me reí porque parecía la pregunta de la noche, por Dios, si solo tengo veinticinco años.

— O rejuntada, como lo digáis vosotros.

— Sin pareja —respondí sin problemas.

— Mejor, porque Bruno tiende a no atinar.

— Gracias mamá, eres única —le soltó con rapidez.

— Lo sé, algo me ha contado —le dije a su madre y nos sonreímos.

— Si seguís por ahí me voy —nos amenazó Bruno sonriendo.

— En el fondo es un sensible, aunque no lo parece con esos vaqueros que me lleva.

Lo vi irse resoplando y me reí con ganas con su madre.

— Soy su madre, sé cómo espantarlo —me miró sonriendo—. Y veo cómo te mira.

Se me cortó la risa de golpe.

— Bueno...

— Tranquila, no te voy a meter un sermón. Solo quería conocerte porque Bruno no es un enamorado y veo que siente cosas por ti.

Tragué saliva al oír aquello de boca de su madre.

— Déjate llevar —me aconsejó viendo mi mirada asustada.

Sí, claro, como si fuera tan sencillo.

— Ser correspondido no es algo que pase cada día, y no es que quiera venderte a mi hijo —se rio por su comentario y le sonreí—. Ya me gustaría tenerlo en una jaula para no verlo sufrir pero tampoco sería justo.

— Cariño —era su marido y me sorprendió oír esa palabra en sus labios—. Nos reclaman para cortar una tarta.

Les sonreí y les seguí hasta una enorme tarta que estaba en medio del jardín. Cortaron la tarta, foto. Se dieron un beso cariñoso, foto. Un abrazo, una sonrisa, un guiño,...y mi cámara atrapó todo aquellos momentos, uno tras otro.

— Quizás algún día seas tú la que corta la tarta —Gabriel y sus indirectas.

— Si me hago pastelera de mayor, quizás sí.

Gabriel soltó una carcajada.

— No tenemos porqué casarnos —me dijo aun riendo.

— Yo no, tú haz lo que creas.

— Hablaba de nosotros dos —su mano retiró uno de mis mechones.

— Gabriel, no te lo tomes a mal, pero no hay un nosotros, ni lo habrá.

Me miró sonriendo, como si le diera igual lo que le decía. Supuse que como era guapillo, estaría acostumbrado a salirse con la suya.

— Eso es mucho suponer, Daniela —me miró fijamente y aparté la mirada.

— Tengo faena, Gabriel —enfiqué de nuevo y tiré más fotos.

Más tarde pusieron música y la gente se animó a bailar. Eran ya las doce de la noche y fui en busca de Andrea para decirle que me iba. Quedamos en vernos el martes por la tarde y enseñarle las fotos para que escogiera. Sus padres me dijeron adiós amablemente y vi a Bruno riendo con sus primos, así que no quise molestarlo.

— ¿Te vas ya?

— Sí, Gabriel, las doce y me espera la carroza.

— ¿Te acompaño? —preguntó riendo.

— No, gracias —le dije guardando la cámara y el objetivo.

— ¿Nos veremos? —insistió el chico.

— Quién sabe —le dije yéndome con la bolsa al hombro.

— ¿Te ayudo? —joder...iba a decir no cuando mi cerebro reconoció la voz de Bruno.

— No hace falta, Abreu, puedo sola.

— Sé que puedes —cogió la bolsa y anduvo a mi lado por el lateral de la casa—. ¿Has venido en taxi?

— Sí, ya he llamado para que me recojan.

— Te podría haber llevado yo —dijo mirándome con esa intensidad.

Pasó un dedo por mi mejilla y una ola de calor pasó por mi piel. Bruno se mordió el labio y yo me lo humedecí. Tenías ganas de besarlo, pero no en ese momento, sino de antes, de mucho antes.

Oí el claxon de un coche y supuse que era mi taxi.

— Me voy —le dije abriendo la puerta.

— Una pena —su voz se oscureció y mi sexo palpitó de repente.

Me tiré, literalmente, hacia su boca y lo besé como si fuera el último beso de nuestras vidas, con desespero, pasión y una entrega que no me conocía.

Y sí, me marché con el taxi y sola. Con el corazón a mil y suspirando. Bruno debía estar dónde estaba y yo no quería separarlo de los suyos, por muy caliente que me hubiera puesto.

Como una niña buena, me fui al piso, me duché, eché un vistazo a las fotos, recreándome un poco con Bruno, pero unos golpes por el piso me pusieron en alerta. Oí unas risas y supuse que eran alguno de ellos viniendo de juerga. Puse la oreja y escuché a Martín riendo y seguidamente la voz aguda de una chica. Se lo estaban pasando bien.

Martín abrió la puerta de mi habitación.

— ¡Martín! —le grité.

— ¿Tienes novia? —le preguntó riendo una chica peli-roja con el pelo muy corto.

— Hostia, me he equivocado —dijo Martín partiéndose de la risa.

Iba otra vez bebido, los ojos achinados lo delataban y el balbuceo al hablar todavía más. Vino hacia mí riendo y con aquella que le seguía.

— Daniela, esta es Chus, ¿si, no? —la miró a ella.

Los dos llevaban una buena.

— Chusy —le corrigió riendo.

— Martín, pírate de aquí con tu amiga, por favor —le dije molesta.

— Mmm, no.

Flipante. Martín cogió a aquella chica y comenzó a besarla delante de mi cama. ¿Pero esto qué coño era?

— Martín, ¿tú eres idiota o qué?

Ni puto caso oye, ellos a lo suyo, en mi habitación y magreándose.

— Joder, manda lo que manda...

Martín se quitó los pantalones, con su habitual rapidez, la camiseta y calzoncillos. En pelotas y como si nada. Y ella hizo lo mismo.

— Me cago en todo, Martín —le dije levantándome de la cama para irme.

— Vamos, Daniela, ven... —me dijo con su sonrisa de guaperas.

¿Me estaba proponiendo un trío con aquella?

— Ni hablar —dije con rotundidad.

Había hecho algún trío alguna vez, ocasionalmente, y con Martín lo hicimos casi al principio de nuestra amistad con una amiga suya, ¿pero hacerlo en esas condiciones? No y no por un millón de razones.

— Vamos nena...

— Estás borracho —le solté con desprecio.

No me gustó nada esa actitud de mi mejor amigo. Y salí de mi habitación. Martín me siguió, dejando a aquella chica plantada.

— ¿Lo ves? Pasas de mí.

Lo miré alucinada por todo.

— No voy a hablar contigo en ese estado, ¿entiendes? No sabes qué dices y espero que no sepas lo que estás haciendo, joder, Martín. Mañana se te va a caer la cara de vergüenza.

Me miró serio.

— Saca a esa tía de mi habitación —le ordené— Ahora mismo.

Sonó el timbre de casa y me quedé mirando la puerta. ¿Quién cojones...? Abrí sin pensar que quien fuera vería a Martín en pelota picada.

— No podía dejar de pensar en ese beso... —Bruno me cogió por la cintura y me apretó contra él pero noté como sus dedos iban resbalando por mi cintura para separarse de mí y mirar fijamente a Martín. De puta madre Dani—. Joder... —murmuró dando un paso atrás.

— Bruno, no es...

— Lo que parece. Me conozco la frase Daniela —su tono de ultra tumba me puso los pelos de punta.

— Bruno...

Desapareció sin dejar que me explicara.

Bruno se encontró con Martín desnudo al completo y conmigo con una simple camiseta que apenas me cubría las braguitas a esas horas de la noche. ¿Qué hubiera pensado cualquiera? Que estábamos dándole al pistón, por supuesto. Y si alguien me hubiera dicho qué ocurrió en realidad me lo hubiera mirado de reojo, un poco incrédula.

¿Qué tu mejor amigo viene con un ligue a tu habitación? ¿Qué se desnuda con ella y se empiezan a enrollar en los pies de tu cama? Suena raro...

Al día siguiente, llamé a Bruno, pero no me cogió el teléfono en ninguna ocasión. Lo intenté un par de veces más pero sin éxito. Estaba claro que no quería saber de mí, así que, de cenar nada ¿verdad? No podría evitarme eternamente, porque el lunes mismo nos encontraríamos en el curro y en algún momento tendría que escucharme, sí o sí.

Martín se levantó a media tarde y me miró cabizbajo. No quise ni hablarle porque lo hubiera puesto de vuelta y media. Sofía apareció por la noche y preguntó qué ocurría. Nada Sofía, que a Martín le falta un hervor, solo eso.

En fin, un buen rollo al que solo le faltaba la guinda del lunes.

Llegamos a *El Café* las últimas, como era lo habitual. Bruno estaba en la barra, acompañado de Carla y cuando fui hacia ellos ni siquiera me miró. Sabía que con ella delante no le diría nada, así que se escudó en Carla.

Ya encontraré el momento, pensé.

En la reunión con Jaime, Bruno me ignoró completamente, ni una sola vez me miró, como si no existiera y me jodió.

— ¿Bruno, podrás preparar el artículo sobre París? Podrías hacerlo con Daniela...

Y Bruno lo cortó por primera vez.

— Creo que sería mejor que lo hiciera con Carla; ella podría aportar la visión de la moda parisina, ya sabes que eso gusta y ella es una experta.

Todos miraron a Bruno, yo incluida.

— Sí, me parece una buena idea, ¿qué dices Carla?

— Por mí perfecto —bajé la vista a mis papeles y me di golpecitos con el bolígrafo en la otra mano para no tirárselo por la cabeza a Bruno.

La rabia me subió por el esófago y me mordí la lengua.

— Vale, entonces sigamos...

Jaime continuó hablando pero desconecté. Tuve que apretar las mandíbulas porque inesperadamente tuve ganas de llorar. Joder Dani, no me fastidies. Apreté mis labios en un gesto impotente y me concentré como nunca para meter esas lágrimas hacia dentro. Lo último que quería era que nadie me viera llorar, por Dios. Y menos por esa gilipollez. Por mí, se podía meter el artículo por el culo. O por el culo de Carla.

Jaime no lo sabía, pero Bruno había hecho una declaración delante de toda la redacción. Yo ya no le interesaba. Prefería trabajar con Carla. Y ella daba palmas con las plantas de los pies, como una foca orgullosa. Mierda, no iba a culpar a Carla, pero me repateaba que Bruno se pusiera de su lado.

Y quizás era verdad que yo no le interesaba como había creído porque no me había pedido ninguna explicación. Cero. Nada. Me quedo con lo que he visto y punto. Muy bien, tú mismo Bruno. Se me pasaron las ganas de hablar con él, ¿para qué? Tampoco me iba a creer.

Cuando nos sentamos en el ordenador, nos ignoramos al completo.

“¿Qué nos compre quién nos entienda? No necesitamos que nadie nos compre, nos valemos solitas. No penséis que sois imprescindibles en nuestras vidas porque no es así, podemos vivir sin vosotros, sin problemas. Somos autosuficientes, independientes e inteligentes, no lo olvidéis.” @danielatuespacio

Hubiera escrito un millón de barbaridades de lo rabiosa que estaba pero me aguanté las ganas como pude. A los pocos minutos Bruno respondió.

“Evidentemente, lo tenemos claro hace siglos que hacéis y deshacéis a vuestro antojo. Ahora sí quiero, ahora no, ahora me voy con mi mejor amigo. Es la dura realidad chicos, ellas mandan pero no perdáis la esperanza, no vale la pena.” @brunotuespacio.

Estaba claro que ambos hablábamos del otro. Al terminar de leerlo lo miré enfadada.

— ¿Algún problema, Sánchez?

— El problema lo tienes tú, listo.

— Te equivocas.

— Y una mierda me equivoco. Vas de maduro y ni has querido saber qué coño pasaba allí.

Bruno soltó una carcajada y me tocó la moral.

— Está claro, Daniela, que eres una cría, a la que le gusta ir rozándose con todos los que puede y follarse a su amigo del alma. No necesito saber nada más —se colocó los cascos dando por terminada la explicación.

— Gilipollas —me puse los cascos y seguí a lo mío.

Cuando bajé a mediodía con Sofía, Bruno estaba rodeado de sus seguidoras. Me senté junto a Ruth y ella me hizo un interrogatorio de tercer grado sobre Martín. Ruth me agradaba, era una chica que no se metía con nadie, iba a la suya y curraba como la que más. Le propuse que viniera un día al piso a tomarse una cerveza. Lo mío no era hacer de Celestina, pasaba bastante de estas cosas, pero Ruth me caía bien y la

veía muy interesada en mi amigo. ¿Por qué no?

Bruno, como no, estuvo pendiente de mi conversación y se metió en medio.

— A ver cuándo me invitas a mí, Daniela —me dijo como si fuéramos tan amigos.

— En la alfombrilla de entrada pone prohibido capullos —le solté cabreada.

Algunos compañeros que nos oyeron rieron, entre ellos Enrique con su habitual risa escandalosa, y a Bruno no le sentó bien.

— Pero si dentro vive uno, ¿cómo se llama tu amiguito? ¿Mastín?

El coro de risas vino de Carla, Natalia y etcétera. Parecíamos dos actores en una mesa haciendo reír a la gente con nuestros piques. El comentario me resultó fuera de lugar, mucho.

— No le llegas a la suela del zapato —le dije cabreada.

— ¿En ningún sentido?

Silencio absoluto en la mesa. Esperaban qué podíamos desvelar con nuestras réplicas. Miré a mí alrededor y después a él.

— Son todos tuyos —le dije levantándome de la mesa—. Sigue haciendo el payaso, se te da de vicio.

Me fui sin dejarle seguir porque era capaz de decir alguna barbaridad delante de todo el mundo y no tenían por qué saber lo que yo hacía o dejaba de hacer con ninguno de los dos. Pero me tocaba los cojones que tuviera que retirarme de aquel modo, para que Bruno no se fuera de la boca. Maldita la hora, joder.

¡Glopss!

A partir de ahí, lo esquivé, en cualquier situación. No quería salir salpicada ni enfrentarme a él con Carla dándole coba. La mejor opción era pasar, así evitaría cabreos innecesarios. Y así pasé la semana, con un humor de perros. Con Bruno en mi cabeza, sin dirigirle la palabra, y enfadada con Martín.

Aquel jueves Jaime nos llamó al despacho, a los dos y nos pidió que bajáramos un poco el tono de los escritos, nos estábamos pasando.

— ¿Os pasa algo? —preguntó Jaime discretamente.

— Nada, relajaré un poco el ánimo, Jaime, no te preocupes. Es la pasión de escribir, ya sabes —dijo Bruno muy en su línea.

— ¿Daniela? —Me miró viendo que no decía nada.

— Se intentará —le dije escueta.

Jaime me conocía de sobras y sabía que entre nosotros no había buena sintonía en esos momentos.

— Necesito que vayáis juntos a cubrir la llegada de Rhianna, mañana da una pequeña rueda de prensa en el Ritz —Bruno iba a decir algo pero Jaime lo cortó—. Te necesito allí, eres el que domina mejor el inglés. Y Daniela, quiero las mejores fotos que hayas hecho en tu vida.

Nos miró serio.

— Las tendrás —le dije resolutiva.

— De acuerdo —confirmó Bruno a mi lado.

— A las once de la noche allí, puntuales. Hablad con Lidia, os dará los pases.

En otras circunstancias hubiera dado un bote al salir del despacho: ¿ver a Rhianna en persona? ¡Increíble! Pero no estaba para dar saltos y más bien me fastidió tener que ir con Bruno.

Nos vimos allí a la hora convenida y, sin decirnos nada, entramos en la sala que el Ritz tenía preparada para la rueda de prensa. La diva del pop nos hizo esperar media hora larga pero al final apareció con un traje rojo y corto, espectacular. Guapísima. Le tomé fotos junto a los demás fotógrafos y después vinieron las correspondientes preguntas de turno, a las que fue respondiendo amablemente. Bruno preguntó lo que tenía escrito en el bloc que nos pasó Lidia y aproveché para mirarlo desde la esquina de la sala. Mira que era guapo el jodido. Y que no me lo quitaba de la cabeza.

Antes de irse, pudimos hacerle algunas fotos más y no desaproveché la ocasión. Rhianna era muy fotogénica y quedaron unas fotos geniales. Jaime estaría contento, pero si con ese trabajo intentaba que Bruno y yo acercáramos posiciones, lo llevaba claro.

Al salir, comenzamos a andar. El hotel estaba muy cerca de nuestra zona, así que él no había cogido su coche. Silencio absoluto entre nosotros, el orgullo nos podía. Pasada la fuente de Neptuno, Bruno podía seguir recto por la calle Cervantes hacia su piso pero continuó a mi lado.

— No hace falta que vengas —le dije deteniéndome.

— Voy donde me da la gana —respondió del mismo modo.

— No necesito canguro —le solté comenzando a andar a zancadas.

Bruno me siguió detrás. Me giré y se detuvo.

— ¡Lárgate! —le exigí cabreada.

Bruno se fue a la otra parte de la calle y lo miré echando fuego por los ojos. Imbécil.

— Métete la vena protectora por donde te quepa —le solté mientras lo veía cruzar la calle.

Llegué a mi piso, con Bruno pisándome los talones, y justo entonces salió Martín del portal.

— Mira, ya os podéis ir los dos gilipollas de copas —les dije buscando mis llaves, no sé para qué, porque aquel portal siempre estaba abierto, joder.

Ambos me miraban. Bruno frunciendo el ceño y Martín con cara de no haber roto un plato en su vida. Habíamos hecho las paces a medias, porque hablar directamente no lo habíamos hecho. Yo estaba todavía muy mosqueada, sí, porque me pareció que Martín se había pasado por el forro nuestra amistad, por muy bebido que fuera. Aquello había sido indignante y sucio, no sé cómo describirlo bien, me hizo sentir sucia.

Entré, no sé ni cómo, de los nervios que llevaba encima. Di un portazo de aúpa, sin pensar que Sofía estaba en el salón y casi la mato del susto.

Acabé hablando con ella, de todo lo ocurrido, porque no podía más con toda esa mierda encima. Sofía me animó diciendo que todo pasaría, ya verás como sí. Pues pasan los días y no veo mejora, no sé cómo lo ves. Bruno, al principio, había tirado hacia Carla y Natalia, pero supongo que le habían aburrido porque solía desayunar solo en la barra, con la excusa de leer el periódico. Y a la hora de comer o se quedaba en la oficina o charlaba con Toni, supongo que de Andrea. Se habían hecho buenos colegas, y Toni y Andrea habían empezado a salir. Qué bonito es el amor, pensé. Para los demás, claro.

Aquellos días, había terminado refugiándome con los míos; mis padres y mi hermana. No les había explicado nada pero ellos sabían que algo me rondaba por la cabeza. Mi madre me lo había preguntado directamente e incluso había intentado saber si tenía que ver con el escritor, pero yo no había soltado prenda. No quería consejos ni sermones. Necesitaba que pasaran los días y como más rápido mejor. Quitarme de encima esa sensación de que me faltaba algo y empezar a ser yo de nuevo. Daniela, libre, feliz y caprichosa. ¿Era lo que realmente quería?

Sofía me dijo que lo primero que debía hacer era arreglar lo mío con Martín, no podíamos continuar con esas tiranteces. Muy mona ella, nos preparó el sábado una cena, para nosotros dos solos. Y después saldríamos a celebrarlo los tres, como en los viejos tiempos.

Martín y yo nos mirábamos, con toda la mesa puesta por Sofía.

— Empieza —le dije poco amable.

— Daniela —suspiró pesadamente—. Lo siento, te lo he dicho ya mil veces. Fui un imbécil, y se me fue la cabeza con la bebida.

— Me humillaste delante de una desconocida. ¿Qué soy para ti? ¿Un polvo, Martín?

— Sabes que no Daniela, eres mi mejor amiga y yo un capullo.

— De mucho cuidado, ¿sabes cómo me sentí? No entendí nada Martín, nada de todo aquello. ¿Desde cuándo nos tratamos así?

— Me equivoqué de habitación y al verte con esa camiseta...se me fue la cabeza. Creo Daniela que deberíamos cortar el tema sexo entre nosotros dos.

— Creo que eso está ya muy claro Martín.

— Ya me entiendes. No deberíamos mezclar las cosas. Daniela, estás muy buena. Tienes un cuerpo de infarto y encima eres mi mejor amiga. Y te quiero. Y yo soy un tío, y no puedo aguantarme las ganas de querer follarte en según qué momentos. Si sé que no puedo tocarte, será todo más fácil, ¿me comprendes nena?

— Sí —le dije analizando sus palabras—. Será lo mejor para todos.

— ¿Me perdonas? ¿De verdad? —se levantó y vino hacia mí.

Se puso de rodillas haciendo el tonto.

— Anda, levántate bobo —cogí sus manos y besó las mías.

— Nena, lo siento. Jamás querría hacerte sentir una mierda.

“No somos perfectos, todos la cagamos, yo, tú, él, ¡todos! Así que si vienen disculpándose que menos que aceptar esas disculpas y entender que el ser humano es torpe por naturaleza pero también noble. Cualidad que podemos destacar de los chicos, sí, sí, chicos hoy rompo una lanza a favor vuestro, aunque parezca increíble. Me gusta esa nobleza que os caracteriza porque veis las cosas con cero maldad (normalmente, siempre hay excepciones). Hago un llamamiento a las chicas para que aprendamos un poquito en ese sentido y que nos dejemos de putear entre nosotras. Ánimo *girls*.” @danielatuespacio.

Acabamos la cena diciéndole a Sofía que se sentara con nosotros, agradeciéndole el gesto. Más tarde salimos los tres por Madrid, primero a un bar dónde podías hablar con tranquilidad. Martín nos fue explicando anécdotas del curro y nos echamos unas risas. Después nos dirigimos hacia *El Huerto*, donde Sofía sabía que estaría Santi, quien había salido aquella noche con Toni. Al llegar, no los vimos así que pedimos una copa y nos pusimos a bailar los tres. Reímos, bailamos y saltamos.

Sonó Alaska y Dinarama con *Ni tú ni nadie* y los tres la cantamos como desesperados, entre risas y gritos: “dónde está nuestro error sin solución...”. Al finalizar la canción noté una mirada: Bruno, mirándonos con una cerveza en la mano. Lo miré unos segundos, borrando mi sonrisa, y pensé que esa canción nos iba que ni pintada.

Estaba con Santi y Toni.

— No tenía ni idea de que venía Bruno —me dijo Sofía al ver hacia dónde miraba.

— No pasa nada —le dije retirando mi mirada de él.

Saludé a Santi y Toni con la mano y Sofía fue hacia ellos. Me quedé con Martín en la pista, bailando e intentando no pensar en Bruno. Pero mis ojos traicioneros lo buscaban y nos fuimos echando alguna que

otra mirada. ¿Qué nos decíamos? Que nos seguíamos gustando, que nos atraíamos y que hubiéramos dado medio brazo por un beso.

Y sonó la canción, *Faded*, aquella canción iba a ser la CANCIÓN. La del beso. La banda sonora de Bruno-Daniela. Se me encogió el estómago y me dieron ganas de gritar, mucho y fuerte. Hubiera ido hacia Bruno, me hubiera puesto de puntillas delante de él y lo hubiera besado hasta quedarme sin aire, escuchando la letra de Alan Walker. En cambio, hice lo mejor que sabía hacer; huir.

Me fui al baño, y había una cola de mil demonios. Mejor. Así cuando saliera dejaría de escuchar la cancioncilla de marras. Mierda de sentimientos, mierda de agobio y mierda de querer algo y no poder tenerlo. Salí aireada y concienciada de que no pasaba nada, ya está. ¿Nada? Deja que me ría Dani, la cosa siempre puede empeorar, ¿no te lo habían dicho?

Santi y Toni estaban en la pista con Sofía y Martín. Y Bruno, en la barra, sonriente, con su cerveza en la mano y haciendo gestos con la otra, mientras hablaba animado con una chica. Pelo negro, larguísimo y boca roja pasión. Perfecto. Traga Dani, no te queda otra. Me obligué a no mirarlo más, a cortar esas miraditas. Si ya tenía a una chica a su lado, ¿para qué seguir haciendo el idiota? No escarmentaba, joder.

Aquella noche la cerramos en el *Huerto*, a las cuatro. Sofía se fue con Santi. Toni, Martín y yo compartimos un taxi. Y Bruno, desapareció. Supuse que con aquella tía porque no quise ni preguntar a mis compañeros de curro. No quería demostrar que me importaba ni un pelo, aunque no fuera así.

Cuando entré en mi cama, desnuda, sintiendo la suavidad de mis sábanas, sentí que algo había cambiado en mí. Me faltaba Bruno. Esa era la gran verdad. La gran putada.

El lunes ni lo miré ni lo saludé ni respondí con monosílabos. No existes Bruno. Creí que si algo se rompe puede rehacerse. Si yo me había colado por él podía volver atrás, volver a ser yo y dejar de sentir ese dolor de estómago cuando pensaba en él. Pero era una ingenua en el tema del amor, y lo que no sabía era que podía provocar el efecto contrario: querer desesperadamente estar con él, y él conmigo...

Estaba con Toni en el cuarto oscuro revelando unas fotos y era pleno verano. Yo llevaba la camiseta, como siempre, como un top y Toni a pecho descubierto, sin camiseta, pero a ninguno de los dos nos molestaba. Él, ahora, sólo tenía ojos para Andrea y yo, para el hermanito.

Llamaron a la puerta y Bruno entró cuando Toni le dio paso. Nos miramos en la penumbra pero yo seguí a lo mío. Ni caso Dani. Bruno quería comentarle unos datos que habían subido a la revista *on line* y estuvieron charlando sobre aquello un par de minutos hasta que el móvil de Toni sonó. Es el tuyo, le dije sin girarme. Toni respondió y salió de la sala para seguir hablando. Me giré y vi a Bruno mirándome, me giré porque no sabía si seguía allí.

Sala oscura, solos, calor. *Danger Dani*.

No hube acabado de pensar aquello que sentí sus manos en mi cintura. Uffff. No, no... pero no me moví. Subió con delicadeza y volvió a bajar. Temblé y estoy segura de que él lo notó. Debería haberle dicho que se metiera las manos en la bragueta pero no pude, no me salían las palabras al sentirlo detrás de mí.

El roce de sus labios acarició mi cuello y cerré los ojos a la vez que me mordía los labios para no gemir. Madre mía... Una de sus manos subió por mi pierna lentamente y apreté mis piernas sabiendo dónde iba ir a parar.

— Daniela...

Oímos a Toni que entraba despidiéndose por el teléfono y Bruno se separó de mí con rapidez. Apreté dientes y piernas, y seguí con el revelado. Bruno se fue después de aclarar el tema.

Debería haberle dicho, en frío, que no pusiera sus manos encima de mí pero la verdad, iba necesitada de él. De sexo. Llevaba de celibato desde nuestra pelea, no había tenido ganas de estar con nadie y había rechazado las llamadas de Damián. No me apetecía acostarme con otros. Hasta ese punto habíamos llegado... y aunque estuviera segura de que él sí lo haría, yo sabía que sería un sexo vacío, que no me llenaría como antes. Necesitaba tiempo, pensé, el tiempo dejará a un lado toda esta tontería y nos recuperaremos Dani, me repetía inocente de mí.

Al día siguiente, a mediodía, me crucé con Julen en la puerta de *El Café*; supuse que había venido a hablar con Sofía pero se había ido antes por un artículo.

— No pierdas el tiempo, Sofía no vendrá —le dije con retintín.

— Mira, si es Julen, el abusón —Bruno se plantó frente a él.

— ¿Qué eres, el guardaespaldas? —preguntó él sin miedo.

— Te crees muy listo, Julen, abusando de tu fuerza con una chica. Me parece que eso no es propio de un policía, no sé cómo lo ves tú.

— Perdona chaval, pero Daniela se estaba enrollando con otros, así que...

— ¡Mentiroso! —le grité yendo hacia él.

— ¿No te besabas con el gogo aquel, acaso? ¿O me vas a decir que no veo bien?

Bruno me miró fijamente.

— Él me besó a mí, tú ves lo que te da la gana, cerdo mentiroso —le respondí con rabia.

Aunque yo me enrollara con el local entero, él no tenía ningún derecho a besarme.

— Eres una zorra de mucho cuidado...

— Vigila esa boca —le amenazó Bruno—. Si vuelves a tocarla, vendré a romperte esa cara de desgraciado que tienes.

Julen se quedó de piedra ante el tono de Bruno y el resto de la gente pasó mirando a Julen.

— Iros a la mierda —dijo Julen yéndose.

— Ándate con ojo —le avisó de nuevo.

— No necesito que me defiendas Bruno —le acusé.

— ¿Los coleccionas? —Lo miré sin entender de qué hablaba—. Martín, el gogo y ¿cuántos más?

Me mordí la lengua y no quise responderle. Llegas tarde, pensé, no voy a darte ninguna puta explicación.

— Te lo habrás pasado bien a mi costa.

— Sí, claro, igual que tú el sábado.

Él tampoco dijo nada a mi comentario y entramos en *El Café*.

— ¡Nela! —la enana estaba con mi hermana en una mesa y con ellas el carrito donde estaba Lucas.

Vino corriendo hacia mí y la cogí al vuelo. Dimos un par de vueltas riendo.

— Hola Buno —le dijo ella porque él todavía seguía a mi lado.

Supuse que quería saludar a Lucía.

— Hola Lucía, ¿cómo estás? —se agachó a su altura y se dieron un abrazo.

— Bien, con mamá, allí —Rouse nos saludó con la mano.

Lucía lo cogió de la mano y pasaron por delante de mí. Me quedé pasmada viendo a Lucía con Bruno.

— Nela, ven —me pidió la enana y los seguí.

— Hola, Rosa, estás estupenda. ¿Cómo va todo?

Se dieron dos besos y seguidamente Rouse le mostró al pequeño durmiendo en el carrito. Y Lucía sin soltarle de la mano; curioso el buen gusto de mi sobrina.

— Está precioso —dijo Bruno admirando a Lucas.

La verdad era que tenía una carita muy bonita.

— Buno, el domingo lo... ¿cómo se dice eso mamá?

— Lo bautizamos —respondió mi hermana con cariño.

— ¿Quieres ir? —Le preguntó Lucía.

— ¡Ah sí! ¿Podrías venir, verdad? —preguntó mi hermana al aire mirando a Lucas.

No, ni hablar.

— Bruno no podrá, estará fuera —lo excusé yo con lo primero que se me pasó por la cabeza.

— Al final no es seguro que me vaya —me dijo con una mueca.

La madre que lo parió.

— Pues si no te vas, ya sabes.

Y lo dicho, que en mi casa éramos así. ¿Un bautizo? ¿Una boda? Qué más daba; dónde come uno comen dos y así hasta no acabar.

Al día siguiente, Santi nos dijo que quería montar una fiesta en su piso con los del curro porque el viernes era su cumpleaños. Todos lo aplaudieron por su gran idea y algunos nos ofrecimos a echarle una mano. Sofía se encargó de recoger el dinero para hacerle un buen regalo y ella misma lo compró: una raqueta de pádel que costaba trescientos pepinos, casi nada.

Aquella semana hubo una gran novedad en nuestro piso. Martín trajo a una chica a casa. No era de noche, ni estaban follando. Al llegar Sofía y yo de currar, el miércoles, los encontramos mirando algo en el ordenador, en la cocina, con un par de cafés y una caja de *muffins* de chocolate.

— Ehm, hola —saludó Sofía que entró la primera.

Me dio tiempo a darle un repaso a la chica. Alta, delgada y buen pecho, pelo moreno y cortado recto por el hombro, y ojos muy expresivos. Guapa, sí.

— Hola —les saludé.

— Buenas —nos saludaron los dos—. Ella es Eli.

Nos dimos los besos, nos presentamos y Sofía y yo desaparecimos de allí mirándonos con una sonrisilla cómplice. ¿Quién sería Eli? No habíamos oído hablar de ella.

Por la noche lo acribillamos a preguntas y Martín confesó que era una chica que le molaba, trabajaba con un amigo suyo y se conocían de coincidir en algún que otro bar. Aquella tarde, Martín había quedado con aquella panda y había empezado a charlar con ella. Al final se quedaron solos en el bar y él la había invitado a tomar un café en el piso. Estaban mirando por internet un grupo de música que les gustaba a ambos. Y poco más. Bueno sí, que habían quedado en verse el viernes, ¿te parece poco Martín?

Le informamos que nosotras estaríamos en la fiesta de Santi, que Sofía no volvería y que yo lo haría tarde. Para que aproveches el piso como quieras, le dijimos con gestos obscenos y nos echó del salón con lanzamientos de cojines.

Y llegó el viernes, y pasó la semana. Bruno y yo bajamos el tono de nuestros piques en la red pero seguíamos igual de mosqueados. Él creyendo lo que no era y yo por no pedirme una simple explicación en su momento. Bruno estaba marcado por su pasado, y aquella pillada en la cama de su ex la seguía teniendo en mente, por mucho tiempo que pasara, aquella imagen, aquella sensación no se le borraría jamás. Y yo, yo no tenía ni puta idea de llevar una relación, ni de empezarla, de modo que así seguíamos los dos. Con ganas de besarnos, de tocarnos, de tenernos, pero ignorando nuestros deseos.

Sofía y yo coincidimos en vestuario. Vestido corto, negro y de tirantes. Me reí al verla y le dije que ya me cambiaba yo de ropa. Me puse unos shorts muy cortos y ajustados y una blusa suelta y entallada en la cintura que dejaba al aire un hombro.

Llegamos las primeras, como no, y ayudamos a Santi con los últimos retoques. Su piso era grande pero acogedor. La mesa, abierta, estaba cubierta por un mantel oscuro y estaba llena de bandejas preparadas con canapés, tostaditas y cosas varias. En un lado del salón había colocado otra mesa, más pequeña, con un sinfín de bebidas y copas. Los refrescos los tenía preparados en la nevera, en la cocina. Había retirado los sofás para dejar espacio y la música sonaba a un volumen suave.

A la hora convenida comenzaron a llegar todos y los últimos en llegar fueron Bruno y Toni, quien nos enseñó un juego de cartas llamado *Glopss Game*, dónde en la caja había escrito: un juego que combina amigos, copas y diversión. Me sonaba el juego pero no lo había visto hasta entonces. Toni dijo que más tarde podíamos probar, que él había jugado con la versión *Glopss Yo nunca* y que se habían reído mucho.

— Pues probaremos —le dije a Toni divertida y Bruno me miró con una de aquellas miradas que podía derretir a cualquiera.

Después de picotear, beber, charlar y reír le dimos nuestro regalo a Santi. Le encantó, por supuesto. Le cantamos el cumpleaños feliz y comimos una tarta de nata que había preparado Toni. Joder con estos hombres, qué apañados ¿no? Estaba deliciosa y todas le dijimos que queríamos meterlo en nuestra cocina. Todas lo dijimos en broma, claro, excepto Diana que seguía mirándolo como si fuera un Dios.

Llegó el momento del juego, y aunque no todos querían jugar, al final no les quedó otra. Nos sentamos por

donde pillamos, sofás y suelo, con nuestra correspondiente copa. Yo me puse un vodka con lima, flojito porque no quería perder el norte. Además el juego aquel consistía en beber y no sabía cuánto, así que mejor curarse en salud.

Me senté entre Ruth y Toni, Sofía y Santi juntitos, evidentemente y Bruno rodeado de sus seguidoras Carla y Natalia, frente a nosotros. Natalia estaba remolona y supuse que quería aprovechar la ocasión para llevarse a Bruno a la cama, o donde fuera. Nos miramos unos segundos y él apartó la mirada cuando Natalia llamó su atención. Risas y coqueteos por parte de ella y cierta indiferencia por parte de él. Era un tío que sabía controlar sus emociones y eso me gustaba porque cuando las dejaba salir....telita marinera.

Toni nos explicó de qué iba el juego. Debíamos coger una carta del montón y leerla en voz alta. La carta indicaba lo que debías hacer y sino cumplías tocaba beber. En fin, que sobre la marcha iríamos viendo de qué iba el juegucito de marras.

La primera carta la cogió Santi, un honor para el cumpleaños. La cogió y la leyó concentrado.

— A ver, Sofía —la miró muy serio y todos nos quedamos esperando—. Me acuerdo de ti hasta cuando estoy cagando, cada pedo que me tiro es un beso que te mando.

Nos partimos la caja, todos, ella incluida. No podíamos parar de reír y Bruno y yo nos miramos. Cuando logramos parar Santi se explicó.

— Aquí pone, di algo gracioso. Si algún jugador se ríe, bebe éste. Si nadie se ríe, bebes tú —nos la mostró alzando las cejas y todo cogimos nuestra copa sonriendo.

Qué ingenioso, joder. En pocos segundos había soltado una buena y nos había hecho beber a todos.

Sofía fue la siguiente.

— Todos los jugadores debéis hacer el trenecito mientras cantáis la canción de la cucaracha.

Esta era fácil y nos pusimos uno tras otro y empezamos a cantar a pulmón. Nos dio la risa y la dejamos a medias. Pero valía, sí, sí, esta vez nada de beber.

— Todos los jugadores empezáis a beber. Puedes dejar de beber cuando quieras. El resto, solo pueden parar cuando el de su derecha pare —aquel era Enrique.

— ¿Cómo? —Le preguntó Ana.

— Pues que empezamos a beber todos y yo puedo parar cuando quiera, pero vosotros solo si deja de beber el de vuestra derecha.

Nos miramos entre nosotros. A la derecha de Ruth estaba Enrique, uff, suerte la mía porque si me tocaba esperar a que todos dejaran de beber me daba algo.

— ¿Se ha entendido? —preguntó Toni

— ¿Y si dejas de beber antes? —preguntó Diana, sabiendo que sería de las últimas.

— No puedes —le respondió él y todos nos quejamos.

— Venga, vamos.

Comenzamos a beber y yo procuré tomar mini sorbitos, dejando bajar solo un hilito de líquido. Enrique

se portó y dejó el vaso al poco, pero Ruth continuó bebiendo. La miré, jodida de ella, y entre risas dejé el vaso con lo que yo lo hice de inmediato. Pero Toni fue más cabrón y continuó un poco más. A medida que iban dejando las copas nos íbamos riendo por las caras que ponían los demás. Bruno se portó y también fue rápido en dejar de beber.

Lo malo de aquello era que beber así, subía a la cabeza y ya empezábamos a oír risas tontas por el salón.

— Tenemos que señalar con el dedo a la persona que creemos que...—Ruth esperó a que todos la escucharan— que dice todo lo que piensa. ¡Ya!

Yo señalé a Bruno y él a mí. El resto se repartió entre nosotros dos.

— Bueno, los que señalen al que tengo menos manos beben.

Mandaba cojones la cosa. Me tocaba beber porque yo me había llevado la mayoría de dedos y Bruno me sonrió alzando sus cejas.

Mi turno. La leí y apreté los labios riendo. Que aquello me tocara a mí...

— Yo nunca...he sido infiel.

— El que no haya sido infiel bebe —aclaró Toni.

Risitas, comentarios varios y la mitad del grupo cogiendo su copa. Yo la primera, sin pensármelo dos veces. Bruno me estaba mirando fijamente, mientras bebía. Quizás pensaba que sí le había sido infiel pero primero, no me había acostado con Martín, y segundo, que yo supiera, no teníamos una relación.

— ¡Me toca! —exclamó Toni— Veamos... —se rio al leer la carta—. Puedes escoger tres chicos y tres chicas, ponerlos de frente y conseguir que se den un beso. Sino, a beber todos.

Hubo un griterío ya incontrolable, como si fuéramos quinceañeros igual.

Toni lo tuvo claro rápidamente. Santi y Sofía. María y Enrique, Bruno y la menda lerenda, o sea, yo. Gracias Toni, te debo una, una hostia, claro.

— Vamos, cuñao —le animó Toni riendo.

— ¿El beso dónde? —preguntó Bruno medio riendo.

— A tu rollo —le dijo él—. Pero nada de mejillas ni besos castos —nos advirtió.

Bruno y yo nos pusimos uno frente al otro y nos miramos a los ojos.

— ¿Quién empieza? —me preguntó serio, como si aquello no le apeteciera.

— Tú mismo.

Bajó hacia mi boca y sentí que se me iba la cabeza solo con ese leve contacto. Inspiré fuerte y él contuvo la respiración. Nos separamos del mismo modo, mirándonos pero ésta vez, notando el deseo de ambos.

— Bien, bien, chicos —era Natalia separando nuestros cuerpos muy sutilmente para que nos sentáramos en nuestro sitio.

Toni logró el objetivo y pasamos la ronda sin beber.

Hubo más tarjetas, más risas y más copas en nuestros labios. La mayoría tuvimos que servirnos la

segunda. Y le tocó el turno a María.

— Puedo hacer cinco preguntas a cinco personas de sí o no. Si no decís la verdad, bebéis todos.

Un abuceo general, y María nos hizo callar.

— A ver, Toni, tú primero, —lo señaló riendo— ¿has hecho algún trío alguna vez?

Nos reímos todos y él negó con la cabeza.

— Carla, ¿estás colgada por alguien de aquí?

Todos rieron y yo pensé que menuda pregunta absurda, todos lo sabíamos de sobras. Lógicamente dijo que sí, sonrojada y riendo.

— Enrique, ¿has fantaseado con Daniela?

Silbidos y grititos pero todos poniendo la oreja para saber qué decía Enrique.

— Sí, ¿y quién no? —Ala, moreno, gracias.

Más risas.

— Bruno, ¿lo has hecho con alguna de nosotras?

Silencio en la sala.

— ¡A beber chicos! —dijo Bruno alzando la copa.

— ¡Ehhh! Quien calla otorga —le dijo Enrique.

— Un caballero no habla de esas cosas —le replicó haciendo una reverencia y nos reímos.

Mientras bebía lo miré y él hizo lo mismo.

— Me queda la última —dijo María divertida y todos resoplamos. No queríamos ser la diana de sus indiscreciones —. Daniela.

— Raro era que no me tocara —le dije y reímos todos.

— ¿Lo has hecho con alguno de aquí?

La miré levantando una ceja.

— Bebamos hermanos —respondí y reímos de nuevo.

— Así me gusta Daniela, con un par —cogió su copa y brindó con la mía—. Vamos chicos. Arriba, abajo...

— ¡Al centro y para dentro! —exclamó la mayoría.

Panda de borrachos, me reí. Dejé mi copa y Bruno y yo nos miramos.

Le tocó entonces a Carla.

— Verdad o beso. Tu mejor amiga debe escoger por ti.

Soltaron una risita entre ellas y Diana la miró sonriendo.

— ¡Beso, beso! Carla debes besar....a Bruno.

— ¡Con lengua, Carla! —le gritaron algunos y yo me acomodé para ver bien aquel beso.

Bruno me miró un segundo y yo le hice una mueca en plan: a joderse, amigo.

Carla se acercó y lo cogió del cuello. La mayoría reía y la animaba a hacerlo. ¿He dicho antes quinceañeros? Quizás no llegábamos a los doce en ese momento... En fin, el alcohol es lo que tiene.

Lo besó y le metió la lengua hasta donde pudo. Y a mí no me gustó nada verlos, esa es la verdad. Apreté mis labios, esperando que terminaran, y al final tuve que mirar hacia otro lado. ¿Era eso el amor? Que te dolieran las tripas al ver como se enrollaba con otra delante de ti. Pues no me agradaba nada esa sensación y no me levanté para irme porque pensé que se notaría demasiado. Ajo y agua, a joderse.

El grupito de Carla aplaudió cuando se acabó el beso y fue el turno de Bruno.

— Con los ojos vendados, toca los traseros del resto de jugadores y trata de adivinar de quién es cada uno. Tienes que adivinar por lo menos tres.

— Joder Bruno, qué suerte la tuya.

— ¡Mamón, comparte!

Y tonterías varias por parte de los chicos.

Vendaron los ojos a Bruno y nos pusimos en fila de espaldas a él. Reímos mucho porque Bruno no atinaba una: el culo de Toni lo confundió con el de Enrique, el de éste con el de Santi, el de María con el de Natalia y así sucesivamente. No le dejaban tocar demasiado para que no nos reconociera por la ropa que llevábamos. Me llegó el turno y me reí por dentro al notar sus manos.

— Daniela —dijo sin dudar y nos reímos todos, o casi todos.

Me cogió de la cintura y me rozó bailando la canción de Wisin and Yandel, *Algo me gusta de ti*. Yo alcé las manos y bailamos mientras todos comenzaron a bailar por allí como locos, siguiendo la canción: “tú y yo ohhh, sin que nadie nos vea, disfrutándonos...” Una fiesta en toda regla. Bruno se quitó la venda y acercó su boca a mi oído cantando.

— Hay algo que me gusta de ti, y ese algo me encanta, siento que eres necesaria para mí...

Me reí al oírlo. Mira que cantaba mal el tío. Pero era adorable, era Bruno, simplemente.

Bailaban todos con todos, dejándose llevar. Copa en mano y a pasarlo bien. Cuando terminó aquella canción, Santi subió el volumen y continuamos moviéndonos al ritmo de la música. Bruno era mi sombra o yo la suya, qué más daba. Bailamos juntos, entre nuestros compañeros. Sin decirnos nada y sonriéndonos. Sofía me miró y yo alcé mi copa. Vacía. Vaya.

— Te invito —dijo Bruno muy solemne cogiendo mi vaso.

Me reí por el comentario.

— Me escama tanto derroche, Bruno — le repliqué.

— Necesito un descanso, solo es eso, ya son treinta ¿sabes?

Lo miré de arriba abajo, dándole un buen repaso. Dudaba que pudiera cansarse con ese cuerpazo.

Bonito culo Bruno

Bruno me dio esa copa.

— Suave, para que no te sienta mal —dijo susurrándome al oído.

— Gracias, guapo —le dije bailando.

— ¡Eh chicos! ¡Natalia no ha jugado! —soltó Enrique gritando por encima de la música.

Era cierto, ella era la última y con el jueguito de los culos, nos habíamos puesto todos a bailar.

— ¡Venga, venga, que pringue como todo el mundo! —gritó alguien.

Le ofrecieron las cartas y ella escogió una. Santi bajó un poco el volumen para que pudiéramos escucharla.

— Quita una prenda a un jugador con los dientes.

Hablaron todos a la vez y yo miré a Bruno, sabiendo quién sería el afortunado. Natalia fue a por él, como una gata y Bruno me buscó con la mirada. Me aparté a un lado.

— ¡Bruno! ¡Bruno! —gritaron empujándolo hasta Natalia.

Ella se agachó, ni corta ni perezosa, y con la boca intentó quitarle el botón del vaquero, pero no pudo, claro. Todos gritaban y reían, y Bruno apurado, se apartaba en cuanto podía de la boca de ella. Supongo que aquello ponía caliente a cualquiera. Natalia se levantó y con sus dientes cogió la camiseta de Bruno y la fue subiendo mientras el personal silbaba y gritaba. Bruno siguió el rollo y a mí me quemaba algo por dentro. Ella terminó de quitarle la camiseta con las manos y todas vimos los suaves abdominales de nuestro compañero. Volvieron a silbar, esta vez las chicas. Yo simplemente sonreía con una mueca. Y Natalia quiso aprovechar la ocasión, como no. Con la música de Robin Thicke, *Blurred lines*, bailó pegada a Bruno, cogiéndolo del cuello y moviéndose sensualmente. La chica bailaba bien y el miembro de Bruno debía estar ya alterado, casi tanto como yo, seguro.

Cuando terminó la función, el grupo se dispersó y evité a Bruno, charlando con Enrique. ¿Por qué? Porque comenzaba a estar saturada de tantas sensaciones y de recibir una de cal y otra de arena. No estaba acostumbrada y me costaba tragar según qué cosas.

Salimos los dos al balcón y estuvimos charlando, de nada importante, pero me entretuvo un rato y dejé de pensar cinco minutos en Bruno. Que hiciera lo que le diera la gana. Que se las folle a todas, pensé. Joder. ¿Eran celos aquello? Lo eran, sí amiga. Madre mía, me toqué el estómago, como si estuviera embarazada y fuera viendo cómo mi cuerpo cambiaba a lo largo de aquellos nueve meses. ¿Qué coño estaba haciendo ese hombre conmigo?

Toni reclamó a Enrique y entramos hacia dentro. Bruno se lo pasaba bien, charlando y riendo con todos, y yo no iba a ser menos. Nunca me había comido tanto la cabeza como en los últimos días y todo por un error que no había sido ni siquiera culpa mía.

Me fui en busca de Sofía y Ruth, que bailaban como dos locas junto a Santi y Álex. Bruno y yo cruzamos nuestras miradas, una vez más. Era como el juego del gato y el ratón pero sin final.

La fiesta debía ir acabando porque era algo tarde para continuar con tanto ruido en el piso de Santi, así que nos propuso continuar en un pub que había a dos calles de allí. Recogimos lo que pudimos, rapidito y mal, y bajamos intentando no molestar al vecindario. Era complicado, porque entre que éramos una veintena y que habíamos bebido más de la cuenta...

Llegamos al *Silence*, de paredes oscuras, luz tenue mezclada con luces de colores que giraban y música a todo trapo que iba pinchando un muchacho muy joven.

Los del pub saludaron a Santi y charlaron mientras un camarero servía una ronda de chupitos. Observé el ambiente y lo típico: chicos y chicas bailando, riendo, charlando, besándose.

— ¡Vamos peña! —Santi nos fue pasando los chupitos y cuando lo oí, tuve claro que no me lo iba a tomar.

Después pasa lo que pasa, me dije.

— ¡Por Santi! —gritaron algunos y se bebieron el whisky mientras que yo daba un pequeño sorbo, muy pequeño.

Total, nadie se iba a enterar.

— Daniela, eso es trampa —el espía de Bruno, que lo tenía detrás.

Me cogió de la mano y se acercó mi chupito a sus labios. Lo sentí demasiado cerca y rocé sus labios con mis dedos. Ufff. Un sofoco recorrió mi cuerpo. Me hubiera girado y lo hubiera besado hasta con rabia, pero me quedé quieta, viendo mi vasito vacío y oyendo su voz cerca de mi cuello.

— No te preocupes, será nuestro secreto.

No era lo que decía, sino cómo... Este tío debía tener un máster en poner la voz más sexi del mundo.

— ¿Me ves preocupada? —al final reaccioné aunque sin saber bien qué decía porque me dejaba algo descolocada.

Al hablar, giré mi cabeza hacia él, con lo que nuestras bocas se quedaron muy cerca, peligrosamente cerca. Bruno seguía allí, junto a mi oído.

— Estoy seguro de que eres muy feliz, Daniela, con tus escarceos amorosos.

— Seguro que no tanto como tú y tu grupo de animadoras.

Bruno soltó una carcajada y yo seguí hablando, ignorando su sarcástica risa.

— El día que veas cómo me quitan la camiseta con los dientes, hablamos.

— He visto cosas peores —se refería a Martín en pelotas, claro.

— No voy a seguir hablando con un crío —le dije sin justificarme por eso, yo tenía la conciencia muy tranquila.

Y lo dejé plantado, con la palabra en la boca.

Habíamos intercambiado más frases aquella noche que durante la última semana. Frases y miradas, porque no dejábamos de mirarnos y de contradecirnos con los ojos. Era inevitable.

El alcohol corría por allí como si fuera agua y los de la revista estaban desmadrados, casi todos, porque yo había procurado controlar bastante y era consciente del pedal que llevaban, Bruno incluido. Algunos comenzaron a irse en taxi a sus respectivas casas. Eran las cinco de la madrugada y sólo quedábamos unos pocos: Sofía y Santi, Bruno, Álex, Ruth, Toni, Natalia y yo. Santi insistió en que volviéramos a su piso y fuimos a tomar la última.

Santi y Bruno prepararon las copas, mientras el resto charlábamos, reíamos y comentábamos alguna que otra anécdota de la noche. Estábamos sentados por el sofá, con la música flojito y procurando no liarla mucho a aquellas horas.

Bruno me pasó un vodka y se sentó a mi lado. Mira qué bien.

— Si no bebes, pagarás prenda —me dijo por lo bajini.

— ¿Me la quitas tú? —respondí con ironía.

— ¿Con los dientes?

Nos miramos fijamente, yo imaginando sus dientes en mi hombro desnudo y él sonriendo feliz.

— Oye Daniela, ¿mañana es lo de Lucas? —preguntó Sofía.

— No, pasado.

— Yo igual voy —dijo Bruno tomando otro sorbo.

— Sí, al cielo vas a ir tú —solté yo.

Bruno colocó una mano en el principio de mi espalda y lo miré frunciendo el ceño. Él sonrió, iba bastante borracho.

— Contigo al fin del mundo, nena —los demás se rieron por el comentario porque también iban finos.

Subió su mano por debajo de mi blusa y sentí otra vez aquel calor infernal. Apreté mis piernas. ¿Por qué no le decía que parara?

— Ese gesto me pone muy tonto, Daniela —lo dijo en un susurro.

— Esos secretitos —Toni se metió con Bruno.

— Shhhhh —replicó él.

— Voy al baño —dije escapando de sus caricias.

— No tardes —murmuró con su voz grave.

Joder con Bruno.

¿Qué haces Daniela? ¿Vas a consentir que te ponga las manos encima? ¿Sin más? No. No me daba la gana. Bruno iba bebido y se dejaba llevar. Muy bien, pero yo no iba a seguirle el rollo. Llevaba días queriendo esto pero no así.

Al volver del baño mi sitio había sido invadido por Natalia, y Bruno también. Ella estaba colgada de su

cuello y él le hablaba tan cerca que parecía que iba a besarla en cualquier momento.

Me acerqué a Sofía, que estaba hablando por los codos con Álex. Le dije que me iba y ella asintió con una gran sonrisa. Mañana nos vemos, le susurré y le di un beso. No me despedí de nadie más y me fui.

Llegando al piso, en el taxi, recibí una llamada de Bruno, pero pasé de cogerle el teléfono. Ahora te jodes tú, pensé. Pero vamos que de joderse poco.

Sofía llegó a mediodía, mientras Martín y yo preparábamos la comida y me cogió del brazo para llevarme a su habitación.

— ¿Qué pasa? —le pregunté preocupada al ver su cara de circunstancias.

— Al final se quedaron todos a dormir en el piso de Santi porque iban con una peana que no veas...

— Sí, lo vi —la corté y Sofía resopló—. ¿Qué, joder?

— Esta mañana Bruno y Natalia estaban en una de las habitaciones.

Bruno y Natalia, resonaba en mi cabeza.

— Ella desnuda, él no lo sé.

— ¿Qué quiere decir que no lo sabes?

— Bueno, iba sin camiseta, y el resto lo cubría una sábana.

Qué más daba; Natalia estaba en pelotas con él, en una cama.

— ¿Algo más? —pregunté apretando mis labios.

Dolía, dolía dentro y no sabía bien qué hacer con aquel dolor.

— No, creí que debías saberlo...

Qué putada, colarme por un tío así. A la mínima de cambio ya tenía a una tía en su polla. La del sábado, Natalia y vete a saber cuántas más. Y yo de monja. De coña, Dani.

— Necesito que me cambies las vacaciones, Sofía.

Me miró sorprendida. Ella las cogía en una semana y yo después, coincidiendo con Bruno. Si Sofía me hacía ese favor, podría estar veinte días sin verlo. En veinte días iba a volver a ser yo, me lo juré en aquel momento.

— Está bien, no me importa, no tengo nada planeado y Santi las coge en septiembre.

— Gracias, ¿se lo pasó bien ayer? —intenté cambiar de tema.

— Daniela, ¿estás bien? —preguntó preocupada.

— Lo estaré, tú tranquila. Solo es un tío.

Sí, pero no uno más.

El domingo fue el bautizo de Lucas y me olvidé de Bruno y mis movidas con él. Mi hermana no comentó

nada de él y se lo agradecí mentalmente. Fue una pequeña fiesta donde el protagonista se pasó la mitad durmiendo y la otra mitad bebiendo del biberón. Hice algunas fotos muy buenas y me reí mucho con Lucía, quien posaba para mí como si fuera una *top model*. Esta enana...

Por la tarde regresé sonriente al piso, hasta que al pasar por el *Jamaica* la voz de Andrea me detuvo.

— ¡Daniela!

— ¡Andrea! ¿Qué tal?

Nos saludamos cordialmente y me comentó que estaba esperando a Toni, que habían quedado en aquella cafetería.

— ¿Te apetece un capuchino? —preguntó sonriendo y no pude negarme.

— Cinco minutos y me voy, que estoy agotada. Ir a un bautizo es peor que... —no seguí la frase al ver a Bruno en la mesa, concentrado en unos papeles—. Mierda —murmuré para mí.

— Peor que hacer una maratón, lo sé —terminó Andrea la frase por mí—. Bruno, mira a quién me he encontrado —le dijo ella con retintín.

Clarísimo: Andrea estaba al tanto de nuestra situación y quería hacer de Celestina. Otra que lo llevaba crudo.

Él me miró parpadeando y yo me senté sin saludarlo. Con Natalia, so mamón, ya te vale...

— ¿Qué tal Daniela? —tuvo los huevos de preguntarme mientras Andrea pedía a una camarera que pasaba por nuestro lado.

— Vestida, quiero decir, bien, gracias.

Me miró sin entenderme.

— Ahora mismo te traen el capuchino —Andrea se sentó delante de mí, al lado de su hermano.

— Gracias, oye Andrea, ¿y qué tal con Toni?

Quise centrarme en ella para no tener que cruzar una palabra con él, y lo conseguí porque Andrea comenzó a explicarme maravillas de mi compañero. Yo iba asintiendo, con una sonrisa por verla tan feliz. Me alegraba por ella, a ver si Toni lograba que Andrea volviera a creer que los hombres no son unos monstruos (o no todos).

Pero Andrea, que era cabezota de familia, insistió en que entre Bruno y yo surgiera algún tipo de conversación.

— Daniela, ¿sabes que viene Moccia a visitar a Bruno?

— Ah no, no lo sabía.

— ¿Cuándo viene? —Le preguntó Andrea a su hermano.

— En un par de semanas, durante nuestras vacaciones.

— Tus vacaciones —le dije sabidilla y sin mirarlo.

— ¿No tenemos los mismos días? —preguntó extrañado.

— He hecho un cambio —lo miré, con rabia.

— Ya, ¿y lo sabe Jaime? Porque fue él quien dijo que tú y yo debíamos coincidir por el tema de la revista *on line*.

Sí, lo sabía, pero esperaba que Jaime fuera misericordioso.

— Siempre pueden poner a otra —aquello era una indirecta en toda regla y Bruno me miró poniendo los ojos en blanco.

— Poder pueden, pero quizás yo no quiera —dijo volviendo a sus papeles.

¡Dios! Me superaba ese tono de superioridad.

— Me importa una mierda lo que tú no quieras —le solté cabreada y Andrea me miró abriendo los ojos—. Perdona Andrea, pero tu hermano me saca de mis casillas.

— Porque vas mal follada —dijo por lo bajo mientras escribía.

— ¡Ey!, Bruno, no te pases... —le advirtió Andrea.

— Cosa que no se puede decir de ti, que vas sobrado, ¿no?

— ¿Tienes algo que decir Daniela? —me miró de nuevo, esperando.

— Sí, claro. Que me he equivocado contigo, simplemente —se lo dije tranquila, levantándome con calma—. Andrea, nos vemos.

No sé para qué discutía, no sé qué quería encontrar, no me valía la pena y ahí estaba, peleando de nuevo con él.

El lunes, nada más llegar, le pedí el favor a Jaime, no le expliqué las razones, pero sí le dije que era importante para mí, que lo necesitaba a nivel personal y que si me decía que no, lo entendería. Posiblemente era la primera vez que Jaime me oía hablar de ese modo y también la primera que yo le pedía algo. Y me lo concedió.

El martes estaba el cambio hecho y en cuanto Bruno lo vio, preguntó.

— Planes alternativos —le respondí tecleando en mi ordenador.

— ¿Sola? —insistió en saber.

— No es cosa tuya, Bruno, somos compañeros, y no llegamos ni a amigos. Hemos follado, muy bien, pero no creo que vayas preguntando a todas las que te follas de la redacción si vamos solas de vacaciones. Así que déjame en paz.

Seguía cabreada, por supuesto. Me jodían dos cosas básicamente. Que él fuera capaz de tirarse a otras, y la segunda, que yo no.

— Parece que me haya follado a medio barco —su tono irónico me superaba.

— Voy a pedirte una cosa Bruno, solo una —me miró con interés—. De aquí al viernes, no me dirijas la palabra.

Me puse los cascos y di por terminada la charla. Me quitó uno de los cascos de un tirón.

— No entiendo ese cabreo, ¿me he perdido algo?

Esa vez fui yo la que me reí sarcásticamente. Te has perdido entre las piernas de Natalia cabrón. Olvídame.

Durante el resto de la semana volví a evitarlo como si tuviera la peste, a ignorarlo en las conversaciones y a pasar de él como si no existiera. No dejé de ir a desayunar o a comer con mis compañeros, pero rehuí de él.

Quien no dejaba de perseguirlo era Natalia, quien supongo quería repetir, si no es que habían empezado algo, claro. Y el viernes a mediodía, en *El Café*, estalló la bomba...

— Daniela, ¿has mirado el WhatsApp? —preguntó Sofía dándome un codazo.

— ¿Qué pasa? —preguntó Toni a mí lado.

— En el grupo del curro, Carla ha colgado una foto...

¿Una foto? ¿Y qué? En ese grupo siempre se estaban colgando fotos y paridas de aquellas que circulaban por la red.

Toni cogió su móvil, abrió el WhatsApp y de reojo vi la foto. Dos personas en una cama, tumbados y ella desnuda. ¡La hostia!

— ¡Joder! —exclamó Toni.

— ¡Carla! —exclamó Bruno con el móvil en la mano.

La mesa entera la miró y ella como si no hubiera roto un plato.

— ¿Qué cojones es esto?

Murmullos en la mesa y todos sacando el móvil o mirando el del vecino. Me crucé de brazos para disfrutar de la función. Supuse que no todos sabían que aquellos dos se habían acostado juntos. Mmm, saborear la venganza... y además me la ofrecía mi archi-enemiga. Perfecto.

— Bruno, cariño, una foto muy mona del trasero de Natalia, o ¿no lo ves?

Todos le rieron la gracia, yo incluida.

— ¿Quién hizo esta foto? —preguntó Bruno cabreado y nadie habló.

A ver, solo podían haber sido unos pocos pero supuse que si no salía el culpable, nadie acusaría al resto. Éramos colegas y entre colegas uno no se putea. Y total, era una foto con el culo de Natalia, a la que muchos no tragaban. A Bruno no se le veía nada, aparte de su ancha espalda y la forma de su duro trasero.

Si la foto había llegado hasta Carla, supuse que había sido Álex o quizás Ruth, no podía ser nadie más. Toni se lo hubiera dicho y parecía no saber ni que Bruno había estado en la cama con ella. Sofía y Santi tampoco, sino yo hubiera visto esa foto mucho antes.

Bruno me miró unos segundos, esperando mi cara de sorprendida o de enfadada, no lo sé.

— Bonito culo —le solté como si nada y todos rieron—. Gracias por compartir, Carla.

Mi tono tranquilo puso a Bruno en alerta y entendió que yo ya sabía algo del tema. ¿Pero acaso no lo

esperaba? Estaba Sofía por allí, joder.

— ¿Y se puede saber qué coño haces conmigo en la cama? —preguntó Bruno alterado a Natalia.

Callamos todos, y yo lo miré sorprendida, esta vez sí.

Natalia enrojeció como un tomate y balbuceó no sé qué. Algo así como no me acuerdo...

— Pues yo sí me acuerdo Natalia, y cuando me metí en esa cama, estaba solo.

Sofía me dio otro de sus codazos y yo cerré la boca de la sorpresa. ¿¿Solo??

— Pues Bruno, en la foto parece... —empezó a decir Carla con su tono de repipi.

— Carla, me parece lamentable que la rabia te lleve a hacer este tipo de cosas —Bruno se levantó de la mesa y nos miró a todos—. Sois una panda de hipócritas.

Y se fue. Cabreado con todos nosotros.

— ¿Se levantó primero Natalia? —le pregunté a Sofía, sabiendo la respuesta.

— Sí, mucho antes.

Vaya, vaya, aquella petarda se había metido en su cama y él sin enterarse. Lógicamente me alegré de que no fuera verdad. Mucho.

Cuando llegamos a la redacción, Bruno estaba en el despacho de Jaime.

— Este tío es capaz de irse —dijo alguien entrando.

¿Irse?

Bruno salió al cabo de una media hora y se sentó para cerrar su ordenador y largarse sin decir nada a nadie, ni a Toni, quien sabía que no haría jamás algo así y menos al hermano de su chica.

Me dieron ganas de levantarme y no sé, darle un achuchón fuerte y decirle vamos, ha sido una tontería, no hagas caso que en dos días nadie piensa en ello. Pero me quedé sentada, viendo cómo se iba. Y no lo iba a ver en muchos días.

Por la noche le explicamos el cotilleo a Martín, durante la cena y flipó, qué menos. Sofía se disculpó conmigo, diciendo que había juzgado demasiado pronto a Bruno, que ni se le había pasado por la cabeza que a la tonta de Natalia se le ocurriera hacer algo así.

— Bueno Daniela, has hecho lo mismo que Bruno cuando me vio en pelotas —soltó Martín como si nada.

— Sí, claro, igualito.

— Parecido —reconoció Sofía—. Y yo he sido la primera en creerlo.

— Da igual, si no es esta, será otra.

— El sábado aquel se fue solo Daniela —dijo Sofía como si se acordara de algo de repente.

— ¿No se fue con aquella? —pregunté extrañada.

— No, me dijo Santi que se fue agobiado y solo.

Martín y Sofía me miraron.

— ¿Qué?

Joder, ni con una ni con la otra. Y yo con un cabreo de dos pares.

— A ver, si estaba con una tía y desaparece, ¿qué queréis que piense?

— A ver, si estás con Martín en pelotas, ¿qué quieres que piense?

Jodida Sofía.

— Vale, ya está.

— Sí, señorita Sánchez —Sofía me nombraba así cuando yo no quería entrar en razón.

“Ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos, ¿cuántas veces hemos oído esa frase? Y es muy cierta. Juzgamos sin saber o sin querer saber. Nos ahorraríamos muchos enfados y malos ratos simplemente preguntando, pero da la impresión que nos gusta el mal rollito y que ser una *Drama Queen* está de moda. Vamos a darle la vuelta a la tortilla, chicas. ¿Qué algo te molesta? No lo calles. ¿Qué dudas de que miente? Dilo. ¿Qué no lo tienes claro? Pregunta. Y me da igual si es mi pareja, mi amiga del alma o el vecino de enfrente. Seguro que nos va mucho mejor. Recordad: hablando se entiende la gente.”
@danielatuespacio.

Y sí, vale, me había equivocado, pero él se había equivocado primero conmigo y ni siquiera se había planteado que podía haber sido un error. Así que no había más que hablar. Ahora tenía por delante unos días de vacaciones, en los que iba a desconectar al cien por cien. Ya me había buscado plan, evidentemente. Un grupo de amigos habían planeado pasar unos días en la montaña, yendo de albergue en albergue. Una semanita de aire puro me iría bien. Y así fue. Porque cuando llegué a Madrid, me sentía fuerte, con ganas de comerme el mundo de nuevo y segura de mí misma.

¿Sobre Bruno? Había asimilado que seguía en algún rincón de mi mente, pero dejar de verlo constantemente era lo que necesitaba para que no fuera el protagonista de mi universo. Estaba segura de que con un par de semanas más, lo vería como un compañero, al que me había tirado, sí, y con el que podría haber tenido algo más, vale, pero ahora ya no era lo principal en mi cabeza.

Incluso, allí en la escapada, me había acostado con un chico. No había sido para tirar cohetes, pero por algo se empezaba. A parte que, hacerlo detrás de unos baños, con el culo helado, no era la mejor opción.

El fin de semana antes de currar, concretamente el sábado, cené con Martín, Eli y Sofía. Eli, la amiga de Martín, era cachonda por naturaleza y nos reíamos con ella una barbaridad. No le pregunté a Martín si ella sabía algo de lo que había pasado entre nosotros, pero si lo sabía parecía no importarle, porque me tenía un cariño especial, como si el cariño de Martín la llevara a acercarse a mí. Me gustaba, mucho, y me gustaba la idea de que Martín estuviera con una chica como ella.

— Vamos Martín, sácanos un poco ¿no? Nos tienes aquí encerradas con tu delantal de flores —Eli lo besuqueó y yo me reí por sus palabras—. Daniela, ¿salimos?

— ¿Los tres? —pregunté.

— Solas no os dejo ni “jartovino”.

Nos reímos con él y nos fuimos a *Somnis*, aprovechando que tenía el pase vip que me había dado Bruno

en su día, y animamos a Sofía y a Santi a ir con nosotros.

Al entrar, sin poderlo evitar, me acordé de Bruno y le pregunté a Sofía por primera vez. Ella no había hecho ningún comentario sobre él por orden expresa mía. Le pregunté si ya se le había pasado el mosqueo de la foto, de aquello ya hacía más de una semana y Sofía me dijo que el lunes mismo Álex le pidió un millón de disculpas por hacer la foto. Se excusó diciendo que la hizo por hacer el tonto. Bruno lo perdonó. El resto, también fueron hablando con él: Natalia por meterse en su cama, Carla por ser tan vengativa y los demás por el cachondeo. Total, que las cosas habían vuelto a su cauce y la calma había vuelto a la redacción.

— Pero creo que te echa de menos —me dijo dando un sorbo a su gin-tonic.

— ¿Qué dices? —no sabía si había oído bien.

— Sí, chica, está como apagado. No sé. Santi y Toni dicen que le faltas tú. Y Toni...sabe cosas, ya sabes por quién.

La miré pensando que me gustaba lo que oía pero debía quitarme de la cabeza a Bruno.

— Bueno, a ver si cuando volvamos a currar juntos, las cosas están mejor.

Quería estar bien con él, a ver, no en el sentido que me gustaría realmente, pero al menos poder tener una conversación normal, sin puyas ni cabreos. Y yo sabía que el tiempo jugaba a mi favor porque yo era de las que a medida que pasaban los días, iba dejando de lado mi enfado.

Esperaba que él también volviera del mismo modo.

Qué peligro tenemos

Comenzó a sonar una canción cañera, y Eli y yo subimos a una de las tarimas para mover el esqueleto y cantar lo que nos echaran.

— ¡Daniela, mira ese tío! Cómo está el amigooooo —me reí pero no vi dónde me decía.

— Cómo no hay tíos aquí —le hablé más cerca.

— Al fondo y a la derecha —dijo riendo.

— ¿En los baños? —reí yo también.

Joder, eso me hacía falta. Juerga sana. Diversión. Risas. Amigos. Aquello era lo que a mí me llenaba de energía.

— No, Daniela, estás cegata. Mira mi dedo —y me acerqué a ella, dejando de bailar.

— A ver, apunta —le dije riendo.

— Ese —seguí la dirección hasta ver a...

Fede, Rafa, Julio y Bruno, como no, al que Eli señalaba. Le bajé el brazo de un manotazo pero no llegué a tiempo porque Bruno nos vio. Me miró, alzó su copa hacía mí a modo de saludo y no sé por qué, le hice una reverencia de las que él solía hacer, como en la edad media. Sonrió y yo hice lo mismo.

— Ay la leche, Daniela, ¿quién es?

— Un compañero de trabajo; Bruno —le dije dando la espalda al susodicho.

— Te lo has tirado —soltó señalándome.

— Un poco —le confirmé y nos reímos como dos gallinas.

Bajamos de la tarima y nos reunimos con Martín, Sofía y Santi.

— ¿A quién saludabas? —preguntó Sofía.

— A Bruno —respondí—. Está con sus amigos, al fondo a la derecha.

Eli y yo volvimos a reír.

— Qué peligro tenéis —dijo Martín.

— Nada que no sepas, enano —le repliqué riendo.

— Martín, si somos ingenuas e inocentes —Eli nos cogió a Sofía y a mí y las tres los miramos aleteando nuestras pestañas.

— Daniela —me sorprendió gratamente oír a Bruno a mi espalda.

Presentamos a los desconocidos y yo saludé a los amigos de Bruno. Rafa, me miró con cariño. Martín y Bruno evitaron saludarse aunque Bruno observó que Eli abrazaba a Martín por la cintura.

— ¿A punto para las vacaciones? —le pregunté a Bruno queriendo romper el hielo con él.

Yo empezaba el martes a currar y él sus vacaciones de diez días.

— Sí, ya me tocan. ¿Tú qué tal? Te veo más morena.

— Sí, he pasado unos días en la montaña, con unos amigos —Le hablaba pero intentando no fijar mi mirada en la suya. Temía quedarme atrapada—. ¿En la revista todo bien?

Me sentía rara, qué decir.

— Sí, todo tranquilo. Se nota que faltáis algunos por allí.

— Claro, normal.

— ¿Así que Martín tiene novia?

Me sorprendió el cambio de tema pero Bruno era así.

— Novia...no, de momento son amigos, ya me entiendes. Ella es muy maja y divertida —dije pensando que haría buena pareja con Martín.

— Ya os he visto en la tarima...

— Te señalaba porque...bueno, porque ha dicho que estabas bueno. Cosa que ya sabes de sobras.

Sonreímos, como si apenas nos conociéramos, jolines, ¿qué era esa timidez? Quise suponer que era la calma después de todas las tormentas que habíamos pasado. El sosiego. La tranquilidad.

— Vaya desilusión, creí que me señalabas tú, diciendo: ese es el tío con el que yo me casaría.

Lo miré abriendo más los ojos y soltamos los dos una buena carcajada.

— Anda Bruno, que me da un vahído de esos, no hables de boda.

— Boda, amor, purpurina rosa...

— Si me sale urticaria será por tu culpa.

Estábamos de cachondeo, por supuesto.

— Si quieres hablamos de nosotros...

¿Nosotros?

— ¿De que me echas de menos? —le pregunté bromeando pero Bruno me miraba serio.

Se acercó a mi rostro, a cámara lenta, o eso me pareció a mí.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó con su voz sensual.

Y entre sus ojos, su tono y sus palabras me quedé sin habla. Mirándolo como una quinceañera. Se acercó a mis labios y habló casi tocándomelos. Para cualquiera que nos viera nos estábamos besando, pero no era así.

— Daniela...no puedo dejar de pensarte...así que o lo tomo o lo dejo, ¿verdad?

Sentí su mano en mi pierna y la otra en la cintura. Me acercó a él y noté su calentura. Madre mía.

— ¿El qué? —pregunté intentando parecer tranquila.

— A ti —su mano subió despacio por mi pantorrilla hasta desaparecer bajo mi falda.

Bruno daba la espalda a nuestros amigos, con lo cual quedaba escondida tras él pero me puso nerviosa que me tocara de aquel modo tan cerca de ellos.

— Bruno... —quería decirle que parara y que continuara, todo a la vez.

Iba necesitada de él, hacía demasiados días.

— ¿Qué quieres? —se atrevió a subir hasta encontrarse con la tela suave de mi tanga y me estremecí al sentir cómo sus dedos exploraban la zona.

Lo cogí también por la cintura, con fuerza, intentando controlar la excitación que sentía con sus caricias. Repentinamente entró uno de sus dedos y apreté mis dientes para no gemir. Escondí la cabeza en su pecho y Bruno me habló al oído.

— Daniela...siempre mojada para mí...si pudiera bajaría aquí mismo y te comería entera...despacio... hasta que gritaras mi nombre...

Joder. Su voz sumada a su dedo en mi interior me llevaba a desearlo con locura, tanto que se me fue la cabeza.

— Vámonos —le rogué.

— ¿Irnos?

— Sí...

— Estás con tus amigos —su dedo me acariciaba con lentitud.

— Bruno...

Me daba igual. Yo solo quería sentirlo dentro, arriba, abajo, como fuera. Lo anhelaba.

— Mírame —me ordenó con voz grave y detuvo sus caricias.

Nos miramos traspasándonos, él mordiendo su labio inferior y yo apretando los míos.

— Ahora venimos —le oí que le decía a quien tuviera detrás y me cogió de la mano para cruzar la discoteca.

Me dejé llevar, sin preguntar. Solo veía su espalda, ese objeto de deseo que me arrastraba hacia dónde le daba la gana porque yo estaba sometida a su voluntad. Joder Bruno, fóllame, donde sea, en la esquina de la calle, en los baños, en un portal, donde podamos.

Me llevó hacia el parking oscuro, hacia su coche, con paso acelerado, como si nos persiguiera alguien. Nada más entrar, nos buscamos los labios con un ansia exagerada, como si nos lo hubiera prohibido alguien hasta entonces. Nuestras lenguas se enredaron, dentro y fuera de la boca. Mordiscos y besos succionando los labios del otro. Choque de dientes que indicaba el hambre que nos teníamos. Nos

besamos un buen rato hasta que uno de los dos se atrevió a poner una mano en el cuerpo del otro y entonces fue una cosa tras otra. Caricias en la piel. Caricias en nuestros sexos. Bruno se bajó un poco los vaqueros y yo me subí la falda. Me senté encima de él cuando se hubo puesto el preservativo. Él cogió con fuerza mi cintura y yo su cuello, y empezamos a movernos en sincronía, gimiendo y nombrándonos: Bruno...Daniela...

Fue un desahogo, en toda regla. Un aquí te pillo aquí te mato. Lo que se llamaba un “kiki” años atrás, un rapidito. Pero fue intenso, como todo con Bruno. Sentí llegar el orgasmo y recordé lo mucho que me gustaba follar con él, lo que me hacía sentir, lo explosivos que eran los orgasmos con él. Nada que ver con otros.

— Dios, Bruno...

— Sí, nena, sí...

Me corrí llamándolo una y otra vez mientras Bruno iba besándome en la boca. A los pocos segundos sentí cómo se iba y cómo decía mi nombre entre gemido y gemido. Uffff. Lo abracé con fuerza y hundí mis labios en su cuello. Me abrazó del mismo modo. En silencio. Sintiendo mi respiraciónacompañarse con la suya. Dejando que nuestros cuerpos se calmaran después de aquel reencuentro increíble. Lo miré a los ojos y él se humedeció los labios.

— Deberíamos volver —dijo con su media sonrisa.

“Deberíamos volver”, me supo a poco. ¿Qué esperaba?

Nos vestimos y, sin apenas decirnos nada, volvimos con nuestros amigos. No hubo comentarios ni preguntas, ya éramos grandes para según qué tonterías. Era evidente qué había ocurrido. Un polvo rápido, un polvo que me había dejado un mal sabor de boca. ¿Por qué? Si aquello era lo que yo siempre había querido.

El domingo, me levanté casi a mediodía, igual que Martín y Eli. Sofía llegó algo más tarde y comimos los cuatro. Me preguntaron si había ido a hacer calceta con Bruno y los mandé a paseo riendo. No les comenté más, ni que algo me rondaba por la cabeza. Después siesta en el sofá, aunque ahora era Eli quien estaba con mi amigo, cosa que no me importaba, al revés, me gustaba ver a Martín más relajado y feliz. Más tarde bajé con Sofía al *Jamaica* para tomar el café.

— Daniela, Julen sigue insistiendo en vernos, en querer hablar conmigo y en que le dé otra oportunidad.

Resoplé mientras daba vueltas a mi capuchino.

— Está como obsesionado —le dije pensando en él.

— No sé lo he dicho a Santi porque no quiero que vaya a por él, pero me escribe casi a diario. Si no es por el móvil lo hace por mail o por Facebook.

— ¿Tanto? —Pregunté alarmada.

— Sí, hoy mismo otro mensaje. Y he ido mirando las fechas y primero eran esporádicos, pero va a peor la cosa.

— Joder Sofía ¿y qué vas a hacer? Quiero decir que no puedes dejarlo pasar, esto es acoso...

— Bueno Daniela, tanto como acoso...

— Pues ¿cómo lo llamas tú a eso?

— A ver, en parte lo entiendo...

— No —la corté sabiendo por dónde iba a ir—. No lo justifiques porque no es defendible. Nunca —le dije muy seria.

— Ya lo sé pero para mí Julen es...Julen ¿entiendes? Hemos estado muchos años juntos y lo conozco, y sé que esto lo hace porque está desesperado.

— ¿Y qué? Me da igual lo desesperado que esté. Es un gilipollas de mucho cuidado y deberías buscar la manera de cortar con esto.

— ¿Y qué hago? ¿Lo denuncio? Me parece exagerado...

— Pues después pasa lo que pasa, Sofía.

Me miró mosqueada.

— Perdona Sofí, no quería decir eso, es que me pone nerviosa ese tío y no sé, me da mala espina. Aquel día vino diciendo que había quedado contigo y es que tendrías que haberlo visto; ofendido y todo porque lo habías dejado plantado. Joder, y era todo mentira. Es que no dudó ni un segundo.

— Lo sé, a veces no lo reconozco.

— Ni yo, porque está muy raro y no es normal todo esto que hace. Y menos siendo policía, joder, que se le va la pinza.

— ¿Y si cedo y hablo con él? No sé, en un lugar público, o en el piso, con vosotros otra vez...

— No sé, tú sabrás, pero piensa si realmente va a servir de algo porque si no te veo quedando con él cada equis tiempo para dejarle las cosas claras. Y ya tenemos una edad para entender según qué.

— Sí, es verdad, ya le dije todo lo que teníamos que hablar pero no sé qué hacer...

Suspiramos las dos, pensando qué podía hacer con Julen. ¿Denunciarlo? Sofía no quería meterse en ese embolado. Tampoco quería meter a nadie por medio, como podría ser Santi o incluso Martín. Hablar con él no iba a servir de nada. La única solución era ignorarlo y dejar que pasara el tiempo. El tiempo lo cura todo, dicen, o casi todo. El móvil nos interrumpió.

— Es Julen — me dijo seria.

— Pásamelo —le ordené y Sofía no dudó en dármelo—. Hola Julen... Sí, soy Daniela...No, Sofía no puede ponerse ahora...No sé si eres imbécil o te lo haces...Sí, claro lo que tú digas...Que te folle un pez

—Y le colgué porque empezaba a desvariar.

— ¿Qué...qué quería? —Sofía estaba nerviosa.

— Hablar contigo y cuando le he dicho que no podías, ha empezado a insultarme.

Yo aproveché el momento para intentar explicarle lo más suavemente posible a Sofía lo que me había ocurrido con Julen. Al principio se mosqueó un poco pero entendió que no quisiera meterle más miedo en el cuerpo. ¿Y ahora por qué me lo cuentas? Porque prefiero que juegues bien, con todas las cartas

descubiertas Sofía, y ella lo entendió a la primera.

El lunes, que era mi último día de vacaciones lo aproveché para estar con mi familia. Primero visité a mis padres y después a mi hermana y sus retoños, con los que comí y pasé parte de la tarde. En su casa se estaba de vicio, la verdad, y con Lucía jugué a todos los juegos habidos y por haber.

Y el martes a currar y con ganas ya. Un martes no es un lunes, eso lo primero. También tenía ganas de ponerme al día, de escribir, de investigar, de hacer fotos. De sentarme en mi silla con mi ordenador. Pero cuando lo hice noté que a mi derecha había un gran vacío: no estaba Bruno, aunque cuando abrí uno de mis cajones vi un *post-it*.

“Buen retorno Daniela, nos vemos en diez días (o antes, vete a saber). Te dejo en el otro cajón unos papeles para que me des tu opinión. Un beso”

Vaya...volví a leer la nota y sonreí. Seguidamente abrí el otro cajón y cogí unos papeles encuadernados. Lo abrí con curiosidad pensando que sería algún tipo de artículo. *No, gracias* de Bruno Abreu. Pasé la página. “Capítulo 1. Doña Berta”. Comencé a leer con rapidez... ¡Joder! Era su nueva novela. Pasé las páginas para comprobarlo y sí, había tres capítulos más. Lo miré como si fuera un tesoro que había encontrado y sonreí ampliamente.

Me gustó, me gustó ese detalle, mucho. Que me pasara los primeros capítulos y pidiera mi opinión me enorgullecí. Aquella misma tarde me pondría a ello aunque lo primero que hice fue mandarle un mensaje vía WhatsApp.

“Sí, gracias, lo leeré hoy mismo”

Contestó al instante y primero puso unos emoticones riendo porque había pillado, como no, el chiste del “sí, gracias”.

“Sé crítica. No te cortes”

“No suelo cortarme”

“Lo sé, eres muy expresiva”

Uy, uy, ya no sabía de qué hablábamos, pero yo ya imaginaba otras cosas, como las del sábado en su coche,

En el trabajo todo seguía igual, excepto que no tenía por allí a Sofía, Bruno, Carla y Diana.

Jaime se interesó por mi estado anímico y le dije que ya estaba en forma. Con Toni hablamos sobre algunos trabajos que debía hacer, y de Andrea. Seguían juntos aunque la cosa iba lenta porque ella no quería correr más de la cuenta. Y el resto del personal me puso al corriente de las últimas novedades, incluido el episodio de la foto de Bruno con Natalia. Él apenas le hablaba y ella había desistido de ir a por él. Si no la conociera hubiera pensado que aquella manera de actuar había sido provocada por el alcohol, pero conociéndola...es que era tonta y punto.

Durante aquellos días que yo había estado de vacaciones, habíamos cambiado el formato de debate entre Bruno y yo. A Bruno se le había ocurrido hacer colaborar más a los lectores e iba soltando preguntas para que respondieran. Ahora me tocaba hacer lo mismo a mí pero antes quise leer que había ido escribiendo él.

“¿Por qué las chicas siempre tienen cosas que explicarse, aunque no se conozcan de nada?”

Sonreí, era muy cierto. Lo raro era que ellos no lo hicieran ¿no? Había miles de respuestas. Los chicos criticándonos y las chicas defendiéndose.

“¿Qué quieren decir las chicas cuando dicen “no me pasa nada”? Todo un misterio.”

Me reí de nuevo. Este Bruno...

“¿Por qué les gusta estar tanto rato en el baño? ¿Qué hacéis ahí dentro?”

No era mi caso y él lo sabía de sobras.

“¿Por qué a las chicas no les gustan las películas de guerra, espías y monstruos y, en cambio, les gustan tanto las historias de amor?”

Ahí discrepaba bastante, porque a muchas chicas nos gustaban todo tipo de películas, más bien eran ellos los que rechazaban algunas, como las de amor.

“¿Qué hacéis en una fiesta de pijamas, por Dios?”

Me reí por esa gilipollez. Yo nunca había hecho “una fiesta de pijamas”, ni mis amigas, por Dios.

“Sé que es un tópico de los grandes, pero ahí va: ¿por qué las chicas vais juntas al baño?”

Respuestas miles, sobre todo de las chicas: porque nos sale del potorro. Me reí mucho con las respuestas.

“¿Por qué tenéis esa supermemoria? Recordáis cosas que os dijimos hace diez años...”

Me descojoné sola imaginando a Bruno diciendo aquello con su cara de póker. ¿Es que ellos no poseen esa memoria?

Me divertí leyéndolo y me froté las manos; me tocaba a mí, así que preparé algunas preguntas para ir colgándolas en la revista durante el resto de la semana.

“¿Por qué esa pasión por el fútbol y por las pelotas en plan troglodita?

¿Por qué los hombres de verdad no lloran? ¿Es algo físico? ¿Os falta el lagrimal o cómo va la cosa?

¿Por qué acabamos diciendo que todos los hombres son iguales?

¿De dónde sale ese afán de ganarlo todo? Que no sabéis perder ni a las canicas...

¿Es cierto que todos buscan lo mismo y solo piensan en una cosa? Ya sabemos de qué hablamos...

¿Por qué os asustan las mujeres inteligentes?...”

Le presenté las preguntas a Jaime y sonrió al leerlas. Lancé la primera al aire y al cabo de nada, una montaña de comentarios siguieron a la pregunta sobre el fútbol. Aquel tema siempre daba de sí.

Por la tarde, cogí el escrito de Bruno y lo leí, despacio y saboreando sus palabras, tumbada en mi cama y escuchando música a un volumen bajo.

A la segunda página ya me había atrapado y no podía dejar de leer. Se me hizo corto, ¡mucho! Jolines, aquellos cuatro capítulos eran como una pequeña introducción y quería más. A parte de eso, me gustó.

Los personajes eran muy distintos del anterior libro, no tenían nada que ver. Y los describía de tal forma que yo ya los tenía en mí cabeza, dibujados.

“Ya lo sabrás, pero me has dejado con las ganas de más. Personajes bordados, diálogos muy buenos y un asesinato en la página tres. ¿Qué más se puede pedir? No puedo decir nada en negativo, lo siento.”

Y era cierto, y no porque era de Bruno, y Bruno me gustara. No podía buscar los tres pies al gato porque sería absurdo. Lógicamente faltaba el resto y el final, que era lo que más esperaba cuando leía un libro: que el final no me decepcionara.

Volví a releerlo, para encontrar algún fallo, pero nada. Ese texto estaba mil veces revisado por Bruno y para mí, estaba perfecto.

“Gracias Daniela, estaba mordiéndome las uñas”

Me reí, qué tonto...

“De nada, Bruno, disfruta de tu novela, después lo haremos el resto”

“Estoy con el final, apoteósico, alucinante, te vas a... cagar de miedo, por no decir otra cosa”

Más risas, sobre todo imaginando su cara al decirme eso.

“¿O correr de gusto?”, estaba segura de que esas querían ser sus palabras.

“Ejem, Daniela, eso preferiría hacerlo yo...de nuevo”

“¿Creemos en las segundas oportunidades? ¿Por qué no? En una relación de amistad, con tu pareja, con tu hermano o con quien sea que te interese. Amigas que se reencuentran al cabo de un tiempo y se preguntan: ¿dónde estábamos todos estos años con lo bien que nos entendemos? Parejas que vuelven a empezar, después de un buen tropiezo porque el amor les empuja a hacerlo, aunque cueste horrores y horas de terapia. Familias que vuelven a unirse porque prevalece el amor familiar por encima del millón de burradas que uno pueda hacer. Sí, chicas, dar una segunda oportunidad, no es dar un paso atrás, a veces es todo lo contrario, así que no os neguéis lo que queréis.” @danielatuespacio.

Aquella noche cené a solas con Martín y estuvimos hablando de su relación con Eli. Me confesó que no estaba enamorado y yo le pregunté cómo estaba tan seguro. Martín me hizo una ponencia: esa persona te parece muy especial, única e incomparable. Crees que esa persona es diferente y que no es solo el sexo lo que os une. Y lo definitivo, que no puedes dejar de pensar en esa persona, a todas horas. Y no era lo que a él, de momento, le ocurría.

En fin Serafín, días atrás me sentía así con Bruno. Quiero decir que Bruno me parecía especial, diferente y lo pensaba a todas horas. ¿Me estaba enamorando de él?

— ¿Y tú cómo estás con Bruno?

— Bien —no tenía ganas de decirle que quería más de él.

— El otro día en la discoteca... ¿lo habéis arreglado? ¿Habéis hablado de aquello...?

— Ni me ha preguntado nada ni yo se lo he dicho...

— ¿Y por qué no? Con lo que tú eres...

— Pues sí se lo iba a explicar pero me rechazó en un curro delante de todos y...casi lloro, joder

—Martín abrió los ojos ante lo que oía—. Sí, de la rabia. Solo pensaba: tan maduro que es y no quiere ni oír una simple explicación.

— En eso tienes razón.

— Bueno, a Bruno le hizo daño una chica y eso lo debe tener gravado en la mente. Ahora lo veo así pero la rabia me pudo y me negué a hablar con él, y fuimos sumando cosas.

— ¿Qué cosas?

— Yo creí que aquella misma semana se había ido con una tía a la cama, después él que yo me había enrollado con un gogo, lo de Natalia... Total, que al final nada ha sido verdad.

— Ni lo nuestro, pero él no lo sabe. ¿A qué esperas ahora?

— A que pregunte, si le interesa que pregunte. Es tan sencillo como eso. Martín yo no hice nada y él se ofuscó con la situación sin darme una oportunidad a explicarme. Pues si no quieres saber, por algo será.

— Bueno, parece que es el centro de tus pensamientos, no lo niegues.

Alcé los hombros quitando importancia y Martín medio sonrió.

Seguidamente le expliqué lo de Sofía... No sabíamos bien qué hacer con Julen... ¿Y si era un simple dar por saco porque me has dejado? No quería ser alarmista pero le dije a Martín que a ese tío le faltaba un tornillo. De momento, debíamos respetar la decisión de Sofía de no hacerle mucho caso y esperar a que acabara entendiendo que habían roto. Martín y yo coincidíamos en lo extraño que resultaba ver a Julen tan insistente con lo poca cosa que parecía. Martín en el pasado, incluso bromeaba con el tema de que era policía y decía que dudaba que con ese carácter se impusiera en alguna situación peligrosa.

Eli vino a hacer el café y estuvimos las dos cotorreando mientras Martín recogía la cocina.

— Oye, Daniela, hoy he escuchado una nueva de Meghan Trainor, ¿sabes quién es?

— Sí, claro, la de *I'm all bout that bass*... —Se la tarareé y la dos la cantamos.

En esa canción Meghan reivindicaba el no tener la talla de una *Barbie* y la letra era sencilla y pegadiza. Me gustaba esa cantante.

— ¿Has escuchado la de *No*?

— Pues no —nos reímos mientras Eli trasteaba su móvil y lo enchufaba a un pequeño altavoz naranja chillón.

— No te pierdas esto, nena —me dijo sonriendo y situándose en el centro del salón.

Comenzó la canción, a un volumen considerable, y Eli empezó a bailarla con una coreografía y además a cantarla en un perfecto inglés. Me dejó con la boca abierta.

— *My name is no, my sign is no, my number is no...*

No lo pensé dos veces y me puse a su lado, a seguirla. Las dos bailando y cantando la cancioncilla. Cuando terminó nos reímos pero esa canción me entró en el cuerpo y le pedí que la volviera a poner.

— Yo me la sé de las veces que la llevo escuchando...

Y volvió a comenzar y el estribillo era tan pegadizo y sencillo que lo cantamos las dos a grito pelado. Martín apareció con su delantal y nos miró alucinado.

— ¿Esto es normal?

— *My name is no, my sign is no, my number is no...* —lo cantamos a dúo y diciéndole que no con el dedo a Martín.

— Madre mía —y se fue por donde había vuelto.

Ya no pudimos bailar más de la risa.

“Chicas, ¿y qué decir de las amigas? Salir, reír, bailar, llorar, hablar, escuchar, y un millón de cosas más. ¿Qué hay de esa risa tonta que solo tu amiga entiende? Que no puedes parar y que llegas a soltar unos lagrimones de cocodrilo. ¿Quién no ha vivido eso? Que con una mirada nos entendemos, con un gesto, con un abrazo o con un simple beso en la mejilla. Sabes que puedes confiar en ella, que aquello no saldrá de allí, que hay un pacto de silencio entre vosotras. Algo no escrito pero que ambas respetáis. ¿Dónde puedes encontrar algo así? Amigas cuidad la amistad como si fuera oro en paño, porque lo valemos.”
@danielatuespacio.

— Por cierto Daniela, tú que conoces bien a Martín, me ha dicho que no ha salido de manera formal con ninguna chica desde hace mucho...

— Sí, es cierto —aquella que le rompió el corazón fue la última.

— Y que esa chica le hizo daño. No quiere tomarse las cosas demasiado en serio, que no me parece mal pero a veces lo noto esquivo o distante, como si no estuviera a gusto, no sé...

— Bueno, Martín es muy él, ya me entiendes. Algo callado y muy independiente. Si le dejas espacio estoy segura de que te lo llevarás a tu terreno, no le gusta que le estén encima ni sentirse atado —Como yo, vamos—. Piensa que eres la primera chica que vemos por aquí en mucho, mucho tiempo...

— ¿Os habéis liado alguna vez?

Joder...

— Alguna —respondí escueta.

— Me lo parecía...

— Bueno, en su día dejamos claro que no íbamos a liarnos más y que no queríamos estropear nuestra amistad. Es verdad que nos queremos mucho y que es raro que un chico y una chica lleguen a ser tan amigos, pero no hay más. Vivimos juntos y compartimos muchas cosas pero Martín y yo no podríamos ser más que amigos, aunque cueste de entender.

— A mí me parece genial, y...

Martín cortó aquella conversación. Solo esperaba que a Eli le hubiera quedado claro que ya no había sexo entre nosotros y que lo único que había existido entre los dos era amistad. Habíamos mezclado demasiadas cosas y al final se nos había escapado de las manos, pero nada más.

Lo tenemos claro

“¿Qué hacer chicos cuando sabes que es Ella? ¿Qué tiene esa chica que nos vuelve locos? No somos enamoradizos, no solemos obsesionarnos con una chica pero aparece Ella y lo pone todo patas arriba. ¿Qué hacer? Cuando la vemos desaparece el mundo, cuando la escuchamos la miramos como bobos y cuando olemos su perfume, con la excusa de los dos besos al saludarnos, se nos va la sangre del cerebro y solo pensamos en...besarla. Hasta no terminar. Hasta que nos quedemos los dos sin aire. Hasta que Ella, con sus ojazos, nos indique que quiere tenernos en su vida. No desistáis, no tiréis la toalla, no dejéis de luchar por lo que queréis. Nunca podrás decirte que no lo intestaste, ni que sea una sola vez.”
@brunotuespacio.

Lo leí tres veces más. Ni que sea una sola vez... Me hubiera gustado que aquello lo hubiera escrito pensando en mí, pero la noche de aquel sábado no había parecido que yo fuera “Ella”, más bien, la que me follo en el asiento de atrás del coche. Joder, me molestaba lo que siempre había querido, no me entendía ni yo.

Aquel escrito era la columna de Bruno de agosto y él mismo me la había pasado por correo interno. A ver qué te parece. ¿Qué me parece? Que se van a enamorar todas tus seguidoras de ti, le respondí.

Lo observé mientras charlaba con Toni y pasaba la mano por su pelo revuelto. Sentí un escalofrío por mi espalda. Lo echaba de menos, estaba claro.

Había vuelto de las vacaciones, era viernes, y llevaba más de diez días sin verlo. Y me parecía más guapo que antes, más alto, más corpulento, más de todo.

Me levanté de la silla, dando un empujón, cabreada. Sí, conmigo por sentir tantas cosas por un tío.

— Daniela, relájate chica —me dijo Carla pendiente de lo que hacía.

— Olvídame —le gruñí.

Durante el desayuno yo había estado lanzándole miraditas y él nada. Cero. No existes Daniela.

Me había saludado como a una más. ¿Qué tal esas vacaciones? Bien, me he ido unos días con Moccia a Roma. ¿Ah sí? Sí, muy bien.

Pues de puta madre, me alegro por ti.

Y no podía enfadarme con él, ¿qué culpa tenía él de que yo no supiera ni lo que quería? Siempre había dejado claro que no quería una relación, que con follar tenía más que suficiente, ¿qué cojones me pasaba?

Desde el sábado aquel, en su coche, sentía la necesidad de algo más. Pero ¿de qué? Y lo más gracioso era que Bruno había regresado de su descanso pasando de mí olímpicamente. Mandaba ovarios la cosa.

— Perdonad —interrumpí a Bruno y Toni—. Entro a revelar las fotos del pase de modelos.

— Bien —me contestó Toni—. Coge una botella de agua.

— Ahora voy.

Cerré la puerta y me concentré en las fotos que habíamos tomado a las modelos de la pasarela Cibeles. Había muchas y había que elegir bien, así que estuve un buen rato liada con eso. Empecé a notar el calor que hacía allí y me desabroché los botones de la blusa, los del principio solo, por si acaso entraba Toni. Mi frente empezaba a mojarse por el sudor y me iba pasando un clínex por la frente, el pelo se me pegaba e iba soplando. Me recogí el pelo en una coleta. Fui a coger el agua y me di cuenta de que no había hecho caso a Toni. Bueno, vería un par más de aquella modelo y saldría a por la botella.

Llamaron y di el permiso para pasar, segura de que era Toni.

— Tu agua —me giré sorprendida.

Bruno y mi botella.

— Vaya, gracias —fui hacia él para cogerla.

Bruno miró mi blusa abierta y el principio de mi pecho cubierto por el sujetador de encaje. Lo vi tragar saliva y volver a mis ojos. Me acerqué más de la cuenta para tomar la botella de sus manos y él se mordió los labios.

Descaradamente, miré su paquete y vi su erección.

— ¿Sin palabras? —le pregunté quitando el tapón y mirándolo de reojo mientras bebía.

— ¿Me estás provocando Daniela? —preguntó con su habitual autocontrol.

— ¿Yo? Inocente de mí —respondí con una sonrisa y lamiendo mis labios.

Bruno los miró y medio sonrió. Cogió una de las muchas carpetas que había en una mesa y salió, supuse que para taparse lo evidente.

Me reí y me gustó saber que provocaba en él esas reacciones primarias, no era inmune a mí.

Salí de allí al cabo de una hora, acalorada pero satisfecha. Y mucho más relajada. Aquel trabajo me aportaba la calma que necesitaba para volver al ordenador. En la redacción apenas había nadie y vi que me había pasado con la hora. Debían estar todos comiendo.

— Daniela —me giré al oír mi nombre y vi a Enrique en su mesa.

— ¿No vas a comer? —me acerqué a él.

— Tengo que acabar esto —señaló la pantalla—. ¿Sabes cómo pasar el documento a nuestro programa?

Me senté a su lado y le indiqué cómo hacerlo. Enrique iba asintiendo hasta que noté una de sus manos en mi pierna. Lo miré incrédula.

— Enrique, tu mano —le advertí seria.

La deslizó unos centímetros arriba y le di un manotazo.

— ¿De qué vas? —le pregunté cabreada.

— No te pongas así, no es para tanto —él sonreía como si nada.

— Tú eres tonto —le dije mientras me iba de allí.

“¿Por qué esa manía en creer que nos gusta que nos toqueteen sin permiso? ¿Quién se creen que son? Un golpe en el culo, un roce en un pecho, un beso robado, un millón de agresiones físicas, en menor o mayor grado del hombre hacia la mujer. Pero ¿qué mundo es este? Continuamente nos soban sin tener nuestro consentimiento y encima sonríen. Chicas, esto debe terminar, no es gracioso ni es simpático. Tu cuerpo es tuyo y lo tocan cuando tú quieres, no cuando les apetece a ellos. No lo entenderé nunca. No nos vamos a dejar chicos, no somos juguetes.” @danielatuespacio.

Al entrar en *El Café* le pedí a Mario que me sirviera algo ligero, una ensalada me estaba bien. Ni tenía tiempo ni hambre. Mis compañeros estaban en la mesa, charlando y tomando el café. Bruno al lado de Carla, quien seguía tras él como un perro en celo. O más bien, una perra.

Sofía se acercó en cuanto me vio y le dije que no me apetecía estar con ellos. Quería acabar de leer un libro mientras comía, sola y tranquila. Enrique me había puesto de un humor de perros y no tenía ganas de tener compañía. Afortunadamente mi mejor amiga sabía de mis manías y volvió con los demás.

— Preciosa, una ensalada preparada con cariño para ti.

— Gracias Mario.

— Las tuyas —dijo mientras se iba.

¿Las mías? En ocasiones deseaba ser hombre, sí, tal cual. Y un hombre de metro ochenta como mínimo y de espalda ancha. A ver quién tenía huevos de tocarme una pierna o de darme un beso.

— ¿Qué lees? —Bruno me sacó de mis pensamientos.

Tenía el Ibook encendido pero no había leído ni una sola palabra.

— La chica del tren —respondí algo seca.

— Buen libro —dijo sentándose a mi lado.

— ¿Quieres algo? —le pregunté impaciente.

— Un café, ¿los sirves tú? —Su tono tranquilo y sereno me recordó que Bruno no era Enrique, que no debía pagarla con él.

— Daniela —joder otra vez el imbécil ese.

Enrique se apoyó en la barra, al otro lado.

— ¿Quedamos esta noche?

¿Cómo?

— Ni esta noche ni ninguna —le respondí con mucha sinceridad.

— Vamos, Daniela, no te hagas la dura —insistió sonriendo.

Los tíos de hoy día o no pillaban nada o eran idiotas perdidos.

— No puedo creer que te hayas sacado una carrera, ¿a quién le comiste el coño para sacarte el título?

— Soy bueno en eso, si quieres te lo demuestro.

Joder con Enrique. Me atraganté con un trozo de lechuga y Bruno me pasó el vaso de agua.

— Oye Enrique, pasa de mí, por favor —le dije dándole la espalda, con lo que me quedé mirando hacia Bruno.

— Daniela es que he hecho una apuesta y sino, la voy a perder, no seas así.

— ¿Estarás bromeando, no? —Le preguntó Bruno de repente.

Lo miré y estaba con una cara de cabreo que no podía con ella.

— Esto...sí, hombre, era una broma, Brunito.

— A mí me llamas por mi nombre.

— Joder, que poco sentido del humor...

Y se fue con los demás.

— Menudo gilipollas —murmuré por lo bajo y Bruno me miró—. Lo decía por él. ¿Podrás creer que antes me ha puesto la mano encima?

— Valiente gilipollas diría yo. ¿Por eso venías cabreada?

Sonreí por su observación.

— Sí, perdona si te he contestado mal. Enrique me ha tocado los ovarios. Me pone la mano en la pierna y encima sonrío, como si eso no me molestara. Jamás le he dado pie a nada, así que no sé a qué ha venido ese tocamiento. Bueno, sí lo sé, a que los hombres lleváis millones de años creyendo que somos de vuestra propiedad.

— Bueno, no todos.

— No, qué va...

Recordé nuestro polvo en el coche, el sábado, y lo frío que había estado Bruno conmigo al final. Bah, qué más daba.

— Me subo a currar.

Dejé la comida a medias y a Bruno allí plantado.

Estaba enfadada sí. ¿Por qué? Lo de Enrique me había molestado pero era Bruno quién me hacía sentir de aquel modo. Joder Dani, pero ¿qué coño quieres? O lo tomas o lo dejas.

Aquella tarde quedé con Sofía y Lorena en el piso y estuvimos charlando de nosotras, de nuestras cosas, de nuestros problemas y del curro, como no. Llevábamos una hora allí cuando me sonó el móvil.

— ¿Estás arriba? —era Bruno...— ¿En el piso?

— Sí... ¿qué ocurre?

Me colgó e inmediatamente sonó el timbre. Sofía abrió y apareció por la puerta, directo hacia mí. Me quedé de piedra al tenerlo plantado delante, a un palmo.

— No vuelvas a decir algo así, no me incluyas, no me metas en el mismo saco.

Seguidamente me besó marcando sus labios en lo míos y me miró serio.

— ¿Te ha quedado claro?

Joder, pero ¿y esto?

— Creo que no, que se lo deberías repetir, está colapsada, solo le pasa con los tíos que le molan mucho

—dijo Lorena quitándole importancia a todo aquello.

— Bruno... ¿qué haces aquí? —parecía que mis neuronas empezaban a moverse.

— No quiero que pienses así de mí.

— Daniela, esto es muy entretenido pero... ¿mejor en tu habitación no? —Sofía abría los ojos como diciendo: “tira pallá”.

— No hace falta, ya me voy —dijo Bruno yendo hacia la salida.

Reaccioné y le seguí con rapidez, logrando ponerme entre él y la puerta. Nos miramos fijamente y sin decirnos nada acercamos de nuevo nuestros labios. Un beso suave, sin prisas, sin furia, sin desespero. Solo sintiendo la suavidad de su piel, su calidez.

Nos separamos y ambos nos mordimos el labio inferior con los dientes. Como si aquel beso implicara muchas cosas que no hacía falta decir.

— Debo irme —dijo con su media sonrisa.

— Puedes quedarte si quieres —me lancé.

— Estás con tus amigas, cotorreando, seguro —su dedo pasó por mi mejilla y cerré los ojos unos segundos—. Y me espera el de la editorial.

— ¿Lo han leído?

— Sí.

— ¿Y qué? —pregunté como si el libro fuera mío.

— Les ha gustado, mucho.

— Lo sabía —le dije chascando mi lengua y él rio.

— Mañana te paso un informe —bromeó mientras le dejaba pasar—. Daniela...

— ¿Qué?

— Estás preciosa —otro beso suave en mi labios y se fue.

Si no hubieran estado ellas, hubiera dejado caer mi cuerpo resbalando por encima de la puerta hasta sentarme en el suelo, hubiera suspirado fuerte y me hubiera quedado con cara de idiota pensándolo. Como en las pelis, sí. Pero estaba acompañada y tan solo me toqué los labios, uff.

Aquellas dos me acribillaron a preguntas, por supuesto, y tuve que calmarlas para explicarles qué había ocurrido con Enrique y más tarde con Bruno. Ambas coincidieron en que estaba pillada por él y no lo

negué, para qué, si era verdad. Me gustaba, tanto que pasaba ya de pensar en qué podía o no ocurrir, en si me haría sufrir o no, en si era lo que me convenía o no.

Después, volvimos al tema que teníamos entre manos cuando Bruno nos interrumpió. El cumpleaños de Sofía; sería aquel sábado y quería celebrarlo por todo lo alto. Dedicamos la siguiente media hora a hablar sobre dónde lo celebraríamos, con quién y cómo. Decidido: en el pub de un primo de Sofía, dónde solía montar fiestas y cosas por el estilo. Llevaríamos bebida y comida, y le diríamos a Martín que preparara unos de sus deliciosos pasteles de nata. Vendrían los amigos de Sofía y los del curro. ¡Nos lo pasaríamos bien segurísimo!

En cuanto se fue Lorena, nos metimos en la ducha. Sofía todavía estaba liada con el secador cuando sonó su móvil en el salón. Vi que era Julen y respondí.

— ¿Qué quieres?

— ¿Daniela?

— No se puede poner, está ocupada, ¿qué coño quieres?

— Dile que se ponga.

— No.

— Si te pillo una noche de estas, vas a saber lo que es una buena polla, Daniela.

Me quedé con la boca abierta. Será gilipollas.

— Vas a atragantarte con ella.

— Eres imbécil Julen, no hay duda de que estás mal de la cabeza, tío.

— Tú procura no cruzarte conmigo zorra, que eres una...

Le colgué, no quería escuchar más tonterías de aquel tarado. Menudo idiota estaba hecho. Eliminé la llamada y me fui a la cocina pensando en lo pesadas que podían ser algunas personas.

Al llegar el martes a *El Café*, Bruno estaba en la barra hablando por teléfono.

— No, no puedo ahora... No Paola, no... Paola, por favor... —durante unos segundos puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. Voy a colgar...No, no Paola, las cosas no son así, debes asumirlo.

Y colgó con el ceño fruncido. Se percató que estaba observándolo y fueron desapareciendo las arruguitas de la frente.

— Buenos días, supongo —le dije sonriendo.

— Ahora mucho mejor —sus ojos me traspasaron.

— Si sigues mirándome así, vas a sonrojarme —bromeé a medias.

— Eso sería una novedad señorita Sánchez.

— Lo sería —me dirigí entonces a Mario para pedirle lo de siempre — ¿Sigue insistiendo?

Pensé en Julen y su llamada.

— Es algo fuera de serie —pasó la mano por su pelo despeinado—. Que quiere venir dice, que necesita verme y hablar. No sé cómo decírselo...

— ¿Y vendrá?

— Sí, este fin de semana.

— Vaya, este fin de semana es el cumple de Sofía. Vamos a montar una fiesta en el pub de su primo.

Resopló agobiado y me miró pensativo.

— No podré ir, porque con ella no voy, eso lo tengo claro. Llega el sábado y se va el domingo —volvió a resoplar como si le pesara mucho toda aquella historia.

— Lástima.

Sí, me jodía que no viniera, claro. Me apetecía estar con él. Y me fastidiaba que fuera por una paranoia que no entendía que Bruno había terminado aquella relación. En fin.

Mario me dio el café y avisé a Sofía para que lo cogiera. Preferí quedarme con él en la barra.

— Bruno —Sofía se dirigió a él—. El sábado es mi cumple, así que ya sabes.

— Ya me lo ha dicho Daniela, pero no puedo ir.

— Anda, ¿y eso?

— Tengo un asunto personal que resolver —respondió con diplomacia.

Sofía me miró y yo alcé los hombros: no está en mis manos.

— Pues vaya mierda ¿no? Si puedes escaquearte te quiero allí.

— Cuenta con ello —respondió él con una sonrisa.

— Se te echará de menos. — le dije mientras Sofía se iba.

— ¿Tú me echarás de menos?

— Claro.

Nos miramos coqueteando.

— Oye Daniela, ¿has leído esto?

Nos acercamos ambos al periódico y olí su perfume.

— ¿El qué?

— Mira, esto...

Me giré un poco y Bruno me besó fugazmente. Lo miré y me sonreía como un macarra. Solté una risilla, por ese beso robado que había subido mi temperatura unos cuantos grados.

— Oye Bruno, ¿y tú has leído esto otro?

Se acercó sonriendo.

— ¿El qué?

Puse mi mano en su pantorrilla, cerca de su sexo, pero sin tocar nada. Muy inocente todo.

— Nena...que después no podré salir y aquí no hay carpetas para taparme.

Nos reímos los dos y nos separamos, no era cuestión de montar un numerito.

Seguidamente le pregunté por la reunión con la editorial y todo había ido muy bien, él temía que no gustara o que el final no impactara, pero estaba bien equivocado. Le habían dicho que estaba mejor incluso que su primera novela. Pues si era así, no quería ni imaginar el éxito que tendría. Bruno se abrumó un poco y me hizo gracia.

— ¿No te gusta que te lo diga?

— No es eso, me gusta, claro que me gusta y más viniendo de ti. Pero no creo que sea tan, tan bueno.

Joder, lo decía en serio el tío.

— Por eso vendiste pocos ejemplares del anterior, a ti lo que te pasa es que estás cagado.

Nos reímos los dos.

— Puede, no te digo que no. Imagina que no gusta o que es un fracaso rotundo.

— A ver Bruno, ¿a ti te gusta? ¿Estás satisfecho? ¿Contento?

— Sí, la verdad es que sí. Hace un par de días que lo terminé y me gusta, incluso el final me parece redondo.

— Pues ya está. Estoy segura de que será otro bombazo. Lo que me dejaste leer me encantó, quiero decir, que si te pillo delante en ese momento te obligo a que me lo pases entero. El personaje de doña Berta es...no sé, está tan currado que tengo a esa mujer en la mente, pensando por donde va a tirar.

Bruno sonrió y alzó las cejas un par de veces.

— Ahora tienes miedo escénico de ese, pero en cuanto salga a la venta y veas que hacen cola para que lo firmes, se te pasará.

— Sí, supongo que sí. Moccia me comentó que eso le ocurre con cada libro que publica. Por cierto, me dio recuerdos para ti, de purpurina.

Me miró sonriendo.

— Sois el día y la noche como escritores, ¿de qué habláis?

— De la vida, de las mujeres, del amor... —dijo haciendo gestos.

— Bruno recuerda que lo tuyo es el suspense...

Nos reímos de nuevo.

— ¿Y dónde hay más suspense que en una mujer que no sabes que paso va a dar?

¿Hablaba de mí?

— A veces, es el hombre el que complica las cosas. Ya sabes, unos cardan la lana y otros crían la fama

—le repliqué.

— Tienes razón Daniela, punto para la señorita.

Y por supuesto, tenía razón y recordé que el tema de Martín en pelotas ni lo habíamos hablado. Quedaba tan lejos que apenas ni me acordaba. Podía explicárselo ahora pero...preferí esperar y que él preguntara.

Aquel día estuvimos con miraditas, sonrisitas y coqueteos, todos disimulados porque queríamos mantener aquello para nosotros. A la hora de comer nos sentamos juntos y estuve súper a gusto. Era como tener a un buen amigo al lado, que me gustaba, que estaba como un Dios, eso también, y que de vez en cuando rozaba mi pierna para sentirme.

Al salir del trabajo, yo iba con Bruno y detrás Sofía con Santi, charlando y riendo. Lo vi yo primera; Julen estaba en la puerta, con varios chicos. Reconocí a algunos de ellos de aquella noche.

— Hombre, Sofía —Julen saludó a Sofía como si fuera casualidad que la encontrara allí.

Bruno y Santi, lo miraron con recelo y sus cuerpos se tensaron. Cogí la mano de Bruno avisándolo de que se relajara.

— Julen —Sofía se mostró fría e impasible.

— ¿Cómo estás? —él como si nada, como si no estuviera dando por saco a mi amiga.

— Bien, gracias.

— Sí, ya veo que estás estupenda.

La mano de Julen pasó por un mechón de su pelo y Santi saltó a la vez que Sofía se apartó de él.

— Las manitas quietas —le avisó crispado y me impresionó ver a Santi cabreado. Era alguien muy pacífico, habitualmente.

— ¿Y tú quién eres? —preguntó con desprecio Julen.

— Déjalo, Santi —Sofía se interpuso entre ellos dos y empujó con suavidad a Santi para que diera un paso atrás.

— Un día te van a caer hostias de todos lados y no vas a saber de dónde —le dijo en un tono muy tranquilo Bruno y todos lo miramos—. Estás más que avisado Julen, vete a molestar a otra.

— Es que Daniela me pone ¿sabes? —Le picó él—. Esa boca promete.

Me miró con malicia.

— No eres más tonto porque no te entrenas —le solté yo.

— Sofía, pronto es tu cumpleaños —se dirigió de nuevo a ella—. Y ya tengo tu regalo.

¿Pero qué le pasaba a este chico? ¿No se daba por enterado?

— No quiero nada —le dijo ella dándole la espalda.

— Lo querrás —afirmó seguro de sí mismo mientras se iba.

Lo miramos y después intentamos que aquella tensión fuera desapareciendo de allí mientras él se iba,

seguido por sus amigos. Uno de ellos nos miró con cara de mala leche. Joder, con el personal. Y lo que hablamos fue más de lo mismo: Sofía tienes que hacer algo con este asunto. Lo hablamos los cuatro tomando una cerveza y más tarde Sofía se fue al piso de Santi. Bruno y yo cogimos el metro.

— ¿Tienes planes esta noche?

— Pues no, la verdad.

— ¿Te apetece leerme?

Abrí los ojos sorprendida por aquella proposición.

— ¿Leer qué?

— Mi nuevo libro, en mi piso. Y te preparo una cena para chuparse los dedos.

Otra cosa chuparía yo...Dani relaja la faja.

— ¿Es una nueva manera de ligar?

Bruno soltó una buena carcajada y me contagió la risa.

— Qué boba eres Daniela, ¿eso es un sí?

— ¿Cuando he dicho no a proposiciones extrañas?

— A las ocho y así puedes leer largo y tendido.

— ¿Y tú qué harás mientras?

— Te preguntaré mil veces si te gusta, prepararé la mesa en la terracita y haré la cena.

Bueno, me era inevitable decirle sí a Bruno. Me apetecía estar con él, no era simplemente una atracción física. ¿Por qué negármelo? Porque no quería sufrir, pero era un sentimiento más que traía consigo tener una relación con alguien, ya fuera pareja o no. Con Martín había tenido momentos malos, con Sofía no tantos. Pero no era lo mismo que con alguien por quien sientes algo. Recordé como Bruno me había rechazado delante de todos en la redacción y la desagradable sensación que me había invadido. Con ganas de llorar incluidas. En aquellos momentos debía decidirme: o me tiraba a la piscina con Bruno y seguía hacia delante o daba un paso atrás. De momento, yo quería andar hacia delante.

A las ocho estaba en su dúplex, con una cerveza al lado de su *notebook*. Y su novela delante de mis narices. Se me hacía la boca agua. Empecé por el capítulo cinco y me abstraí de todo lo que me rodeaba. Estaba en su terraza, corría una suave brisa y se estaba de maravilla. Bruno vino un par de veces pero no me dijo nada. Vio que estaba concentrada y se fue a la cocina.

Iba ya por el capítulo diez cuando un mensaje de su correo saltó en la pantalla del ordenador. Era la tal Paola y se leían sus primeras palabras: “Llego el viernes a las...” No lo abrí pero me quedé mirando aquellas palabras fijamente. ¿Así, venía antes? Aquella chica quería aprovechar el tiempo.

Fui hacia la cocina y observé a Bruno, cocinando con su música, guapo, apuesto y concentrado en lo que hacía.

— ¿Te ayudo? —le pregunté con una sonrisa.

— No te ha gustado... —dijo con el ceño fruncido.

— Ehm, no, qué va... me encanta, pero un mensaje de Paola me ha desconcentrado.

— Joder, que pesadilla.

— Decía algo sobre que viene el viernes...

— ¿Cómo? —Bruno me miró incrédulo y esperando que yo bromeara.

Alcé las cejas a modo de: es lo que he leído. Resopló y apartó la comida del fuego para dirigirse hacia el ordenador. Lo esperé allí observando lo impecable que estaba su cocina, al estilo Martín, y cuando entró lo hizo maldiciendo a Paola.

— ¿Te puedes creer que viene sin preguntar? Yo no lo entiendo, no entiendo esa obstinación.

— Lucha por algo que quiere —dije defendiéndola no sé porque.

— No, Daniela, ella sabe que no tiene ninguna opción. Es...es como Julen, ¿entiendes? —Lo dijo algo picado conmigo.

— Sí, sí, perdona.

— Joder, perdóname tú, pero es que esta mujer me saca de mis casillas. Yo ya no sé cómo hacer para que lo entienda.

Puso la comida en el fuego de nuevo.

— Pues nada, otra vez a hablar de lo mismo. Debería mandarla a la mierda.

Estaba cabreado y me acerqué a él. Lo abracé por la espalda y Bruno se relajó.

— Lo siento, no quiero meterte en estos marrones.

— No pasa nada —le dije sintiendo su perfume.

Bruno se giró y cogió mi cintura. Nos miramos con una sonrisa en los labios.

— ¿Pongo la mesa? —le pregunté con sus ojos en mis labios.

— Ehm, sí...

Se acercó despacio y me dio un suave beso.

— No lo he podido evitar —susurró.

— ¿Y por qué lo quieres evitar? —pregunté del mismo modo.

— Dudo que me conforme solo con un beso —su voz grave se coló en mi ropa interior.

Ufff.

— Inconformista —le dije besándolo yo ésta vez y soltándome de sus manos para ir a poner la mesa—. ¿Puedo poner música?

— Sí, tú misma.

Enchufé el iPod de Bruno en el altavoz y puse la radio. Sonaba una de Justin Bieber. Fui haciendo viajes de la cocina a la terraza y viceversa mientras Bruno terminaba de preparar la ternera con salsa de setas.

Qué suerte estar rodeada de hombres que sabían cocinar. Me reí al escuchar al locutor nombrar a Meghan Trainor y su nueva canción *No*, porque pensé en Eli bailando y en Martín flipando con nosotras. Comencé a cantarla flojo pero me animé y subí el volumen mientras el cuerpo se me iba solo con el ritmo, bailando con sensualidad, a mi bola. Sin acordarme de que Bruno estaba a un metro de mí, loca del coño.

Noté su mano en mi cintura y su sexo pegarse al principio de mi espalda. Bruno bailó conmigo, siguiendo mi ritmo. Cuando terminó la canción me giró hacia él y podía notar su erección perfectamente.

— ¿Quién era esta?

— Meghan Trainor.

— Joder, Daniela...

— ¿Te pasa algo? —le pregunté divertida.

— Estabas tan sexi...

Acercó su boca a la mía pero se quedó a un centímetro.

— Tan deseable...

Levanté la punta de mis pies para llegar a sus labios y Bruno me abrazó subiéndome un poco. Me cogí de su cuello y nos besamos en la boca. Nos miramos sonriendo.

— ¿Cenamos? —preguntó indeciso y asentí con la cabeza.

— Si no como, me pongo de mal humor —le dije medio riendo.

— Entonces mejor cenamos.

La comida riquísima y la compañía más, ¿qué decir? Tonteo, coqueteo y risas por todos los rincones de la terraza de Bruno. Una botella de vino del bueno entre los dos y estábamos achispados, no sé si por sentirnos cerca otra vez el uno del otro o por el líquido negro que entraba demasiado bien. Estás muy guapa, ¿lo sabes? Y tú muy bueno, ¿te lo he dicho ya? Y más risotadas de aquellas.

Le ayudé a recoger y a dejarlo todo bien puestecito, pero me obligó a sentarme mientras preparaba el café. Me recosté en una de aquellas hamacas de teca y miré el cielo. Una noche clara en la que se veían las estrellas sin problema alguno. Suspiré satisfecha, por estar dónde quería estar. ¿Qué mejor sensación que aquella?

Tomamos el café tranquilamente y charlando sobre lo que había leído de su libro. Seguía pareciéndome increíble que fuera tan creativo y que sus personajes pisaran tan fuerte en tu cabeza cuando los leías. Tenía incluso algún trozo de conversación de ellos en mi mente. Le pedí poder leer el resto, ¿otro día? Me miró sonriendo y me dijo que cuando quisiera.

— Lectura y cena, eres todo un señor —le dije burlándome.

Me miró levantando sus cejas.

— Ven —ordenó con voz suave.

Me senté entre sus piernas, en la hamaca, y me recosté en su pecho. Algo se aceleró dentro de mí, como si al tenerlo tan cerca mi cuerpo reaccionará al segundo. Lo curioso era que también notaba su corazón

algo acelerado...

— Daniela...

— ¿Mmmm?

Estaba en la gloria, sintiendo sus dedos entre mi pelo, viendo las estrellas y sintiendo el calor de su cuerpo duro.

— No sé qué hacer contigo.

— ¿A qué te refieres? —me giré para verle los ojos.

Nos miramos fijamente.

— No eres como ninguna chica que haya conocido antes y me tienes...desconcertado. Te acercas y te alejas de mí constantemente. Sé que huyes de las relaciones pero a la vez me parece que quieres algo de mí.

Me quedé callada y pensando en sus palabras. No le faltaba razón aunque no sabía que quien me había separado radicalmente de él, había sido él mismo, con la historia de Martín en bolas.

— Me lo voy a tomar como un piropo —le sonreí—. Y, bueno, ¿qué quieres? Yo también estoy desconcertada contigo y con esto...bueno, lo que sea esto nuestro.

— Esto nuestro, suena bien —dijo con su media sonrisa—. Así pues ¿hay un algo nuestro?

Me reí por su pregunta.

— Bruno, no me lées.

— Eso me gustaría, liarte, volverte loca, tanto que acabaras pidiéndome que fuera tu...

Me besó el cuello a conciencia y uffffff.

— ¿Tu qué? —pregunté en un gemido.

— Pareja, novio, chico, amante, cariño, churri...

Nos reímos los dos por su retahíla de palabras en referencia al tema.

— Entonces, ¿se trata de poner un nombre?

— No, Daniela, se trata de saber qué quieres tú.

Me giré y me senté encima de él, rozando inevitablemente nuestros sexos. Yo llevaba una de mis falditas.

— ¿Tú lo tienes claro?

— Yo sí, aunque ahora mismo mi sangre no esté en mi cerebro.

Soltamos los dos una buena carcajada. Me gustaba lo que oía: Bruno quería algo conmigo.

— Yo estoy donde quiero ahora mismo —le dije mirando sus preciosos ojos negros.

Me acerqué a su boca y le di un leve mordisco.

— ¿Y después? —preguntó serio.

— Seguiré aquí.

Volví a besarlo, con calma, saboreando sus labios hasta que los entreabrió y me ofreció su boca. Rozamos nuestras lenguas y las enredamos, jugueteando, reencontrándonos y degustando la calidez del otro. Madre mía, cuánto echaba de menos su boca, su lengua, sus labios, aquellos mordiscos y lamidas mutuas.

Me separé un poco para coger aire y nos miramos con esa intensidad que me dejaba sin respiración. Joder, Bruno me tenía ida.

— Nena, me vuelves loco...

Seguimos besándonos como si quisiéramos recuperar los besos perdidos.

— Bruno, me encantas...

No dejamos de decirnos cosas mientras nos besábamos hasta que nuestras manos tocaron nuestros respectivos sexos. Gemimos al sentirnos. Bajé su cremallera y se la saqué, rozándola con cuidado. Ufff, su piel tersa, suave... no había nada mejor en el mundo que sentirlo tan cerca.

Nos miramos con deseo. Un deseo contenido de hacía demasiados días y... noches. Me despojé del tanga con rapidez y rozamos de nuevo nuestros sexos, soltando gruñidos de placer. Subió mi camiseta, admirando mi cuerpo, y bajó la copa de mi sujetador para besar mis pechos. Lo cogí del cuello y él de mis nalgas. Nos sonreímos otra vez. Sacó un preservativo y se lo colocó mientras yo le miraba con deseo. Bruno entró despacio, mirándonos de aquella manera que no hacían falta palabras de ningún tipo. Eché mi cabeza hacia atrás, sintiéndolo. No solo su pene, sino a Bruno. Porque Bruno no follaba, Bruno ponía los cinco sentidos en lo que hacía y hablaba a través del sexo.

— Bruno...

Sentí las mil maravillas revoloteando dentro de mi cuerpo. ¿Era posible tanto placer?

— Daniela...

Comenzamos a movernos con lentitud y en sincronía. Su sexo rozaba el mío a la vez que iba penetrándome sin prisas. Ufff, estaba algo apurada porque lo había fantaseado en demasiadas ocasiones en los últimos días.

— Nena...

Bruno notó mi humedad y empezó a empujar más fuerte con pequeños gruñidos. Gemimos los dos, sabiendo que llegábamos al final.

— Bruno —le nombré apurada.

— ¿Qué?

— Yo...también... —le dije notando el principio de mi orgasmo.

— ¡Dios nena! —empujó fuerte y nos corrimos a la vez gimiendo y gritando nuestros nombres hasta acabar en un apretado abrazo.

Yo también lo tengo claro...

Quien pierde, paga

Nos duchamos juntos, jugueteando con el jabón y riendo por nada entre besos y caricias. Y de allí pasamos a su cama, enredando pies y piernas, mientras seguimos hablando hasta que el sueño nos venció.

Cómo habían cambiado las cosas en apenas cuatro meses...

No necesito el amor, no necesito dormir con alguien, no tengo esas necesidades... ¿Qué había hecho Bruno conmigo? Sonreí al despertarme en su cama, con sus manos enredadas en mi cuerpo. Ay Dani, estás colada hasta las trancas. Me giré para verlo dormir. Debería ir acostumbrándome a aquel vértigo porque, la verdad, me daban ganas de vestirme y escapar corriendo antes de que despertara. Y no porque no quisiera estar con él, sino porque estaba cagada, tal cual él me había dicho más de una vez. ¿Iba a saber salir con Bruno? Quiero decir, tener ese compromiso, ese respeto y todas esas cositas que hay en una pareja formal.

— Daniela... Deja de pensar o te va estallar la cabeza.

— Buenos días —le dije sonriendo por su comentario.

— Buenos días —un beso en los labios, suave, y se esfumaron mis dudas—. ¿Qué te preocupa?

— ¿Cómo lo sabes?

— Por la arruguita que se te forma aquí —y me señaló la frente.

Suspiré.

— Estoy un poco...abrumada, por todo esto. No sé si voy a saber hacer las cosas bien, Bruno.

— A ver, nena, abrumados estamos los dos. Y no hay nada que saber, Daniela. Esto no es un examen. ¿Quieres estar conmigo?

— Sí —respondí al segundo y él sonrió.

— Pues ya está, lo demás viene solo. Tú déjate querer.

Nos reímos los dos.

Antes de ir al curro, pasé por mi piso y Sofía hizo las bromas esperadas sobre el asunto. Martín seguía durmiendo pero Eli apareció por la cocina y cotilleamos las tres sobre Bruno y yo.

Estaba contenta, mucho. Y él también, se nos notaba a los dos. Y Toni en cuanto nos vio a ambos lo soltó.

— Esta noche alguien lo ha pasado bien...

Nos reímos porque lo decía con cariño.

Quienes no me miraron nada bien fueron Carla y Natalia, sobre todo la primera. También había notado el buen rollito que había entre nosotros. Pero ni ellas lograban quitarme la sonrisa de la cara. La verdad,

currar con él al lado era mucho más ameno. Volvimos juntos otra vez en el metro.

— Me encanta verte así... —Bruno me miraba sonriendo.

El móvil nos interrumpió. Era mi hermana para pedirme si podía quedarme con Lucía. Le dije que sí, faltaría más. Bruno me mordió el cuello con suavidad y me reí.

— Sí Rouse, está conmigo... No, no nos has pillado in fraganti... Estamos en el metro, chica —nos reímos las dos—. Ok, después paso a recogerla, sí.

— ¿Tarde con Lucía? —me preguntó y asentí mientras guardaba el móvil—. ¿La llevamos al Warner?

Lo miré sorprendida.

— ¿En serio?

— Claro, ¿te hace?

— Le va a encantar.

Pasamos una tarde con la enana genial. Se montó en todo lo que pudo, conmigo o con Bruno, comimos palomitas de colores, Bruno le consiguió un oso panda en un juego de aquellos de puntería y acabamos viendo un espectáculo en el que mi sobrina sonreía con una felicidad absoluta.

De vuelta, en el coche de Bruno, Lucía se durmió en su sillita y Bruno bajó el volumen de la música.

— Se ha dormido —me dijo flojo y me giré para verla.

Jolines, qué bonita era.

— Se parece un poco a ti, sobre todo así —dijo mirándola por el espejo retrovisor.

Bruno la sacó con cuidado del coche y la llevó en brazos hasta la casa de mi hermana. Mi cuñado abrió y nos hizo pasar. Rouse nos miró con cariño.

— Lucia, nenita...

— Buno —murmuró ella.

Mírala que lista, la niña.

— Lucia, cariño —Álex la cogió e intentó despejarla—. Hora del bañito. Te esperan los patos, la tortuga y el delfín.

Lucía abrió los ojos, en un esfuerzo y nos sonrió.

— Otro día, más —nos dijo a Bruno y a mí, y nos despedimos de ella con un fuerte beso.

Álex se la llevó al piso de arriba y estuvimos comentando lo que habíamos hecho, mientras Rouse nos ofrecía una cerveza fría. También nos invitó a cenar pero le dijimos no, gracias. Le propuse a Bruno picar algo en cualquier garito y dejamos el coche en su calle, para ir andando a un bar que había cerca de mi piso.

— Que pequeño es el mundo —dijo en un murmuro y no lo entendí hasta que vi a Martín entrando con una chica.

— Vaya, a veces me pregunto si vivo en Madrid o en un pueblo de trescientos habitantes —Bruno me sonrió y yo tomé un sorbo del café—. No lo digo en broma.

Martín nos vio y primero se sorprendió, pero después vino hacia nosotros, con esa rubia despampanante detrás. ¿Un ligue?

— Menuda casualidad —le dije a Martín dándonos dos besos.

— Tampoco tanta Daniela, vivimos aquí al lado. Ella es Cristina, la prima de Eli.

¡Ah bueno! Era de la familia... Nos presentamos y yo le presenté a Bruno, porque ellos dos solo se saludaron diciendo sus nombres.

— Bruno...

— Martín...

Qué expresivos...

Se sentaron un par de mesas más allá pero me sentía incómoda, como si Martín fuera una sombra molesta entre nosotros. Bruno se mostró igual de encantador pero yo iba echando alguna que otra mirada a Martín, y no me dejaba de sorprender ver que mi mejor amigo y la prima de Eli estaban coqueteando. Estuvimos diez minutos más: café y pagar la cuenta, pero supe fijo que aquel tonteo terminaba en polvo. No era mi problema, pero me molestaba ser testigo.

Al salir, nos dijimos un rápido adiós y, ya en su piso, entramos como dos torbellinos, arrasándonos con besos, caricias, quitándonos la ropa casi a estirones y juntando nuestro cuerpo desnudo. Nos quedamos en el salón, apoyados en una de las paredes, y Bruno me acarició con sus manos, con suavidad. Nos miramos sonriendo. Nos teníamos ganas, muchas, después de estar toda la tarde y parte de la noche acompañados.

— Daniela...

— ¿Sí?

Me giró hacia la pared y apoyó su cuerpo contra el mío. Piel con piel.

— Vamos a jugar...

— ¿A qué? —sentí la excitación entre mis piernas.

— Yo pregunto y tú respondes. Si no me gusta tu respuesta, te dejaré con las ganas.

Sonreí.

— Empieza —le ordené.

Apretó su mano en mi cintura y con la otra rozó su sexo con el mío. Ufff. ¿Y el preservativo?

— Bruno...

— No puedes hablar —me ordenó seco.

— Pero...

Entró de una estocada, sin previo aviso, y sentí todo su calor envolviendo mi interior, madre mía.

— ¿Te gusta? —preguntó en mí oído con voz sensual.

— Sí... —solté gimiendo.

La retiró despacio y quise moverme pero no me dejó.

— Quietecita nena.

Oí que rasgaba un preservativo y se lo ponía.

— Vamos a ser buenos, Daniela, porque me vuelves loco con ese cuerpo que tienes.

La dejó en la entrada y empezó a acariciarme el cuello, los pechos, el estómago hasta llegar a mi clítoris. Gemí de placer al notar su dedo en el sitio perfecto.

— ¿Te masturbas pensando en mí? —Su voz en mi oído me hacía estremecer.

— Sí... —últimamente casi siempre.

Entró de golpe y gemí.

— ¿Quieres probar cosas nuevas conmigo?

— Sí...

Me daba igual el qué, la verdad, en ese momento sólo quería sentirlo a él. Me embistió un par de veces más, excitado por mi respuesta.

— ¿Qué quieres ahora?

— A ti...

Entró y salió varias veces, provocando el incremento de mi placer.

— Pide nena...

— Te quiero a ti...

— Dios, Daniela, me tienes loco, ¿lo sabes?

No respondí porque mis gemidos no me dejaban ni hablar. Entraba y salía con una rapidez increíble, con un control exacto de sus movimientos y de repente paró. No, joder...

— Ven...

Me cogió de la mano y desnudos subimos a su habitación. Nos tumbamos en la cama y busqué su sexo intuitivamente.

— No...No... —Bruno se separó de mí.

— Bruno, no seas malo —le dije entre besos y caricias.

Me dejó con las manos vacías y se puso de pie, al lado de la cama. Cogió el mando a distancia.

— ¿Qué haces? —pregunté sin entender para qué quería el mando.

De repente, apareció la imagen: una chica que estaba siendo toqueteada por tres hombres. Porno, vamos.

Lo miré sonriendo y él se colocó a mi lado.

— ¿Quieres saber el final, ahora? —le pregunté en broma.

— No, quiero jugar un poco contigo...

Esa voz y sus manos recorriendo mi piel me dejaban sin palabras. Gemí de gusto mientras una de sus manos atrapó la mía y la guio hacia mi clítoris.

— Tócate —no era un ruego, era una orden.

— ¿Y tú?

— Vamos a hacerlo los dos. Viendo la película y nada de tocar al otro. ¡Ah! Y nada de correrse.

Joder, ¿nada? No podría resistirme.

Bruno se quitó el preservativo y comenzó a pasar su mano por su larga polla. Ufff. Era sexi verlo, tan masculino, tan erótico.

— Mira la pantalla —ordenó de nuevo—. Quien pierde paga.

— ¿Qué paga?

— A ver... si pierdes serás mía durante un día entero.

— ¿Y eso qué significa?

— Que yo planearé ese día y tú tendrás que acatar...en todo.

No sabía a qué se refería pero me encantaba no saberlo.

— Y lo mismo, al revés —me aclaró.

Mmm, ¿Bruno mío durante un día? Podía ser divertido...

— Vas a perder —le dije lamiendo mis labios y los miró con su media sonrisa.

— Ya lo veremos...

Ambos miramos la película porno donde la chica estaba ya desnuda y los chicos en bóxer. Uno la besaba, otro le lamía los pezones y el tercero miraba, masturbándose.

— Joder Daniela, ese soy yo, viendo cómo te tocan mientras me masturbo...

Miré su mano unos segundos y me subió el calor unos grados más. Era más excitante su voz y su mano, que aquellas imágenes. Y él lo sabía.

— Nena...cómo me tienes...

Miré sus ojos vidriosos, por el placer que le daba su mano. Madre mía... seguí tocándome, despacio, y sintiendo como las oleadas de calor iban buscando el orgasmo. No podría aguantar tanto...

— Bruno...

No le miré pero sabía que me estaba observando. Curvé mi espalda y subí mis caderas. Me abrí para él y pasé una mano por mi pecho, gimiendo. Sentía placer, mucho, pero intenté controlarme un poco para que

él siguiera viendo cómo me masturbaba.

— Daniela, voy a hacerte mía, una y otra vez, sin descanso. Vas a pedirme que pare... vas a suplicarme porque no podrás más...

Ufff...

— Y voy a entrar primero muy despacio, para que la sientas toda, dentro...llenándote...

Cerré las piernas de golpe, con ganas de que aquello fuera verdad.

— Y a pelo, nena...voy a tomarte a pelo...

Ay Dios, no a pelo no, sí, a pelo o como quisiera.

— Bruno...

— Quiero sentirme dentro de ti, que me aprietes con tu coñito...mojada...nena...

Empecé a notar algunos temblores y quise parar pero Bruno no me dejó.

— Si paras...pagas...

— Bruno —le supliqué sintiendo llegar mi orgasmo.

Lo quería dentro. Ya. En ese momento.

— ¿Daniela? —Su autocontrol me ponía a mil.

No pude más y me rendí. Me coloqué con rapidez sentada encima de él, cogí su pene mirándolo mientras él sonreía y la introduje de un golpe de cadera. Se mordió el labio y yo apreté los míos. Dios. La Virgen. Y la Iglesia entera.

No me moví, quise sentirlo dentro, sin preservativo, unos segundos. Yo tomaba la píldora pero eso no te evitaba infecciones y enfermedades varias. Así que jamás lo hacía sin.

Bruno estiró un brazo para coger un preservativo de uno de los cajones y cuando lo tuvo en la mano, a punto de abrirlo mientras me miraba con esa intensidad tan suya, moví un poco mis caderas. Me miró alzando las cejas en modo aviso y le miré provocándolo, en plan zorra. ¿No querías jugar? Pues juguemos.

Me puse el dedo índice en la boca y lo lamí frente a su cara de deseo. Lo bajé por mi cuello, pasó por mis pechos, mientras Bruno seguía mis movimientos, atento. Bajé hasta mi clítoris y comencé a masturbarme, sin prisas. Estaba muy caliente, y yo me conocía a la perfección. Sabía que tocando mi punto correctamente, era cuestión de segundos. Bruno me cogió de la cintura, con sus ojos fijos en mi dedo. Empecé a gemir, pero flojo, no quería que supiera cuál era mi jugada. Me retuve de expresar lo que sentía hasta que noté que llegaba. Y ahí me dejé llevar.

— Bruno...

— Nena...

Y lo pillé desprevenido cuando llegó mi orgasmo y envolvió su pene al completo. Cerré los ojos, jadeé diciendo su nombre y me mordí los labios al sentir aquellos calambres en mis piernas y en el centro de mi sexo.

— La hostia... —oí a Bruno decir y me encantó tener ese dominio sobre él.

Me corrí en su pene, tal cual, y Bruno aguantó estoicamente mis convulsiones alrededor de su piel...casi hasta el último segundo, en el que mis pequeños movimientos lo superaron y empezó a moverse dentro de mí.

— Sí... sí... —era lo que quería, que no pudiera más, que me follara, que ni pensara en el preservativo.

Bruno, eres mío.

— Daniela...joder nena, ven, ven...

Nos miramos unos segundos, entre gemidos, pelo revuelto, piel húmeda, olor a sexo, mucho.

— Dios...me encantas...

Le sonreí con malicia y le puse una mano en su estómago duro para que se detuviera. La sacó brillante y húmeda. Uffff. Que visión. Nos tumbamos de lado y enredamos nuestros pies.

— Eres muy mala, ¿lo sabes?

— Un poco —respondí jugando.

— No querré hacerlo con condón Daniela, no deberías haber hecho eso...

— No lo hagas —le provoqué.

— Joder, Daniela, eres diabólica —hundió su boca en mi cuello y su sexo rozó otra vez el mío—. Pero me tienes pillado.

— ¿Pillado? —me reí por la expresión.

— Sí, pillado, colado, imbécil perdido. Dilo como quieras.

Con la tontería, mientras hablábamos, Bruno volvió a colarse dentro. Gemí al sentirlo, al saber que hacíamos algo que no debíamos y al saber que él lo deseaba tanto como yo.

— Bruno... ¿no querrás ser padre?

Resopló y apretó las mandíbulas. No quería salir de allí.

— Ni pillar algo —le recordé jugando.

— ¿Qué algo? Si estamos sanos ¿no?

— Lo estamos —repetí riendo para mí—. ¿Y si me haces un bombo?

Bruno me miró serio.

— Solo un par y salgo —dijo rogando en un tono infantil y me reí.

Seguía dentro y notaba el calor que desprendía.

— Está bien, solo un par —le dije como quien da el consentimiento para que le entre solo la puntita.

Bruno me besó despacio y saboreó mis labios. Se puso encima, con las manos, apoyadas a mi lado y entró otra vez.

— Dos —le recordé divertida.

— Dos —repitió cerrando los ojos.

Salió despacio y pude ver lo que sentía Bruno, madre, eso me ponía más que mil películas porno.

Me miró otra vez y sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Ahí lo supe, yo sentía más de lo que creía por Bruno. Mucho más. Y a través del sexo era más sencillo expresarlo. Subí mis caderas un poco y Bruno no pudo resistirse a entrar otra vez. Cerré fuerte entorno a él y Bruno soltó un pequeño gemido. Salió despacio, cumpliendo su palabra, solo dos.

— Bruno...

— ¿Mmm?

— Tomo la píldora —se lo dije muy seria porque lo que le estaba diciendo era otra cosa: si lo hacemos a pelo es porque aquí hay algo, sino déjalo.

Bruno se humedeció los labios.

— Daniela, yo lo tengo claro hace muchos días. Te lo dije ayer.

Y yo también lo sabía. Era Él. Me atraía desde el primer día pero ahora quería pasar las horas con él.

— ¿Qué hacer chicas cuando sabes que es Él? ¿Qué tiene ese chico que nos vuelve locas? No somos enamoradizas, no solemos obsesionarnos con un chico pero aparece Él y lo pone todo patas arriba. ¿Qué hacer? —Bruno sonrió al oír sus palabras en mi boca, su columna de agosto, que me la sabía de memoria de tanto leerla.

— Cuando la vemos desaparece el mundo, cuando la escuchamos la miramos como bobos y cuando olemos su perfume con la excusa de los dos besos al saludarnos, se nos va la sangre del cerebro y solo pensamos en...besarla —Bruno besó mi cuello y le sonreí.

— Hasta no terminar. Hasta que nos quedemos los dos sin aire —besé su boca, buscando su lengua.

— Hasta que ella, con sus ojazos, nos indique que quiere tenernos en su vida... —dijo esperando mi respuesta.

— Quiero tenerte en mi vida —Bruno me dio uno de sus besos suaves y entró con lentitud, sin dejar de mirarme.

— No quiero perder un segundo más sin verte...sin sentirte... —empezó a moverse con tranquilidad, dejando que ambos sintiéramos nuestra piel, nuestros sexos sin nada de por medio—. ..Sin besarte...Daniela...

— Bruno...

Comenzamos los dos a gemir, a movernos hasta comenzar a jadear, a respirar fuerte para coger aire. Era increíble el placer que recorría por mí cuerpo y no me hizo falta tocarme para volver a sentir cómo Bruno me llevaba de nuevo hacia otro orgasmo. Me estremecí y grité mientras me iba. A los segundos lo hizo él, soltando un gemido grave que se mezcló con los míos.

Madre mía...muchos más como aquel orgasmo y me iba al otro barrio con veinticinco años.

Bruno me abrazó y yo acaricé su pelo. Aquellos mimos nos llevaron a quedarnos dormidos en los brazos del otro.

El jueves por la mañana me despertó el ruido de una maquinilla de afeitar y en cuanto me situé, me acerqué a darle los buenos días, vestida con una de sus camisetas.

Bruno estaba como siempre, guapo a rabiar. Vaqueros negros ajustados, camiseta verde oscuro con cuello de pico, bambas de verano y ese pelo que le caía de cualquier manera.

— Bonitas piernas —dijo con una gran sonrisa

— Péinate —le repliqué y nos reímos los dos, recordando cuando nos conocimos.

Parecía que habían pasado meses y tampoco eran tantos. Cuando vives con intensidad, muchas cosas, una detrás de otra, parece que el tiempo se alarga. En cambio, cuando vives en la rutina, el tiempo vuela. Podía considerarme una afortunada por haberlo conocido, pasara lo que pasara en un futuro.

Bruno me abrazó y me plantó un beso en los labios.

— ¿Puedo usar tu ducha?

— Toda tuya. ¿Te preparo el desayuno?

Nos miramos los dos y soltamos una carcajada. Aquella situación era tan típica de parejas que nos sentíamos algo raros.

— Lo que quieras Abreu. Estoy muerta de hambre.

— Normal, con los dos orgasmos que te gastaste anoche... Por cierto, gané el juego.

Nos volvimos a reír.

Bajo la ducha, rememuré aquella sesión de sexo. Joder con Bruno. No había un día que fuera igual con él en la cama. Y eso me encantaba. Era un añadido más a todo lo que me gustaba de él. También lo recordé con Lucía y la buena mano que tenía con ella. Todo el día juntos y todavía quería más. Ay Dani, que estás muy, muy pillada...

Un viernes extraño

Aquel jueves pasó súper rápido. Entre que teníamos mucho curro y que ultimamos los detalles del cumple, el día voló. Me despedí de Bruno con un beso eterno. Por la noche, quedé con Lorena y Sofía, por el mismo tema: el cumple. Cuando lo tuvimos todo bien atado, Lorena propuso salir a tomar algo pero yo estaba muerta de sueño, dos noches seguidas con Bruno me habían dejado kao. El viernes era festivo en Madrid, así que ellas salieron un rato y yo aproveché para recuperar horas.

Por la mañana leí un par de mensajes de Bruno.

“Mi cama te echa de menos”, a las once y media de la noche. “Y yo más”, 11:35. Sonreí como una boba.

“Buenos días Abreu, si estás despierto te invito a desayunar”

En quince minutos se presentó en mi piso, sin decir nada más. Cuando abrí me reí y nos besamos como si lleváramos días sin vernos.

Martín salió de su habitación, dormido. Y pensé en Eli y la prima, ¿se habría acostado con ella? Me dio los buenos días y se fue directo a la cocina. Le seguimos a la cocina y preparé el café. Oímos la puerta y supuse que era Sofía, quien vendría del piso de Toni. Pero no, no podía ser con aquellas pintas. Pelo revuelto, ojos panda del rímel y ropa bastante arrugada.

— ¿Sofía? —me acerqué y ella se echó a llorar desconsoladamente.

Bruno y Martín también vinieron.

— Sofía... —los dos la nombraron a la vez.

— ¿Qué te ha pasado? —le pregunté mientras me abrazaba.

— No... No lo sé... —seguía con la llorera aquella.

— Pero ¿estás bien? —preguntó Martín.

Lloraba y lloraba, nada más. La acompañé a sentarse, en la cocina, y la observé bien, por si había signos de violencia pero a simple vista no vi nada.

— Nena, Sofía —Bruno le cogió una mano y se puso delante de ella, en cuclillas.

Lo miró y logró calmarse un poco. Me senté a su lado y pasé mi brazo por su hombro para acercarla a mí.

— Salimos... —lo dijo como si hablara para ella, sin dirigirse a ninguno de los tres—. Salí con Lorena, y estuvimos en aquel pub de los gogos... —dónde yo me había tropezado con Julen, sí—. Lorena charlaba con Víctor, el camarero...Y yo estaba con ella, bebiendo y después no sé qué pasó...

Volvió a llorar y la abracé temiendo lo peor.

— Esta mañana... —hablaba y lloraba a la vez—. Me he despertado, sin ropa...en la cama con un tío.

Abrí los ojos y apreté mis labios.

— ¿Sabes quién era? —Le preguntó Martín.

— No —lloraba sin parar mientras nombraba a Santi...joder, joder —. Daniela...Santi me dejará...esto es imperdonable...

— No, nena... tampoco sabemos...nada —no quise decir lo que todos pensábamos, ya hablaría con ella con más calma, ahora Sofía estaba muy ofuscada.

— Cuando me he despertado, me he ido corriendo de allí.

— ¿Te falta algo Sofía? —preguntó Bruno.

— No... Lo he mirado en el metro...

¿Qué había ocurrido?

— ¿Qué bebías? —continuó Bruno.

— Un licor de melocotón...

— ¿Y dejaste la copa en algún momento?

Sofía lo miró extrañada.

— Claro...

— Ya.

¿Le habían metido algo en la bebida? No me jodas...

— ¿Y desde cuándo no recuerdas nada?

— No lo sé...

— ¿Recuerdas quién tenías a tu lado?

Bruno parecía que sabía a dónde iba y Martín y yo dejamos que él siguiera preguntando.

— Bueno, había bastante gente...no lo sé...chicas y chicos...

— ¿Estuviste un par de horas allí dentro?

— Sí...eso seguro...

Bruno me miró unos segundos.

— Sofía, creo que alguien metió droga en tu bebida, podría ser Burundanga, que proviene de una planta: escopolamina. Mezclada con la bebida o inhalada puede hacer perder la voluntad de forma absoluta. Es incolora, insípida y se diluye en cualquier líquido —Lo miramos los tres alucinando por todo—. Entrás en un estado de inconsciencia y después no recuerdas lo sucedido.

— ¿Es real esa droga? —preguntó Martín sin acordarse de que apenas hablaba a Bruno.

— Eso dicen, no con un efecto inmediato como cuentan algunos bulos, tarda un par de horas en hacer reacción.

— Joder, ¿es en serio? —pregunté asustada.

¿Podían haber abusado de ella?

— Daniela —Bruno me miró diciéndome que me tranquilizara.

— Deberías ir a un hospital —dijo Bruno con suavidad a Sofía.

— ¿Por qué?

Por si algún hijo de puta la había violado de esa forma. Joderrrrrr. Me puse nerviosa y me fui unos segundos hacia el salón. Bruno y Martín hablaban con ella. En nada, volví a coger al toro por los cuernos y a los diez minutos estábamos los cuatro en el hospital. Madre mía. Parecía una leona encerrada dando vueltas por aquella sala mientras atendían a Sofía.

— Eh, Daniela, tranquila —me aconsejó Martín de buena fe pero yo estaba que trinaba.

— ¿Tranquila? Joder Martín, ¿cómo voy a estar tranquila? —le alcé la voz sin querer.

— Daniela —Bruno vino hacia mí—. Ven.

Me abrazó y me hundí en su pecho. Cerré los ojos, sintiendo los primeros segundos de calma desde que Sofía había aparecido.

— Es que no puedo quitármelo de la cabeza, tengo una rabia dentro que voy a explotar. Como le hayan hecho algo...

— Vamos, nena, espera a ver qué nos dicen...

Tardaron una eternidad, o eso me pareció a mí. Sofía salió y nos explicó que estaba todo bien, que no había sufrido abusos. Respiré más tranquila aunque seguía inquieta por todo ese asunto. ¿Para qué la habían drogado? Ni habían robado ni habían abusado de ella. ¿Entonces? No entendía nada.

Regresamos al piso, en el coche de Bruno, y una vez allí Sofía se duchó y comió algo de lo que Martín le había preparado. Le pregunté si quería llamar a Santi pero se negó a hacerlo. Retuve la pregunta en mis labios: ¿no se lo vas a contar? Y dejé que Sofía se recuperara un poco. No era cuestión de agobiarla.

Bruno marchó porque tenía que pasar por la editorial y Martín se fue a mediodía a currar. Yo me quedé en plan niñera, mientras ella dormía, preocupada por lo ocurrido.

Sofía se despertó a media tarde y se tumbó en el sofá, con su cabeza en mis piernas. Necesitaba mimos y yo se los di. Sacó ella el tema.

— Daniela, no quiero que Santi se entere.

— Sofi...deberías decírselo.

— ¿Para qué?

— Joder, porque yo querría saberlo, tú querrías saberlo, y no ha sido culpa tuya.

— No podré mirarlo a la cara...

— Santi entenderá que te la han jugado...En serio, no se lo ocultes. Es que además, te lo va a notar y tú lo necesitas Sofía, ¿quién mejor que él para estar a tu lado?

Me miró y suspiró cansada. Cogió su móvil y mandó un mensaje a Santi. Tenía un curso de entrenadores de futbol pero estaba ya terminando. En nada vendría.

— Y lo de mañana lo dejamos, nena —le dije, pensando que no tendría ganas de celebrar su cumpleaños.

— No —dijo rotunda—. Mañana hacemos la fiesta.

— Pero...

— No, Daniela, no voy a dejar de hacer mi fiesta, ni de salir, ni de nada. No quiero. No quiero tener miedo —me miró esperando que estuviera con ella.

— Pues mañana a quemar Madrid —le dije bromeando aunque no las tenía todas conmigo.

Cuando entró Santi, se fueron a su habitación y salí a dar un paseo. Mejor dejarlo solos.

“Sofía está hablando con Santi. Voy a dar una vuelta, a ver si me despejo. Suerte con Paola”

Aquella pirada ya habría llegado; venía en el avión de las cinco. Tela marinera lo que había que aguantar. No estaba celosa pero no me gustaba un pelo que esa tía pasara dos noches en su piso, estaba segura de que intentaría meterse en su cama, sí o sí. Pero poco podía hacer yo.

Al rato me llamó Lorena y se quedó alucinada cuando le expliqué lo que había ocurrido. Ella estuvo charlando con Víctor y no se enteró de nada. Le supo raro que Sofía se fuera sin decirle adiós pero no era la primera vez, aunque en las otras ocasiones había estado Julen pululando por allí y Sofía había acabado yéndose con él. Le confirmé que el cumpleaños de nuestra amiga seguía en pie y me comentó que ya tenía el regalo preparado. Perfecto.

Regresando al piso, volví a darle vueltas a todo aquel asunto. Bruno creía que le habían metido esa droga en la bebida, y algo de razón debía llevar, o era aquella o cualquier otra. Yo no entendía de ese tipo de drogas, evidentemente, pero algo había provocado esas lagunas mentales en Sofía. Bruno hasta sabía el nombre de la planta esa, supuse que porque debía usar ese tipo de información para escribir sus libros. Ahora la cuestión era, ¿por qué? No lograba entenderlo. ¿Y quién era ese tío? ¿Y dónde vivía? Joder, Sofía había salido de allí como alma que lleva el diablo y no sabía ni donde había pasado la noche. Desnuda, en la cama, con un desconocido asqueroso. Me hervía la sangre. La puta que lo parió.

— Daniela... —paré de sopetón y sin darme cuenta me topé con Bruno que salía del *Jamaica*.

Estaba tan metida en mis pensamientos que no lo había visto, bueno, no los había visto, porque Bruno iba bien acompañado. Alta, morena, pelo rizado, maquillada, guapa y mirándome con cara de pocos amigos.

— Bruno, no te había visto —le dije mirándolo a él de nuevo.

— Ya me he dado cuenta. ¿Cómo está Sofía?

— Mejor —sentía la mirada de ella en mí y no me gustaba un pelo.

— Perdone señor —un camarero abrió la puerta y se dirigió a Bruno—. Le han dado mal el cambio...

— ¿Sí?

— ¿Puede entrar un momento? Mi compañero le ha dado de menos...

— Ahora salgo —nos dijo dejándonos allí a las dos.

Joder con los hombres, que poca vista tienen a veces.

Iba a marcharme pero la tal Paola abrió su boquita de piñón.

— ¿Y tú eres?

— Daniela.

— Ya —Uyyyy, usaba ese “ya” como Bruno y me puse tensa—. Soy Paola —me dijo esperando algún tipo de reacción que no le di.

— Encantada Paola. Un gusto conocerte —Se lo dije con ironía y ella lo pilló.

— Así, sabes quién soy y supongo que lo sabes porque Gabriel y yo estamos juntos.

Sí, sé que estás chalada muchacha.

— Sí, muy juntos, lo sé. Tan juntos como la mantequilla en una tostada.

Me miró con cara de no entenderme.

— ¿Has jugado con él a las preguntas? ¿Te ha palmeado el culo? ¿O te lo ha hecho en el metro? Le encantan ese tipo de juegos — ¡Ostias!— ¿Y las bolas chinas? No dejes de probarlo. Con otro claro, después de este fin de semana, ya puedes ir olvidándote de él.

La madre que la parió. La tía tenía claro quién era yo. ¿Las preguntas? ¿El mismo juego al que habíamos jugado hacia un par de días? No me fastidies Bruno...

Salió al segundo de que aquella zorra terminara su discurso.

— Daniela esta es...

— Sé quién es —le corté y él me miró sorprendido—. Se ha presentado ella misma. Bueno, ella y su vida sexual contigo: preguntas, metro, bolas chinas. ¿Te suena?

Paola me miró con los ojos bien abiertos. Si esperaba que no dijera nada iba bien apañada conmigo. Esta no me conocía a mí. Bruno la miró a ella.

— Paola, acabamos de hablar tranquilamente y hemos coincidido en que esto se ha terminado.

— Eso no es lo que hemos hablado —lo dijo mirándome a mí, muy tranquila—. Me has dicho que podíamos intentarlo.

Los observé a los dos, flipada por escuchar cosas tan contradictorias. Sí, ella era una mentirosa pero era tan buena actriz que no sabías a quién creer.

— ¡Dios, Paola!

— A veces le pasa, es un desmemoriado y no recuerda dónde ha dejado las llaves. ¿Verdad, peque?

Lo miró con cariño, pero o se le iba mucho la pinza o estaba enferma de verdad. Lógicamente yo creí a Bruno.

— Sí, lo sé Paola —me dirigí a ella—. Hay días que no recuerda si hemos echado tres o cuatro

polvos.

Me miró más seria y continué.

— Y le digo: cariñito, hoy han sido cuatro, ayer fueron tres.

Bruno soltó una risilla y yo me aguanté la mía. A ella no le gustó lo que oyó.

— Bueno, un verdadero placer Paola, dale recuerdos al Papa de mis partes.

Bruno y yo nos tocamos los dedos al pasar por su lado y nos sonreímos.

— Eres única —me dijo en un susurro.

— Lo sé —le dije mientras me iba.

Sonreí al saber que Bruno no mentía pero hablaría con él. Aquello del juego de las preguntas me había dejado mosqueada... ¿Y en el metro? Venga ya...me subió un escalofrío por la espalda al imaginármelo...yo y él, claro. Tampoco debería sorprenderme tanto, Bruno era muy...sexual. Es decir, no era el típico tío de cama, de misionero y de chúpamela que me corro. Era creativo. Sí. Original. Diferente. Y lo podía imaginar follando en el metro, la verdad era esa. A mí me había preguntado si quería probar cosas con él...pero ¿qué tipo de cosas?

Había conocido chicos de todas las maneras, y algunos, los menos, me habían propuesto cosas varias: tríos, que nos miraran mientras lo hacíamos, grabarnos, sado, posturas miles, intercambio de pareja e incluso uno me propuso participar en una orgía. A algunas me había negado, y no por nada, sino porque en ese momento no me había apetecido. Quiero decir con esto, que no me cierro en banda a ninguna experiencia sexual: ¡oh no!, esto no lo haría nunca, que asco. No, no diré eso jamás porque lo que me parecía raro a los quince años me pareció la leche a los veinte. Así que mutis y a dejarse llevar. Además, la sexualidad es algo muy personal, no tiene por qué haber un límite marcado, el único límite que veo yo es que una esté a gusto con lo que hace, que sea voluntario y de mutuo acuerdo.

Cada uno folla como quiere o como puede, que dice Sofía. Unos con música, otros siendo observados, qué más da. El morbo, el erotismo, la excitación, todo vale, siempre que uno lo desee así.

Con Bruno, de morbo iba sobrada, pero me había jodido que aquella mosquita muerta me diera tantos detalles de su anterior vida sexual. A ver, que yo no era la primera, eso lo tenemos todos clarísimo, pero de ahí a saber al detalle algunas cositas que hacía con la buenorra de su ex, pues me hacía poca gracia.

Cuando llegué al piso, Sofía estaba mucho mejor, gracias a Santi. Estuvimos los tres charlando y con ella más entera, intentamos entender el porqué de ese susto pero no sacamos nada. Los dejé en el salón después de cenar y me metí en la cama, pensando en Bruno, en Paola, en Sofía... joder, la una de la mañana, no iba a poder dormir. No dejaba de dar vueltas. Necesitaba su abrazo, ver su sonrisa, escuchar su voz... La luz del móvil me avisó de un mensaje.

“Daniela, ¿duermes?”

Sonreí al leerlo.

”No puedo”

“Ábreme”

“¿Qué?”

“Estoy abajo”

Di un salto en la cama y le di al botón. Abrí la puerta y lo esperé. Bruno apareció por las escaleras y me lancé a su cuello. Nos besamos con ganas y con aquella risita tonta entramos en mi habitación. Nos tumbamos en la cama, cara a cara, jugando con nuestros dedos trenzados mientras hablábamos.

— ¿Te has escapado? —le pregunté.

— No, le he dicho que no se podía quedar allí. Ha cogido una habitación en el AC Atocha.

— ¿Y ha aceptado? ¿Sin más?

— Al principio me ha montado el numerito, ha llorado y después ha intentado...ya sabes, se ha quitado la camiseta y el sujetador pero le he dicho que ni hablar. Que ya podía ir vistiéndose y recoger sus cosas.

Me gustó que fuera sincero. Bruno se parecía a mí.

— Tengo preguntas —le dije seria.

— Sé por dónde vas...

— ¿Te lo ha dicho ella?

— No, me lo has dicho tú antes.

Me miró esperando.

— ¿Tienes patentado el juego de las preguntas?

Bruno chasqueó la lengua.

— A ver nena, es como si me dijeras que tengo patentado el misionero. No es tan extraño... En literatura erótica encontrarás ese juego en mil versiones distintas.

— Quien pierde paga, ¿eso lo has hecho con ella? —pregunté un poco picada.

— No, no Daniela. No lo planeo ¿vale? Sale así, sin más. ¿De verdad quieres saber qué he hecho o no con ella? Porque si nos ponemos así y empiezo yo a preguntar...

Nos miramos unos segundos pensando ambos, yo en Paola y él supuse que en Martín.

— Vale, tienes razón, al final la muy puta ha logrado picarme.

Bruno me acercó a él.

— Picarte a ti es muy fácil, no tiene mérito.

Nos reímos y me besó introduciendo su lengua. Mmmm.

— Bruno, ¿en el metro? ¿En serio?

Me miró sorprendido y me reí.

— Ni se te ocurra responder —le dije con rapidez volviendo a por su boca.

Aquella noche, hubo sexo, pero más tranquilo y relajado. Me gustaba ver que lo disfrutábamos del mismo

modo y con la misma intensidad. Hubo besos, mordiscos, caricias por todo el cuerpo y un orgasmo casi simultáneo que nos dejó exhaustos después de casi una hora de dar vueltas por mi cama.

— Daniela...

— ¿Qué?

Bruno me abrazaba por detrás, desnudos, y a punto de dormirnos.

— ¿Cómo decís las chicas eso de las mariposas?

Sonreí.

— Tener mariposas en el estómago.

— Creo que me pasa eso, nena —murmuró flojito.

— ¿No será hambre?

Yo tan burra como siempre. Bruno se rio y me contagió la risa, tanto que no podíamos parar. Respiramos hondo los dos y logramos dominar ese ataque.

— Bruno...

— ¿Mmm?

— Yo también siento...cosas...

Me abrazó fuerte inspirando mi pelo.

Feliz cumpleaños Sofy

Una declaración sin condiciones. Bandera blanca, Dani. Reconócelo. Estás enamorada de él. Bruno, con su labia, su risa, sus ojos, su pose de niño bueno, te ha calado hondo. Le has abierto la puerta y ha entrado a lo grande. Arrasando con todos tus prejuicios sobre el amor. Pero ¿sabes qué? Que me gusta este sentimiento. Que soy feliz. Que me llena. Que no quiero que termine nunca. Que le quiero.

Iba pensando aquello mientras lo veía dormir, con sus largas pestañas, aquella nariz recta, su boca marcada y sus apetitosos labios, esas mechas cayéndole por la cara y su brazo por delante... Estaba para comérselo. Y eso fue lo que hice, bueno, parte de él.

Me deslicé con cuidado por entre las sábanas y con un movimiento rápido, para que no reaccionara, me la metí en la boca. ¿No le gustaba ser creativo? Pues a mí también.

Se despertó y se movió un poco.

— ¿Daniela?

No le respondí y seguí lamiendo la suave piel de su polla, despacio y saboreándola como si fuera un helado. Una lamida. Y Bruno retiró la sábana. Nena... Otra lamida. Lo miré a los ojos y le sonreí con mi mirada. Otra más...Buenos días Abreu... La introduje de nuevo, succionando y sin dejar de mirarlo. Estaba medio dormido y excitado. Una combinación exquisita en su cara. ¿Has dormido bien?, seguí lamiendo y él dijo un sí jadeando. Vamos a jugar a las preguntitas Bruno, si pierdes te quedas con las ganas. Seguí lamiendo a conciencia. ¿Aceptas? Volvió a decir un sí parecido.

— ¿Quieres que siga?

— Sí...no pares...

Sus jadeos y su respiración entrecortada me ponían a mil. Inevitablemente mojé mis braguitas.

— ¿Te masturbas pensando en mí?

— Sí...

— ¿Desde cuándo?

Bruno medio sonrió.

— Desde el día uno.

Ufff.

— ¿Estás mintiendo?

— No, es verdad. Tus faldas, tus piernas, tu boca...me tenían loco.

Madre mía. Mis braguitas estaban a punto de desintegrarse. Apreté su pene con mi mano y comencé a entrarla en mi boca con más velocidad y hasta el fondo, casi ahogándome. Bruno lo notó y gruñó mi

nombre. No me detuve, ni un segundo, aun sabiendo que Bruno era de los que tardaban en correrse.

— Nena...Daniela...Dios...

Moví también mi mano, acompasada con mi boca, mirando sus ojos oscuros de placer. Y de repente noté como se tensaba su sexo en mi lengua, para dar paso a su orgasmo. Bruno la sacó de repente, no me lo esperaba, y se corrió en mi cara. Gimió mi nombre varias veces mientras recorrió mis mejillas y yo lo miraba extasiada. Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr.

— Dios Daniela...me matas...

De un salto me fui al baño a quitarme el pringue ese y sonreí porque con Bruno una no podía planificar ni una mamada. Me miré en el espejo y me reí. Anda que... Mientras me limpiaba, apareció por detrás.

— ¿Así das tú los buenos días, señorita Sánchez? —me abrazó por la cintura y me envolvió con su cuerpo besando mi cuello.

— Son los buenos días especiales —le dije con una gran sonrisa.

— Daniela, ¿soy el primero, en serio?

Lo miré por el espejo y le respondí mirándolo, más seria. Él esperaba mi respuesta.

— Claro, no he salido con nadie, nunca. Y no dormía con nadie, tampoco.

— Pues tus buenos días son de diez —nos reímos los dos hasta que Bruno metió un dedo por mis braguitas, por detrás, buscando mis labios y mi humedad—. Joder, cómo estás...

Gemí un poco.

— ¿Cómo quieres que esté?

— Preparada para mí...eso me encanta...me pone muy tonto...

Noté su erección en el principio de mi espalda. Otra vez a punto. Apartó mis braguitas a un lado y me rozó con su sexo. Dios...

— Mírame... —me lo decía a través del espejo—. Míranos...

Bruno se puso un poco de lado y pude observar su sexo junto al mío, nuestros cuerpos y su boca en mi cuello.

— Mira nena...

Sus manos en mi cintura y su pene que entraba despacio. Lo vi desaparecer en mi cuerpo. Sus músculos tensos. Sus manos reteniendo su fuerza. Y Bruno mordiendo su labio. No podía dejar de mirarlo, de forma casi hipnótica. Entrando y saliendo. Nos miramos a los ojos unos segundos y Bruno medio sonrió poniendo cara de vicio. Apreté mis dientes e intenté no dejarme ir porque me correría en dos segundos si continuaba así. Quería sentirlo un poco más.

— Daniela...

Me mordisqueó la espalda y después me dio una palmada suave en el culo.

— Daniela...tengo que pedirte algo...

Lo miré sorprendida y él aceleró el ritmo.

— ¿Qué? —logré decir antes de empezar a sentir que venía otro de aquellos sublimes orgasmos.

— Nena —oí que me decía—. Dime que sí —su tono era suave, controlado y como si estuviera sentado en la barra del bar diciéndome todo aquello.

¿Sí a qué?

Me cogió más fuerte de las caderas y aceleró más. Dios. Nos miramos un momento antes de sentir las convulsiones por todo el cuerpo.

— Dímelo...

— Sí...sí...

Sí a lo que quieras, por Dios.

Cerré los ojos dejando que sus embestidas incrementaran mi placer hasta tal punto que acabé casi gritando su nombre. Bruno se corrió dentro de mí, con una furia controlada, gimiendo y diciendo algún que otro taco, al estilo Bruno.

Me abrazó con cariño y me sonrió al espejo, todavía dentro de mí. Nos duchamos juntos y seguimos con los mimos en la cama: besos dulces y caricias tiernas.

— ¿Se puede saber a qué he dicho sí? —tenía curiosidad.

— Has dicho sí a tocar el cielo con tus manos.

Lo miré sonriendo.

— Has dicho sí a todo Daniela. A salir conmigo, a ser mi amiga, a ser mi compañera de vida y a probar cosas...

— Mmmm, vale, me gusta.

— Quería saber cuánto confías en mí.

— ¿Y tú confías en mí?

— Me das miedo, a veces, porque llevas toda una vida peleada con el romanticismo y eso es difícil de cambiar de un día para otro, pero quiero confiar en ti.

— No te engañaría Bruno —le dije con firmeza. No era mi estilo aunque no hubiera salido jamás con nadie.

Él me miró pensativo.

— No es solo eso Daniela, es todo lo demás. Tener una relación implica muchas más cosas.

— Lo sé y son esas cosas que no he querido hasta hoy. Contigo es... distinto. Quiero estar contigo.

Nos miramos con una sonrisa en los ojos.

— Eres increíble, ¿lo sabes?

— Ufff, te como...

Estampé mis labios en los suyos y nos reímos otra vez.

Desayunamos juntos y poco después Paola lo llamó. Estaba en el portal de Bruno, esperándolo. Se iba. Había logrado adelantar el vuelo y se marchaba en un par de horas. Genial, ¿no?

Quedamos en vernos por la noche, en el cumple de Sofía. Yo tenía el día súper ocupado con la fiesta: comida, bebida, decoración, viajes al pub,... A Sofía le fue bien estar tan liada porque así no tuvo tiempo de lamentarse por lo ocurrido, aunque ella no era de las que se recreaban en sus desgracias. Al mal tiempo buena cara, decía normalmente.

El pub de Alejandro, el primo de Sofía, estaba en Chueca, entre garitos de todo tipo: bares de toda la vida, pubs de diferentes estilos musicales, coctelerías y algún que otro cabaret. Alejandro nos ayudó con todo el percal. Eli llegó un poco más tarde y también nos echó un cable. Al verla me sentí mal, como si tuviera la obligación moral de decirle lo que había visto en la vinacoteca.

— ¿Y este morenazo? —preguntó Eli.

— ¿Alejandro? Es guapo a rabiar el tío...pero es gay nena, o sea que...

— Vaya hombre.

Nos reímos y se lo presenté.

— Pero chica, qué voz tan sexi tiene ¿no?

— Sí, es locutor de radio también.

La verdad es que Alejandro era un bombón, pero solo para mirar. Siempre le había dicho que si cambiaba de idea me llamara, bromeando, claro. Bueno, o no bromeando tanto porque no me hubiera importado, en su día, montármelo con él.

— ¿Qué habláis tanto? —Martín apareció de la nada.

— ¿Puedo hablar contigo? —pregunté queriendo quitarme ese peso de encima.

Nos apartamos de los demás, mientras inflábamos algunos globos.

— ¿Qué? —preguntó él.

— Te lo montaste con la prima —confirmé más que preguntar.

— ¿Celosa? —preguntó con su sonrisa de ligón.

— Yo no, ¿pero qué dirá ella?

— Eli sabe lo que hay, no estamos saliendo ni nada por el estilo.

— Vale, muy bien, una relación abierta, pero ¿con la prima, Martín? Joder, ¿no?

— Que puritana te estás volviendo, ese Bruno...

— Él no tiene nada que ver, no lo metas porque estamos hablando de ti. Eli es una chica muy maja, no me gustaría que acabara llorando por tu culpa.

Martín me miró con el ceño fruncido. Seguidamente giró la vista hacia ella.

— Vale, sí, tienes algo de razón.

Por su tono no supe si me daba la razón para zanzar el tema o si realmente había visto que se había pasado tres pueblos.

— ¿Están esos globos? —nos preguntó Lorena.

Llegó la hora de la fiesta y la gente empezó a llegar: los de la revista, amigas de la universidad, amigas de toda la vida, etc. Mucha gente, pero eso ya lo sabíamos. Sofía estaba radiante, guapa y con ganas de pasarlo bien. Yo andaba algo preocupada todavía por todo aquello, sobre todo después de hablarlo con Bruno porque él tampoco entendía el objetivo de aquella putada.

Cuando lo vi entrar, me dio un vuelco el corazón, tal cual. Como si llevara días sin verlo. Algo curioso. Nos sonreímos y vino directo hacia mí. Estaba charlando con Alejandro y su pareja, Leo. Me colgué de su cuello, sin pensar que estaban allí los del curro. Me dio un beso en los labios, abrazándome.

— ¿Ligando nena?

— ¿Cómo lo sabes? —le seguí la broma.

— Porque te veo con los dos tíos más guapos del pub.

— ¿Te parecen guapos?

— Lo son, no es que me lo parezcan.

— ¿Quieres probar cosas nuevas Bruno?

Me miró alzando las cejas, divertido.

— Daniela, ¿con tres tíos? Qué rápido vamos ¿no?

Nos reímos los dos.

— Creo que no me has entendido.

Lo cogí de la mano y les presenté a Alejandro y Leo. Lógicamente, y como era de esperar, aquellos dos le dieron un buen repaso a mi compañero, cosa que él notó al momento. Apretó mis dedos y me reí.

— Creo que paso de probar cosas nuevas —me susurró al oído disimuladamente y no pude para de reír.

Bruno fue saludando al personal que había por allí, Carla y Natalia incluidas. Sonreían pero con cierta mueca que no podían disimular demasiado bien. En fin.

Cuando estuvimos todos, Sofía propuso un brindis y nos invitó a una copa.

— ¡¡Por Sofía!!

Y continuó la fiesta: música, alcohol, risas, conversaciones varias... Bruno y yo íbamos y veníamos, sin dejar de echarnos miraditas y sonrisillas. Me gustaba que no fuera uno de aquellos tipos que no te dejan ni respirar, ¿estábamos hechos el uno para el otro? Podía ser...

Las doce de la noche, la hora de los vampiros, decía Martín con su sonrisa de ligón. Eli le dio un codazo y nos reímos. La verdad era que el local estaba hasta los topes, en parte gracias a nosotros que éramos

unos cuarenta. La fiesta no era muy íntima que digamos, pero estábamos a gusto, y a Sofía la veía súper contenta, rodeada de los suyos y junto a Santi.

Y llegó la hora de los regalos.

Los del curro le regalamos unos pendientes y una pulsera de *Folli Follie*, que sabíamos que le pirraban. Un grupo de amigas unos zapatos, otras un bolso y nos tocó el turno a Lorena, Martín y a mí. Le pasamos un sobre y cuando vio el vale para un viaje para dos a Nueva York: una semana, avión y hotel, nos miró casi llorando y nos dimos un apretón entre los cuatro.

Bruno se fue al baño y yo me quedé con Sofía y Lorena, hablando sobre el viaje. ¿Con quién irás? Está claro con quién, Lorena, no será contigo, jodida... Nos reímos felices, bueno, yo dejé de reír en cuanto empecé a ver que un chico repartía unos papeles por el local. ¿Y eso? Al segundo, me di cuenta de que la gente nos miraba. Todo ocurrió a la velocidad de la luz. Más papeles, a los del curro, caras extrañas y sorprendidas...

— ¿Sofía? —nos giramos las tres y vimos a un chico desconocido que le ofrecía un sobre—. De parte de Julen.

Nos miramos las tres, confundidas, y yo centré mi atención en aquello. Se lo quité de las manos y aquel tipo se fue rápido.

— Ábrelo —me indicó Sofía.

Dentro había fotos, de tamaño estándar: Sofía desnuda con un tío encima de ella. En otra sobándola. En la tercera besándola, joder, por Dios... Las tres nos quedamos mudas mientras yo las iba pasando. Miré un segundo al personal y me di cuenta de que tenían en sus manos lo mismo que nosotras: a Sofía con aquel tío. En la última, donde ella salía con la polla de aquel asqueroso en su boca, vi que había algo escrito detrás. “Sofy te espero en la esquina de *Tay’s*, sola, o habrá más consecuencias, tú misma”. Hijo de puta.

Salí de allí inmediatamente, sin pasarle la foto a Sofía y sin pensar en nada más que en encararme con Julen. Sabía que era él por lo de Sofy, sólo él escribía su nombre con la i griega. El pub *Tay’s* estaba cerca y pasé por delante como un huracán, yendo hacia aquella esquina que daba a una pequeña calle más solitaria. Solo pensaba en ver la cara del imbécil de él y así fue. En la otra punta de la calle, apoyado en una de las paredes, fumando con un par de amigos.

— ¡Eres un hijo de puta Julen! —le grité yendo hacia él.

Los tres se giraron para mirarme. Me acerqué corriendo y me puse frente a él. Le di un empujón y se le cayó el cigarro de la mano.

— ¿Y Sofía? —preguntó con rabia.

— No vendrá gilipollas, ni ahora ni nunca, ¡nunca!, ¿me oyes? Sofía no te quiere, y ahora te va a odiar toda tu puta vida. Estás loco tío. ¿Qué cojones es esto? —le mostré la foto y él sonrió.

— Estaba guapísima...

Lo miré flipada.

— ¡Te va a caer una buena! Me voy a encargar de que Sofía te meta un puro de dos pares de narices...

Julen me soltó una hostia, pero de las buenas, en toda la cara y sentí el escozor de sus dedos en mi

mejilla. Me giró la cara, literalmente y seguidamente me hizo mirarlo, cogiendo mi cara. Del dolor tuve ganas de llorar pero me tragué con rapidez aquellas lágrimas.

— Te he ido avisando Daniela, eres una zorra entrometida.

— Suéltame —le dije rabiosa.

Julen me empujó hacia la pared y atrapó mis manos con una sola de las suyas. Me miró y vi sus ojos vidriosos. Conocía esa mirada en los chicos: deseo. Cerré un segundo los ojos, pensando cómo salir de allí, pero lo tenía jodido. No había pensado que Julen era capaz de todo cuando había salido corriendo del pub.

Me tapó la boca con un pañuelo con un olor agradable pero que no reconocí. Al momento sentí ardor en la boca y un ligero zumbido en los oídos. Y un embotamiento extraño, como si llevara un pedal del cincuenta pero sin la parte exultante de la borrachera.

— ¿Qué es...esto? —pregunté somnolienta pero consciente de que Julen me había dado algo.

— No te quejes, solo es cloroformo.

Julen pasó mi brazo por su cuello y cogió mi cintura. Como una pareja y dos amigos, andamos hacia la calle paralela, todavía más estrecha y menos transitada. Los oía hablar y reír y decir barbaridades sobre mí, pero no podía reaccionar, como si me pesara todo y no tuviera fuerzas para escapar de las manos de Julen.

— En nada se le pasará el efecto, pero antes de irnos quiero que se lleve un recuerdo. Estoy segura de que esta zorra le ha estado comiendo la cabeza a Sofía, ¿verdad Daniela? Nunca te he caído bien del todo, reconócelo —me apoyó otra vez en la pared.

Noté los dedos de Julen en mí blusa. Joder. Iba desabrochando botones.

— Vigílad chicos —los tres rieron.

— Daniela, ¿recuerdas que te dije que ibas a atragantarte con mi polla?

— Gilipollas...

— Despierta me gustas más. A ver qué tenemos por aquí...

Aquellas palabras me despejaron bastante y sentí que se me iban pasando los efectos de aquella mierda. Como si de una borrachera de cuatro cubatas pasara a una de dos.

— ¡No me toques! —le empujé con fuerza y Julen dio un paso atrás.

Volvió a por mí y me dio otro golpe, esta vez en la boca y solté un grito de dolor. Noté el calor de la sangre que empezó a caer por mi labio inferior. Madre mía. Me toqué con los dedos, temblando y los observé, manchados de sangre, pensando que aquello no me estaba pasando a mí. Miré a Julen, muy sorprendida por ser capaz de todo aquello.

— Si vuelves a gritar, te caerá una tras otra —me amenazó con el dedo y como si mi silencio lo cabreará más me cogió del pelo y tiró de él con fuerza echando mi cabeza hacia atrás—. Puta...

¡Dios! Solté otro grito, no lo pude evitar. Me cogió con fuerza de los hombros y me impulsó hacia la pared, golpeando mi espalda con ella. Miles de cristales rotos me rasgaban la piel, o eso me parecía a mí

después de aquel impacto.

— Deja de chillar como una zorra —escupió con desprecio.

Apreté los labios para no decir nada, no provocarlo más ni gritar. Me abracé a mí misma, deseando con todas mis fuerzas que se fueran, que Julen me dejara en paz. Sentía mi corazón en el labio y en la mejilla, y la espalda me dolía horrores. Una lágrima salió sin querer y agaché la cabeza, no quería darle más motivos para meterse conmigo.

— ¿Nos vamos Julen? —preguntó uno de aquellos.

— La estarán buscando y vendrán —le avisó el otro.

— Coged el coche, ahora voy —les ordenó.

Seguí con la vista en el suelo, esperando que se fuera. Me levantó otra vez la cara, con sus dedos apretando en mi mejilla ardiendo. La sangre seguía cayendo por mi labio y se pringó los dedos.

— Qué asco —dijo y se limpió en el pantalón.

De repente apoyó su sexo en el mío. Me tapó la boca con su mano y me moví todo lo que pude para lograr salir de la presión de su cuerpo pero no podía mover ochenta kilos de peso. Empecé a llorar de impotencia, de dolor, de angustia, de rabia.

Oí que algo crujía cerca de mi cara y de repente Julen gritó, y me vi liberada de él.

— ¡¡Hijo de puta!! —era Martín.

Abrí los ojos y vi a Bruno.

— Daniela... —su tono de preocupación me llegó al alma.

Me abrazó y yo lo cogí con fuerza, como si temiera que fuera un sueño. Olí su perfume. Me quejé cuando pasó su mano por la parte alta de mi espalda y Bruno me cogió de más abajo.

— ¡Cabrón, cabrón de mierda, eres un mierda...! —era Martín de nuevo.

— ¡Martín, para! —Le pidió Santi.

— ¡¡Martín!! ¡Para, para joder, lo vas a matar! —Y aquella era Eli que venía corriendo.

— Llamo a la poli —oí que decía Santi—. Hola, estamos en la calle...

— ¡Martín para joder! Ya está, déjalo, la poli se encargará de él...

Cerré los ojos, enterrando mi cabeza en el pecho de Bruno, y volví a llorar. No solía llorar, lo hacía pocas veces, pero parecía que había dado rienda suelta a algo que no podía parar. Los oía a todos como de muy lejos y a Bruno algo más cerca.

— Nena, estoy contigo, ya está, ¿vale? Daniela, mi niña...

— Daniela, cariño... —Sofía acababa de llegar.

— Enana...

Me dolía la cabeza de la tensión, el labio me rabiaba, la mejilla me palpitaba y tenía un sabor extraño en

la boca.

Logré dejar de llorar y abrí los ojos. Bruno me abrochó la camisa y yo le dejé hacer mirando a mí alrededor. Martín cogiendo a Julen. Eli, Santi y Sofía junto a ellos. Vi las luces azules de un par de coches de la policía. A partir de ahí preguntas, muchas, demasiadas. A mí, a todos ellos, y se llevaron a Julen, con la cara marcada por Martín.

No digas nunca de esta purpurina no usaré

Nos fuimos al piso, la fiesta había terminado para todos nosotros. Bruno no se separó de mí ni un segundo. Me miraba las heridas, los ojos, preocupado por mi silencio. Pero estaba callada porque no me creía todavía lo que me había pasado. A ver, yo siempre había vivido la vida con una ingenuidad absoluta, no me había pasado jamás nada malo, quiero decir, que había tenido la suerte siempre de cara. Ni enfermedades, ni problemas familiares, ni seres queridos muertos, ni nada de aquellas cosas que pueden considerarse graves o que te marcan de algún modo a lo largo de la vida. Era feliz, sin más. Y sí, claro, era consciente de que cada día violan a una mujer, de que las maltratan y de que incluso las matan. Pero una cosa es leerlo en el periódico y otra vivirlo en tu propia piel.

Julen me había bajado de las nubes de golpe. Me había demostrado que un tío cualquiera, como él, al que conocía de años, podía ser un auténtico loco. No debía haberme ido sola a por él, pero la rabia me pudo; lo que le había hecho a Sofía no tenía perdón y se me fue la cabeza. No pensé, es cierto. No actué con sensatez, como en muchas otras ocasiones, pero aquella vez me la había jugado. Por suerte, después de recorrer algunas calles como desesperados, Bruno y mis amigos habían dado conmigo.

Me metí en la ducha, llorando de nuevo. El agua se mezcló con mis lágrimas. Había echado un vistazo a mi espalda y tenía un enorme morado en mi omoplato izquierdo. El labio se me había hinchado y en la cara tenía un par de dedos marcados en un tono rojizo que acabarían en un morado. Pasé la mano por mi pelo y noté el dolor en mi cuero cabelludo. Joder. Estaba hecha un puto cromo.

Bruno estaba sentado en la cama, con las manos en su pelo y mirando hacia el suelo.

— Nena... —se levantó y vino hacía mí.

— Estoy mejor...

Retiró un mechón de mi cara con suavidad y me estremecí.

Entramos juntos en mi cama y me apoyé en su pecho.

— Siento haberme ido del pub, la he cagado ahí, lo sé.

— No te tortures Daniela, yo hubiera hecho lo mismo.

Bruno y los demás sabían lo que ponía en la foto porque yo lo había detallado a la policía.

— ¿Te duele?

— Sí —Sofía me había preparado una aspirina y parecía que iba haciendo efecto—. Cuéntame lo del libro —le pedí con la intención de no darle más vueltas a lo ocurrido.

Me acarició el pelo y comenzó a hablarme de su última reunión con la editorial. El libro estaba siendo revisado por los correctores, para que saliera a la venta cuanto antes mejor. En nada tendría su novela en las manos, unos tres meses a los sumo.

Me dormí en su pecho, sintiendo su respiración y oyendo su dulce voz.

Por la mañana me levanté más relajada, aunque me dolía todo, pero eso pasaría. Yo era dura de pelar, así que sabía que con el paso de los días aquella mala experiencia quedaría difuminada y sería un vago recuerdo. Había pasado miedo y había sentido dolor, pero no el suficiente como para quedarme estancada en eso, tenía que ser positiva y pensar que por suerte se había quedado todo en un susto y un par de hostias. Menudo mamón el tío. Que fácil era meterse con alguien que físicamente no podía devolvértelas, así cualquiera. Que machito, ¿no?

Martín estuvo un par de días cabizbajo, como si la paliza la hubiera recibido él. Al final quiso hablar conmigo. Primero de las sensaciones que había vivido al saber que yo había desaparecido. Después me contó que Bruno lo había animado a buscarme. Estoy seguro de que anda por aquí, le había dicho Bruno a Martín. Cuando me encontraron dio mil gracias a Bruno mentalmente. Cuando pegó a Julen solo quería matarlo, de la rabia que sentía. El resto...reflexiones varias. ¿Por qué no soportaba a Bruno realmente? Había pasado aquellos dos días dándole vueltas y no tenía sentido ese resentimiento.

— No, Daniela, no estoy enamorado de ti ni nada parecido, aunque estoy seguro que si te lo propusieras enamorarías hasta un muerto.

Respiré aliviada porque no quería que Martín sufriera.

— Esto que ha pasado con Julen me ha hecho tocar de pies al suelo. Te quiero enana, pero como mi mejor amiga...

Creo que el susto con Julen nos había hecho plantear a todos algunas cosillas.

Sofía se armó de valor y lo denunció por acoso y yo por agresión. La policía nos dijo que debíamos esperar a que la denuncia progresara y entonces se abriría una investigación. La pena media era de tres a seis meses de prisión, en función de las lesiones y de la alevosía con la que actuó. Y de alevosía hubo mucha, porque todo aquel tinglado lo había preparado para Sofía, para hacerle ¿qué? Eso no lo sabremos y casi mejor, porque yo estaba segura que aquel coche aparcado en la otra calle era para llevarse a mi amiga, no sé dónde ni para qué, pero para nada bueno seguro.

El lunes, al volver al trabajo, nos esperaban todos en *El Café*. Cuando entramos Sofía y yo, vinieron a recibirnos con muestras de cariño. Se habían enterado de todo: de lo pirado que estaba Julen, del tema de las fotos, de lo que le habían hecho a Sofía drogándola, de lo que me había hecho a mí,... Incluso Carla me dio un abrazo sincero y como fue tan maja, aquel día no me metí con sus mallas ni con su hamburguesa.

Bruno estaba sentado en la barra, esperándome y me acerqué a él.

— Buenos días nena, ya te echaba de menos —me dio un beso suave en los labios para no dañarme.

— Buenos días Abreu, yo también.

Sonreí de lado porque me tiraba la herida del labio y sentía pinchazos. Habíamos dormido juntos otra vez, en mi cama, así que solo hacía un par de horas que nos habíamos visto.

Una vez en el trabajo, fui directa al despacho de Jaime, para explicarle por encima lo que había pasado. Más que nada para justificar mi cara amoratada y mi labio hinchado. Jaime me dijo que si queríamos podíamos tomarnos unos días, Sofía y yo, pero le dije que no. Preferíamos volver a la normalidad, y

cuanto antes mejor. Gracias jefe, eres el mejor. De nada, Daniela, lo mismo puedo decir de ti. Me fui con la sonrisa puesta, me gustaba que Jaime creyera que era buena en lo mío.

A mis padres no les conté nada, no hacía falta preocuparlos más de la cuenta. A Rouse sí que se lo expliqué, con la condición de que no les dijera nada. Mi hermana sacó su vena de psicóloga y me hizo un diagnóstico completo de Julen. Me explicó su teoría y usó muchas palabras raras, en fin, la conclusión: Julen era un acosador, un *stalker*. ¿Un qué? Una persona que acecha, persigue y acosa físicamente a su víctima por maldad, hostilidad, enfado, celos o culpa. El objetivo de un *stalker* es acceder a la persona que quiere o que le gusta aunque no sea correspondido. A Julen lo catalogó dentro de los resentidos y dictaminó que padecía algún desequilibrio emocional como ansiedad, baja autoestima, inseguridad o celos.

Un cuadro, señores.

Aquella semana Bruno y yo la pasamos pegados, pero pegadísimos. O en su piso o en el mío. A todas horas. Intenso pero gratificante porque me encantaba estar con él, charlar, reír, pasear, vagar en el sofá, mirar una peli, ir a cenar, al cine, dónde fuera. Nos pasaban las horas volando y eso que estábamos juntos todo el día, por Dios.

Viví a su lado el proceso editorial de su nueva novela y me fascinó saber lo complicado que era aquel mundillo. Parecía que no iban a terminar nunca, revisión tras revisión, galeradas, portadas, llamadas a todas horas, reuniones. Madre mía. Ahora entendía porque un libro valía lo que valía: había que pagar a un montón de peña para sacar un solo libro a la venta.

Pasadas dos semanas del asunto Julen, a todos se nos fue olvidando el mal rato y el viernes tuvimos ganas de salir. Y lo hicimos, las tres parejas. Todo un experimento.

Fuimos al garito de Lorena, como no, y nos invitó a un *Orgasmo*. Martín y Bruno se saludaron más amigablemente y al final de la noche acabaron hablando los tres de la próxima temporada de liga y del Real Madrid, casualmente los tres adoraban a ese equipo. ¿Podríamos ir a un partido cuando empiece la liga? Sí, molaría.

Los miré sonriendo, menudos tres. Una tortilla de seis huevos hacía yo.

Eli, Sofía y yo hablábamos de una bilogía que había sacado una autora novel. ¿Cómo se titula? *Beauty*. ¡Ah! Pues seguro que me gusta, dijo Sofía. Te encantará, seguro. ¿Cómo se llama la autora? Ahora no me viene a la cabeza, ya te diré...

Nos los pasamos bien, bebiendo poco y bailando mucho, pero no estuvimos hasta muy tarde. Nos despedimos y le recordé a Sofía y a Martín que el sábado por la noche necesitaba el piso para mí solita. Quería darle una pequeña sorpresa a Bruno.

Subimos a su coche y se concentró en la conducción. Había demasiado silencio para mi gusto y le pedí que pusiera música. Sonó la última de Matt Simons, *Catch and release* y me puse a cantar flojo la letra de la canción.

Bruno me miró unos segundos y sonrió.

— Me encanta —le dije siguiendo la letra.

Detuvo el coche cerca de su portal y sopló con las manos en el volante. Me miró serio y no entendí a qué

venía esa mirada.

— ¿Pasa algo?

— Pasan muchas cosas Daniela, y el mundo no lo sabe.

Se me escapó la risa.

— ¿Has fumado algo? Porque podías haber invitado.

Sonrió relajando el gesto.

— No he fumado nada pero me iría bien un porro, no creas.

— Venga Bruno, canta, ¿qué te pasa? —le pregunté mirándolo con una sonrisa.

— Todo y nada —respondió enigmáticamente.

— Estás muy filosófico...

— Martín me ha explicado una cosa.

Una cosa... Bocazas. Para una vez que charlaban y Martín se iba de la lengua. Me crucé de brazos esperando que siguiera.

— ¿Podrías confirmármelo?

— Si me dices la cosa.

Bruno volvió a sonreír sabiendo que yo ya sabía de qué hablábamos.

— Aquella noche, que me escapé de la fiesta de mis padres, como un desesperado adolescente porque me moría por otro beso —hizo una pausa teatral y continuó—. Y te encontré en camiseta y braguitas y a Martín en bolas...

— Sí, algo me suena —le dije con ironía.

— No pasó nada.

— No, no pasó nada —le confirmé como me había pedido.

Parpadeó un par de veces y se mordió el labio inferior.

— ¡Joder Daniela! ¿Y me lo tiene que decir él?

— No, te lo tendría que haber explicado yo —hice la misma pausa que él—. Si tú me hubieras dejado, claro.

Me miró frunciendo el ceño.

— Ni me cogiste el teléfono, ni me preguntaste y cuando quise decírtelo no pude. Me rechazaste en el curro, delante de todos, ¿recuerdas? Preferiste hacer el artículo con Carla y me cogí un cabreo de los buenos.

— Ya...

— Podría habértelo dicho antes, lo sé, pero no he querido.

— Joder Daniela, pero yo me he comido la cabeza con aquello muchas veces, ¿sabes? No sabía si estabas con él o no, o si cuando yo estaba mandándote un mensaje tú estarías con él...

— Pues no, ni aquel día ni ninguno a partir de... un poco antes de ir a Barcelona —sí, mucho tiempo...—. Aquella noche se le fue la cabeza con el rollo del trío, y nos enfadamos en serio hasta que hablamos y quedamos en que debíamos terminar el sexo entre nosotros. Es verdad, que a partir de ahí todo fue mejor. Luego apareció Eli...

— Eso me pasa por no preguntar —se dijo a sí mismo.

— Pensé que te daba igual...

— ¿Darme igual? Hasta hace nada no soportaba a Martín, besándote y abrazándote como si estuvierais juntos. Al principio no me importó pero cuando lo vi desnudo...no me tiré a por él porque pensaba que yo era el tercero en discordia allí.

— Martín y yo marcamos mal algunos límites, nada más, pero lo nuestro ha sido siempre amistad.

Lógicamente no iba a contarle algunos detalles, todo aquello ya era pasado. No valía la pena.

— En cambio, contigo...

Me miró alzando una ceja.

— Contigo es distinto. Creo que podría pillarme por ti.

Nos reímos los dos y nos besamos con fuerza en los labios.

— No entiendo por qué quieres ir a tu piso, si tenemos el mío para nosotros solos.

Sábado. Habíamos cenado en la vinacoteca *Neptuno* y eran cerca de las doce de la noche. Metí la llave en la cerradura sonriendo.

— Duermo mejor en mi cama —le solté mirándolo a los ojos.

— ¿En serio?

Me reí y abrí la puerta. Un par de luces tenues del salón iluminaban el piso a esas horas de la noche.

— ¿Lo ves? Hay alguien —susurró—. No voy a poder hacerte gritar como una loca.

Nos reímos de nuevo.

— Pasa, bobo —le dije sonriendo.

Al entrar Bruno miró al suelo sorprendido. Una alfombra de pétalos marcaban un camino hacia... ¿dónde?

— ¿Y esto? —alcé los hombros negando saber qué era—. Nena, que aquí alguien ha montado un rollito romántico y no te han avisado.

— A ver...

Andamos los dos entre risitas hasta que vio que el camino iba a mi habitación. Me miró sin entender y le abrí la puerta. En mi habitación había algunas velas esparcidas que daban un aire romántico e íntimo.

Joder, Sofía se lo había currado bien. Incluso a mí me gustó esa hilerita de bombillas pequeñas que había puesto de pared a pared.

Encima de la cama había un picardías verde de encaje de *Women's secret* con un lacito negro debajo del pecho entre algunos pétalos de rosa. Me encantó en cuanto lo vi en la tienda y Sofía dijo literalmente: a Bruno no se le baja en una semana, fijo. Por detrás tenía la espalda descubierta y solo cubría un trocito de mi trasero. Fino pero jodidamente sexi.

Bruno entró alucinando y cerré la puerta.

— Bueno, ¿qué te parece?

— ¿Es idea tuya? —me miraba sorprendido.

— Hombre, gracias. Pues sí.

Me abrazó sonriendo.

— Me parece increíble...

Cogí el picardías y se lo enseñé por encima; me miró humedeciendo sus labios.

— No digas nada. Me lo pongo en un segundo y vienes al baño ¿sí?

— Sí, sí a todo —dijo bromeando.

Me desvestí con rapidez y me puse el picardías. Me miré en el espejo y sonreí. Estaba todo perfecto.

— Bruno...

No tardó ni una milésima de segundo y me reí. Me miró resoplando al verme con aquello puesto.

— ¿Te gusta?

— Menuda pregunta Daniela... ¿tú te has visto?

— Pues ahora que lo dices, no —me giré hacia el espejo y me aparté un poco para ver a Bruno.

Me miró pero sus ojos se fueron a donde yo quería, hacia las letras de purpurina rosa pegadas en mi espejo.

— Te quiero... —leyó en un murmullo.

Me miró con los ojos muy abiertos y volvió a mirar las letras. Te quiero, sí, simple pero directo. No hacía falta más.

— Nena... —volvió a mirarme y me giré apoyando mis manos en el lavabo.

— ¿Qué? —me puse nerviosa porque por un momento pensé que quizás era pronto...pero yo lo sentía así y por eso había decidido decírselo de una forma...distinta.

Dio un paso y me besó con aquella delicadeza con la que yo me derretía.

— De purpurina... —dijo en mis labios sonriendo.

— Purpurina rosa —maticé—. He querido reconciliarme con mi yo romántico.

— Que existe, por lo que veo... —dijo besándome de nuevo.

— Se ve que sí...

Me cogió del mentón y me miró intensamente.

— Daniela, hace días que te quiero...muchos...

Apreté mis labios para no soltar un suspiro y le sonreí con mis ojos.

Me cogió en brazos de repente y me reí mientras me llevaba hacia la cama. Me recostó en ella, despacio, como si fuera a romperme. Sacó el móvil de su bolsillo posterior y lo toqueteó mientras lo dejaba en la mesilla. Sonaron los primeros acordes y lo atrapé por el cuello.

“You were the shadow to my light, did you feel us? Another start, you fade away...” *Faded* de Alan Walker, como no.

— Nuestro primer beso —dijo con su media sonrisa.

— Sí, es nuestra canción.

— Me gusta...

— Te quiero —nos mirábamos a los ojos, él recostado encima de mí y yo toqueteando su pelo.

Cuando lo dije, en voz alta, para él, no me supo raro, como pensaba que me pasaría. Al contrario, me sentía feliz.

— Y yo, nena, te quiero...

Me mordí el labio por vivir tantas sensaciones a la vez.

— Daniela.... —Bruno comenzó a darme pequeños besos en la cara, en el cuello, en mis brazos desnudos.

— ¿Mmmm? —estaba concentrada en sus labios.

— ¿Para siempre?

Solté una risilla al recordar nuestra conversación con Max en Barcelona. ¿Por qué decís para siempre?, había preguntado yo. Porque así te comprometes, respondió Max.

Lo miré con picardía y él rio. Con el dedo le dije que se acercara a mí rostro para responderle. Labio con labio...

— Para siempre...

Epílogo

Estoy un poco nervioso, porque después de tres meses de locura, por fin tengo el libro en mis manos.

No, gracias

Con el primero me ocurrió algo parecido. Lo miré por todos lados, como si fuera a aparecer por ahí algún genio o algún gnomo verde saludándome. Me rio ahora, pero tengo la misma sensación. Lo huelo, ese olor de papel nuevo me gusta. Paso las páginas y veo algunas de mis 114.281 palabras escritas en ellas. Han sido cuatro meses de escritura intensa, de noches robadas, de sueños desagradables, de irme a la cama o a la ducha con mis personajes o estar conduciendo con ellos. Ahora los echaré de menos, mucho. Doña Berta, Álex, Paqui, la fiscal Gutiérrez... A todos ellos los llevo en mi cabeza y me cuesta despedirme, pero es la manera de empezar de nuevo con otro libro.

No es lo normal supongo, terminar uno y enlazarlo con el comienzo de otro. Con el primero descansé bastantes meses antes de ponerme con el segundo, pero se ve que mi musa está con ganas de trabajar y no voy a desaprovecharlo. Justo hoy, hace un par de semanas que empecé mi nuevo proyecto y voy a un ritmo vertiginoso, pero mis personajes van solos, y yo solo los voy guiando para que no se pierdan.

Daniela me observa desde el sofá cuando escribo. Dice que le gusta verme, y ver como frunzo el ceño cuando voy relatando mi historia. De vez en cuando levanto la cabeza para observarla, tumbada con su ibook y balanceando su preciosas piernas mientras lee.

Es Ella, qué más puedo decir.

Cuando la vi por primera vez, me quedé prendado de su belleza. Es guapa, con unos ojos oscuros grandes y muy expresivos. Su boca perfilada, sus largas pestañas, su pequeña nariz completan un rostro llamativo y atractivo. ¿Su cuerpo? Para mí, perfecto, por supuesto.

Había leído todas sus columnas y algunos de sus artículos y me gustaron. Ya no era solo una cara bonita. Y empezamos a trabajar juntos, muy juntos. Cada día que pasaba me gustaba más; su manera de ser, su descaro, su desparpajo, su simpatía, su sinceridad y su soltura. ¿Lo malo? Su extraña amistad con Martín y que pasaba de tomarse en serio ninguna relación. Y yo no quería solo sexo. Con ella no.

Y me colé; sin darme cuenta aquella chica me había atrapado en sus redes. Intenté llevarla a mi terreno pero Daniela es mucha Daniela. Cuando creí que ella quería algo más conmigo, surgió un contratiempo con las pelotas de Martín y eso nos separó. Pero, afortunadamente, las cosas siempre se ponen en su lugar, y Daniela y yo volvimos a buscarnos mutuamente.

Te quiero...desde hace muchos días, le dije. Y era cierto. Lo sabía, lo sentía, lo vivía cuando la veía aparecer en *El Café* con una de sus falditas que ondeaban al andar con esa gracia que tiene. Cuando ella me lo dijo de aquella forma tan...singular, supe que Daniela era mi vida, joder, sí, MI VIDA.

— Buenas tardes a todos —habló David Cabanil, mi editor, y el murmullo de la sala de actos dónde iba a presentar el libro cesó—. Vamos a presentaros el segundo libro de Bruno Abreu...

Hablé un poco del libro, sin hacer demasiados spoilers, y después respondí algunas preguntas. Todo ello

duró aproximadamente una media hora larga hasta llegar a la última pregunta.

— ¿Está en marcha tu cabeza para un nuevo libro?

— En mi cabeza y en mi ordenador —respondí señalándolo. Tenía el *notebook* abierto, frente a mí—. Hace un par de semanas que he empezado a escribir...

— ¿Podemos saber algo de tu nuevo trabajo?

En ese momento miré a Daniela, quien estaba en tercera fila, junto a mi hermana y Toni, sonriendo y muy atenta a todo. Sabía que había empezado a escribir mi tercera novela, pero le había dicho que esperara para leer algo, que necesitaba tener bien ligados los primeros capítulos para estar seguro de que era lo que tenía en mente.

— Puedo leer un poco...

Un murmullo de entusiasmo recorrió la sala y abrí el archivo.

— Apoyado en la mesa de mí despacho, la vi entrar con esos andares que no olvidaría en la vida. Estaba con mi compañero Sandro tomando un café. Ella me miró unos segundos, me dio un repaso y yo hice lo mismo. Melena larga, ojos grandes, boca rojo pasión —levanté la vista y miré a Daniela directamente—. Sandro me dijo que era ella, la mujer del hombre asesinado en la calle Ramón y Cajal. Vino directo hacia nosotros y me miró fijamente. ¿Es usted el inspector Serrano? Yo mismo. ¿Y usted es? Daniela, inspector, puede llamarme Daniela —Volví a mirar a Daniela y su boca abierta me hizo sonreír—. Preferiría saber su apellido. ¿El de casada, viuda o soltera? Sus ojos me traspasaron y lo reconozco, aquel mismo día, caí rendido a sus pies. No sabía si aquella preciosidad era culpable o no, pero lo que sí supe fue que no me la podría quitar de la cabeza nunca más...”

— ¡Bruno! ¿Soy la asesina? No me fastidies.

Nos reímos los dos por su pregunta. Otra me hubiera dicho: ¡oh Bruno qué emoción! Pero Daniela es diferente y eso me encanta.

— Tendrás que esperar nena, no lo sé ni yo —le dije arrancando el coche.

— Venga ya Bruno, dímelo. Y esta noche te hago un *striptease* —subió su faldita un poco y la miré un segundo.

Sonreí para mí.

— Con la música de esa canción que te mola del grupo ese...

— ¿Twenty one pilots?

— Sí, la de *Stressed out*. Imagina...

— Creo que serás la asesina y creo que el inspector se ha enamorado de ti. A ver qué hacemos ahora...

Daniela se rio y me encantaba hacerla reír, ese sonido me llenaba.

— Pero ahora que lo pienso bien, no puedes serlo...

— ¿Por qué no? A mí me mola ser la mala.

Me reí con ella.

— Estás demasiado buena y el inspector te quiere demasiado.

— ¿Mucho? —preguntó jugando.

— Mucho.

— ¿Cuánto es mucho?

— Está loco por ti. Algo fuera de serie —le dije como si le explicara una historia de miedo y nos reímos de nuevo.

— Y la querrá siempre —dijo ella despreocupadamente.

— Siempre. Y quizás le pide una cosa un día de estos.

— ¿Qué cosa? —preguntó curiosa.

Desaceleré y aparqué en una zona de carga y descarga. No paré el coche pero me giré hacia ella con las manos en el volante. Me miraba extrañada.

— Quizás le pide un día de estos... que viva con él.

— Bruno...

Entendió que le estaba pidiendo que se viniera conmigo. Observé el brillo de sus ojos y supe qué respondería.

— Pues...pues creo que ella le dirá que sí.

Me mordí el labio pensando en la suerte que tenía. Hacía días que lo pensaba pero no encontraba el momento.

— Nena...

Me acerqué a su boca y la besé sintiendo su piel. Como era habitual, un calor recorrió mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, que reaccionaba deprisa a mis contactos con Daniela. Busqué su lengua con la mía y jugueteé con ella. Más calor y ya empezaba a sentir deseos de tomarla. Era puro vicio. Tocarla y querer tenerla. La besé con más intensidad, sintiendo su respiración entrecortada junto a la mía.

Pero unos golpes en el cristal nos separaron y vi a un agente de policía. Abrí la ventana mientras Daniela y yo soltábamos una risilla.

— Perdone señor, pero aquí no pueden estar.

— Sí, sí, ya nos vamos. Es que le acabo de pedir que viva conmigo y me ha dicho que sí.

El poli nos sonrió, divertido.

— Me alegro por ustedes pero circulen por favor.

Y circulamos, por supuesto. Directos a nuestro piso a querernos un poquito más.

FIN (con purpurina rosa).

Sobre la autora

Soy Susana Rubio Girona (Tarragona, 1975), licenciada en Pedagogía por la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. En la actualidad trabajo en mi propio centro pedagógico. Mi pasión es la lectura y la escritura. Hace un mes y medio auto publiqué mi primera novela: la bilogía *Beauty y Beauty too*, y tuvo una gran acogida.

En breve subiré el tercero, una historia sobre Paula, una contable con altas capacidades que está a punto de casarse y no digo más. Paula es alguien también muy especial que nos llevará a vivir situaciones cercanas.

Gracias de nuevo y os animo a que escribáis una reseña con sus estrellitas; se aceptan críticas de topo tipo, por supuesto.

Sigue a la autora en:

Facebook: Susana Rubiowriter

Instagram: susanarubiowriter.

PD. “A veces sí existen los *para siempre*, sed muy felices lokasss” (@daniela)